SARAH DESSEN

CONTIGO SIEMPRE

Sarah Dessen

CONTIGO, SIEMPRE

Traducción de Victoria Simó

ALFAGUARA

A Regina Hayes, por hacerme pensar,
por hacerme reír y por hacer de mí
una persona mejor, siempre.

CAPÍTULO 1

Vaya, aquello nunca me había pasado.

—¿Deborah? —dije, y llamé a la puerta con suavidad, aunque también con la intensidad suficiente como para transmitir el grado de urgencia adecuado—. Soy Louna. ¿Te puedo ayudar en algo?

Según mi madre, esa era la regla principal en ese tipo de situaciones: no proyectar el problema en el otro. Es decir, no le preguntes si le pasa algo a menos que estés completamente segura de que es así, y de momento, yo no lo estaba. Aunque bien es cierto que una novia encerrada en el despacho parroquial de la iglesia cinco minutos después de la hora prevista para el comienzo de su boda no augura nada bueno.

Al otro lado de la puerta, escuché un movimiento. Luego, un sollozo. De nuevo deseé que William, el socio de mi madre y nuestro hombre que susurraba a las novias oficial, estuviera aquí en mi lugar. Pero él andaba resolviendo otra crisis que implicaba a la madre del novio, que estaba enfadada porque tenía que desfilar delante de la madre de la novia hacia el altar, aunque todo el mundo sabe que así lo dicta el protocolo. Ahora bien, si llevas el tiempo suficiente trabajando en el negocio de las bodas, eres muy consciente de que cualquier cosa constituye un problema en potencia, desde la feliz pareja hasta las servilletas. Nunca se sabe.

Carraspeé.

—¿Deborah? ¿Quieres un poco de agua?

El agua no arreglaría nada, pero nunca viene mal; era otra de las máximas de mi madre. En lugar de una respuesta, oí el chasquido del cerrojo y el chirrido de la puerta. Volví la vista hacia la escalera que tenía detrás y le rogué al cielo que William apareciese al fondo, pero no, todavía estaba sola. Inspiré hondo y, armada con el botellín de agua del que había echado mano antes, entré. Hidratación al poder.

Nuestra clienta, Deborah Bell (que pronto se convertiría en Deborah Washington, cabía esperar), una hermosa chica

negra peinada con un recogido alto, estaba sentada en el suelo de la pequeña habitación rodeada por el abultado vestido. Había pagado cinco mil dólares por él; lo sabía porque nos lo había repetido hasta la saciedad a lo largo de los diez meses que llevábamos preparando ese día. Intenté no pensar en ello mientras me apresuraba, sin correr demasiado, hacia ella. («¡Jamás corras en una boda a menos que alguien esté en peligro de muerte!», escuché la voz de mi madre en mi cabeza.) Acababa de abrir la botella de agua cuando caí en la cuenta de que la novia estaba llorando.

—Ay, no hagas eso. —Me agaché en una postura que pretendía ser profesional, con las rodillas a un lado, y le ofrecí el paquete de pañuelos que llevaba en el bolsillo—. Tu maquillaje está genial. Vamos a intentar no estropearlo, ¿vale?

Deborah, con una pestaña postiza ya despegada —a veces es necesario mentir—, me miró parpadeando y otra avalancha de lágrimas se derramó por su rostro ya sembrado de churretones.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

«No», pensé. Llevábamos nueve minutos de retraso. En voz alta respondí:

—Claro.

Tomó aire a trompicones, como sucede a veces cuando llevas un buen rato llorando a mares.

—¿Tú…? —se interrumpió cuando otra tanda de lágrimas le desbordó los ojos y resbaló hacia sus mejillas, esta vez llevándose por delante la pestaña suelta—. ¿Tú crees que el amor verdadero dura para siempre?

Alguien subía por las escaleras. A juzgar por los ruidos —andares lentos y pesados acompañados de abundantes bufidos y resuellos audibles—, no era William.

—¿El amor verdadero?

—Sí. —Levantó una mano («¡No, por Dios!», pensé demasiado tarde para detenerla), se frotó los ojos y se emborronó el delineador hasta la sien. Los pisotones sonaban más cerca; quienquiera que fuese no tardaría en entrar. Mientras tanto, Deborah me estaba mirando con los ojos muy abiertos y una expresión suplicante, como si los próximos acontecimientos dependieran por entero de mi respuesta—.

¿Lo crees?

Yo sabía que esperaba un sí o un no, algo concreto y específico, y de haberme preguntado cualquier otra cosa, seguramente la habría complacido. No obstante, me quedé acuclillada en silencio en lugar de contestar, mientras intentaba traducir en palabras la imagen que había acudido a mi mente: un chico enfundado en una elegante camisa blanca en una playa oscura, riendo, con la mano tendida hacia mí.

—¡Deborah Rachelle Bell! —atronó una voz a nuestra espalda. Al momento apareció el padre de la novia, el reverendo Elijah Bell, cuya figura llenó el vano de la puerta abierta. El traje le quedaba demasiado ajustado, llevaba el cuello de la camisa desabrochado y su mano aferraba un pañuelo que ahora se llevaba a la sudorosa frente—. ¿Se puede saber qué estás haciendo? ¡La gente está esperando ahí abajo!

—Lo siento, papá —gimió Deborah, y entonces vi que por fin William subía las escaleras. Sin embargo, desapareció de mi vista con idéntica rapidez tras los contornos del reverendo —. Me ha entrado miedo.

—Bueno, pues espabila —le espetó él según entraba en el despacho. Llegaba sin aliento y se paró un momento para respirar un par de veces antes de seguir avanzando—. Me he gastado en esta boda treinta mil dólares no reembolsables, ganados con el sudor de mi frente. Si no desfilas por ese pasillo de inmediato, yo mismo me casaré con Lucas.

Al oír eso, Deborah estalló en lágrimas nuevamente. Mientras yo le daba palmaditas en el hombro por hacer algo, William se las arregló para abrirse paso junto al reverendo y acercarse a nosotras. Sin volver la vista hacia mí y con la tranquilidad que lo caracterizaba, clavó los ojos en la novia al tiempo que se inclinaba para hablarle al oído. Cuando ella respondió en susurros, William le masajeó la espalda con lentos movimientos circulares, igual que harías para tranquilizar a un bebé.

Yo no alcanzaba a oír nada de lo que decían, tan solo oía la respiración del reverendo. En la escalera se escucharon nuevos pasos, seguramente de las damas de honor, los padrinos y otras personas que venían a curiosear. Todo el mundo quería formar parte de la historia, por lo visto. Antes

yo también pensaba así, pero ya no.

Lo que fuera que le dijo William le arrancó una sonrisa a Deborah, aunque temblorosa. No obstante, surtieron efecto: la novia permitió que la tomara por el codo y la ayudara a levantarse. Mientras la chica inspeccionaba su vestido arrugado e intentaba alisar los pliegues a manotazos, él se asomó al pasillo y llamó con gestos a alguien que esperaba en la escalera. Al cabo de un momento apareció la maquilladora con su estuche en ristre.

—Muy bien, vamos a darle un respiro a Deborah para que se recomponga —anunció William a los presentes. En ese preciso instante, como cabía esperar, una dama de honor y luego otra asomaron la cabeza—. Reverendo, ¿puede decirles a todos que vuelvan a sus puestos? Bajaremos en dos minutos.

—Eso espero —gruñó el reverendo, que obligó a William a apartarse para acceder a la puerta, donde las damas de honor se escamparon entre ráfagas de color lavanda—. Porque no pienso volver a subir esta escalera.

—Te esperamos fuera —le dijo William a Deborah antes de pedirme con gestos que lo siguiera. Lo hice y cerré la puerta al salir.

—Lo siento —me disculpé al instante—. La situación superaba mis capacidades.

—Lo has hecho muy bien —me aseguró al tiempo que echaba mano de su teléfono. Sin tener que fijarme siquiera, supe que le estaba enviando un mensaje a mi madre con la clave que usaban para comunicarse de manera rápida y privada. Pasado un segundo, oí el zumbido de la respuesta. William miró la pantalla un momento y a continuación me informó:

—La gente siente curiosidad, pero no están sacando conclusiones, todavía. Todo irá bien. Tenemos la excusa de la pestaña postiza.

Miré mi reloj.

—¿Hacen falta quince minutos para devolver una pestaña a su sitio?

—Hace falta una hora, por lo que sabe la gente de ahí abajo. —Alisó una arruga invisible de sus pantalones y se ajustó la corbata roja—. Nunca habría tomado a Deb por una de las que se echan atrás. Pero qué sé yo.

—¿Qué le has dicho aquí dentro? —le pregunté.

Él se quedó escuchando los ruidos procedentes del otro lado, atento, adiviné, a las diferencias sonoras entre el llanto y el proceso del maquillaje. Pasado un instante, me respondió:

—Ah, me ha preguntado por el amor verdadero. Si creo en él, si es duradero. Las típicas dudas previas a la ceremonia.

—¿Y qué le has contestado?

Me miró con ese talante tranquilo y seguro de sí que hacían de él y de su socia, mi madre, los mejores planificadores de bodas de Lakeview.

—Le he dicho que por supuesto. No podría dedicarme a esto si no lo creyera. Todo gira en torno al amor.

«Hala», pensé.

—¿Lo piensas de veras?

Se estremeció.

—Por Dios, no.

En ese momento se abrió la puerta. Al otro lado estaba Deborah con el maquillaje restituido, la pestaña en su sitio, el vestido perfecto en apariencia. Nos dedicó una sonrisa nerviosa y, aun mientras respondía a su gesto, yo era más consciente del rostro sonriente de William que de mi propia expresión.

—Estás preciosa —le dijo—. Vamos allá.

Le tendió la mano. Deborah la aceptó y se dejó acompañar escaleras abajo. La maquilladora los siguió con un suspiro tan quedo que únicamente yo pude oírlo y por fin me quedé sola.

Abajo, en la entrada de la iglesia, mi madre debía de estar dando instrucciones a la comitiva nupcial, ajustando tiras y solapas, ahuecando ramos y enderezando flores en los ojales. Volví a mirar el interior del despacho, donde solo quedaba un montón de pañuelos desechables arrugados. Mientras los recogía deprisa y corriendo, me pregunté cuántas novias se sentían abrumadas por idénticos sentimientos mientras hacían malabarismos en la cuerda floja que separaba su presente de su futuro, sin atreverse a saltar. Las comprendía, pero solo hasta cierto punto. Al menos habían tomado la decisión ellas mismas. Cuando otro la tomaba por ti…, bueno, eso sí que era para echarse a llorar. En cualquier caso, la música del órgano ya sonaba en la iglesia. La ceremonia acababa de

empezar. Cerré la puerta y bajé las escaleras.

Mi madre levantó su copa de vino.

—Yo les doy siete años. Lo suficiente para un par de hijos y una aventura.

—Interesante —respondió William, que sostuvo en alto su propia copa para observarla un instante. A continuación, declaró—: Yo les doy tres. Sin hijos. Pero una separación amistosa.

—¿Tú crees?

—Es la sensación que he tenido. La chica tenía serias dudas y ¿esas preguntas sobre el amor verdadero?

Mi madre lo meditó.

—Cierto. Me parece que esta vez ganarás tú. Salud.

Entrechocaron las copas, se repantingaron en las sillas y tomaron un sorbo de vino con un ademán solemne. Al final de todas las bodas, cuando los novios se habían marchado y los invitados se dispersaban por sus hogares y hoteles, mi madre y William compartían un último ritual. Se tomaban una copa, valoraban el evento y apostaban sobre el nuevo matrimonio. Su exactitud para predecir tanto el desenlace como la duración era asombrosa. Y, a decir verdad, un tanto inquietante.

Para mí, sin embargo, la prueba de fuego era la partida. Ese instante en que todos se reunían para despedirse de los novios emanaba algo revelador. Nada que ver con la ceremonia, cuando la gente estaba nerviosa y los sentimientos pasaban desapercibidos, ni tampoco con el banquete, que solía ser tan caótico como para desdibujar los detalles. Con la partida, meses de planificación quedaban atrás y años de vida en común asomaban por delante. Por eso yo siempre me aseguraba de mirar las caras de los novios con suma atención para fijarme en los signos de fatiga, las lágrimas o los atisbos de irritación. En lugar de apostar, yo les enviaba buenos deseos. Ansiaba que el resto del mundo tuviera un final feliz.

Tampoco es que los clientes llegaran a enterarse nunca. Era mi toque secreto a lo que se conocía en nuestra ciudad de Lakeview como «una boda Natalie Barrett», una experiencia tan valorada entre los prometidos recientes que, para aspirar

a ella siquiera, hacía falta apuntarse a una lista de espera y pagar una tarifa inmensa. Puede que el precio de mi madre y William fuera alto, pero cumplían lo prometido y los resultados de su trabajo podían apreciarse en cuatro gruesos álbumes, encuadernados en piel, que descansaban en la sala de espera de su oficina. Los cuatro rebosaban flamantes estampas de parejas de novios contrayendo matrimonio en todas las situaciones posibles: descalzos a orillas del mar. De etiqueta junto a un lago. En una bodega. En la cima de una montaña. En su propio jardín (precioso, decorado para la ocasión). Había bodas con cientos de invitados y bodas pequeñas e íntimas. Numerosos vestidos blancos con largas colas y algunos de otros colores y estilos (indicativos, descubrí, de segundas y terceras nupcias). La diferencia entre una celebración normal y una Natalie Barrett sería comparable al contraste entre una tienda de animales y un circo. Una boda solo consiste en dos personas que se casan. Una boda Natalie Barrett era toda una experiencia.

La boda de Deborah Bell —la política de la empresa era referirse a los eventos que planificaba con el nombre de la novia, ya que los considerábamos «el día de ella»— fue tal como cabía esperar. La ceremonia se celebró en una iglesia; el banquete, en el salón de un hotel cercano. Había cinco damas de honor y cinco padrinos, un paje portando las alianzas y una niña lanzando flores. Su decisión de optar por un grupo que tocara música en directo iba siendo cada vez menos frecuente (mi madre prefería los DJ; cuanta menos gente en disputa, mejor), así como la opción de que la cena la sirvieran camareros (hacía años que los cocineros preparando la comida al momento, los bufés y las mesas de postres se habían vuelto más populares). La noche concluyó con fuegos artificiales, una petición cada vez más demandada que suponía un engorro en cuestión de permisos, pero que literalmente hacía estallar el presupuesto. A pesar del melodrama previo, Deborah corrió hacia la limusina aferrada a la mano de su nuevo marido, arrebolada, feliz y sonriente. Se besaron en cuanto se cerró la puerta del vehículo, ante el evidente disgusto del reverendo, que se enjugaba los ojos con un pañuelo y recibía consoladoras palmaditas de su esposa mientras el coche se alejaba.

«Buena suerte», pensé yo cuando las luces traseras se perdieron tras la curva. «Que siempre sepáis responder a las preguntas más importantes del otro.»

Y entonces la boda concluyó, para ellos al menos. Para nosotros no. A nosotros nos quedaba la valoración y la apuesta, así como una inspección final del local en busca de artículos perdidos, regalos de boda extraviados e invitados durmiendo la mona o, hum, enzarzados en alguna otra actividad (os sorprendería; a mí siempre me costaba creerlo). A continuación, cargábamos en el coche portapapeles y archivadores, equipos de reparación, cinta adhesiva de doble cara, cajas de pañuelos, regletas de enchufes, cargadores de teléfono y Trankimazin, y nos íbamos a casa. Por lo general teníamos un día exacto para recuperarnos, tras el cual regresábamos de inmediato al despacho de mi madre y nos sentábamos delante de su enorme pizarra, en la que ella rodeaba la siguiente boda y vuelta a empezar.

Por más que bromeasen mi madre y William —a menudo —, les encantaba su trabajo. Era su pasión y se les daba bien. Fue así desde mucho antes de que yo tuviera edad suficiente para trabajar con ellos los veranos. Cuando era niña, me pasaba las horas pintando en el enorme escritorio de mi madre mientras ella se reunía con novias nerviosas para hablar de las listas de invitados y de la distribución de las mesas. Ahora participaba en las reuniones con mi propia libreta (de cuero, decorada con el logo de Bodas Natalie Barrett, cómo no) en el regazo, tomando notas. La transición, que siempre se había dado por supuesta, fue inevitable. Las bodas eran el negocio familiar y yo era la única familia de mi madre. A menos que contaras a William, cosa que en realidad sí hacíamos.

Se habían conocido dieciséis años antes, cuando yo tenía dos años y mi padre acababa de abandonarnos. En aquella época, mis padres vivían en una cabaña en un bosque a unos dieciséis kilómetros de Lakeview. Allí criaban pollos, tenían un jardín ecológico y fabricaban sus propias velas con cera de abeja, las cuales vendían en el mercado de los granjeros los fines de semana. Mi padre, que por aquel entonces solo tenía veintidós años, lucía una barba poblada, casi nunca llevaba zapatos y escribía un poemario de temática medioambiental

en el que llevaba trabajando desde antes de que yo fuera concebida. Mi madre, un año más joven, era vegana estricta, por las noches trabajaba de camarera en la cafetería de una cooperativa biológica cercana y, además, hacía pulseras de cuerda impregnadas con la «energía de la tierra». Se conocieron en la universidad, en una manifestación contra el sistema de educación pública, que al parecer era «opresor, misógino, cruel con los animales y malvado». Cito textualmente el panfleto que encontré en una caja escondida en las profundidades del armario de mi madre, que contenía las pocas cosas que conservaba de esa época de su vida, sin contarme a mí. En el interior, además del panfleto, había una vela de cera de abeja más bien fea, una pulsera de cuerda que hizo las veces de «anillo» en su propia «boda» (celebrada en el barro de un festival de música al aire libre y oficiada por un amigo que firmó el certificado de matrimonio, que también encontré allí, como «¡Rey Yupiii!» a secas) y una única foto de mis padres, ambos descalzos y bronceados, sosteniendo sendos rastrillos en un jardín. Yo estaba sentada en el suelo a los pies de mi madre, examinando una hoja de col, desnuda de la cabeza a los pies. Mi nombre, exclusivo para mí, era una combinación de los suyos, Natalie y Louis. Me llamo Louna.

La caja del armario que guardaba aquellos objetos se me antojaba poca cosa para alguien que en sus tiempos había defendido tan excelsos ideales y eso siempre me entristecía. Mi madre, no obstante, solamente se refería a esa época cuando los clientes se cuestionaban en voz alta si valía la pena gastar una cantidad de dinero indecente por conseguir la boda de sus sueños.

—Bueno, a mí me casó un tipo que iba puesto de setas mágicas en un lodazal —decía entonces— y creo que eso condenó el matrimonio desde el principio. Pero cada caso es distinto.

A continuación, guardaba silencio durante un par de segundos para darles tiempo a los clientes a imaginar a Natalie Barrett —con su carísimo traje a medida, su peinado perfecto y sus característicos pendientes, anillo y collar de diamantes— vestida como una hippy mugrienta en una boda sin futuro. No podían imaginárselo, pero eso no les impedía firmar en la línea de puntos para asegurarse de no seguir sus

pasos. Más vale prevenir que curar.

En realidad, la culpa de que el matrimonio de mis padres llegase a su fin no la tuvo el lodazal ni el oficiante, sino mi padre. Después de tres años en los bosques fabricando velas y «escribiendo poemas» (mi madre decía que nunca lo vio redactar ni una línea), se cansó de pasar penurias. No le sorprendió a nadie. Lo había criado en San Francisco un padre que poseía más de diez concesionarios de automóviles de lujo, así que no había nacido precisamente para vivir de la tierra a largo plazo. Desde que mi madre y él se dieron el «sí, quiero», su propio padre no dejó de repetirle que si renunciaba al matrimonio —y, en consecuencia, al bebé—, le cedería un concesionario de Porsche para él solo. Mi madre entonces ya culpaba al capitalismo de todos los males del mundo. Cuando su verdadero amor aceptó la oferta, se lo tomó como algo personal. Tres años después, tras una larga temporada sin dar señales de vida, mi padre falleció en un accidente de tráfico. No recuerdo que mi madre llorase ni reaccionase a la noticia, aunque debió de hacerlo, de algún modo. Yo no. Una no puede echar de menos lo que no ha conocido.

Y yo conocía a mi madre y nada más que a mi madre. No solo me parecía a ella —los mismos rasgos, cabello oscuro, piel cetrina—, sino que en ocasiones tenía la sensación de que éramos la misma persona. Sobre todo, porque sus propios padres, una pareja de cierta edad y adinerada, la habían repudiado en la época de la boda en el lodazal, así que siempre habíamos estado solas. Cuando mi padre se las piró, ella vendió la cabaña y nos mudamos a Lakeview, donde, después de rebotar de un empleo de camarera a otro, consiguió un puesto en el departamento de listas de bodas de Textiles, Etc., la cadena de artículos para el hogar. A primera vista, el empleo no le iba demasiado, ya que es difícil encontrar una tradición más comercial que las bodas. Pero mi madre tenía una hija que alimentar y en su vida anterior había sido presentada en sociedad y asistido a clases de etiqueta en el club de campo. Puede que ese mundo le provocase náuseas, pero lo conocía bien. Poco después, las novias preguntaban por ella cuando acudían a escoger vajillas o cuberterías de plata.

Cuando contrataron a William, un año más tarde, mi madre contaba ya con un nutrido grupo de seguidoras. Mientras formaba al recién llegado y le enseñaba todo lo que sabía, trabaron una estrecha amistad. Trabajaban en la trastienda, pasaban largas horas con las novias y las oían hablar —y a menudo quejarse— de la planificación de sus bodas. Aprendieron qué organizadores eran buenos y cuáles no, redactaron listas de viveros de la zona, proveedores de cáterin y DJ para recomendárselos a las clientas. Sus consejos empezaron a concretarse en eventos específicos y acabaron planificando unas cuantas bodas de principio a fin. Mientras tanto, a la hora del almuerzo y entre las copas o las cenas que compartían al salir de trabajar, empezaron a hablar de crear su propia empresa. Poco después, con la sociedad firmada y un préstamo de la madre de William aceptado, pusieron el negocio en marcha.

Mi madre poseía el cincuenta y uno por ciento del negocio, William se quedó con el cuarenta y nueve, y pusieron el nombre de ella en la puerta. Sin embargo, los detalles legales terminaban ahí. Fuera cual fuese la batalla que implicase una boda en concreto, estaban juntos en las trincheras. Hacían sueños realidad, les gustaba decirse el uno al otro y a cualquiera que quisiera escucharlos, y no mentían. Pese a todo, aquel talento jamás se aplicaba a su propia vida amorosa. Mi madre apenas había salido con nadie desde que rompió con mi padre y, cuando lo hacía, escogía personas que no aspirasen a una relación duradera, «para que nadie se llame a engaño», decía. Por su parte, William, que llevaba fuera del armario desde los ocho años más o menos, todavía no había conocido a ningún hombre que cumpliera ni por asomo sus altas expectativas. Lo sobrellevaba inclinándose también hacia relaciones para nada ideales que carecían del más mínimo potencial para convertirse en relaciones a largo plazo. Se empeñaban en que el amor verdadero no existía, por más que se ganasen la vida explotando la misma ilusión que tanto denostaban. Así pues, ¿por qué molestarse en buscarlo? Además, se tenían el uno al otro.

Aun siendo una niña, yo ya sabía que esa postura era disfuncional. Pero, por desgracia, me habían inculcado desde la más tierna infancia, a fuerza de repetirlas, las sarcásticas

opiniones de mi madre y de William sobre conceptos como «romanticismo», «por siempre jamás», «amor» y otras ideas clave. Yo estaba hecha un lío, por decir algo. Por otro lado, vivía y respiraba el sueño del gran día, me llevaban a ceremonias y banquetes, presenciaba reuniones sobre todos y cada uno de los soporíferos detalles, desde las tarjetas «reserva la fecha» hasta las figuras del pastel. Pero lejos de los clientes y del trabajo, estaba sometida al runrún constante de que todo era una farsa, de que en realidad no había ni un solo hombre bueno y de que todos estábamos mejor solos. No es de extrañar que, pocos años antes, cuando mi mejor amiga Jilly se volvió loca por los chicos, yo fuera tan reacia a unirme a ella. Era una chica de catorce años tan desengañada como una divorciada de mediana edad y repetía como un mantra eso que había oído una y otra vez. «Bueno, al final te llevarás un chasco, así que mejor no te hagas ilusiones», decía sacudiendo la cabeza mientras ella intercambiaba mensajes con algún cachas del equipo de fútbol. O le advertía: «No le des lo que no estés dispuesta a perder» cuando se planteaba en plan dramático si confesarle sus sentimientos al chico que «le gustaba». Puede que la gente de mi edad se dedicara a ligar, en parejas o en grupos más grandes, pero yo me quedaba al margen, figurada y literalmente, como la clásica amargada que acaba sola en las comedias románticas o en el último estribillo de cualquier canción de amor. Al fin y al cabo, había aprendido de los mejores. No se me podía culpar, aunque no por ello resultara menos cargante.

Pero un buen día, el verano anterior, en una tórrida noche de agosto, todo eso cambió. De repente fui capaz de creer, al menos durante un tiempo. Acabé con el corazón roto en mil pedazos, situación que empeoraba al saber que no podía culpar a nadie salvo a mí misma. Si me hubiera alejado a tiempo, si hubiera dicho «no» por segunda vez y no solo la primera, si me hubiera marchado a casa a dormir y hubiera dejado atrás ese despliegue de estrellas cuando tuve ocasión… En fin.

En aquel momento, mi madre apuraba su copa y la dejaba sobre la mesa.

—Ya son más de las doce —observó, echando un vistazo a su reloj—. ¿Nos ponemos en marcha?

—Un último repaso y nos vamos —respondió William, que al momento se incorporó y se sacudió los pantalones. Por norma general, nos vestíamos para las bodas como si fuéramos invitados, pero discretos. La idea era integrarse, aunque no demasiado. Como todo en este negocio, la clave estaba en un delicado equilibrio.

—Louna, encárgate del vestíbulo y de la zona exterior. Yo miraré por aquí y en los baños.

Asentí y enfilé por el salón de banquetes, vacío excepto por unos cuantos camareros que apilaban sillas y retiraban copas. Las luces seguían encendidas y, mientras caminaba, vi pétalos de flor y servilletas arrugadas por el suelo, junto con algunos vasos de tubo y latas de cerveza. Fuera, en el vestíbulo, no había nadie salvo un tipo que se asomaba a una puerta entreabierta para llevarse un puro a la boca bajo un cartel de PROHIBIDO FUMAR.

Seguí avanzando hacia las puertas que daban al exterior, por las que se colaba el frescor de la noche. El aparcamiento también estaba desierto, no había nadie por allí. O eso pensé hasta que me di media vuelta y vi que una de las damas de honor de Deborah, una chica alta de color que llevaba un peinado de trencitas y un aro en la nariz —¿Malika? ¿Malina? — estaba de pie junto a una jardinera. Tenía un pañuelo en la mano y se enjugaba los ojos con delicadeza. Yo me pregunte, no por primera vez, qué tenían las bodas para que a todo el mundo le diera por llorar. Cualquiera diría que las lágrimas son contagiosas.

Levantó la vista de repente y me vio. Yo enarqué las cejas y la chica me devolvió una sonrisa triste al tiempo que negaba con la cabeza: no necesitaba mi ayuda. Hay momentos en los que intervenir y momentos en los que no, y yo había aprendido hacía tiempo la diferencia. A algunas personas les gusta exteriorizar su tristeza, pero la gran mayoría prefiere llorar a solas. A menos que mi trabajo me exigiera otra cosa, las dejaba tranquilas.

CAPÍTULO 2

—¿Sabes qué? —dijo Jilly desde el interior de mi vestidor—. Este trabajo tuyo está arruinando mi vida amorosa.

—Siempre dices lo mismo —repliqué.

—Y siempre lo digo en serio. —Se oyó un golpe seguido de la caída de algún objeto—. Hala. ¿De verdad el rosa no tiene tirantes? Qué impropio de ti. Me lo estoy probando. Crawford, date la vuelta.

Miré a su hermano de diez años, que estaba de pie junto al escritorio hojeando mi libro de mates. Se subió las gafas, suspiró y se giró. Mientras tanto, yo me cambié de cadera a su hermanita, Bean, al mismo tiempo que intentaba abrirle el puño para que me soltase el pelo. Ella me mordió el hombro con las encías y me dejó un hilillo de baba en la manga de la camisa. Como sus padres tenían que hacer malabarismos para atender su imperio de *food trucks*, las visitas de Jilly siempre incluían a parte de su familia.

—Vale —anunció pasado un ratito y salió enfundada en un vestido veraniego color sandía de una talla inferior a la suya. Además, la prenda tenía tirantes la última vez que la vi. Pero a Jilly le gustaban los vestidos cortos y ajustados que acentuasen al máximo sus generosas curvas. Por más que ese no fuera mi estilo, ni por asomo, no podía sino admirar hasta qué punto se sentía cómoda con su cuerpo. La mayoría de las chicas del cole hablaban constantemente de dietas y espacio hueco entre los muslos, pero mi mejor amiga navegaba a contracorriente. Era una más de mil cosas que me encantaban de ella—. ¿Qué te parece?

—Que sí tiene tirantes —señalé según me acercaba para extraer uno—. ¿Lo ves?

Ella echó un vistazo por encima de su hombro pecoso.

—Ah. Bueno, al menos son finitos. ¿Me sacas el otro?

Hice lo que me pedía y Bean aprovechó para intentar agarrarla con sus dedos gordezuelos. Jilly siempre llegaba a mi casa vistiendo un modelito y se marchaba enfundada en

otro. Tenía todo un estante en mi vestidor repleto de prendas suyas, tan ordenadas como las mías, que ella pasaba por alto cada vez que se metía ahí dentro.

—Bueno, sobre lo de esta noche —prosiguió mientras retorcía el brazo por debajo del tirante y acomodaba su amplio pecho en el cuerpo del vestido. Yo usaba una copa C en el mejor de los casos mientras que ella llenaba una D, de modo que aportaba a mi ropa un factor supersexy al que yo no podía ni aspirar—. Hemos quedado con los chicos en Bendo cuando termine la última banda. Los Catástrofe.

—Genial o Catastrófico —la corregí.

—Eso. —Se dio media vuelta y me ofreció la espalda para que le bajara la cremallera—. Puedes venir después de la boda. Has dicho que acabarías pronto, ¿no?

—No. He dicho que la boda empieza a las seis. Terminaremos a las diez o más tarde.

—Ese vestido te queda demasiado ajustado —observó Crawford en el tono inexpresivo que lo caracterizaba. Era su manera de hablar desde que llevaba pañales y su familia se mudó detrás de nuestra casa, al otro lado del pequeño arroyo que separaba las dos viviendas. En aquella época, Jilly y yo teníamos diez años, su hermano tenía dos y las gemelas y Bean ni siquiera habían nacido. Los padres de Jilly se empleaban a fondo en todo, incluida la procreación.

—No te preocupes por mí. Sigue leyendo tu libro —le respondió al tiempo que se recolocaba la delantera.

—Es el libro de Louna —observó él a la vez que pasaba una página—. Y hay que cambiarle el pañal a Bean.

Así que eso era lo que olía mal. Crawford, listo a rabiar y con escasas capacidades sociales, iba siempre un paso por delante de los demás. Sin más comentarios, Jilly me arrebató a Bean, la tumbó en el suelo, me tendió un mordedor y continuó.

—Déjate de excusas, ¿vale? —me dijo—. Ha pasado casi un año. Es hora de que vuelvas ahí fuera. No puedes esconderte siempre detrás del trabajo.

—Y ¿«ahí fuera» es un club sucio y pegajoso?

—En este caso concreto, sí.

—La suciedad atrae virus —intervino Crawford—. Y los virus provocan enfermedades.

—Vienes, escuchas un poco de música y nos pasamos por un par de fiestas, nada más —me dijo Jilly. En ese momento Bean gateaba por debajo de mi cama—. Será divertido. Te lo prometo.

—Espera un momento. No me habías dicho nada de una fiesta. Ni de fiestas, en plural.

Resopló ruidosamente, esta vez sin necesidad de respirar antes.

—Louna —empezó. Alargó las manos para aferrarme los brazos—. Soy tu mejor amiga. Sé lo mal que lo has pasado y soy consciente de que estás asustada. Pero todavía somos jóvenes. Tenemos toda la vida por delante. Qué privilegio, ¿verdad? No lo desperdicies.

Esa era la gran cualidad de Jilly. Podía parecer abrumadora en muchos aspectos, porque era una chica grande, ruidosa y vital a la que le importaba un comino lo que pensaran de ella. Siempre llevaba a cuestas a dos de sus hermanos como mínimo, se apropiaba de mi ropa y estaba empeñada en buscarme otro novio, aunque —y especialmente porque— yo no lo deseaba. Y a pesar de ser tan irritante y de que su personalidad estuviera en las antípodas de la mía, de vez en cuando decía algo como eso, conmovedor, directo y, maldita sea, cierto. Su corazón, por despistada que ella anduviera en otros aspectos, se las ingeniaba para dar en el clavo. Qué privilegio, ya lo creo que sí.

—Intentaré pasarme —le dije.

—No te pido más. —Se inclinó para plantarme un besazo en la mejilla justo cuando su teléfono emitía un aviso. Lo extrajo de la parte superior del vestido (su espacio de almacenaje favorito) y echó un vistazo a la pantalla—. Las gemelas tienen clase de gimnasia. Lo había olvidado.

—Odio los gimnasios —intervino Crawford—. Huelen a esterillas y a pies.

—No le falta razón —me dijo Jilly, que de nuevo se estaba mirando en el espejo. Volvió la vista hacia mi vestidor y enarcó las cejas—. Espera, ¿son nuevas esas sandalias negras de ahí? ¡Sujétame el teléfono! Acabo de hacerme la pedicura.

Se agachó por delante de mí y alargó el brazo más allá de las filas de zapatos que me ponía a diario para alcanzar un par de sandalias negras con la hebilla dorada que había

llevado una única vez. Solo con ver las tiras colgando de su mano, enganchadas a su pulgar, se me cayó el alma a los pies.

—No —dije en un tono cortante, más brusco de lo que pretendía—. Esas no.

Ella miró los zapatos y luego a la zona de donde los había cogido, apartados de los demás. Lo captó en un periquete. En silencio, volvió a dejarlos en el suelo.

—Ah, vale —asintió—. Perdona.

Yo no respondí. Únicamente intenté recuperar la compostura —¿por qué aquello todavía me afectaba tanto?— mientras ella se inclinaba para recoger a Bean. Cuando se levantó, me percaté de que Crawford me estaba observando con una expresión tan seria como de costumbre y, aunque sabía que solo era un niño y no estaba al tanto de nada, tuve que apartar la vista.

Se marcharon pasados unos minutos con el ruido que los acompañaba en cada cambio de escenario: los gritos de Bean y las pullas de Jilly y Crawford escaleras abajo. Al llegar al jardín trasero, mi amiga miró a la ventana agitando los dedos. Le devolví el saludo y me quedé mirando como se alejaban por el jardín. Jilly saltó el arroyo, ligera aun llevando un bebé a cuestas, pero Crawford paró y se inclinó para examinar algo que había al borde del agua. Pasado un momento su hermana le gritó que se diera prisa y él reanudó la marcha.

En mi habitación se hizo ese silencio especial que únicamente reinaba cuando los Baker abandonaban la casa. Como familia se las traían, estaba claro, pero no quería imaginar cómo habría sido mi existencia si ellos no se hubieran mudado al barrio. Mi casa era el colmo de la limpieza y el silencio, pues estábamos solo mi madre y yo, con todo tan ordenado. Saber que ese agradable desorden andaba cerca me aportó tranquilidad desde el día uno. Todos necesitamos fundirnos en una multitud de vez en cuando.

Sin embargo, estaba sola ahora mientras me encaminaba al vestidor. Allí, en ese espacio pequeño y oscuro, recogí una sandalia negra, luego otra, y las dejé donde estaban, en el rincón, debajo del vestido negro que tampoco volví a ponerme después de la primera vez. Ya no tenía la sensación de que fueran míos, sino más bien de otra chica procedente de una época distinta. Y, a pesar de todo, no podía

deshacerme de ellos. Todavía no.

—Me encantan las terceras nupcias —exclamó William con aire alegre mientras esperábamos junto a la piscina del club de campo a que los invitados ocuparan sus asientos—. Todo el mundo emana tranquilidad. Deberíamos especializarnos en estas bodas, apropiarnos de ese nicho de mercado.

—No tendríamos suficiente trabajo —opinó mi madre, siempre tan realista—. Además, echarías de menos la neurosis de las novias jóvenes. Estaríamos desperdiciando tu talento.

—Eso es verdad —asintió él mientras seguía con los ojos a un hombre de edad avanzada enfundado en un traje ajustado que estaba a punto de sentarse en una de las primeras filas, reservadas para la familia. William era la persona más consciente de su entorno que yo conocía, igual que un gato listo para saltar a la primera de cambio. Advertí que yo misma contenía el aliento hasta que la esposa del hombre lo cogió por el codo y lo arrastró hacia una fila posterior.

—Hablando de novias jóvenes, he llamado a Bee y me ha confirmado que el lunes a primera hora acudirá para empezar con los preparativos.

Mi madre suspiró.

—Ya sabes que odio trabajar con prisas, William.

—La boda se celebra en agosto. Estamos en abril.

—Finales de abril —lo corrigió mi madre—. Y me parecería bien si fueran terceras nupcias. Pero no es así. Es una boda de alta sociedad con altas exigencias, lo cual significa que debería haberse empezado a planificar hace un año.

—Te olvidas del alto presupuesto —señaló William.

—El dinero no lo es todo. —Aguardé un instante, sabiendo lo que venía a continuación. Por supuesto—: La cordura no tiene precio.

—Pero si lo tuviera, lo pagarían.

Ambos guardaron silencio cuando otro invitado se encaminó hacia la primera fila. En cuestión de minutos, William echaría mano de las tarjetas con la palabra RESERVADO (escrita con su letra casi caligráfica, también conocida como la fuente oficial de Bodas Natalie Barrett) y las colocaría en los asientos. Por lo general procuraba evitarlo y rehuía

cualquier detalle innecesario en un evento, incluidas las elegantes tarjetas impresas. Pero nunca se podía subestimar el «factor idiota». Era otro de los mantras de mi madre.

—Veinte minutos —dijo mi madre tras echar un vistazo a su reloj de muñeca—. Coloca unas cuantas tarjetas, para que no tengamos que hacer de policías. Louna, ¿te puedes ocupar de la UFD?

Asentí y eché un vistazo al teléfono para comprobar una vez más que estuviera silenciado. La Última Fila a la Derecha solía ser mi ubicación en celebraciones como esta, cuando había cortejo nupcial. Era una versión de nuestra estrategia de los tres frentes: ella daba la salida a la comitiva, yo los vigilaba durante el recorrido y William se situaba cerca del altar. Desde allí podía intervenir si alguien se desmayaba, las alianzas caían al suelo o no aparecían, o si las niñas de las flores y los pajes se desmadraban en plena ceremonia. (Cosas que sucedían a menudo, si bien una sola vez ocurrió todo a la vez, un evento al que nos referíamos sencillamente como el Desastre.)

Nos separamos para ocupar nuestros puestos. Llevábamos nueve meses organizando esta celebración, la boda de Eve Little, y William tenía razón: había sido coser y cantar. La novia tenía más de cincuenta y el novio superaba los setenta. Tenían muchísimo dinero y muy pocas exigencias específicas, aparte de pedir que la boda se celebrase en el Club de Campo de Lakeview, en una de cuyas pistas de tenis se conocieron. El club se encargaba del banquete, habían contratado a nuestro DJ favorito y en principio la fiesta no debía alargarse más allá de las diez en punto.

El único contratiempo lo protagonizó la hija de la novia, Beatrice. Cuando se prometió, un par de semanas atrás, decidió que ella también quería disfrutar de una Boda Natalie Barrett. La complicación se debía a que Beatrice y su novio tenían previsto casarse a mediados de agosto, antes de trasladarse a la otra punta del país a finales de verano con motivo de una residencia médica, de modo que había que organizarlo todo lo antes posible. Por lo general, entre la lista de espera y la obsesión de mi madre por organizar los eventos al milímetro, no aceptábamos nada que nos obligara a correr. Pero Eve Little había planteado tan pocos problemas y

estaban gastando tanto dinero que William, al final, se rindió. Y eso suponía, bueno, el cuarenta por ciento de la batalla.

Me encaminé a la última fila de las sillas que había ayudado a colocar un par de horas atrás y ocupé mi lugar junto al pasillo. Como de costumbre, había unas cuantas personas agrupadas al final, algo que a William le daba mucha rabia, porque prefería uniformidad en la zona del público. «¿Por qué hacen eso? ¿Acaso piensan que los van a invitar a participar?», resoplaba. En casos extremos, incluso lo había visto ejercer su autoridad y reasignar asientos a la gente, aunque eso solo lo hacía si estaba de un humor de perros.

Yo no me tomaba las cosas tan a pecho, así que saludé con una inclinación de la cabeza a una pareja sentada a pocos asientos del mío y consulté la hora en el teléfono. Faltaban quince minutos para el comienzo de la ceremonia cuando recibí el primer mensaje de mi madre al grupo.

«Bañistas de camino a la piscina.»

En un abrir y cerrar de ojos apareció William, como por arte de magia, detrás de un seto envuelto en luces. Con suavidad, cortó el paso a una mujer y a su hijo, los dos en bañador, y los redirigió fuera de la «zona cerrada por celebración».

La música del órgano irrumpió tan súbitamente que pegué un bote al oírla y no fui la única. Antes de que mi madre pudiera enviarme el inevitable «¿Qué narices pasa?», me levanté de la silla y me encaminé con brío al fondo del recinto de la piscina, donde el DJ, Monty, ya estaba uniendo las manos en un gesto de disculpa. Todo controlado.

Doce minutos. Me volví para mirar la entrada del patio, donde mi madre estaba inclinada hacia el paje rubito que llevaría los anillos. De todo lo que puede salir mal en una ceremonia, le molestaba por encima de todo el caos asociado con perros y niños, y en ambos casos adoptaba lo que ella consideraba una ofensiva discreta. Para los perros, la estrategia consistía en un buen surtido de salchichas cortadas a trocitos, que se guardaba en la manga dentro de una bolsita con cierre hermético. En cuanto a los niños, por lo general bastaba con un soborno a base de golosinas y una voz severa, si bien en este caso la clave estaba en el equilibrio. Ya había

suficientes emociones a flor de piel como para que el llanto de un niño lo pusiera todo patas arriba.

A siete minutos del comienzo, yo ya estaba de vuelta en mi asiento mirando a William, que inspeccionaba a la concurrencia mientras los últimos invitados se acomodaban. Cada vez que se fijaba en la falta de cuerpos entre la cuarta y la última fila fruncía el rostro compungido, aunque solamente yo notaba la ausencia, estoy segura.

A las seis en punto, la música debía de empezar a sonar. En vez de eso, mi teléfono volvió a vibrar. Leí el mensaje dos veces y seguía sin entenderlo.

«HDP ausente xa cortejo.»

Allí delante, William acababa de recibir el mismo mensaje. Me miró con las cejas enarcadas.

«¿Qué?», escribí. Un hombre sentado a dos asientos del mío miraba el reloj.

«Ven ahora mismo», fue la respuesta, y antes de terminar de leerlo ya estaba de pie y en movimiento.

No corras, no corras, me recordé a mí misma intentando darme prisa con un ademán eficiente, pero sin que pareciera que había entrado en pánico mientras recorría el patio. Cuando llegué al vestíbulo del club, encontré al cortejo nupcial en posición, con el portador del anillo a la cabeza y bañado en lágrimas. Detrás de él, y de las parejas de damas de honor y padrinos, había un corrillo formado por Eve Little —radiante con su vestido amarillo pálido de mangas tipo tulipán; ¡cómo me gustaban las terceras nupcias!—, la hija, Bee, y mi madre. Todas hablaban al mismo tiempo.

—… no podemos hacer bien nuestro trabajo si no conocemos el orden exacto —estaba diciendo mi madre cuando llegué—. Las incorporaciones de última hora lo complican, cuando no lo imposibilitan.

—Lo entiendo —decía Eve, mientras Bee, con el teléfono pegado al oído, escudriñaba la sala—. Pero ¡estaba aquí mismo!

—Es así de escurridizo —me dijo Bee, como si yo supiera de qué iba todo aquello—. ¿Y si lo buscamos fuera?

Volví la vista hacia mi madre, que me espetó:

—Ya la has oído. ¡Búscalo fuera!

—¿A quién? —pregunté—. Todo el mundo está aquí.

Lo sabía porque «la chuleta» era una de mis tareas. La víspera de cualquier evento, yo preparaba una hoja de papel con la lista de la comitiva nupcial y la familia pertinente, los contactos de los proveedores que habíamos contratado (empresa de cáterin, DJ, florista), así como el horario final acordado para la celebración, desde la llegada de los invitados hasta nuestra partida. En el último momento, nuestro programa se había ido al traste.

—Ambrose —dijo Eve. Al oír eso mi madre intentó (o en realidad no lo hizo) disimular su rabia.

—¿Quién?

—Mi hermano —me aclaró Bee. Se cambió de mano el ramo de rosas y lirios blancos. Era una chica preciosa, rubia, de piel aterciopelada y ojos azules, el tipo de hermosura que resultaría irritante si no fuera tan simpática—. No pensaba venir, pero al final ha cambiado de idea. Alto, rubio como yo. Seguramente estará hablando con alguna chica. Atízale un sopapo si hace falta.

Así pues, HDP significaba «el hijo de la prometida». Y se podía interpretar en el sentido más coloquial también, si de verdad todo se había retrasado por su culpa.

—Voy —le dije a mi madre, ya enfilando hacia la salida del vestíbulo. Antes de abrir la puerta, eché un último vistazo a mi espalda, a tiempo de ver que William avanzaba a toda prisa por el pasillo con el móvil pegado a la oreja. Si mi madre y él habían decidido hablar por teléfono en lugar de intercambiar mensajes, aquello era todavía peor de lo que pensaba.

Fuera, pasé la vista a toda prisa por el aparcamiento. Dos golfistas charlaban al lado de un Audi, con los palos de golf asomando del maletero, mientras que un chico vestido con uniforme de cocinero amontonaba cajones de hortalizas junto a la entrada de la cocina. Por lo demás, nada que ver. O eso pensaba hasta que escuché el tintineo de lo que solo podía ser, en cualquier mundo posible, la risa de una chica guapa.

Venía de detrás de una furgoneta con el logo de la floristería, a unas pocas plazas de donde estaba yo, y la siguió otra risa entre dientes, que claramente era masculina. Me encaminé hacia allí al mismo tiempo que me preguntaba, por enésima vez, por qué no habría escogido trabajar en una

cafetería, una librería o cualquier otro lugar que no involucrase acorralar a desconocidos contra su voluntad. Rodeé el vehículo y carraspeé.

Cuando vi a Ambrose Little por primera vez, me asaltaron dos pensamientos distintos, y ambos marcarían los sentimientos que iba a inspirarme ese chico a partir de entonces, aunque todavía no lo sabía. En ese instante fui consciente de lo siguiente: en primer lugar, era increíblemente guapo. En segundo, la mera visión del chico —un breve vistazo de perfil, desde la distancia— me irritó de un modo que no me supe explicar.

Para empezar, su aspecto. Bee tenía razón: compartían el mismo color de pelo y los mismos rasgos. Pero Ambrose, que vestía un elegante traje con camisa blanca, era alto, casi larguirucho, de brazos y piernas largos, pómulos marcados y un flequillo lacio y rubio apenas lo bastante enmarañado como para que intuyeses el rato que le había dedicado. Podría compararse al signo de exclamación al principio de una frase, cuya presencia te advierte de que se avecina algo complicado.

En cuanto al factor irritación, el análisis era más peliagudo. Puede que me molestase el hecho de que fuera guapísimo, como si el muñeco Ken surfista de mi infancia, con su cuerpo escultural y su pecho plano, hubiera cobrado vida. En cualquier caso, nunca antes me había producido nadie una aversión tan visceral con solo verlo. Me hacía sentir superficial de un modo que no me gustaba.

Sin embargo, en aquel momento él ni siquiera había reparado en mi presencia, ocupado como estaba en inclinarse hacia una chica exuberante de rasgos indios, vestida con un pantalón corto color caqui y una camiseta de golf con el escudo del club de campo. Ella, por su parte, estaba recostada contra un Toyota con un llavero colgando de una mano. Estaban tan entrelazados como se puede estar sin llegar a tocarse y, a pesar de mi aviso sonoro, ninguno de los dos se percató de mi llegada.

—Ambrose —dije con mi voz más grave. Esta vez se volvió a mirarme y su flequillo ondulado se desplazó al otro lado de su frente. Ahora que lo veía bien, advertí que se trataba de una onda perfecta, tan impecable que daban ganas de estirarla. Ese pensamiento volvió a irritarme.

—La boda va a empezar. Te necesitamos en tu puesto.

Me dedicó la clásica sonrisa lánguida de niño rico, un despliegue de dientes blancos y seguridad en sí mismo.

—Vaya, hola. Y tú, ¿quién eres?

La chica hizo una mueca. Obviamente le disgustaba ese giro de los acontecimientos. Respondí:

—Trabajo para Natalie Barrett, la organizadora de bodas. Necesito que me acompañes. Ahora.

Entre risas, me saludó al estilo militar con la mano casi pegada al flequillo.

—¡Sí, señora! En un periquete estoy contigo.

Tras eso, se volvió de nuevo hacia su amiga, que levantó la cabeza tan pronto como recuperó su atención.

Algunas personas se preguntan qué haría Jesús ante situaciones complejas. Yo, al menos cuando se trataba de trabajo, solo tenía un buen ejemplo para seguir y sabía que, si ella estuviera en mi lugar, tomaría las medidas necesarias para asegurarse de que las cosas salieran según lo previsto. El próximo verano, una librería o una cafetería, me prometí. A continuación, avancé decidida, aferré la muñeca de Ambrose Little y procedí a arrastrarlo hacia la entrada del club.

—¿De qué vas? —exclamó la chica entornando los ojos—. No puedes…

Pero sí podía y lo estaba haciendo. Esperaba resistencia, de ahí que tirara de él con todas mis fuerzas. En vez de eso, perdió el equilibrio y se tambaleó hacia mí buscando un punto de agarre, que resultó ser mi pecho izquierdo. Ahora estaba arrastrando a un chico que me metía mano bajo la atenta mirada de los golfistas. Qué bien.

—Normalmente me gustan las chicas asertivas —comentó Ambrose, que recuperó el equilibrio mientras yo le apartaba la mano de un manotazo—. Pero tú te pasas un poco de la raya.

Hice caso omiso del comentario, por miedo a lo que pudiera decirle si respondía. Casi habíamos llegado a la entrada del club; en cuanto cruzáramos el umbral, sería el problema de mi madre y yo podría regresar al sitio que me correspondía, en la UFD.

—Me parece que no nos han presentado como es debido —prosiguió él. Entretanto yo empujaba la puerta acristalada

con la mano libre—. Soy Ambrose. ¿Y tú eres…?

—Por fin —gruñó mi madre, que acudió a nuestro encuentro nada más vernos entrar. Dirigí una ojeada al reloj de la pared: eran las seis y cuarto. Teniendo en cuenta que la jefa acostumbraba a presumir de la puntualidad de sus bodas, cada minuto de retraso suponía un grado más en su nivel de irritación. Ambrose tal vez no lo supiese, pero de haberse entretenido más rato, su muñeca no habría sido lo único que habría acabado estrujado. Debido a la situación, el chico le dedicó la misma sonrisa encantadora y ella le respondió con una mirada tan gélida que casi lo compadecí. Casi.

—Por aquí —ordenó mi madre de malos modos. Le solté la mano a Ambrose, aliviada de largarme de allí y abandonar la refriega. El chico la siguió sin interponer el menor comentario, protesta o reticencia. Incluso él comprendió al instante quién mandaba allí.

Mi teléfono vibró. William. «¿Novedades?»

«Todo en orden», respondí. «De camino a la UFD.»

Rebasé a Ambrose y a su madre, y luego al resto de la comitiva nupcial. Llevaban tanto rato esperando en formación que su desasosiego era más que evidente. Mientras pasaba junto a las damas de honor, noté una mano en el brazo. Cuando me volví a mirar, Bee me dedicó una sonrisa de gratitud.

—Gracias por traer al idiota de mi hermano.

Asentí. Como es obvio, no le dije que Ambrose no era nada de eso.

—No hay de qué.

De regreso a la última fila de asientos, noté el murmullo especulativo que había despertado el retraso. Todas las esperas suenan igual para un oído menos avezado, pero yo conocía la diferencia y también William, quien afirmaba que la energía de un mal comienzo es capaz de gafar todo el evento. Cuando lo avisté detrás de una columna, no me sorprendió notar que apretaba los labios, lo más parecido a una mala cara que se permitía cuando estaba trabajando.

Por fin, a las 18.23, empezó a sonar la marcha nupcial. Me di la vuelta en el asiento y miré por encima del hombro cómo el paje y la niña de las flores desfilaban despacio lanzando pétalos a su paso. Mientras William los acompañaba a sus

puestos, arrancó el resto de la comitiva, de dos en dos, igual que animales de camino al Arca de Noé. Bee me dedicó otra sonrisa al pasar y yo tuve la clara sensación de que estaba acostumbrada a disculparse por la conducta de su hermano. En cambio, cuando Eve y él pasaron por mi lado entre las exclamaciones de admiración que despertaron el vestido amarillo de ella y Ambrose tan guapo con su traje de gala, él ni siquiera me vio.

Las bodas consisten en una serie de momentos especiales ensartados como las cuentas de un collar. Sin duda cada uno posee su propio encanto por sí mismo, pero al unirlos obtienes una obra de arte. Si hacíamos bien nuestro trabajo, el hecho de que los primeros instantes se hubieran torcido pasaría al olvido después del primer baile, los brindis y el momento de cortar la tarta. Pero, en realidad, en una boda (o mundo) ideal, uno aspira al mejor comienzo posible. Si empiezas dando el do de pecho, sea cual sea la canción, hay más probabilidades de que te suene a música celestial.

A las 21.47, aunque nos habíamos fijado las diez de la noche como límite máximo, la pista de baile seguía abarrotada. Aun así, no me tranquilizaba no haberme equivocado cuando había hablado con Jilly antes. El día había sido inesperadamente caluroso para finales de abril y la combinación de estrés, sol y largas horas de pie me habían pasado factura. No me apetecía acercarme a Bendo y menos aún hacer el esfuerzo necesario para «salir ahí fuera» con dos chicos a los que ni siquiera conocía. Y desde luego no tenía ganas de bailar. De ahí que, cuando Ambrose Little se asomó al fondo de un baile en línea un tanto chapucero, me vio y me sugirió por gestos que me uniera a ellos, me limité a negar con la cabeza.

No tuve ni que pensarlo, pero no por nada relacionado con él. He aquí la regla de oro cuando trabajabas para Natalie Barrett: recuerda cuál es tu sitio. No era raro que los clientes, a lo largo de los muchos meses de planificación, acabaran por desarrollar cierta dependencia hacia nosotros. Los grandes acontecimientos vitales cargados de emotividad tienden a propiciar sentimientos ambiguos. Sin embargo, «nadie quiere

mirar las fotos de su boda más tarde y ver al organizador comportándose como un invitado», recordaba siempre mi madre a los empleados eventuales que contratábamos en ocasiones para las fiestas más grandes. «Si no nos quedamos al margen, no hemos hecho bien nuestro trabajo.»

Por eso no me sorprendió que me invitara a bailar. Sucedía de tanto en tanto, en particular si había barra libre. No esperaba, en cambio, que reaccionara a mi negativa sacudiendo la cabeza a su vez, acercándose a mí y alargando la mano para tomar la mía.

—Bailar facilita la reconciliación —dijo. Me ofreció la palma de la mano mientras la música se apagaba y empezaba otra canción—. ¿Nos reconciliamos?

—No, gracias —respondí.

Él agitó los dedos con brío, como si imitar a una anémona marina pudiera hacerme cambiar de opinión.

—Gracias, pero no —le dije, optando por la fórmula que reservaba para estas situaciones.

—¡Ambrose! —gritó desde la pista una chica con un vestido corto de color rosa y marcas de sandalias en los pies descalzos —. ¡Ven aquí! ¡Te necesitamos para bailar la conga!

—¿Lo has oído? —insistió él—. ¡La conga! Tienes que venir.

Cuando volví a negar con la cabeza, suspiró sonoramente y luego dobló el cuerpo con las manos sobre las rodillas, como si mi respuesta fuera tan trágica que lo hubiera dejado sin respiración. Pasado un instante, levantó la cabeza y alargó una mano hacia mí, que agitó de nuevo como una anémona marina—. Conga. Reconciliación. Vamos.

—No, gracias —repetí.

Los invitados que empezaban a formar la cola se tropezaban al agarrarse los unos a los otros, risueños y colorados. Si hubiera un indicador del principio del fin de una boda, sería ese. Ambrose miró la conga por encima del hombro, sonrió y se volvió de nuevo hacia mí.

—No te preocupes —me dijo—. No hace falta que te estruje.

—No tendrás que estrujarme —repliqué—. Porque la respuesta sigue siendo no.

—¿No se supone que trabajas en la organización de la

boda?

—Correcto.

—Entonces deberías bailar.

—Esto no funciona así.

—¿Por qué?

Lo último que me apetecía era ponerme a discutir con él los parámetros de mi trabajo mientras una conga torpe y ondulante se aproximaba despacio.

—No soy una invitada, sino una empleada. No bailamos. Trabajamos.

Él lo meditó un instante.

—Vale, entonces te pido que seas mi pareja. Ya no estás de servicio.

—Tampoco funciona así —le dije.

—¡Chaval! ¡Eres difícil! —Negó con la cabeza y ese flequillo ondulado en el que por lo visto no podía dejar de fijarme se bamboleó. La conga rodeaba en ese momento una silla cercana, encabezada por un hombre con la cara roja y un puro enganchado en la boca—. Así que me estás diciendo que no vas a bailar conmigo ahora mismo, por más que te implore o ruegue, ni siquiera habiendo una conga de por medio.

—Exacto —asentí.

—¿En serio? —Hizo una mueca—. Porras. Me revienta no tener lo que quiero.

Su confesión me pareció tan rara —arrogante, sincera— que, por primera vez, no encontré una respuesta estereotipada. Pero según la conga pasaba por su espalda y la chica de rosa lo agarraba del cinturón, casi deseé que la música cesara para poder meditar esa idea, una que yo misma tenía aún más a menudo de lo que me gustaba admitir.

«Me revienta no tener lo que quiero.»

—Igual que a todos —respondí con voz queda mientras la fila de gente circulaba por delante de mí, serpenteando entre las mesas. Y así, por las buenas, alcancé ese punto en que el color, la vida y las risas se me antojaban excesivos y no pude hacer nada más que dar media vuelta para marcharme.

CAPÍTULO 3

Ethan también me invitó a bailar en una boda y yo me negué. La primera vez.

Pero eso sucedió más avanzada la historia, la misma que en su día les contaba a los demás de buena gana y que entonces solo podía repetirme para mis adentros. Cualquiera pensaría que el tiempo, en retrospectiva, acaba volviéndose más lineal, como si la distancia con los acontecimientos les ayudara a colocarse en su lugar. Pero había acabado aprendiendo que algo como aquello era más bien líquido, como si la historia siempre se estuviera reescribiendo, una y otra vez, tanto si podías soportar escucharla como si no.

Ya lo estaba haciendo otra vez, estaba divagando. Pero cuesta tanto empezar por el principio cuando conoces el final…

Todo sucedió en la boda de Margy Love, el verano anterior. A mi madre no le gustaba organizar bodas fuera de la ciudad y rara vez las aceptaba, alegando que su éxito dependía de sus proveedores, todos ubicados en la localidad. El abuelo de Margy Love, sin embargo, era un buen amigo de la madre de William. Como mecenas inicial del negocio, la señorita May —así la llamaba la gente— poseía ciertos privilegios que ni siquiera mi madre le podía negar. Tenía ochenta años, vivía en una residencia y casi nunca pedía favores. Pero cuando lo hacía, la respuesta siempre era sí.

De manera que aquel mes de agosto, después de diez meses de planificación a larga distancia junto con Margy (en Washington D. C.) y su madre (en California) hicimos las maletas para pasar el fin de semana en el pueblo costero de Colby (donde la familia había veraneado todos los años de la vida de Margy). La finca se encontraba a cosa de tres horas de nuestra casa, de puerta a puerta, y no era en absoluto un lugar lúgubre y desolado donde jamás se hubiera celebrado una boda. Tampoco es que fuera evidente a juzgar por lo estresada que estaba mi madre o la cantidad de cosas que

insistió en llevar (equivalentes a la capacidad de tres furgonetas, que conduciríamos mi madre, William y yo) para asegurarse de que contaría con todo lo necesario. Mi madre era bastante difícil por norma general, al menos cuando se trataba de trabajo. Pero ni siquiera yo la había visto casi nunca tan tensa y gruñona. De ahí que, cuando por fin arrancamos al estilo convoy por la calle de mi casa, estuviera encantada de hacer el viaje a solas, con la radio por toda compañía.

Pese a todo, echaba de menos a Jilly, que tenía pensado acompañarme y esperar en la playa o en mi habitación a que terminase de trabajar. Habría sido todo un acontecimiento para ella tener la oportunidad de pasar un fin de semana entero lejos de su familia, y ambas aguardábamos el viaje con ilusión. Para los Baker era complicado arreglárselas sin ella y hacer malabarismos con los dos camiones de Quesoterapia (vendían sándwiches de queso gratinado para sibaritas y la sopa de tomate más rica y cremosa que he probado en mi vida), por eso Jilly casi siempre acababa haciendo de progenitor sustituto de uno de sus hermanos o de todos. Sin embargo, ese fin de semana le habían prometido un permiso como compensación por haberse pasado el verano con las gemelas y Crawford de un lado a otro, además de cambiar los pañales que Bean ensuciaba sin cesar. Pero dos días antes, Quesoterapia tuvo el honor de ser uno de los veinte camiones de comida rápida elegidos para participar en una concentración organizada en la capital del estado para favorecer a los pequeños comercios de la zona. Era un gran acontecimiento y necesitaban tantas manos como pudieran reunir, de modo que nuestra escapada se canceló.

Así que Jilly se pasaría el fin de semana persiguiendo a sus hermanos y ocupándose de la caja registradora de la Quesoterapia, además de aprovechar para echarles el ojo a los chicos guapos de la gran ciudad. Mientras tanto, yo me desplazaría a Colby, donde pasaría la noche del viernes ayudando a mi madre y a William con la cena de ensayo —una mariscada en la playa de temática hawaiana— y el sábado trabajando en el evento principal (formal, en un hotel con vistas al océano, con mesas llenas de «mar y montaña», por supuesto).

De haber sido una invitada, es probable que la idea me hubiera seducido. Como no lo era, solo podía pensar en la combinación de comida y arena (nunca es una buena idea en la práctica) y en los inconvenientes de celebrar una boda muy importante en un local que ni siquiera había visto. En casa teníamos muchísimas notas de todos los lugares en los que habíamos organizado ceremonias, con detalles de aspectos peliagudos como salidas difíciles de encontrar, suelos chirriantes o bancos que cojean. Fuera de la ciudad, en cambio, no sabíamos lo que nos íbamos a encontrar.

Al menos el fin de semana prometía ser agradable. El pronóstico del tiempo anunciaba calor y cielos claros y soleados; además, la boda se celebraría en la playa. Con esta idea en mente, me había gastado un dineral a comienzos de semana en un vestido negro y unas sandalias con detalles dorados para la ocasión. Mientras conducía hacia el este, a medida que las zonas residenciales y las autopistas daban paso a tierras de cultivo y carreteras comarcales, noté como la tensión del trabajo que se me concentraba en las cervicales cedía poco a poco. Crucé los dedos para que el viaje estuviera ejerciendo el mismo efecto en mi madre, que conducía su furgoneta delante de mí.

Tan pronto como cruzamos el puente de Colby, nos desviamos hacia la calle principal, donde los turistas formaban un atasco. ¡GAMBAS FRESCAS!, anunciaba un cartel que leí mientras avanzaba a paso de tortuga, seguido de otro que decía: ¡OLVÍDATE DEL TRÁFICO! ¡ALQUILA UNA BICICLETA EN BICIS ABE!, acompañado de una flecha que señalaba a un paseo marítimo cercano. Después de lo que me pareció una hora de humos de tubos de escape, luces de freno y algún que otro atisbo del océano, azul e inmenso, por fin entramos en el aparcamiento de un hotel rascacielos llamado Los Muelles. El edificio principal se veía tan blanco bajo la cegadora luz del sol que me dolía la cabeza solo de mirarlo. Cuando aparqué y abrí la puerta, empecé a escuchar las quejas de mi madre. Menos mal que el viaje había sido relajante.

—¿Y este sol? —le soltó a William a modo de saludo en cuanto lo vio. Él, como de costumbre, estaba impecable y sereno con sus pantalones de sarga, su camisa de cuadros de manga corta y sus impolutas deportivas blancas marca

Adidas. En comparación, mi atuendo, después de tres horas conduciendo, tenía el mismo aspecto que si hubiera hecho una bola con él varias veces. Había muchas cosas que envidiaba de William (más o menos todo, en realidad), pero su capacidad para permanecer sereno e impecable incluso en las peores circunstancias se llevaba la palma. «La represión y la negación características de la vieja Nueva Inglaterra» lo llamaba él, cosa que hacía que no sonara tan deseable. Aun así, la envidiaba.

William se limitaba a mirar a mi madre, cuya imagen se reflejaba en sus gafas de aviador, mientras ella seguía hablando al tiempo que agitaba las manos con la esperanza de levantar algo de brisa.

—Mañana a esta hora tendremos una comitiva nupcial de dieciséis miembros vestidos de gala con este calor. Si nadie se desmaya, será un milagro.

—Te olvidas de los cenadores —señaló él en tono afable—. Nosotros no insistimos en ponerlos, ni tampoco el tul ondeante, solamente por estética.

—Vamos a necesitar mucho más que tul ondeante para lidiar con esto —gruñó mi madre a la vez que se enjugaba la frente con suavidad (en absoluto sudorosa, desde mi punto de vista)—. Pero eso será mañana. Vamos a buscar al jefe de cocina, a ver qué aspecto va tomando la cena. Louna, ¿puedes empezar a descargar? La puerta del salón de banquetes debería estar por ahí, detrás de los contenedores, y abierta. Nos están esperando.

«Genial», pensé, aunque ya estaba asintiendo. Ellos se dedicarían a hablar de antorchas tiki en alguna sala fresquita mientras yo transportaba cajas llenas de centros de mesa, los manteles favoritos de mi madre y cristalería por un aparcamiento incandescente. Todavía la oía quejarse según se alejaban.

Por la noche, el ensayo fue bien, salvando algún que otro contratiempo sin importancia. (El berrinche de la niña de las flores, la mandona de la tía de la novia, que se las daba de organizadora de bodas, un oficiante impaciente. Esto último nos molestó a todos. A nadie le gustan los pastores meteprisas.) Cuando por fin Margy y su novio, Josef, ensayaron el recorrido al altar, ella con el ramo de cintas de

su despedida de soltera, todo el mundo se moría por tomar una copa. Mientras ellos paseaban hacia la playa, mi madre se aseguró de que los camareros los estuvieran esperando con copas de champán y las antorchas ya encendidas brillando alrededor. Que empiece la fiesta.

—Bueno, esto ya está —le dijo mi madre a William al tiempo que saludaba con un gesto cordial, aunque no exactamente cálido, a la tía mandona—. Esperemos que la boda discurra con la misma placidez.

—¿Esto ha sido plácido? —preguntó él, siguiendo con los ojos a una dama de honor que intentaba bajar los peldaños hacia la playa encaramada a unas sandalias de plataforma poco firmes—. Por una vez me gustaría contar con un oficiante al que le guste su trabajo.

—¿Igual que a ti siempre te gusta el tuyo?

—Exacto —replicó William. Un silencio. Entonces los dos estallaron en carcajadas, como si la respuesta tuviera muchísima gracia. Puse los ojos en blanco y me di media vuelta para encaminarme a la fiesta cuando dos de los padrinos se acercaban a nosotros. Uno de ellos tendría más o menos mi edad y la constitución de un jugador de fútbol americano, con cabello oscuro cortado a cepillo y los ojos azules. El tipo de chico que no te cuesta imaginar de niño porque es mono. Al pasar a nuestro lado, me sonrió y yo noté que me ponía roja, aunque traté de devolverle el saludo imitando la inclinación de cabeza eficiente y profesional de mi madre. Tan pronto como se alejó por los peldaños que conducían a la playa, me percaté de que William me estaba mirando con una expresión jocosa y me sentí avergonzada otra vez.

Después de la cena, los invitados trasladaron la fiesta al bar del hotel y, por suerte, quedaron fuera de nuestra jurisdicción. Ayudé a mi madre, a William y a los camareros a recoger las mesas y las sillas. A continuación, llevé un bolso, un teléfono y una petaca con iniciales grabadas al departamento de objetos perdidos del hotel. (Algún día escribiré un libro entero sobre las cosas que la gente se olvida en las bodas, pero tenía el presentimiento de que los descuidos poseían un significado oculto.) Hacia las diez y media ya estaba otra vez en mi habitación zampándome un

paquete de galletitas saladas que había sacado de la máquina expendedora e intercambiando mensajes con Jilly, que se encontraba en una habitación de hotel con Crawford viendo una maratón sobre pesca en pantano mientras las «crías» (como ella las llamaba) dormían.

«Qué rollo», me informó. «Si veo otro siluro, voy a gritar. Dime que vas a salir y hacer algo épico esta noche.»

«CLARO QUE SÍ», le respondí.

«Ya. Me juego algo a que ya estás en la cama.»

Hice una bola con el envoltorio de las galletas, la tiré hacia a la papelera y fallé.

«Mañana haré algo épico. Te lo prometo.»

«Eso espero. Si yo no puedo, ¡es tu deber!»

Hice una mueca. Jilly siempre me soltaba la misma arenga. Llevaba mucho tiempo convencida de que yo desperdiciaba la libertad relativa que me proporcionaba ser hija única de una madre soltera cuyo negocio familiar no era un puesto de comida. Le encantaba decirme que, si fuera yo, sería la clase de persona que no para de «hacer cosas» y «provocar acontecimientos». (Nunca me dijo a que se refería concretamente con esos términos porque, como en cualquier fantasía, la ambigüedad era parte de su encanto.) Además, al quedarme sentada en la cama de manera voluntaria viendo un nuevo episodio especial sobre los misterios de un asesinato cubierta de migajas de galletitas en lugar de ir a la playa no solo desperdiciaba mi vida, sino también la suya. Yo no era Jilly y nunca lo sería, pero si hubiera podido cederle parte de mi tiempo libre, lo habría hecho. Sin duda lo merecía.

Al día siguiente me levanté temprano para salir a correr y me di un chapuzón en la piscina del hotel antes de ducharme y reunirme con mi madre y William a tiempo para el desayuno de estrategia que habíamos convocado a las nueve en punto. Ante un despliegue de pastas, café y fruta, sincronizamos horarios, dividimos la lista de tareas pendientes para esa mañana y repasamos las chuletas que yo había impreso en el espacio de trabajo del hotel. A las diez y media estaba de nuevo al volante de una de las furgonetas, recorriendo las calles de Colby en lo que venía a ser una yincana pretenciosa. Según mi lista (separada con puntos), necesitábamos una Biblia de tapa dura, bonita pero sin

demasiados relieves (la familia había olvidado la suya en California), cuatro pajaritas negras y dos «cartuchos de monedas de un penique, preferiblemente brillantes».

Conseguir estos artículos habría supuesto un desafío incluso en Lakeview, donde había varios centros comerciales y una zona de pequeños comercios rebosante de actividad. Las opciones que ofrecía Colby, por desgracia, eran mucho más limitadas. De ahí que una hora más tarde solo hubiera conseguido las pajaritas. Novedades Lillie, la única tienda de ropa formal, no veía con buenos ojos eso de alquilar accesorios a última hora. Tuve que prometer que los devolvería antes del mediodía del domingo sin falta, pagar el doble del precio normal y deslizarle a la propietaria cuarenta pavos de propina antes de que me permitiera llevármelos, y aun así noté que me miraba mal durante todo el camino de vuelta al aparcamiento. Así que ya estaba desmoralizada a más no poder cuando por fin encontré una Biblia en una librería de la zona y prácticamente les supliqué que sacaran un par de cartuchos de monedas de un penique de su caja fuerte, a lo que accedieron por pura compasión.

—Ya era hora —me dijo mi madre cuando llegué a la zona privada del salón de banquetes que utilizábamos como epicentro de la planificación. Los arreglos florales aguardaban alineados en una mesa cercana, con los programas doblados y apilados a su lado—. ¿Has conseguido los peniques?

—He conseguido unos peniques —repliqué según extraía los cartuchos de mis bolsillos y los depositaba sobre la mesa, junto a su puesto en la cabecera, donde había organizado sus archivadores como la esfera de un reloj. Cada uno albergaba una tarea que debía ser ejecutada antes de que empezara la ceremonia, y ella les iría dando carpetazo hasta completarlas todas—. Pero no están pulidos.

—Eso no es tan importante como meterlos en las tarjetas.

—¿Tarjetas?

En lugar de responder, alcanzó una carpeta amarilla que no formaba parte de la esfera del reloj y la atrajo hacia así. En Bodas Natalie Barrett todo estaba clasificado por colores, así que no tuve ni que mirar la etiqueta (primorosamente marcada con la caligrafía de William) para saber que contenía las «cosas de última hora». La abrió, extrajo una hoja de papel

y me la tendió.

—La madre de Josef se llamaba Penny, como penique en inglés. Falleció de cáncer cuando él tenía diez años. Han decidido repartir tarjetas con su nombre, la fecha de nacimiento y fallecimiento, y un penique brillante, a poder ser reluciente, a cada invitado, en su honor.

—¿Y eso ha sucedido en las últimas dos horas? —exclamé, ya que no recordaba haber oído nada parecido durante los largos meses de planificación.

—Se decidió anoche, cuando se reunieron después de la cena.

Temíamos tanto esa costumbre que incluso teníamos un acrónimo para ella: una DDB de última hora, esto es, Decisión Del Bar.

—Por favor, decidme que me estáis tomando el pelo.

—Ojalá. —Mi madre suspiró con semblante fatigado—. Bueno, ya sé que me vas a odiar, pero necesito que vuelvas a salir para recoger las tarjetas de la imprenta. Las han impreso contra reloj y ya están pagadas y listas.

—¿En serio?

—Ya te he dicho que me ibas a odiar —replicó, como si eso me sirviera de consuelo. Además, tampoco podría odiarla; ella jamás habría tomado una DDB. Era demasiado organizada—. Recuerda, el próximo verano estarás a punto de irte a la universidad. Te librarás de este tipo de tareas. Podrás buscarte un trabajo tranquilo y normal, como vender hortalizas.

Era lo que le había dado por decirme en situaciones como aquella, como si la promesa de pesar pepinos en el futuro pudiera suavizar los golpes en el presente. También era lo máximo que se acercaba a mencionar el asunto de mi partida, un tema tan revestido de emoción que ni siquiera era capaz de bromear al respecto. Todavía. Le dije:

—Ya sé que te esfuerzas, pero la idea de trabajar en un mercado de granjeros no me consuela demasiado ahora mismo.

—¿No? —Me dirigió una mirada compasiva—. Entonces, ¿qué te parece esto? Ve a buscar las tarjetas y te prometo que, salvando desastres imprevistos, puedes pirarte temprano esta noche.

—Define desastres.

—No. Me niego. Sería tentar a la mala suerte. —Cerró la carpeta—. Acepta la oferta, ¿vale? ¡Una noche libre en la playa! Podrás analizar el negocio agrícola.

—No tiene gracia —gruñí.

—Puede que no. Pero estoy desesperada. —Lanzó una mirada breve y compungida a las llaves de la furgoneta, que yo había dejado junto a los peniques—. En serio, no quiero obligarte. Pero…

—Los deseos del cliente son órdenes —la interrumpí antes de que pudiera completar otro de sus mantras. Recogí las llaves—. Pero no voy a pulir los peniques. Hasta aquí he llegado.

—No pasa nada. William lo hará.

—Espera, ¿qué? —dijo William, que entraba en ese preciso instante—. ¿Que yo haré qué?

Mi madre fingió no oírlo.

—Tú piensa que el próximo verano estarás pesando pepinos —me gritó al tiempo que yo enfilaba por el pasillo—. ¡Qué fácil! ¡Qué relajante!

No respondí. Me limité a agitar una mano a mi espalda mientras William preguntaba, desconcertado:

—¿Pepinos?

A las seis de la tarde en punto, Margy recorría el pasillo del brazo de su padre, preciosa con su vestido de mangas casquillo y cuerpo de pedrería, entre lágrimas de alegría. Nos tocó el premio gordo con el tiempo: era cálido pero no bochornoso y soplaba una brisa agradable, aunque no era tan fuerte como para levantar velos y vestidos. El único contratiempo fue un ruidoso helicóptero de la guardia costera que sobrevolaba la playa y ahogó el comienzo de los votos. Ni siquiera mi madre podía controlar a las fuerzas armadas, aunque, en su caso, no me habría extrañado que lo intentara.

Terminada la ceremonia, regresé a mi puesto en la UFD mientras la comitiva nupcial y los invitados se encaminaban al salón de banquetes, donde las barras ya estaban abiertas y el DJ pinchaba música playera, la favorita de los novios. Tan pronto como se vaciaron las sillas, ayudé a unos chicos de Los Muelles a plegarlas y amontonarlas para despejar lo que más tarde sería la pista de baile. Atrás quedaron programas

arrugados, unos cuantos pañuelos de papel desperdigados y, en mi opinión, demasiadas de las tarjetas con el penique que William y yo habíamos preparado en un tiempo récord antes de la ceremonia. Vaya, vaya.

En cuanto terminaba la ceremonia, la tensión de mi madre siempre cedía una pizca. Así que no me sorprendió demasiado que acudiera a mi encuentro durante la cena, mientras yo vigilaba el expositor de magdalenas decoradas con M & J que estaba en la mesa de la tarta. Si bien los invitados no suelen enredar con la tarta, las magdalenas emanan algo que les induce a alargar la mano, y no solo a los niños. Sin embargo, estaba prohibido acercarse hasta que las fotos hubieran concluido, algo que implicaba interponer el cuerpo y decir «¡todavía no!» en un tono de voz alegre pero firme a cualquiera que intentara acercarse. Era una de las tareas que menos me gustaban y que William adoraba. Pero él estaba ocupado relevando a un camarero indispuesto hasta que llegaran los refuerzos, así que me tocaba a mí.

—¿Has visto la cantidad de gente que ha tirado la tarjeta con el penique? —comentó mi madre, cuyos ojos se desplazaron hacia la multitud que teníamos delante—. Menuda deshonra para la fallecida.

—Las DDB siempre son un error —le dije mientras una niña de las flores, cargada con un plato rebosante de entrecot y pasta, se encaminaba directamente hacia las magdalenas. Cuando avancé un paso hacia ella se desvió, arrastrando tras de sí el bajo del vestido por la alfombra—. Si una idea es buena, a nosotros ya se nos ha ocurrido.

Mi madre me sonrió con orgullo.

—¿Tú te has oído? Ya hablas como una auténtica organizadora de bodas.

—O como una futura vendedora de pepinos —respondí—. Y todavía tengo previsto largarme temprano esta noche. Me lo has prometido.

—Ya lo sé, ya lo sé. —Alargó la mano, recogió una servilleta arrugada y se la guardó en el bolsillo—. También soy consciente de la suerte que he tenido de haber contado contigo estos últimos años. Aunque también es verdad que no te he dado opción.

—Buscaré otro trabajo en cuanto llegue a la universidad —

le advertí.

—Dios mío, eso espero. —Se estremeció con un gesto teatral—. No quiero que por mi culpa alguien más dedique su vida a este negocio. Ya me siento bastante mal por haber enredado a William.

Volví la vista hacia la barra, situada en la otra punta de la sala, donde el susodicho parloteaba al tiempo que aplicaba sal al borde de un cóctel margarita. Dos mujeres mayores enfundadas en vestidos de colores vistosos estaban pendientes de sus palabras.

—No parece muy molesto.

Ella siguió la trayectoria de mi mirada y sonrió.

—Ah, sí que lo está. Es que no sabe hacer nada más, igual que yo.

Mi madre exageraba y yo estaba acostumbrada. William y ella siempre se referían al negocio como una relación disfuncional que estuvieran deseando romper. Y, pese a todo, volvían a él una y otra vez, por más que despotricasen de las elecciones de las clientas y compartiesen bromas privadas que yo nunca entendía. La relación más larga y próspera que ninguno de los dos había conocido, además de la que tenían entre sí, era con el negocio y lo sabían. Tal vez no fuese amor verdadero, pero funcionaba. De algún modo.

Finalmente, Margy y Josef cortaron el pastel y se ofrecieron un bocado el uno al otro (saltándose eso de ensuciarse la cara, una tradición a la que nosotros, como empresa, nos oponíamos de pleno). Como ya se había abierto la veda en la mesa de los postres, me encaminé al baño, donde comprobé el funcionamiento de las tazas, eché un vistazo al papel higiénico y sequé el lavamanos. Luego crucé de nuevo el salón para salir al patio, donde unos cuantos niños corrían por la pista de baile mientras el DJ se preparaba para empezar a pinchar música de verdad. Me desvié hacia la barra para pedir un par de botellas de agua, le dejé una al DJ y le pregunté si necesitaba algo más. Cuando me dijo que no, me dirigí a los peldaños que conducían a la playa, donde alguien había dejado un par de platitos y una botella de vino con una servilleta encajada en el interior. Lo estaba depositando todo en una mesa plegable cuando oí las primeras notas de la canción «The Motown Song» de Rod

Stewart. Al darme la vuelta descubrí que la gente ya estaba cruzando las puertas atraída por la música.

El baile de las bodas siempre tiene varias fases. Por lo general, los niños y las personas mayores son los primeros en asaltar la pista debido a su falta del sentido del ridículo. Hacia la segunda canción, ten por seguro que se les unirán algunos de los que van más entonados, con frecuencia un corrillo de chicas que bailan juntas. Las parejas más jóvenes son las siguientes, seguidas de los solteros, que suelen necesitar de cierta presión para apuntarse. No obstante, antes o después, si el alcohol fluye y el DJ escoge música decente, la pista acaba atestada de todo tipo de gente. William siempre decía que el baile era la mejor parte de las bodas y yo le daba la razón. La gente se soltaba la melena. Una noche para saltarse las normas con las personas que mejor conoces o que apenas conoces. Si no te desmadras entonces, ¿cuándo lo harás?

De camino a una repisa repleta de copas de champán, esquivé un corro de damas de honor que entrechocaban las caderas y luego a una pareja mayor que ejecutaba un complicado paso de baile consistente en girar adentro y afuera. Iba tan concentrada que ni siquiera reparé en que el joven padrino de antes se estaba aproximando hasta que lo tuve a mi lado.

—¿Quieres bailar?

Me di la vuelta para observarlo: pelo corto, ojos azules y alrededor del cuello una pajarita negra, una de las que yo misma había traído antes, aflojada pero no desatada.

—No, gracias.

Me miró con expresión de sorpresa y —comprendí horrorizada— vergüenza.

—Ah. Vale.

—Estoy trabajando —aclaré a toda prisa, pisando sus últimas sílabas. Los dos nos habíamos sonrojado—. En la organización de la boda. Así que no puedo…

—Ah, ya. —Su semblante se relajó—. No me había dado cuenta…

—Ya lo sé, no pasa nada. —Me miré los pies y me recogí un mechón detrás de la oreja—. Gracias de todos modos.

Él sonrió y, no sé por qué, ese cambio en su semblante, que

pasó de ser mono a sencillamente encantador, me provocó el fuerte deseo de poder responder con un sí. A un chico, a un baile y también a la oportunidad, por una noche, de olvidarme de todo. Nos quedamos allí un momento, hasta que las damas de honor que bailaban allí cerca abrieron el corro y lo arrastraron al interior entre aullidos de alegría. Yo me acerqué a la repisa en la que había reparado antes, recogí las copas y las dejé en una bandeja cercana. Debajo de una silla había otra tarjeta con su penique, boca abajo. La recogí y froté la moneda con el dedo. Cuando volví a mirar a la pista de baile, el chico y las damas de honor habían desaparecido.

Eso podría haber sido todo. Y en ocasiones, durante las peores noches, cuando no podía conciliar el sueño a causa de las lágrimas, deseaba que hubiera sido así. Porque, en ese caso, Ethan no habría sido Ethan para mí, solo un chico al que le dije no en una boda igual que a tantos otros a lo largo del verano. Nada más y nada menos. Nada que perder.

Pero sucedió de otro modo. Pasados unos minutos, me detuve para intercambiar impresiones con William y con mi madre. Plantados a un lado de la pista, observaban cómo una tía de Margy bailaba con movimientos sensuales contra un hombre recio vestido con una americana.

—El poder del champán —comentó William cuando la mujer se dio la vuelta para chocar su generoso trasero contra la cadera del hombre—. Me ha dicho dos veces esta noche que no bebe alcohol, en ambas ocasiones con una copa casi vacía en la mano.

—Las bodas son otro mundo —respondí, usando una de sus frases favoritas.

—Ya lo creo que sí. —La pareja empezó a bailar perreo abiertamente—. Y ahora mismo me gustaría marcharme a casa.

—Me duelen los ojos —dijo mi madre con voz grave, fingiendo horror ante el espectáculo—. Soy demasiado vieja para esto.

—¡Son personas de la tercera edad! —exclamó William, y los dos se desternillaron.

—Y a mí me habéis prometido que hoy podría retirarme temprano —intervine, mirando a mi madre—. ¿Me puedo marchar?

—¿Cómo? ¿Louna tiene la noche libre? ¡No es justo!

—Porque tiene diecisiete años y le pagan poco —le respondió mi madre a William—. Sus jefes son unas personas horribles.

—Eso me han dicho —asintió él y me sonrió—. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé —dije—. ¿Lo que me dé la gana?

—Mírala, soltera y deseosa de socializar en la playa. ¡Se comporta como una verdadera adolescente! —Me dedicó una sonrisa radiante y luego miró a mi madre—. Tenía muchísimas ganas de que llegara este día.

—Para —replicó mi madre, fingiendo que se abanicaba los ojos—. Me vas a hacer llorar.

—Callaos los dos —les espeté, y ellos prorrumpieron en carcajadas de nuevo—. Nos vemos mañana.

—¡Eres joven, al igual que la noche! ¡*Carpe diem*! —me gritó William mientras yo me alejaba por la terraza.

—Eso significa «día», William —lo corrigió mi madre.

—¡*Carpe* noche, entonces!

Estallaron en risas una vez más.

«Muy bien», pensé mientras cruzaba el patio en dirección al vestíbulo. «¿Y qué más da si vuelvo a mi habitación y paso una noche nada épica, según la definición de Jilly?» El día y el fin de semana habían sido muy largos y estaba cansada. Tenía todo el curso siguiente y los años de universidad para salir de fiesta si quería, y puede que lo hiciera. Y si no lo hacía, no era asunto de mi madre ni de William bajo ningún concepto. Y, en realidad, ellos tenían la culpa por haberme hecho así.

Estaba sumida en esas reflexiones cuando el DJ cambió de canción, esta vez a una más lenta. Mientras algunas parejas abandonaban la pista de baile y otras se dirigían a ella, yo me aparté a un lado. Allí delante, mi madre y William seguían charlando y soltando carcajadas de tanto en tanto. Por fin se abrió un hueco hacia el salón de banquetes, pero en lugar de tomarlo me dirigí a los peldaños que conducían a la oscuridad de la playa. Más tarde pensaría en aquel instante como el verdadero comienzo de la noche, cuando todo empezó. Tal vez por esa razón me libré de las sandalias a mitad de camino para recorrer la arena con los pies descalzos.

CAPÍTULO 4

—No me puedo creer que hayas esperado hasta ahora para comprarte el vestido de la graduación —dijo Jilly al otro lado de la puerta del probador—. Tú no dejas nada para última hora. Eso es más propio de mí.

—Es verdad —respondí mientras me despojaba de la camiseta—. Pero he estado ocupada. Y, ya te lo he dicho, no pensaba que necesitase comprar nada. Llevaré la toga encima de la ropa.

—Durante la ceremonia. —Su voz se dejó oír más cerca y un pie con las uñas pintadas de rojo oscuro y enfundado en unas sandalias de cuña de esparto asomó por debajo de la puerta—. Pero ¿qué me dices de la fiesta que habrá después?

Ahí estaba esa palabra de nuevo. Al oírla, hice una mueca en el espejo.

—Y no pienses que te vas a librar de socializar esta vez —añadió, como si hubiera entrevisto mi reacción a través de la puerta—. Estamos «creando recuerdos», ¿te acuerdas?

Gemí en voz alta y ella se rio con ganas. Un par de días atrás estábamos haciendo cola a la hora de la comida para recoger nuestros anuarios, un hito más de aquel último año interminable a pocos días de la graduación. Los libros eran pesados, olían a cuero y llevaban el lema del curso grabado en la portada en grandes letras amarillas: «Creando recuerdos». Era cursi y absurdo, por eso Jilly se lo apropió como nuestro grito de guerra estival a partir de, bueno, ese momento. Ya no le bastaba con «hacer cosas» y «provocar acontecimientos», además, todo tenía que ser memorable.

También era obligatorio, por lo visto, que me comprara un vestido nuevo para la graduación, aunque como consecuencia de mi trabajo tuviera modelitos para dar y tomar en el armario. De manera que allí estábamos, pocas horas antes de la ceremonia, en una de las boutiques favoritas de Jilly, a la que habíamos acudido acompañadas de sus hermanas gemelas de ocho años, Kaitlyn y Katherine —conocidas por

todos como KitKat—, que discutían por allí cerca mientras jugaban a Deshielo en el Iglú encorvadas sobre el teléfono.

—Me toca a mí —oí decir a Kitty. Aunque eran idénticas y a menudo se vestían con prendas iguales por decisión propia, sus voces las delataban. Kitty hablaba en un tono alto y bullicioso mientras que Kat rara vez elevaba la voz más allá de un susurro, a menos que le suplicaran que lo hiciera. Debió de responder, porque Kitty dijo—: Vale, pero entonces me quedo con uno extralargo. Y con tus bonificaciones.

—Baja la voz, gritona, estamos en una tienda —la regañó Jilly. Oí un repique metálico y otro vestido apareció por encima de la puerta del probador. Era de color azul cobalto. Descolgué de la percha el primero que había escogido, un vestido corto de color rosa brillante, me lo enfundé y doblé el brazo hacia atrás para subir la cremallera. Me bastó una mirada para advertir que no me favorecía, pero abrí la puerta de todos modos.

—No —declaró ella desde el diván de lunares en el que se había apoltronado, enfrente de los probadores—. Demasiado. Buscaba algo alegre y descarado, pero es más bien llamativo.

—Lo dice la persona que es prácticamente lo más llamativo que hay en este local ahora mismo.

Ella bajó la vista hacia su mono amarillo, que a la luz del sol casi me había dejado ciega.

—Sí, pero a mí me gusta el color y por eso puedo defenderlo. Pruébate el siguiente.

—A mí también me gusta el color —rezongué. Cuando me di media vuelta para volver al probador, una dependienta que consultaba un portátil en la caja registradora me dirigió una sonrisa compasiva.

—¡Me toca! —gritó Kitty—. ¡Ya!

—Poneos de acuerdo o nadie juega —las amenazó Jilly con un tono fatigado, y luego me dijo—: Pruébate ahora el acampanado. Es el azul.

—Ya sé lo que significa «acampanado».

—¿Seguro?

Puse los ojos en blanco en el espejo, recordando una vez más por qué me reventaba estar a ese lado de la puerta del probador. Estaba acostumbrada a ir de compras con Jilly, que creía firmemente en el poder terapéutico de las rebajas, pero

las cosas siempre iban mejor si me dedicaba a hojear revistas mientras ella pasaba los modelos. Nuestra amistad funcionaba porque ambas conocíamos los puntos fuertes de la otra y en ese momento me sentía como si nos hubieran asignado el papel equivocado.

El vestido azul era mejor opción en cuanto a color, pero me hacía unos pechos medio puntiagudos. Sin embargo, me incomodaba comentarlo en voz alta, de manera que salí sin decir nada.

—No. Te quedan raras las tetas. —Las observó entornando los ojos—. Aunque el efecto es interesante; parecen torpedos. Sin duda llamarás la atención.

—No es la clase de atención a la que aspiro. —Volví al probador, me despojé del vestido y posé los ojos en la última opción, un vestido de tubo color ciruela oscuro con el cuello de pico—. ¿En serio quieres que me pruebe el morado? ¿De verdad?

—No es morado, es berenjena y es tendencia —replicó—. Póntelo.

Lo hice, metí el brazo por la manga al tiempo que echaba un vistazo al reloj. Eran más de las tres y media, de modo que tendría poco tiempo para pasar por el despacho de mi madre, volver a casa y cambiarme antes de reunirme con ella y con William en el instituto para la ceremonia. Ellos irían directos de la reunión que tenían para la boda de Bee Little, un evento que al parecer acumulaba un imprevisto tras otro.

Bee era encantadora, lo cual estaba bien, porque su boda, pese a la seguridad inicial de William, se había convertido en la pesadilla de un planificador. En primer lugar, el emplazamiento —un precioso caserón antiguo con vastos jardines y un pozo— se había incendiado inmediatamente después de que ella pagara (en el último minuto) un sustancioso anticipo. A continuación, el responsable del cáterin (el único proveedor que la novia había declarado innegociable) había sufrido una crisis nerviosa, aunque no por culpa de esta boda. (Mi madre no se lo acababa de creer.) Todo ello habría sido desolador aun si la boda de su madre —que había ido de maravilla, sin contar la desaparición del hijo; ay, ¡cómo nos gustaban las terceras nupcias!— no hubiera llegado a su fin pocos días después de la luna de miel

a causa de «incompatibilidad de caracteres». (Incluso a mi madre y a William les pilló por sorpresa: no hacían apuestas relativas a las terceras nupcias, convencidos de que a esas alturas de su vida la gente ya sabía lo que hacía.) Conclusión: a nueve semanas de la fecha, en plena temporada de bodas, se habían quedado sin emplazamiento para la celebración, sin proveedor de cáterin y con una madre que se mostraba aún más escéptica que ellos en relación con el acontecimiento.

Me deslicé por la cabeza la última opción que Jilly me había escogido. Cuando me miré en el espejo del probador, el vestido me pareció espantosamente morado, si bien me gustó el escote sencillo y clásico, así como el modo en que el bajo cogía un poco de vuelo. Acababa de salir para conocer la opinión de Jilly cuando la dependienta se llevó una mano a la boca para contener un grito.

Nos volvimos a mirarla.

—¿Qué pasa? —preguntó Jilly.

Ella levantó la vista, sobresaltada, como si hubiera olvidado que estábamos allí.

—Perdonad. Es que… acaban de publicar una noticia. Se ha producido un tiroteo.

Noté un cosquilleo en la nuca cuando se me erizó el vello. De inmediato, Jilly volvió la vista hacia las gemelas, que seguían absortas en su juego, y me posó una mano en el brazo.

—Este te queda bien. ¿Quién iba a pensar que el berenjena fuera tu color?

—¿Qué tipo de tiroteo? —pregunté a la dependienta, aunque tenía la sensación de que ya lo sabía. Lo intuí por la expresión de su rostro.

—Perdonad —repitió. Apartó la mano del ordenador y negó con la cabeza—. Ha sido en un instituto. En California. Es una noticia de última hora, acaba de pasar. No tienen ningún…

—Vamos —dijo Jilly en tono firme mientras me arrastraba de vuelta al probador y cerraba la puerta. Desde el otro lado, dijo—: La verdad es que no necesitas un vestido. Como bien has dicho, tienes un montón. Será mejor que nos marchemos.

Yo me quedé quieta un momento, mirando mi reflejo. Me vi parpadear varias veces antes de darme la vuelta y despojarme de la prenda por la cabeza con dedos torpes.

Prescindiendo de la percha, dejé la prenda amontonada en el banco de tanta prisa que tenía por enfundarme el pantalón corto, la camiseta y las chanclas y por coger el bolso. Cuando salí, Jilly me estaba esperando. Alargó el brazo sin pronunciar palabra para tomarme la mano. Cuando pasamos por detrás del mostrador, con las mellizas siguiéndonos, la vendedora seguía concentrada en el ordenador y yo aparté la vista para no ver la pantalla. Sin embargo, ya sabía lo que mostraba, así como lo que venía a continuación. Un plano general de un edificio anodino, quizá con una imagen de la mascota del colegio. Riadas de alumnos cruzando las puertas con las manos en la cabeza. Los abrazos de los supervivientes, las bocas abiertas, capturadas en gemidos que teníamos la suerte de no escuchar. Y, en el peor de los casos, fotografías de chicos y chicas similares a los que formaban parte de mi anuario, cuidadosamente alineados, que ya eran fantasmas.

Cuando llegué al despacho de mi madre, estaba más tranquila. Jilly me había ayudado poniendo música a todo volumen mientras cruzábamos la ciudad. De tanto en tanto me lanzaba miradas de reojo que yo fingía no advertir. Hacía un día precioso, el cielo brillaba azul y radiante, la gente paseaba por las aceras o en sus coches, con las ventanillas bajadas, y en ese mismo momento, en alguna otra parte, la peor pesadilla de alguien acababa de hacerse realidad. Me parecía mal, como si el día mereciera algún tipo de sombra o algo.

—¿Seguro que no quieres que me quede contigo un rato? —me preguntó Jilly al entrar en el aparcamiento del despacho, donde yo había estacionado mi coche hacía un rato —. Solo tengo que recoger las gafas nuevas de Crawford y luego ir a buscarlo para llevarlo a taekwondo.

—¿Otras gafas?

Dirigió un breve vistazo a las gemelas por el espejo retrovisor. Se habían sentado juntas y cada una miraba por una ventanilla distinta.

—Al otro lo han expulsado unos días. A ver si eso cambia las cosas.

Aunque, en mi opinión, la torpeza de Crawford y su tono

monocorde le daban cierto encanto, también lo convertían en el objetivo número uno de los matones escolares. Las artes marciales lo habían ayudado a adquirir fuerza, pero eso no había supuesto un gran cambio en la cola del comedor; todavía no, al menos. Mientras tanto, los Baker se gastaban un dineral en gafas.

—Estoy bien, ve tranquila —le dije—. Nos vemos en el auditorio.

—Esperemos que Steve se duerma y no aparezca.

—Crucemos los dedos.

Se rio y yo hice lo propio, aunque solo fuera para convencerla de que, tal como le había asegurado, estaba bien. Como ella se apellidaba Baker y yo, Barrett, durante toda nuestra vida en este pueblecito Steve Baroff acababa interponiéndose entre las dos cada vez que imperaba un orden alfabético, salvo cuando estaba demasiado colocado como para asistir a clase. Esperábamos con ansia que no acudiera a la graduación, aunque solo fuera para poder compartir escenario al recoger el diploma. Creando recuerdos, tal cual.

Mientras se alejaba, subiendo el volumen de la radio, enfilé hacia la oficina de mi madre. Bodas Natalie Barrett estaba ubicado en el centro de un moderno complejo de oficinas, entre la consulta de un dentista y una papelería de gama alta llamada RSVP. Buena parte de mi sueldo había ido a parar a esta última, a causa de mi debilidad por las tarjetas, el papel de escritura y, en especial, las libretas. La vida me parecía infinitamente más abordable cuando podías narrarla en un papel bonito, lo que explica por qué solo lo hacía durante un par de días y ni siquiera lo había intentado a lo largo del último año. Cuando echaba un vistazo a mis viejos diarios apenas comenzados, los acontecimientos narrados en las páginas se me antojaban demasiado triviales para llenar las líneas siquiera; así de intrascendentes. Al pensar en ello, me vino a la mente la dependienta y su ordenador, y un escalofrío me recorrió la espalda. Abrí la puerta del despacho, donde el aire acondicionado funcionaba siempre a toda potencia y no notaría mi propio descenso de temperatura.

William se levantó nada más verme y dejó su puesto en la mesa de reuniones, enfrente de Bee, para acercarse.

—Me enterado por la alerta de noticias del móvil —me dijo con voz queda. A lo lejos se dejaba oír la voz de mi madre, que hablaba del recuento de invitados—. ¿Cómo estás?

—Muy bien —respondí como un robot—. Vuelve a la reunión. Solo he venido a traeros las entradas.

Él asintió, pero aguardó todavía un instante, como para darme tiempo a cambiar de idea, antes de reunirse con el grupo. Mientras tanto yo me deslicé hacia el despacho trasero y busqué las dos entradas que había adquirido para la ceremonia. El máximo estaba en seis, pero tampoco necesitaba más. Las introduje en el bolso de mi madre, que descansaba en su lado del escritorio que ambos compartían, antes de regresar a la sala principal.

—… en teoría habíamos quedado hace media hora —le estaba diciendo Bee a su hermano, Ambrose, quien había aparecido durante mi breve ausencia. Iba vestido con unos vaqueros, una camisa azul de manga corta y zapatillas de lona, y parecía recién duchado, como si acabara de levantarse pese a lo tarde que era. Tal vez por esa razón su hermana, por lo general tan agradable, estaba enfurruñada—. No me extraña que no consigas un empleo, si no eres capaz de llegar puntual a las citas.

—Se me ha estropeado el reloj —alegó en su defensa—. Además, tenía que desplazarme hasta aquí, así que…

Bee tenía las mejillas rojas.

—Pues mira el teléfono, Ambrose. ¡Y hay más relojes!

Un silencio incómodo se instaló en la sala, durante el cual el chico me miró y sonrió al tiempo que me saludaba con entusiasmo, como si fuéramos un par de amigos que se vuelven a ver después de mucho tiempo. Su absoluta indiferencia hacia los problemas que había causado me habría sorprendido si no me pareciera tan delirante. Todavía me estaba planteando cómo reaccionar cuando mi madre dijo:

—Bueno, Louna. ¿Qué se siente cuando estás a punto de terminar la educación obligatoria?

Todo el mundo me miraba. Aun cuando no trabajaba, estaba trabajando.

—No me lo creeré hasta que haya lanzado el birrete —respondí.

—Louna se gradúa esta noche —le explicó William a Bee—.

Este año termina el instituto.

—¿De verdad? —me sonrió ella. A su lado, Ambrose reparó en un elegante dispensador de cinta adhesiva de acero inoxidable que pertenecía a William (era tan fanático de los artículos de oficina como yo) y se lo apropió—. ¡Felicidades! —dijo Bee—. Qué hazaña. Recuerdo cada minuto de mi ceremonia de graduación.

—Yo también —intervino Ambrose. Advertí que su cabello conservaba el movimiento incluso estando húmedo. Se había retirado el famoso rizo de la cara, aunque parecía a punto de deslizarse hacia su frente.

—Tú no te graduaste —objetó su hermana. Para nuestra información, añadió—: Fue el típico caso de «márchate sin hacer ruido y no tendremos que expulsarte». Muy propio de Ambrose.

—Hablaba de la tuya —replicó él al tiempo que pulsaba la tecla del dispensador. El aparato zumbó y expulsó un único trozo de cinta adhesiva—. Además, nadie pudo demostrar que fuera yo el que llevó la vaca, no sé si te acuerdas.

Mi madre enarcó una única ceja.

—¿Una vaca?

—Bueno, y ¿qué vas a hacer el próximo curso, Louna? —preguntó Bee deprisa y corriendo, de nuevo centrada en mí. Fuera cual fuese la historia de los animales de granja, no quería ahondar en ello.

—Me voy a matricular en Rice-Johnson —respondí.

—Es una universidad de humanidades privada, su primera elección, y le han dado una beca parcial —añadió William con orgullo.

—Es genial —me dijo Bee mientras Ambrose pulsaba el interruptor nuevamente. Y luego otra vez. Asomaron dos trozos de cinta, que el chico cogió para pegárselas a los pulgares—. Yo estudié en Defriese. Me gradué en políticas públicas. Me encantaba la universidad.

—Es difícil de creer —prosiguió William—. Hace dos días todavía la llevábamos a la guardería. El tiempo vuela.

«Ay, madre», pensé al notar que su voz se tornaba más ronca al final de la frase.

—William, no te embales —le advirtió mi madre. También había reparado en ello—. Todavía tenemos toda la noche por

delante.

Él asintió, aunque echó mano de un pañuelo de papel plegado para enjugarse los ojos. Si mi madre y William fueran una sola persona —y a menudo tenía la sensación de que lo eran para mí—, ella sería el cerebro mientras que a él le correspondería el corazón. Se mostraban igual de escépticos en relación con el negocio, es verdad, y al concepto principal que lo inspiraba. Pero si ella podía bromear con los asuntos que le despertaban sentimientos, o racionalizarlos, solía ser porque William se los llevaba al terreno del corazón con el doble de intensidad. Sucedía así sobre todo en los temas que me implicaban. Primer día de guardería, primera noche en casa de una amiga, la primera vez que me rompieron el corazón; fue William el que derramó lágrimas solidarias o el que me aferró la mano un instante de más antes de que cruzase la puerta. Y doy gracias a Dios. Quiero a mi madre, pero de haber vivido a solas con ella, tal vez nunca hubiera conocido el significado de la compasión.

—Hablando de planes de futuro, tenemos que seguir avanzando —dijo él entonces, mirando la libreta de notas que tenía abierta ante sí—. Recapitulando, hemos aclarado el asunto del emplazamiento y el servicio de cáterin. Me pondré en contacto con mis tres favoritos de los cinco ideales para la cena de ensayo y les preguntaré disponibilidad. ¿Seguimos manteniendo el mismo número de invitados para el ensayo?

Bee, que llevaba pendientes de perlas y una diadema con un estampado de margaritas, retiró la tapa de su tableta y deslizó unas cuantas pantallas. A su lado, Ambrose echó mano del dispensador y lo puso boca abajo para examinar la base.

—Setenta y ocho contando el cortejo nupcial y toda la familia que viene de fuera.

—¿Ya has enviado las invitaciones de la boda? —quiso saber mi madre.

—Hace cuatro semanas —respondió Bee. Se irguió en el asiento. Sin duda había notado los reparos de mi madre en relación con el evento y estaba ansiosa por complacerla—. De momento, doscientos han confirmado asistencia y estimamos que al final serán unos doscientos cincuenta.

Mi madre miró a William de reojo y él adoptó una

expresión petulante. Las grandes bodas implicaban ganancias sustanciosas y, teniendo en cuenta que la familia del prometido, Kevin Yu, poseía una importante farmacéutica, también suponía una gran atención de los medios. Yo, por mi parte, quería saber si tenía pensado adoptar el apellido de su marido y pasar de llamarse Bee Little (que en inglés sonaría como «ser pequeña») a Bee Yu («ser tú misma»), pero no había encontrado la manera de sacar el tema a colación. Todavía.

—¿De verdad piensas que alguno de los lugares que tienes pensados podrá hacerse cargo de un grupo de setenta y ocho personas un sábado por la noche con solo nueve semanas de antelación? —preguntó mi madre, mientras Ambrose, que seguía fascinado con el dispensador, devolvía el objeto a la mesa y pulsaba el botón varias veces seguidas: clic, clic, clic.

—Si existe la posibilidad de que una revista les dedique un artículo, sí —replicó William por encima del zumbido de la máquina, que despachaba trozos de cinta adhesiva sin parar.

—No se puede hacer sitio donde no hay.

—Siempre se puede.

En mitad de todo aquello, la máquina emitió un chirrido y, luego, un largo quejido. Todos miramos a Ambrose, que alargó la mano para volver a pulsar el botón.

—Es que tengo la sensación de que tú… —dijo mi madre, pero no pudo terminar la frase antes de que Ambrose echara mano del dispensador e intentara apagarlo. Como no pudo, se lo escondió en el regazo, debajo de la mesa, donde continuó chirriando en un tono cada vez más alto hasta que oímos una pequeña explosión. De súbito había un montón de cinta adhesiva a mis pies, acompañada de un leve tufillo de humo.

—¡Ambrose! —chilló Bee, incapaz de seguir conteniéndose. Se giró en el asiento para arrebatarle el dispensador del regazo—. ¡Por Dios! ¡Para ya!

—Es que… —empezó Ambrose. Mi madre recogió un trozo de cinta del suelo y lo dejó sobre su carpeta con delicadeza.

—¡Me da igual! —continuó Bee—. ¡Siempre estás haciendo lo contrario de lo que deberías hacer y ahora mamá no puede más y me toca a mí cargar contigo, así que cállate y no te muevas, joder! ¡Y no toques nada!

Silencio. Volví la vista hacia William por costumbre, que

parecía horrorizado y emocionado a partes iguales por este giro de los acontecimientos. Yo también lo estaba, lo reconozco. La palabrota de Bee nos había pillado a todos por sorpresa. Mi madre, sin embargo, apenas mostraba desconcierto cuando dijo:

—Yo solo digo que, en mi opinión, deberías rebajar tus expectativas.

Al oír eso, Bee estalló en lágrimas. Cuando se llevó las manos a su bonito rostro, todavía entre sollozos, Ambrose le propinó unas palmaditas en el brazo y nos dijo:

—Las bodas son muy estresantes.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó ella, esquivando el contacto. Echó la silla hacia atrás y se puso de pie—. Lo siento. Es que… necesito…

—Por supuesto —respondió William con suavidad—. El servicio está al doblar la esquina. Te llevaré un poco de agua.

Yo no tenía claro en qué la iba a ayudar eso, en particular después de oír el portazo procedente del cuarto de baño. A pesar de todo, William se alejó por el pasillo con un botellín de agua en la mano y los otros tres nos quedamos solos. Miré al suelo. Había cinta adhesiva por todas partes.

—¿Sabes qué, Ambrose? —empezó mi madre pasado un ratito—. Nos ayudaría muchísimo que intentaras no desquiciar a tu hermana hasta después de agosto.

A pesar del estallido de Bee y de la explosión de cinta adhesiva, yo solo me fijé en un detalle cuando mi madre pronunció esta frase: por primera vez había hablado de la boda en primera persona. Seguramente Bee se moría de vergüenza. Pero, gracias a su arrebato, por fin parecía que mi madre se había implicado.

—La gente nunca me cree cuando lo digo —respondió Ambrose, que cruzó los brazos sobre la mesa—, pero no pretendo irritarla. Es demasiado susceptible, nada más.

—¿De verdad piensas que ese es el problema? —preguntó mi madre.

Él asintió con aire sombrío.

—Siempre lo ha sido.

—Pero, por lo que ha dicho, tu madre te ha mandado a su casa porque se siente incapaz de lidiar contigo.

—Es verdad —asintió él—. Y porque estrellé su coche. Pero

puedo alegar en mi defensa que mi madre también es muy susceptible. Debe de ser un problema genético.

«Ay, por el amor de Dios», pensé yo, luchando contra el impulso de poner los ojos en blanco. Pues claro que la culpa siempre era de los demás. Dentro de nada culparía al dispensador de cinta adhesiva. Mi madre, en cambio, le sonrió. El chico le hacía gracia, era evidente.

—¿Ha dicho Bee que necesitas trabajo?

—Eso me dicen —respondió él.

—¿Te dicen?

—En realidad es más bien un ultimátum —reconoció—. Por lo visto, soy un incordio y salgo muy caro.

En lugar de responder, mi madre se limitó a observarlo mientras retorcía con una mano el colgante de diamantes que llevaba cada día. Me escamó la expresión de su rostro ya antes de que dijera:

—A ver qué te parece esta propuesta: trabajas para mí este verano y yo descontaré tu salario de mi tarifa, que paga tu madre.

—¿De verdad?

—¿Mamá? —intervine atónita.

Ambrose me sonrió.

—¿Lo has oído? ¡Seremos compañeros de trabajo!

—Pero tendrás que trabajar —prosiguió ella, en un tono firme—. No me van los incordios ni los derroches. Y tendrás que ser puntual. ¿Está claro?

—Por supuesto —respondió él—. ¿Cuándo empiezo?

—Ahora. —Mi madre arrastró la silla hacia atrás y señaló el suelo—. Recoge toda esa cinta. Luego ven a buscarme para hacer el pedido de los cafés. Necesito cafeína.

—A la orden —dijo Ambrose, que fingió saludarla al estilo militar mientras ella se encaminaba a su despacho. Yo la seguí y volví la vista hacia atrás antes de cerrar la puerta. En el último momento lo vi acuclillado en la moqueta, recogiendo los pedazos de cinta uno a uno. Cuando me sorprendió observándolo, levantó los pulgares con alegría. Por favor.

—¿Te has vuelto loca? —le pregunté a mi madre en cuanto estuvimos solas—. ¿Cómo se te ocurre contratarlo?

—Asegurarnos de que las novias estén tranquilas y

centradas forma parte de nuestro trabajo —respondió mientras extraía la cartera del bolso—. Todo ha salido mal en la planificación de esta boda y, a pesar de todo, solamente Ambrose ha sido capaz de alterar a Bee. Si lo contratamos, se lo quitamos de encima a la novia y de paso nos echa una mano.

—Ni hablar —le dije, negando con la cabeza—. Tú nunca has contratado a nadie por impulso. Verificas el currículum de las pocas personas que aceptas. Ni en sueños pondrías en peligro tu reputación y tu evento solo por mantener a alguien ocupado.

—¿No me crees capaz de hacer algo por caridad? —preguntó ella con aire risueño.

—Tú no haces nada por caridad—replique sin más.

—¡Oye! —protestó. Yo me limité a mirarla. Por fin, suspiró y dijo—: Vale, muy bien. Puede que hace un rato me haya llamado Eve para contarme que Bee está harta de su hermano y me haya preguntado si, por un tanto adicional, podríamos entretenerlo.

—¿Te paga por hacerle de niñera?

—De niñera, no. O trabaja o no hay trato. Se lo he dicho. —Extrajo un billete de veinte del bolso y me lo tendió—. Y no le voy a encargar nada importante, bien lo sabe Dios. Recados, trabajo físico, detalles de última hora y cafés.

Lo medité un segundo.

—Pero ese es mi trabajo.

—Exacto. —Sonrió—. Y tú estás a punto de graduarte y de disfrutar de tu último verano antes de empezar las clases en la universidad. Me gustaría que te divirtieras.

—No hagas esto por mí —le dije en tono de advertencia—. Ya he tratado con él lo suficiente como para saber que prefiero trabajar sola a contar con esa clase de ayuda.

—De nada —respondió, como si yo no hubiera hablado. A continuación, antes de que pudiera seguir protestando, se inclinó para plantarme un beso en la frente—. Dale esto, dile cómo nos gusta el café y envíalo al Jump Java. Luego quedas oficialmente liberada. ¿Vale?

Yo quería seguir discutiendo, detener lo que sin duda sería un viaje cuesta abajo y sin frenos antes incluso de que el vehículo cogiera velocidad. Pero el reloj, por encima de su

hombro, marcaba las cuatro y cuarto, y yo había quedado en reunirme con Jilly en la fila de la graduación, Steve Baroff mediante o no, dentro de dos horas. Además, a juzgar por lo que ya sabía de Ambrose Little, no sería necesario que yo lo saboteara: lo haría él solito. Tal vez antes incluso de que yo lanzara el birrete al aire.

—Vale —dije a la vez que le arrebataba el billete—. Acabas de firmar tu sentencia de muerte.

—Qué modo tan encantador de expresarlo —respondió—. Tal como lo haría una recién graduada.

Puse los ojos en blanco y alargué la mano hacia la manilla de la puerta. Cuando abrí, le di a algo con fuerza. Y ese algo era el mismísimo Ambrose, descubrí cuando me asomé, todavía en el suelo y seguramente tan pegado a la puerta como para haberlo escuchado todo. Ups.

—Creo que ya está —anunció. No parecía en absoluto ofendido—. Tía, qué cinta más pegajosa.

—Por eso la guardamos en el dispensador —le espeté. Se puso de pie, arrancó los trozos que llevaba pegados a las manos y los tiró a la papelera—. Mi madre ha pedido café. Quiere que te diga cómo lo toma y te enseñe dónde comprarlo al salir.

—Genial —respondió tan tranquilo, como si no tuviera el menor motivo para no estarlo. No había oído la conversación con mi madre, estaba claro. Y, de ser así, habría supuesto que hablaba de otra persona. O que yo era muy susceptible—. Tú primero.

—A primera vista parece café —empecé cuando nos dispusimos a hacer una cola más larga de lo habitual en el Jump Java—. Pero nada es sencillo cuando se trata de mi madre. Es lo primero que debes saber.

Él asintió.

—Me estás diciendo que es un hueso duro de roer.

Lo miré.

—Nunca le digas eso. O sea, jamás.

—Tomo nota. —Sacudió la cabeza y el rizo rebelde de siempre rebotó hacia un lado—. ¿Sabes?, tengo la sensación de que no confías demasiado en mi capacidad para hacer este

trabajo.

—Has acertado —repliqué mientras la fila por fin avanzaba unos pasos.

Tuvo el valor de mostrarse ofendido.

—¿Por qué? Ni siquiera me conoces.

—Puede que no, pero te voy a resumir mi experiencia contigo hasta ahora. La boda de tu madre se retrasó por tu culpa…

—Algo que, visto en retrospectiva, podría haber sido algo bueno. Tal vez si me hubiera quedado charlando con Demi más rato, habría recuperado el sentido común y se habría ahorrado un montón de sufrimiento.

—… y hoy mismo —continué— has estropeado material de la empresa y has hecho llorar a una clienta.

—He hecho llorar a mi hermana —me corrigió—. En ese momento, ni siquiera era un empleado. Que quede claro.

La cola se desplazó una pizca.

—¿Siempre esquivas tu responsabilidad ante cualquier problema?

—Por razones que no me explico, las culpas tienden a recaer sobre mí. Debo ser cuidadoso.

—¿Por razones que no te explicas?

—¿No me ibas a decir cómo toman el café?

Apreté los dientes, con fuerza, y me ordené tranquilizarme. Como no lo conseguí, me distraje mirando a la mujer que William y yo habíamos bautizado como la «Señora del Teléfono». Cada día de la semana, fuera cual fuese la hora a la que acudía a buscar café, la encontraba sentada a la misma mesa individual, con el portátil abierto y el móvil pegado a la oreja. Hablaba a voz en grito, como empeñada en que todos los presentes escuchasen su parte de la conversación. En ocasiones charlaba sobre su trabajo; se dedicaba a transcribir historiales médicos o algo parecido. Con más frecuencia, sin embargo, su charla versaba sobre asuntos personales. A principios de semana, por ejemplo, me había enterado de que a una amiga suya acababan de diagnosticarle un cáncer de pecho y también de que ella sufría alergia al germen de trigo. Y ese día la cola era corta.

Tal como me temía, en cuanto el ruido de la cafetera cesó, distinguí su voz aguda y tirando a nasal, esta vez hablando de

los precios de las líneas aéreas. Le comenté a Ambrose:

—William siempre pide un *chai latte* grande con leche desnatada. Él es la constante. Mi madre es la incógnita. Por lo general, pedirá un expreso con leche entera. Si está muy estresada, optará por un café doble. Pero si te contesta de malos modos, llévale uno solo. No notará la diferencia y todo el mundo lo agradecerá.

Ambrose no respondió y me di cuenta de que estaba mirando las pastas. Genial.

—¿Hola? —dije—. ¿Por casualidad me estás…?

—*Chai latte* grande, desnatado. Mamá ha pedido un expreso, así que no entraremos en juicios subjetivos. Y dos cruasanes de chocolate, calentitos para que estén más ricos y melosos.

Lo miré de hito en hito, sorprendida de que lo hubiera captado casi todo.

—No he dicho nada de cruasanes.

—Son para nosotros —aclaró.

—Yo no quiero un cruasán.

—Pareces de mal humor. Te vendrá bien —opinó—. No te preocupes, yo invito. Aunque puede que tengas que prestarme un par de pavos hasta el día de paga.

Más tarde me daría cuenta de que esa respuesta resumía todo aquello que me sacaba de quicio de Ambrose. Pero en ese momento me quedé allí plantada, sin saber qué responder. Justo entonces mi teléfono vibró. Jilly.

«¿Estás emocionada? Dicen que la fiesta en el Dos Aguas será alucinante. ¡Creando recuerdos!»

—Fiesta en el Dos Aguas, ¿eh? —preguntó Ambrose, leyendo por encima de mi hombro—. ¿Dónde está?

Escondí la pantalla del móvil.

—¿De qué vas? ¿No te han enseñado modales?

—Has sido tú la que se ha puesto a mirar el móvil en mitad de una conversación —señaló. Cuando lo fulminé con la mirada, añadió—: ¿Sabes qué? A lo mejor sí deberías aceptar ese cruasán.

—Siguiente —gritó el chico con barba que atendía el mostrador, un poco mayor que yo. William lo había apodado el «Leñador» a causa de su afición a las camisas de cuadros—. Hola. ¿Cómo va el negocio de las bodas?

—De locos, como de costumbre —respondí. Señalé a Ambrose—. Él te hará el pedido. Aunque seguramente tú lo sepas mejor que yo.

—Seguramente —asintió el Leñador—. Pero os escucho de todas formas.

—Yo me marcho —le dije a Ambrose—. No olvides pedir unas cuantas servilletas de más.

—Oki doki —respondió mientras yo me daba la vuelta para encaminarme a la puerta—. ¡Que te diviertas en la graduación!

Pronunció este último comentario en un tono tan alegre y desenfadado, en las antípodas de mis propios sentimientos, que volví a apretar los dientes. ¿Cómo diantres podía alguien ser tan inmune al lenguaje corporal más evidente, tan ajeno a la irritación que inspiraba? Todavía lo estaba meditando cuando, al empujar la puerta, la voz de la Señora del Teléfono sobresalió de sopetón por encima de las otras conversaciones, la música y el pitido de la caja registradora.

—… cualquier día de estos —decía—. Y ¿te has enterado del tiroteo en California? Cinco niños, han dicho. Cinco. No habían muerto tantos desde…

Pegué tal portazo al salir que temblaron los cristales, aunque nadie reparó en ello. La gente está siempre en su propio mundo, mientras aún tiene alternativa.

CAPÍTULO 5

—¡¿Lo ves?! —exclamó Jilly—. ¡Creando recuerdos! ¡Tú y yo! ¡Como decía el anuario!

Al menos, eso me pareció oír. No era fácil estar segura, pues estábamos en medio de un montón de gente apretujada que bailaba y hablaba a gritos por encima de la música machacona. Todo esto en el salón de una cabaña con el tejado a dos aguas que, por lo visto, se había convertido en el local de moda entre la gente de nuestro instituto durante el último año. Jilly llevaba toda la noche saludando gente. Yo, hasta ese momento, no había cruzado palabra con nadie.

No obstante, ahí estaba, en los primeros minutos de mi primer día completo como graduada, con una cerveza caliente en la mano. Nuestra graduación, celebrada en un anfiteatro de la universidad, había sido larga y soporífera, lo que resultó aún más agobiante si cabe a causa del calor húmedo de la noche. Cada vez que levantaba la vista —sentada junto a Steve Baroff, que tenía los ojos enrojecidos y soltaba risitas de vez en cuando—, veía gente que usaba el programa para abanicarse con un vaivén casi hipnótico. Solo me despabilé los pocos minutos que pasé de pie, mientras caminaba hacia el escenario y luego lo cruzaba para recoger el diploma. Habían pedido al público una y otra vez que no ovacionase a los graduados por separado, una recomendación que se ignoró por completo, a juzgar por los «¡bravo!» que gritó William a lo lejos.

El calor no era lo único desagradable que planeaba sobre nosotros. También estaba el tiroteo del instituto que había sucedido por la mañana, cuyos detalles había hecho lo posible por ignorar. No fue fácil, pues mis compañeros se dedicaron a comentarlo en la fila y más tarde el director lo mencionó, no una sino tres veces, durante las intervenciones que llevaba preparadas de antemano. Entendía sus razones para hacerlo. Formaba parte de nuestro mundo, de nuestra realidad, y no podíamos obviarla como no lo haría ningún otro instituto. En

el pasado, no muchos meses atrás, yo también estuve pendiente de las noticias de mi teléfono o de la televisión y compartiendo con los demás cada detalle de última hora. Hasta que se produjo otro tiroteo. Y otro más. Luego saber se me antojaba excesivo.

Noté un golpe suave en la espalda. Cuando me giré tanto como pude teniendo en cuenta la falta de espacio, vi al chico que Jilly me había presentado hacía un rato —¿Jeff? ¿Jay?— detrás de mí con una cerveza fresca en cada mano. Su amigo bailaba detrás de Jilly rodeándole la cintura con los brazos. Ella se apoyaba en él y sonreía mientras el chico le susurraba algo al oído. Aquello era lo más «ahí fuera» que había estado jamás e intentaba tomármelo con deportividad. Así que cuando Jeff —seguro que se llamaba Jeff— me tendió un vaso, lo acepté.

—¡Es ponche! —me gritó al oído—. La birra se había acabado.

Miré la bebida, un mejunje azul fosforito con motitas flotando en el líquido.

—¡Genial! —vociferé. Ni muerta pensaba beberme eso—. Gracias.

Asintió al tiempo que deslizaba la mano que le quedó libre por mi cintura y empezaba a brincar al ritmo de la música. Era un chico alto y delgado, con las orejas grandes y tatuajes que le asomaban por debajo del cuello de la camisa. Iba a otro instituto de la zona, llevaba la cartera sujeta con una cadena y ya me había pisado con sus botazas más veces de las que podía contar. Pero parecía simpático e imaginaba que a Jilly le emocionaba verme con un representante del género masculino que no fuera William. Acerté. Mientras lo pensaba, mi amiga se zafó el tiempo suficiente para inclinarse hacia mí una vez más.

—¿Verdad que esto es genial? —aulló, derramando unas gotas de cerveza en mi vestido—. Que empiece ya la universidad. ¡Lo estoy deseando!

Asentí con una sonrisa al tiempo que notaba que el brazo de Jeff me sujetaba con más fuerza para atraerme hacia él. Me crispé automáticamente e intenté poner algo de espacio entre los dos. No hubo suerte: estaba pegado a mí como una lapa y se acercaba a mi otro oído.

—Nunca te había visto por aquí —dijo—. ¿Cuál es tu historia?

¿Cómo responder a una petición como esa? Las historias, por definición, tienen que contarse. ¿De verdad se podía explicar nada en una pista de baile atestada donde ni siquiera oías tus pensamientos?

Quizá le estaba dando demasiadas vueltas, pensé. Le daría la respuesta más rápida que pudiera. Me volví a mirarlo según ensayaba para mis adentros una respuesta, pero cuando abrí la boca para empezar a hablar, me besó de repente.

No lo vi venir, ni por asomo. No estaba inclinado hacia mí ni el espacio menguó a cámara lenta entre los dos. Tan solo me plantó sus carnosos labios en la boca, que de golpe y porrazo me estaban engullendo. Sabía a cerveza y lo único que podía notar era su lengua.

Aparté la cara a toda prisa, aunque su mano seguía aferrada a mi cadera para que no pudiera alejarme.

—No —le dije en el tono más alto que había empleado en toda la noche.

—¿Qué? —Esbozó una sonrisa adormilada y me acarició la espalda con la otra mano—. Solo estamos bailando, guapa.

Me di la vuelta para captar la atención de Jilly, pero un grupo de chicas con unas relucientes tiaras de plástico en la cabeza en las que ponía «¡CLASE DEL 16!» y boas alrededor del cuello circulaba en ese instante entre las dos. De repente la música se me antojó más alta y noté que me ardía la cara según intentaba zafarme del abrazo de Jeff. Empezaba a entrar en pánico y me sentía del todo atrapada cuando la última chica pasó por mi lado dejándome un cosquilleo de plumas en la cara. Fue la misma sensación que tenía en ocasiones cuando las cosas me superaban, abrumadoras, más de lo que podía soportar. La imagen de un gentío saliendo de un edificio a la carrera, con los brazos sobre la cabeza, cruzó mi mente. Se me revolvió el estómago.

«Respira», me dije a la vez que cerraba los ojos. «Estás aquí, estás bien.» Pero las imágenes seguían acudiendo, planos generales, primeros planos, vistas de pájaro. Y entonces, sin previo aviso, algo del todo distinto: un chico en la playa vestido con camisa blanca, alargando la mano, un momento de consuelo, seguridad, familiaridad. Aunque aquello llevaba

meses sin sucederme, supe lo que estaba a punto de pasar, el pánico que ascendía como un líquido hasta llenarme. De nuevo intenté apartarme de Jeff y, cuando él insistió en atraerme hacia sí, empecé a verlo todo borroso.

Cerré los ojos y pronuncié aquella familiar plegaria. «Ethan», pensé. «Ethan.» Entonces noté que había alguien plantado delante de mí. Parpadeé y me encontré cara a cara con Ambrose Little.

—¡Conga! —le gritó a Jeff al pasar a mi lado. Él se limitó a mirarlo desconcertado. Entonces Ambrose tomó mi mano y, sin pararme a pensar, me aferré a ella y dejé que me arrastrara.

—¿Has visto las orejas de ese tío? ¿Crees que oye los ruidos a máximo volumen, en plan, todo el tiempo?

Yo intentaba recuperar el aliento, lo que me costaba más si cabe por el miedo a no poder hacerlo. Por una vez me alegraba de oír el parloteo de Ambrose, por no decir que me aferraba a sus estúpidas palabras con cada inhalación.

—O sea, apoyo a tope los rasgos distintivos —prosiguió, mientras yo observaba de reojo cómo su rizo característico, húmedo de sudor, le caía sobre los ojos—. Y tampoco es que el tío pueda evitarlo. Son las cartas que te tocan y todo eso. Pero me juego algo a que de niño lo llamaban «Orejotas». Y si no lo hicieron, alguien se durmió en los laureles. Oye, ¿te vas a beber eso?

Parpadeé y miré el vaso que tenía en la mano. Me había olvidado de su existencia.

—Es azul —conseguí decir.

—Podría ser cualquier cosa, como licor de arándanos y vodka. Barato, fuerte y sí, azul. ¿Qué pasa? ¿No te gusta?

Le tendí el vaso, todavía concentrada en respirar, y él bebió un largo trago, hizo una mueca y lo dejó entre los dos. Estábamos en el exterior del Dos Aguas, en el porche delantero, donde habíamos acabado tras la conga que me había permitido alejarme de Jeff y de la pista de baile. Allí cerca había un barril de cerveza rodeado de vasos espachurrados; en un rincón en penumbra, una pareja se estaba enrollando. No hacía frío en el exterior, pero yo sentía

escalofríos. Todavía.

—¡Ambrose! —Una de las chicas con boa, alta, pelirroja y con pecas, cruzó la puerta tambaleándose para acercarse a nosotros—. Aquí estás. ¡Te había perdido!

—Y ahora me has encontrado —respondió él sonriente—. Eres increíble, Grace.

Ella le dedicó una sonrisa radiante y casi tuve la sensación de que su rostro se iluminaba en la oscuridad. Una imagen de la muchacha que estaba con Ambrose en el aparcamiento del club de campo, mirándolo con la misma expresión, asomó a mi pensamiento. Las atenciones de un chico mono pueden mover el mundo.

—Baila conmigo —le dijo ella. Extendió una mano hacia él. La única luz del exterior brillaba detrás de la chica iluminando las plumas de la boa, que temblaban con la suave brisa. Demasiado, todo de golpe, otra vez. Aparté la vista—. Me lo has prometido. ¿No te acuerdas?

—Soy un hombre de palabra —respondió Ambrose, que alargó la mano hacia ella. En lugar de tomar la de Grace, abrió la palma como incitándola a hacer lo propio—. Pero Louna y yo estamos hablando de negocios. Luego te busco.

Ella apartó la mano e hizo un puchero.

—No me gusta esperar.

—Cinco minutos —prometió él. Abrió los dedos y observé la facilidad con que ella deslizaba la mano en la de Ambrose, la mecánica de una intimidad súbita, rauda. Luego él la soltó —. Quedamos en la fuente de ponche. Me reconocerás porque estaré a punto de caer rendido a tus pies.

Allí estaba esa expresión de nuevo, como un aumento de tensión eléctrica en el rostro de ella.

—Cuento con ello —dijo. Acto seguido dio media vuelta y se alejó despacio, como haces cuando quieres que te miren y sabes que lo van a hacer.

Una vez que la chica se perdió en el interior, Ambrose recogió mi vaso y apuró el contenido. Mientras lo estrujaba, le dije:

—¿Todo eso iba en serio?

—¿El qué?

Hice un gesto en dirección a la puerta, que Grace había dejado entreabierta.

—El coqueteo. ¿Era broma o no?

—Nunca bromeo cuando hay una chica guapa de por medio —replicó él.

Pues claro que no.

—Pero no te sientas mal por no entenderme —prosiguió—. Soy una especie de enigma. Misterioso, difícil de conocer.

—La gente enigmática no va por ahí anunciando que es difícil de conocer —señalé.

—Eso es parte del enigma. Hacer siempre algo inesperado. Bueno, y ¿qué te ha pasado ahí dentro?

Lo miré de hito en hito, sorprendida por el repentino cambio de tercio.

—Tenía calor —respondí—. Me he mareado.

—Entonces, no te has agobiado porque Orejotas te estuviera metiendo mano.

Levanté la mano para recogerme un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Me estaba metiendo mano, ¿verdad?

—Más bien te estaba metiendo zarpa. —Alargó las piernas ante sí y se apoyó sobre las palmas de las manos—. Si tienes que aferrar a una chica con fuerza, algo estás haciendo mal. Desde luego, un enigma misterioso no eres.

—Mi mejor amiga me ha concertado una cita con él —expliqué.

—Pues tal vez tengas que cambiar de amiga.

Negué con la cabeza.

—No. Lo hace con buena intención. Yo no he… no he socializado demasiado últimamente. Intenta cambiarlo.

—¿No socializas? ¿Y eso qué significa?

Como si estuviera programado, la puerta se abrió de nuevo. Al principio pensé que se trataba de Grace, ya que la figura que apareció también llevaba boa y tiara. No obstante, cuando se acercó, advertí que era una de sus amigas, una chica más baja y voluptuosa de cabello oscuro.

—¡Ambrose! ¿Te estás escondiendo de mí?

—¿Esconderme? Pero si eres la repera —replicó él con una sonrisa.

Ella adoptó una pose en plan modelo, con una mano en la cadera.

—Sabes que eso es verdad. Soy la pera limonera. Ahora

entra, has prometido tomar un chupito conmigo.

—Me has convencido con el limón. Dame cinco minutos.

Otro puchero. ¿Sería yo la única chica que todavía no se había aprendido ese gesto?

—Yo no espero a nadie.

—Pero yo no soy nadie. Soy Ambrose. —Le guiñó un ojo. ¡Le guiñó un ojo!—. Cinco minutos. Me reconocerás porque iré buscando un limón.

Ella desplazó el peso a la otra pierna.

—Espero que tengas hambre.

Yo hacía esfuerzos por no parecer asqueada cuando caí en la cuenta de que ya no me costaba respirar. Por absurdos que fueran las conversaciones de Ambrose, la distracción ayudaba.

—Te veo dentro —dijo entonces. Un segundo después, la chica dio media vuelta y, ahuecándose el pelo según avanzaba, se alejó.

—Hala —repuse cuando la puerta se cerró a su espalda.

—Lo mismo digo. Soy fan de que se me insinúen, pero las cosas se pueden llevar demasiado lejos.

—¿De qué conoces a esas chicas? —quise saber—. ¿No acabas de llegar a la ciudad?

—Me han recogido cuando venía andando hacia aquí.

—¿Has venido andando? —El Dos Aguas no estaba en el campo, pero tampoco era exactamente el centro—. ¿Por qué?

—Voy andando a todas partes. —Levantó un pie, luego el otro—. Solo yo, Pite y Repite.

—¿Por decisión propia?

—Por orden del estado de California —respondió—. Me he tomado un descanso entre carnets de conducir.

Estaba segura de que se lo estaba inventando.

—¿Eso está relacionado con que estrellaras el coche de tu madre?

—En parte. Entonces, ¿no socializas por decisión propia o por tu personalidad?

De nuevo aluciné con su capacidad para desviar la conversación de su persona a la mía con tanta facilidad como quien mira la hora.

—¿A qué te refieres con mi personalidad?

Se encogió de hombros.

—Tienes malas pulgas.

—No tengo malas pulgas —rebatí en un tono que contradecía mi afirmación. Inspiré hondo para reiniciar—. Es que… ha sido un año complicado. Salir con alguien no ha sido mi prioridad que digamos.

Se estremeció.

—Dios mío, ¿quién quiere salir con alguien?

—Tú no, por lo que parece.

—Me gusta el proceso, no el desenlace. Lo mío es el cortejo.

Me limité a mirarlo.

—¿De verdad acabas de decir que lo tuyo es el cortejo?

—Tenemos malas pulgas y problemas de oído, ¿eh? —Le dediqué una mueca que él me devolvió antes de decir—: Por algo lo llaman la «emoción de la caza».

—Así que no quieres ataduras.

—¿Por qué iba a quererlas? Ni que estuviera loco de atar —dijo. Suspiré—. Mira, no engaño a nadie. Soy muy claro respecto a que mis intenciones son, bueno, pasar de las intenciones.

—¿No acabas de prometer un baile, un chupito y un limón?

—Eso no es una relación, es una lista. Es distinto.

La puerta se abrió de nuevo. Esperaba que apareciese otra de sus admiradoras, pero era Jilly. Asomó la cabeza para escudriñar el porche a un lado y al otro. Cuando me vio, respiró aliviada y corrió hacia mí.

—¡Estaba tan preocupada! —Se había quitado los zapatos, que en realidad habían sido míos en algún momento—. ¿Qué te ha pasado? Hace nada estábamos divirtiéndonos bailando y de repente has desaparecido.

—Me he mareado —le dije.

—Y le han metido mano —añadió Ambrose—. Orejotas la estaba sobando. Por fin la convences de que socialice y ¿no se te ocurre nada mejor?

Que hasta ese momento Jilly apenas le hubiera prestado atención a Ambrose dice mucho de lo preocupada que estaba. Por lo general no se le escapaba ni un detalle, sobre todo si el detalle era masculino. En ese preciso instante lo vio y se mosqueó.

—¿Quién narices eres tú?

—Ambrose Little —respondió él y le tendió la mano—.

Trabajo con Louna.

—No, no es verdad.

—¿En qué te basas para decir eso?

—Porque es mi mejor amiga y lo sé todo sobre de ella, incluso con quién trabaja. Jamás te había visto.

—Vaya. Qué gran opinión tienes de ti misma. Si no conoces a alguien, ¿significa que no existe?

Ella se limitó a mirarlo. No estaba acostumbrada a que la descolocaran con tanta facilidad. Luego, priorizando, desdeñó a Ambrose con un gesto de la mano y se volvió hacia mí.

—No tenía ni idea de que Eric se hubiera puesto en plan sobón. Lo siento. Menudo lío hay montado allí dentro.

Caray, no había acertado con el nombre ni por casualidad. Aunque tampoco me sabía mal a esas alturas.

—No pasa nada. Es que ha sido un día muy largo y…

—Lo sé. —Miró a Ambrose—. ¿Quién es este tío?

—Ambrose Little. Trabajo con Louna.

—Mentira —replicó ella en tono firme—. No trabajas con ella.

—En realidad… —empecé. Jilly parecía desconcertada—. Desde esta tarde, medio trabaja conmigo. Su hermana es clienta nuestra. Estaba bailando cerca de nosotras cuando Eric ha empezado a toquetearme y él…

—He protagonizado un rescate conga —terminó Ambrose por mí—. Es una de mis muchas especialidades.

Jilly lo miró a la cara con una mirada serena. Por fin dijo:

—Me parece que no me caes bien.

—Una reacción muy habitual —respondió él—. Caerás rendida a mis pies. Antes o después.

Mi amiga se volvió a mirarme, estupefacta. Yo solamente atiné a decirle:

—Ya lo sé.

La puerta se abrió una vez más. En esta ocasión tan solo alcancé a ver un brazo envuelto en una boa. ¿Era Grace? ¿La del limón? ¿Otra chica? Me reventó descubrir que sentía curiosidad.

—¡Am-brooose! ¿Dónde estás?

—Supongo que me llaman. —Se incorporó sacudiéndose el polvo de las manos. A continuación, me preguntó—: ¿Te encuentras bien? ¿Todo va mejor ahora?

«Ojalá», pensé. ¿Sería posible algún día? Noté que Jilly me observaba, consciente de la pausa rara, o lo que fuera, transcurrida entre su pregunta y mi respuesta.

—Estoy bien —dije—. Gracias otra vez.

—De nada. —Ya de pie, se echó el pelo hacia atrás con la mano y le hizo una pequeña reverencia a mi amiga—. Encantado de conocerte.

—Igualmente —respondió ella con palpable desconfianza.

—¿Lo ves? Empiezas a rendirte.

Ambrose sonrió, dio media vuelta sobre un pie, hundió las manos en los bolsillos y echó a andar hacia la puerta, donde todas las boas se habían congregado, como una muralla de chicas que lo esperaban. Él levantó los brazos para hacer una entrada triunfal mientras ellas lo ovacionaban y lo arrastraban al interior.

Jilly se sentó a mi lado con aire pensativo.

—¿Es raro que experimente una extraña atracción hacia él aunque me haya caído fatal?

—Sí —me limité a decir.

—Lo suponía. De todos modos, no es mi tipo —concluyó—. Es demasiado guapo y lo sabe. Por no mencionar que lleva «cerdo» escrito en la frente.

—¿Tú crees? —pregunté.

—¿Tú no?

Si me hubiera planteado esa misma pregunta unas horas antes o incluso el día que lo conocí en la boda, mi respuesta habría sido afirmativa. Ambrose era un engreído demasiado consciente de sus encantos. Le daba poca o ninguna importancia al tiempo o a los sentimientos de los demás y sus «intenciones» eran superficiales a más no poder. Y habría que añadir a la lista que seguramente en ese momento estaría provocando conflictos entre las chicas de las boas.

Y, a pesar de todo, no podía negar lo que había sucedido un rato atrás en la pista de baile. No hablo de que hubiera aparecido cuando me había entrado el pánico y todo había empezado a tambalearse, cuando empezaron a zumbarme los oídos y estaba a punto de desmoronarme. Tampoco de que se hubiera sentado a mi lado después para salpicar la noche con su cháchara mientras yo intentaba llenar de aire mis pulmones. En realidad, fue un instante entre ambas cosas,

algo mínimo: cuando me tomó la mano y empezó a arrastrarme lejos de la multitud y yo, huraña y antisocial como soy, le apreté los dedos con fuerza. Él me los estrechó a su vez. Fue como una pregunta y luego una respuesta, o una llamada atendida sin que ninguno de los dos pronunciara una sola palabra.

Me quedé en la fiesta cosa de una hora más, no tanto por mí como por Jilly. Me había comprometido a crear recuerdos; al menos quería intentar que fueran buenos. Así que bailamos, las dos solas, y brindamos por el futuro con cerveza de un nuevo barril cuando llegó. No volví a ver a Ambrose, aunque debo reconocer que lo buscaba con el rabillo del ojo cada vez que veía un destello de plumas rosas.

A las tres de la madrugada, nos amontonamos en el vehículo de unos conocidos de Jilly y pusimos rumbo a casa con todas las ventanillas bajadas para inundarnos de noche. Fui la segunda en bajar y en mi hogar reinaba la oscuridad. Una vez dentro, vi a William durmiendo en el sofá, donde solía pasar la noche cuando mi madre y él se quedaban charlando hasta las tantas. Se había quitado los zapatos y tenía los brazos cruzados sobre el pecho; literalmente dormía como un muerto. Recogí la manta de ganchillo de una silla, la sacudí y lo tapé. No movió ni un dedo.

Yo también debería estar cansada, lo sabía, ya que llevaba despierta cerca de veinticuatro horas seguidas. Pero ni siquiera bajo las sábanas de mi fresca habitación, con el ventilador en marcha, fui capaz de conciliar el sueño. Acabé echando mano del teléfono, que se cargaba en la mesilla de noche, y abrí una de mis aplicaciones de noticias. El artículo apareció en primer lugar, tal como yo esperaba, la consabida fotografía de un edificio de ladrillos, con una fila de ambulancias a la espera. Deslicé la pantalla hacia arriba pasando de los puntos clave de la historia y de la introducción en busca de las únicas palabras que me importaban.

ELIZABETH HAWKINS, 17
DEMETRIOUS BARCLAY, 16
SIERRA COPELAND, 17
MARCUS SHEFFIELD, 15
VILLA MARTIN, 16

Durante los próximos días habría fotos, velatorios, funerales. Pero esa noche solo había nombres, todavía sin rostro con el que asociarlos, la mínima expresión de los hechos. Así son las cosas cuando el asunto no te concierne personalmente, cuando no se te encoge el corazón al ver esa combinación de letras en particular. Cuando son los hijos, hermanos, hermanas, seres queridos de otras personas.

Haber visto «Ethan Caruso, 17» siete meses antes fue algo muy distinto. Él sí era algo mío.

CAPÍTULO 6

Noté el frío de la arena en los pies cuando la pisé aquella noche de agosto. Acompañada de la música que aún sonaba en la terraza, me colgué las sandalias del pulgar y me guardé el teléfono en el bolsillo del vestido. Allí delante, la playa se veía llana y oscura, salpicada de las luces de los hoteles y, más allá, de las casas. Pensando que recorrería un trecho breve antes de dar media vuelta, eché a andar.

Si él no hubiera llevado aquella camisa blanca que destacaba tanto que casi resplandecía, es posible que no lo hubiera visto. Pero la llevaba. El chico que me había invitado a bailar estaba de pie en la orilla del agua. No podía dejar de verlo. No, era más que eso. Ni siquiera puedo imaginarlo con otra ropa.

Lo más sorprendente, no obstante, fue que él me viera a mí. Si estás en una playa en plena noche y te topas con alguien que mira el mar, intentas no molestar. Es una de esas reglas tácitas. Así que me limité a seguir andando, con la cabeza gacha, cuando le oí decir:

—¿Ya has terminado por esta noche?

Es curioso que recordemos hasta el detalle más nimio de los momentos que no podemos olvidar. La arena fría bajo mis pies. El peso de los zapatos, que se mecían con el vaivén de mi mano. Y, una vez más, su camisa blanca resplandeciente en contraste con mi vestido negro, tan oscuro que más tarde me preguntaría cómo me vio siquiera.

—Sí —respondí—. Hoy me han dejado salir temprano.

—¿Es temprano? —Se volvió para otear las vistas más allá de las dunas, donde la fiesta proseguía. Sombras en movimiento se vislumbraban a lo lejos—. Vaya. Yo tengo la sensación de que es muy tarde.

No sabía qué responder a eso y tuve la sensación de que tal vez debía seguir mi camino, concederle la soledad que obviamente había salido a buscar. Pero él había sido el primero que había hablado.

—Las bodas pasan factura emocional —respondí—. O eso me han dicho.

—¿Te han dicho? Tú deberías saberlo. Asistes a montones de bodas, ¿no?

—Trabajo en montones de bodas —lo corregí—. No es lo mismo que ser invitado. No te implicas, eres una observadora. Casi como una científica.

—Ya —dijo. Tenía un leve acento del norte, suficiente para que no pasase desapercibido—. Nunca lo había considerado desde esa perspectiva. Claro que yo trabajo segando césped en jardines particulares.

—¿Y eso no suscita emociones?

—A la hierba tal vez.

Me reí con ganas.

—Nunca lo había considerado desde esa perspectiva.

—Ah, pues el mundo del paisajismo es fascinante. Salvo que no lo es en absoluto.

Nos quedamos allí unos instantes, ambos de cara a las olas que rompían. Avisté un barco de pesca en el horizonte, las luces parpadeantes con el vaivén del agua.

A nuestra espalda se oían gritos de alegría seguidos de una ovación, y ambos nos volvimos a mirar. Al verlo de perfil advertí que tenía las pestañas largas, una mandíbula prominente en la que no había reparado.

—Tu familia se está divirtiendo —observé.

—La familia de mi padre —me corrigió al instante. «Va-le», pensé. Me dedicó una sonrisa compungida—. Perdona. Es que… es complicado.

—La familia suele serlo —respondí.

—¿La tuya lo es?

Lo medité un momento.

—En realidad, no.

Soltó una carcajada.

—Ah, ya veo. Todavía estás de servicio. Empatizar con invitados deprimidos que se han escaqueado de la fiesta es parte de tu trabajo.

—No, no —protesté al tiempo que levantaba la mano—. Quiero decir que… estamos solas mi madre y yo. Bueno, y William. No caben muchas complicaciones.

—¿William?

—Su mejor amigo, mi padrino y prácticamente mi padre, salvo que no lo es —expliqué, recurriendo a la definición que había ofrecido en primaria, durante la semana «Te presento a mi familia», cuando el tema surgió por primera vez—. Mi verdadero padre murió cuando yo tenía tres años.

—Vaya, lo siento.

Me encogí de hombros.

—En realidad no lo conocí, al menos que yo recuerde. No lo echo de menos ni nada.

Hundió las manos en los bolsillos y desplazó el peso hacia atrás, apoyado sobre los talones.

—Antes mi padre y yo estábamos superunidos. Yo era su colega del alma y toda la pesca. Y hace tres años, dejó a mi madre por su secretaria. Qué típico. Puestos a engañar, podría haber sido más original.

Su voz dejó traslucir amargura cuando lo dijo. Entonces fui yo la que respondió:

—Lo siento.

Él también se encogió de hombros.

—Tú no tienes la culpa. Y sin embargo has sentido la necesidad de disculparte de todos modos. Él nunca lo ha hecho. Qué raro es el mundo, ¿verdad?

—Ya lo creo que sí —dije—. ¿Cómo lo lleva tu madre?

—Ella está bien —reconoció—. También se ha vuelto a casar, a estas alturas. Lo ha superado.

—¿Y tú?

Silencio. A continuación:

—No del todo. A pesar de que accedí a hacer todo el viaje por carretera con él, para asistir a la boda y ser el padrino. En teoría tenía que ser una experiencia inolvidable que nos permitiera recuperar el vínculo perdido.

Hundí el dedo gordo del pie en la arena y lo retorcí hasta que desapareció.

—Y ¿qué tal os ha ido?

—Estoy aquí fuera, a solas en la oscuridad. O, al menos, lo estaba hasta que has llegado —contestó—. Tú me dirás.

—¡Ethan!

La voz sonó a nuestra espalda, procedente de las escaleras que conducían al hotel. Cuando me volví a mirar, vi a una mujer corpulenta que llevaba un vestido verde metálico y el

cabello peinado con un recogido. El chico que estaba a mi lado dijo:

—¿Sí?

—¡Te lo estás perdiendo todo! —gritó ella—. ¡Joe y Margy se marcharán dentro de nada!

—Vale —fue su respuesta—. Voy enseguida.

La mujer, aplacada, dio media vuelta y, retocándose el peinado, regresó hacia la fiesta. Su sombra se proyectó tras ella, sobre las escaleras. Ethan se volvió de nuevo hacia el agua con una expresión de cansancio en el rostro.

—Mi tía Didi. Casi se ha tomado como algo personal que mi padre y yo nos hayamos distanciado.

—La familia es complicada —repetí.

—Exacto. A menos que seas… —Enarcó las cejas—. ¿Cómo te llamas?

—Louna —respondí.

—¿Como la luna?

—Como Louis y Natalie, jóvenes veganos enamorados hacia 1999. —Hice una mueca.

—Vaya —dijo impresionado—. Tendrás que contarme esa historia.

Giré la cabeza hacia las escaleras, donde la tía Didi se había convertido en un borrón verde en la lejanía.

—Lástima que tengas que volver.

—Sí. —Se volvió a mirar a su vez—. Lástima.

Nos quedamos allí un segundo, mirándonos. Los faldones de su camisa, por fuera del pantalón, ondeaban al viento. Nunca antes había sentido nada parecido, como si algo importante estuviera a punto de suceder y yo no tuviera que hacer nada salvo esperar. Un instante. Luego otro. Finalmente, Ethan se apartó de mí, en dirección contraria a las luces del hotel, hacia la penumbra de la playa que se extendía más allá. El viento azotaba mi cabello, las tiras de mis sandalias se enroscaban entre sí cuando esbozó una sonrisa y me pidió con un gesto que lo siguiera.

Ni siquiera titubeé. Buena parte de la vida consiste en no estar seguros de nada. Cuánto desearía, más tarde, haber sido capaz de saborearlos, aquellos pocos pasos y segundos en que, por una vez, lo tuve claro.

Caminamos durante lo que me pareció un buen rato, charlando sin más. Primero sobre mis padres, sobre su matrimonio en el bosque entre los pollos, y luego sobre cómo sus padres se vinieron abajo en mitad de una enorme reforma que nunca llegaron a terminar. («Ella quería una sala de gimnasia y yoga y él quería una bodega. Al final acabaron con un divorcio. Qué guay, ¿verdad?») Su sarcasmo, al menos en relación a este tema, me consoló y me allanó el camino para hablarle de las opiniones que mi madre y William sostenían acerca del amor y del matrimonio y cómo, por suerte o por desgracia, me las habían inculcado.

—Yo no digo que no crea en el amor —me confesó mientras dejábamos atrás el último hotel y empezábamos a ver casas en la zona de las dunas—. Pero el matrimonio como institución no me convence.

—Tal vez acabes siendo el típico compañero para toda la vida que cría pollos y va descalzo pero pasa de anillos.

—Claro, es lo que les pasa a los chicos de Nueva Jersey como yo, que juegan al lacrosse y cortan el césped.

—Puede que sí.

Se rio a carcajadas una vez más, echando la cabeza hacia atrás. Era imposible no chiflarse —o, vale, quizá solo interesarse— por una persona capaz de ver el lado cómico de algo hasta tal punto. Tenía una risa contagiosa.

—Yo creo en la posibilidad de un matrimonio feliz —comenté. En ese momento rodeábamos unas sillas de playa abandonadas—. Como los padres de mi mejor amiga, Jilly. Dirigen una empresa de *food trucks*, tienen cinco hijos de entre dos y diecisiete años y viven en el caos más absoluto. Pero no pueden mantener las manos apartadas uno del otro. Jamás he visto a dos personas más enamoradas.

Ethan alzó la vista al cielo.

—Cuando funciona, funciona, supongo.

—A mí eso me parece demasiado impreciso. Necesito saber cómo funciona —repliqué—. A poder ser, con diagramas y punto por punto. Necesito garantías.

—Uf. Eso es mucho pedir —dijo.

—Lo es —respondí—. Pero algunas personas lo consiguen, ¿no? La seguridad de que algo, alguien, de verdad es para

siempre. De no ser así, mi madre no podría dedicarse a esto.

—Yo no creo que nadie pueda saber qué va a pasar —meditó él—. Solo podemos esperar lo mejor.

Pensé en todas las bodas en las que había trabajado, desde las oficiadas en iglesias pequeñas con algo de picoteo hasta las grandes celebraciones en locales con varios espacios en las que no se repara en gastos. ¿Qué seguridad tenían de que todo iría bien, por más que tacharan cada punto: desfile nupcial, votos, anillos, primer baile, brindis y pastel? Como si cumplir con toda la parafernalia, o con alguna variante de la misma, aumentara las posibilidades de que la relación perdurase. Pero yo, más que nadie, sabía que las cosas no funcionan así. Nos encantaban las terceras nupcias, al fin y al cabo.

Pasados unos minutos, vi una hoguera ardiendo allí delante y unas cuantas figuras de pie alrededor. Las esquivamos dando un rodeo, pero todavía escuchábamos sus voces, así como la música procedente de su camioneta, aparcada en la arena junto a las dunas con las puertas abiertas. Cuando los dejamos atrás, me sorprendió descubrir que la playa ante nosotros se estrechaba hasta convertirse en una franja delgada a medida que la marea alta lamía los escasos bancos de arena que quedaban. Rodeada de oscuridad, di por supuesto que el desbordamiento se prolongaba a lo largo de kilómetros. Seguimos andando hasta que ya no pudimos avanzar más.

—Bueno, aquí estamos —dijo Ethan—. En el fin del mundo.

Sonreí y me giré un poco para abarcar la totalidad de las vistas.

—No me lo esperaba así.

—Los grandes acontecimientos siempre nos pillan desprevenidos —respondió.

A nuestra espalda, la música iba y venía, sencilla y lenta; debía de sonar a un volumen ensordecedor junto a la hoguera. Donde nosotros estábamos, en cambio, solo era un sonido que el viento atrapaba y transportaba, tan distante como para que pareciera fantasmal. O quizá no haya escogido la palabra adecuada. Puede que en aquel momento no la hubiera empleado, solo lo hago cuando lo recuerdo.

Ethan se internó unos metros más en la mezcla de arena y

agua. El viento atrapó su camisa blanca y el faldón trasero revoloteó de nuevo. Tenía la sensación de que resplandecía, más vivo que cualquier cosa que jamás hubiera visto, cuando se volvió hacia mí y alargó la mano.

—Vale, solamente te lo preguntaré una vez más, te lo prometo. ¿Quieres bailar?

¿Todavía oía la música? En mi recuerdo la respuesta es sí. Pero en retrospectiva todo tiende a ser perfecto, como lo son el resto de los detalles de aquella noche. En ese momento todo se me antojaba nuevo, incluso mis sensaciones cuando avancé unos pasos y dejé que estrechara mis dedos entre los suyos para atraerme hacia sí. Ethan y yo bailando en la oscuridad en el fin del mundo. Me sentía como si llevara toda la vida esperando sentir algo así y supe ya entonces, al principio, que iba a doler, iba a doler muchísimo perderlo. Los grandes acontecimientos siempre nos pillan desprevenidos.

CAPÍTULO 7

—¡Ya he llegado! ¡Ya he llegado!

No había llegado. De hecho, apenas había cruzado la puerta corriendo hacia la mesa de reuniones, donde los demás llevábamos sentados más de siete minutos. Me volví hacia mi madre, que valora la puntualidad por encima de todo, pero ella no me devolvió la mirada. A nadie le gusta oír un «te lo dije».

—Perdón —dijo Ambrose, que prácticamente se desplomó en la silla al lado de la mía, jadeando. Una silla de oficina que rodó impulsada por su peso mientras él añadía—: Había un accidente en la calle principal.

William, sentado al otro lado de la mesa, siguió el movimiento de la silla con los ojos, intrigado. Le encantaba ver cómo la gente se hundía en la miseria. Yo dije:

—Pero ¿no venías andando?

—Sí —respondió al tiempo que alargaba una mano hacia la mesa para frenar y procedía, mediante tirones torpes, a devolver la silla a su sitio—. Pero no he tenido más remedio que parar a —tirón— echar un vistazo. Al fin y al cabo, soy —tirón— humano.

Pensé muy en serio que a mi madre se le hincharían las narices y lo despediría allí mismo. Había llegado tarde. Era un inepto, estaba claro. Y seguía pegando tirones. En vez de eso, preguntó:

—¿Alguien se ha lastimado?

—Me parece que no. Pero un airbag ha saltado y había una ambulancia. —De nuevo sentado a la mesa, se acomodó en la silla y usó los dedos para peinarse el alborotado cabello. El rizo rebelde se precipitó hacia su frente y un hilo de boa rosa flotó por encima de su pelo. Nadie dio muestras de haber reparado en él—. Podría haber reunido más detalles, pero no quería llegar tarde.

Puse los ojos en blanco.

—Pero sí has llegado tarde.

—Bueno, ahora ya estamos todos, así que vamos empezar —fue la respuesta de mi madre—. Ambrose, lo primero que hacemos al llegar por la mañana es repasar el programa del día. Puedes consultarlo en esta pizarra. Louna, dale un cuaderno de notas, ¿quieres?

Tras el incidente del dispensador de cinta adhesiva, no me parecía buena idea confiarle material de oficina. Pese a todo, obedecí y alargué la mano para alcanzar un sencillo cuaderno del montón que había sobre la mesa, así como un bolígrafo negro del portalápices. Cuando los empujé hacia él, Ambrose pareció encantado, colocó ambos objetos centrados ante sí y pulsó el extremo del boli para extraer la punta. Observé que escribía su nombre en la parte superior de la hoja, como un alumno de primaria que se prepara para un dictado y el número uno seguido de un punto.

—Los eventos futuros y las tareas están apuntados aquí —explicó mi madre, señalando con un gesto la pizarra que tenía detrás, dividida en dos secciones. A un lado estaba el calendario del mes, con todas las bodas anotadas con la letra de imprenta de William. Al otro lado estaba la semana actual, con listas más detalladas de cada reunión, tarea y recado pendiente. Me alegré de ver «Floristería Kirby» anotado en la primera línea de ese día, viernes, lo cual significaba que tendría un trayecto de dos horas a solas para recuperarme de la que sin duda era mi primera resaca.

«1. Programa en la pizarra», escribió Ambrose. El boli chirrió contra el papel.

—Como puedes ver —prosiguió mi madre—, el próximo evento es la boda de Charlotte McDonald. Esta noche supervisaremos la cena de ensayo en la Sala de Armas de Lakeview. Mañana toca lo que nosotros llamamos doblete, que significa una ceremonia en la iglesia seguida del banquete en otro emplazamiento.

«2. Doblete este fin de semana», añadió Ambrose a su lista.

—Verás que las ubicaciones están abreviadas junto al programa —dijo William—. AB y BH: Aldea Baptista y Barn Hill.

«3. Hay información en clave.»

¿Por qué estaba leyendo eso? Hice un esfuerzo para desviar la vista.

—Como ves —estaba diciendo mi madre—, William y yo tenemos hoy tres reuniones y hay mucho trabajo fuera de la oficina. Lo más importante es recoger las flores. Me gustaría que Louna y tú empezarais por ahí y continuarais con el resto de los recados.

—Espera, ¿qué? —intervine—. No hace falta que vayamos los dos a la floristería Kirby. Es trabajo para una sola persona.

—Es el primer día de Ambrose. Quiero que te siga como una sombra para que aprenda lo básico.

El boli chirrió nuevamente. Miré. No pude evitarlo.

«4. ¡Soy una sombra!»

—No necesito ayuda. —Señalé la pizarra—. Mira, ahí dice que hay que plegar programas y organizar tarjetas. Es trabajo de oficina que podéis supervisar durante las reuniones.

—Es mejor que te acompañe a la floristería —insistió mi madre—. Nunca se sabe cuándo vas a necesitar que te echen una mano..

—Nunca —repliqué—. No la voy a necesitar. Nunca la he necesitado. Jamás.

William, con los dedos entrelazados debajo de la barbilla, parecía divertido. Ambrose intervino:

—Mirad, Louna no es mi fan número uno. Aunque pensaba que eso quizá hubiera cambiado, después de lo que sucedió anoche.

William enarcó las cejas. La silla de mi madre crujió cuando se volvió a mirarme, diciendo:

—¿Anoche?

—Vaya, esto se pone interesante —comentó William.

—No —le aseguré—. Y no tiene nada que ver con el trabajo, que es de lo que yo pensaba que estamos hablando.

—Qué chica más profesional —dijo Ambrose—. Es lo que me encanta de ella. Resumiendo, anoche la salvé de un pulpo con orejas de soplillo.

—¿Un pulpo? —preguntó William—. ¿Como el molusco?

—Un sobón. O sea, un tío que soba. Que la estaba sobando. Que la sobó. —Ambrose pulsó el extremo del boli para extraer la punta y luego la escondió, como puntualizando su conjugación—. Estaba en la pista de baile, en la fiesta de ayer.

—¿Estabas bailando? —volvió a preguntar William. A

juzgar por su expresión, cualquiera habría pensado que Ambrose acababa de decir que había hecho un estriptis—. ¿En una fiesta?

—¿Por qué te extraña tanto? —le pregunté.

Él miró a mi madre y ambos estallaron en carcajadas. Ambrose pulsó el boli nuevamente.

«5. Louna no sale mucho.»

—Me voy a la floristería —anuncié al tiempo que arrastraba mi silla hacia fuera con demasiado impulso; entonces fui yo la que tuvo que agarrarse a la mesa para no salir rodando—. A la vuelta os llamaré para saber qué queréis comer.

Dicho eso, recogí el bolso y abandoné la sala de reuniones con el talante de quien ha tomado una decisión inamovible. Y así me sentí durante el trayecto hasta la puerta principal de la oficina. Entonces mi madre me llamó.

Al darme la vuelta, la vi plantada en la zona de recepción. Habló con voz baja, confidencial, cuando se acercó a decirme:

—Necesito que te lleves a Ambrose contigo.

—¿Por qué?

—Porque dentro de cinco minutos llegará una novia muy estresada, seguida de una clienta en potencia cuya boda podría aportarnos un montón de dinero. No podremos supervisarlo y no queremos arriesgarnos a otra explosión de cinta adhesiva.

—No entiendo por qué lo has contratado —dije.

—Porque su madre me lo pidió y le juré que sería un empleado eficiente bajo la dirección adecuada. —Hice una mueca para expresar mis dudas al respecto—. Aparte de William y de mí misma, eres la mejor directora que conozco.

—No me hagas la pelota. Me siento incómoda.

Ella sonrió.

—Tal vez descubras que te divierte tener compañía, ¿sabes?

—No me desagrada la compañía —objeté—. Es que él no me cae bien.

Yo creía que la diferencia era importante. Pero ella ni siquiera me escuchaba. Ya había dado media vuelta para llamar a Ambrose y pedirle por gestos que se reuniera con nosotras. Él trajo consigo el boli y el cuaderno de notas. Cómo no.

—Te esperan a las diez en punto —me dijo mi madre, que me tendía su copia del albarán—. Asegúrate de traerlo todo.

Acepté el papel sin responder y me volví hacia la puerta. Antes de que pudiera abrirla, él alargó la mano y lo hizo en mi lugar.

—Tú primero.

Mi primer impulso fue detenerme en seco sobre mis pasos. A continuación pensé que me estaba comportando como una niña mimada. Es raro que una persona a la que apenas conoces pueda sacar lo peor de ti. Inspiré hondo, asentí con un gesto y crucé la puerta. Al verlo de cerca, advertí que llevaba otro hilillo de boa rosa entre el cabello.

No dejaba de tocarlo todo. Absolutamente todo.

Empezó por los respiraderos, a los que dedicó los cinco primeros minutos del trayecto —estuve mirando el reloj del salpicadero— para ajustarlos con el fin de conseguir lo que definió como «la velocidad máxima de enfriamiento». Luego estuvo trasteando con su rueda del termostato dual hasta dejarlo en lo que venía a ser «temperatura ártica» y después se dedicó a tensar y aflojar su cinturón de seguridad. Entonces llegó el turno de la radio.

—Basta —le dije a Ambrose la enésima vez que cambió de emisora. Cuando me había pedido permiso para buscar algo, le dije que sí, pensando que se limitaría a un par de cambios. Ya íbamos por la cuarta ronda de mis preprogramados y mi jaqueca empeoraba cada vez que pulsaba un botón—. Pon uno cualquiera, ¿quieres?

—No puedo escuchar música mala —explicó—. Es una especie de manía que tengo.

—Muy bien. —Apreté la tecla de la AM/FM—. Pues que sea gente hablando.

Comprendí mi error casi al instante. Era la hora de máxima audiencia y estaban emitiendo las noticias nacionales.

—Las autoridades han revelado los nombres de las cinco víctimas fallecidas ayer en el tiroteo de California. —El locutor hablaba en un tono tranquilo y modulado, al igual que parecía hacer todo el mundo en la radio pública—. Los cinco eran alumnos del instituto Riverton, como también el

autor del tiroteo, un varón de dieciséis años estudiante de cuarto curso de secundaria. Sus compañeros de clase y sus profesores afirman que se trataba de un chico callado, pero que jamás había mostrado signos de conducta violenta.

Cogí aire y me concentré en mis manos en el volante. Ambrose volvía a enredar con el cinturón.

—Lacey Tornquist, de quince años, era vecina del asaltante —prosiguió el locutor.

Al momento sonó la voz de la chica, que hablaba deprisa, sin aliento:

—No era mal chico, pero algunos se metían con él. Nunca pensé que haría algo así. Jamás se me pasó por la cabeza.

De nuevo, el reportero:

—El nombre del autor no ha sido revelado a los medios. Seguimos con más información. En Rusia, funcionarios del gobierno…

Pulsé el botón una vez más, para volver a la música. Ambrose me miró de arriba abajo.

—¿Ahora quién trastea con la radio?

No respondí. En vez de eso, me concentré en respirar y conducir. Él alargó la mano para bajar un grado la temperatura del aire acondicionado.

—Qué locura lo del tiroteo, ¿eh? Lo he visto esta mañana en las noticias con la madre de Milly, mientras nos preparaba tortitas. Qué fuerte.

Un camión cambió de carril delante de mí y yo frené para darle espacio.

—¿Quién es Milly?

—Ah, una chica que conocí ayer. Me quedé a dormir en su sofá. —Dio otro tirón al cinturón—. Han dicho que el chaval ese estaba obsesionado con los tiroteos de otros institutos.

Caí en la cuenta de que estaba aferrando el volante con fuerza. A las diez y a la dos, pensé, según desplazaba las manos por el volante.

—O sea, hizo una presentación sobre el tiroteo de Brownwood. En una clase sobre temas de actualidad, se plantó delante de todo el mundo y habló de ello largo y tendido. ¿No te pone la piel de gallina?

Tragué saliva, súbitamente consciente del cosquilleo que se había apoderado del espacio que había entre mis orejas. El

camión regresó al otro carril.

—No puedo…

—En serio. Yo tampoco. O sea, a mí tampoco me volvía loco el instituto, pero venga ya. No hace falta tomarla con los demás. —Una pausa—. Oye, ¿te encuentras bien?

No. Pero también estaba circulando por una autopista muy concurrida y supe que responder con sinceridad era lo peor que podía hacer.

—¿Por qué…? —empecé, y percibí una grieta en mi voz—. ¿Por qué no te gustaba el instituto?

Se retiró el rizo de la frente.

—Bueno, en realidad por muchísimas razones. En primer lugar, no funciono bien en entornos de aprendizaje normalizados. Además, tengo problemas con las figuras de autoridad convencionales y una capacidad de concentración limitada, y puedo ser supercargante. —Como para demostrarlo, cambió de emisora una vez más—. Son citas textuales, por cierto.

—¿De tus terapeutas?

—Y de los profes. Y de los psiquiatras. Y de los compañeros.

—Tus compañeros te consideraban cargante, entiendo.

—No, eso lo dijo uno de los loqueros. —Enarqué las cejas —. ¡Lo sé! Fue en plan, oye, los psiquiatras no se expresan en esos términos. ¿Desde cuándo ser cargante se considera un diagnóstico? Y si lo es, ¿qué medicamento me tomo?

A continuación, soltó una risa como diciendo «¿te lo puedes creer?» al mismo tiempo que sacudía la cabeza. Miró por la ventanilla y repiqueteó con los dedos sobre la rodilla.

Vi la salida que tenía que coger, la que nos llevaría a la carretera comarcal por la que discurría el resto del trayecto. Puse el intermitente y cambié de carril con tanto cuidado como si estuviera en pleno examen de conducir y llevara al funcionario de la DGT sentado al lado. Solamente cuando llegamos al final de la rampa y el denso tráfico se convirtió en un rumor lejano, caí en la cuenta de que estaba conteniendo el aliento. «Sigue hablando», me dije.

—¿De verdad has dormido en casa de una de esas chicas?

Se aflojó el cinturón de seguridad de un tirón y enseguida lo soltó para que volviera a su sitio.

—Bueno, sí, estrictamente hablando. Pero no pasó nada en realidad. Dormí en su sofá y por la mañana su madre ha salido en bata y me ha ofrecido desayuno.

—¿No se preocupa Bee cuando no vuelves a casa?

—Qué va. Siempre la aviso. Y, recuerda, soy cargante. Le viene bien un respiro de vez en cuando.

—Parece una chica muy simpática —observé.

—Lo es. —Lo dijo sin más; constataba un hecho—. No es fácil ser siempre la buena, pero le sale de dentro. ¿Tú tienes hermanos?

Negué con la cabeza.

—Nop. Solo estamos mi madre y yo.

—Ah —respondió.

«No preguntes», me ordené, pero no pude evitarlo.

—¿Qué pasa?

—Nada —dijo. Guardé silencio como pidiendo que desarrollara la respuesta—. Es que eso explica muchas cosas, ya sabes. Como que te guste estar sola.

—No me gusta estar sola —repliqué.

—Ya. Pero no quieres estar conmigo.

Lo miré de reojo.

—Eso no es del todo cierto.

—Claro que sí. Por eso has hecho todo lo posible para no llevarme contigo, incluso decirle a tu madre que no te caigo bien —objetó. Parpadeé sorprendida. Estaba en otra habitación, al fin y al cabo. Añadió—: Mi tendencia a incordiar no me afecta al oído. Lo tengo muy fino, como un perro.

—Tendré que recordarlo. —Carraspeé—. En cualquier caso, siento haberlo dicho. Es que… estoy acostumbrada a trabajar sola y…

—Mira, no hace falta que me des explicaciones —respondió con desenfado—. No le puedo caer bien a todo el mundo.

Una vez más, lo comentó con absoluta naturalidad, como si fuera una realidad objetiva. Qué suerte confiar tanto en ti mismo, defectos incluidos, como para que no te afecte que otros te los señalen. Casi sentí envidia.

Ya estábamos cerca de la floristería Kirby; veía los invernaderos a lo lejos, así como las explosiones de color de las plantas de exterior. Cuando se trataba de floristas, mi

madre solo recomendaba a los mejores y acostumbraba a escoger empresas capaces de proveer exactamente lo que necesitaba el cliente. Si buscabas centros de mesa impecables a base de rosas y lirios, podías optar por las floristerías Lakeview u Occasions. Ahora bien, si te inclinabas por algo más natural y bohemio, como flores silvestres en tarros de cristal —cada vez más populares entre las novias jóvenes—, Kirby era la opción ideal.

Entré en el polvoriento aparcamiento, junto al edificio de una planta de las oficinas. Era un negocio familiar, otro motivo más para que mi madre los prefiriese. Si llamabas con un problema, no te respondía el buzón de voz de la empresa, sino alguien que tapaba el micro mientras llamaba a gritos al señor o a la señora Kirby, que solían estar en los campos cuidando de las plantas en persona.

—Vale —dije al tiempo que recogía el bolso y extraía el albarán—. Hemos venido a buscar margaritas gerbera, gladiolos, lirios y girasoles. Diez cubos. La señora Kirby siempre intenta endilgarte un par de cubos más, pero no tenemos sitio, de modo que debemos ser firmes.

—Diez cubos —repitió—. Gerberas, gladiolos, girasoles y lirios. Sin extras.

Vaya. Quizá eso de que tenía buen oído fuera verdad.

—Correcto. No deberíamos tardar más de media hora si no nos quedamos charlando.

—Breve y conciso. Estrictamente profesional. Treinta minutos máximo.

Mi teléfono sonó en ese momento: era Jilly, lo más probable era que quisiera charlar mientras llevaba a KitKat de una actividad a otra. Rechacé la llamada, ya que prefería esperar a estar sola, cuando Ambrose dijo:

—Espera, ¿qué ha sido eso? ¿Tu tono de llamada?

—Nada —repliqué.

—Me ha parecido una horrible canción pop…

—Nop. Vamos.

Abrí mi puerta y salí. Él me imitó y me siguió a través de la puerta mosquitera, que estaba abierta con un tope. En el interior, hileras y más hileras de plantas descansaban sobre mesas improvisadas con tablas y caballetes, junto a las cámaras frigoríficas que se alineaban a lo largo de una pared.

—Louna Barrett. —Se oyó una voz femenina por detrás de una cesta alta de follaje ornamental—. Tan puntual como siempre.

—Hola, señora Kirby —respondí—. ¿Cómo está?

Acudió a nuestro encuentro secándose las manos en el delantal. Era una mujer alta y corpulenta con una voz tan melodiosa que todo lo que decía parecía importante.

—Muy bien, muy bien. Tengo unas peonías preciosas de oferta que me gustaría enseñarte. Las favoritas de tu madre.

—Sí —asentí—, pero vamos cortos de espacio.

—Siempre hay sitio para unas cuantas flores —replicó. Entonces se fijó en mi acompañante—. ¿Quién es? ¿Tu novio?

—No —respondí con demasiada precipitación—. Le presento a Ambrose. Trabajará con nosotros este verano.

—Ah. Bueno. Espero que me perdones por hacerme ilusiones de que el amor hubiera vuelto a sonreírte. —Se volvió a mirarlo, sacudiendo la cabeza—. Fue tan triste lo de ese chico…

El comentario me pilló tan desprevenida que, durante un instante, ni siquiera fui capaz de responder. La señora Kirby era una cotorra, siempre lo había sido. El otoño anterior, acudí a recoger las flores para la cena de ensayo de una clienta y, en un gesto nada propio de mí —todo lo relacionado con Ethan era insólito—, le mencioné que tenía novio. Casi me daba vergüenza recordar lo feliz que me sentía en aquel entonces, cómo introducía el tema, y a él, en casi todas las conversaciones. Cuando me preguntó por Ethan la siguiente vez que nos vimos, estaba todo tan reciente que le conté la verdad. Dos errores. Garrafales.

Ambrose me estaba mirando. Seguro que lo había escuchado, aun sin recurrir a su oído privilegiado. Dije:

—Vamos muy justos de tiempo, de verdad, y mi madre me ha pedido fotos antes de que metamos las flores en el coche. ¿Podemos ir empezando y mirar lo que tiene?

La señora Kirby, como todas las personas que hablan por los codos, estaba acostumbrada a que le pararan los pies.

—Claro, corazón, lo que tú digas —asintió—. Pero tienes que ver las peonías. No dejaré que te marches sin que les eches al menos un vistazo.

Enfiló hacia la parte trasera y yo la seguí de inmediato, con

cuidado de no volver la vista hacia Ambrose. No quería ver lo que fuera que mostrase su rostro —sorpresa, compasión, empatía— mientras intentaba descifrar el comentario o adivinar lo que implicaba. Prefería mil veces su versión cargante.

Cuarenta y cinco minutos más tarde íbamos por la autovía comarcal con once cubos de flores sujetos con cuerdas elásticas a la parte trasera de mi machacado Chevrolet Suburban. Había accedido a llevarme las peonías, más que nada porque no tenía fuerzas para afrontar una venta agresiva. Y eran preciosas, frágiles y fragantes, y los pétalos parecían de encaje. Quedarían maravillosas en los tarros que pronto me tocaría desempacar y limpiar para la boda de Charlotte McDonald y, si a ella no le parecía bien, cargaría yo misma con el gasto. Eran las favoritas de mi madre.

Estuve esperando a que Ambrose me preguntara por Ethan. Esperé mientras aguardábamos a que la señora Kirby consultara los precios con su marido, que salió de los prados vestido con peto y sombrero de paja. Mientras trasportábamos los cubos al coche y los encajábamos como un puzle para que cupieran todos. Y más tarde, cuando por fin nos quedamos solos y volvimos a la carretera en un coche tan perfumado que tuve que bajar unos centímetros la ventanilla.

No lo hizo. En vez de eso, se dedicó una vez más a trastear con los respiraderos, el cinturón de seguridad, la radio. También estornudaba. Sucede a menudo, en particular cuando no estás acostumbrado a compartir un espacio tan pequeño con tantas flores. En el transcurso de cinco kilómetros pasé de temer que mencionara el asunto a desear que lo hiciera. De ese modo, al menos, habría sucedido y no estaría a punto de suceder. Pasados otros dos kilómetros, supuse que sería mejor contárselo y acabar de una vez.

—¿Podemos parar? —preguntó de pronto, señalando con un gesto la tienda que se veía a lo lejos—. Estoy seco.

No podía limitarse a decir que tenía sed, claro que no, pensé, enfadada.

—Claro —respondí a la vez que echaba un vistazo al reloj del salpicadero—. Pero tenemos que darnos prisa.

La tienda era pequeña y polvorienta, atendida por un hombre de edad avanzada. Tan pronto como entramos, un perro se acercó a nosotros agitando la cola con frenesí. Era menudo y escuálido, cubierto de un pelaje desaliñado que le brotaba de las cejas y en torno al morro como penachos apelmazados. Era una especie de estropajo canino. Jadeante.

Ambrose se agachó al momento para recibirlo y el perro se emocionó aún más. Retorcía el cuerpo y se meneaba sin cesar mientras él lo acariciaba.

—Tiene usted un perro fantástico —le gritó al hombre, que leía el periódico con un lápiz detrás de la oreja. El dependiente respondió con un gruñido.

Me acerqué a la nevera para echar mano de un refresco de té.

—¿Qué quieres? —le pregunté a Ambrose. Estaba ocupado rascando el cuello del perro, que golpeteaba el suelo con una pata de pura emoción.

—Algo con fruta y mucho azúcar —respondió él—. ¡Claro que sí! ¡Buen chico!

Esta vez el hombre alzó la vista irritado, y me sorprendió sentirme invadida por un súbito instinto protector hacia Ambrose. Ya sabía que tenía un don especial para poner a la gente de los nervios, pero este tipo no llevaba a su lado ni dos segundos. Escogí un cóctel tropical de color fucsia y llevé las dos bebidas al mostrador. En ese momento se oyó un claxon en el exterior y el perro estalló en ladridos agudos.

—Cállate —gruñó el hombre mientras pulsaba una serie de teclas en la caja registradora—. Maldito perro. Cuatro con setenta y dos.

Le tendí un billete de cinco, muy consciente del desagradable sonido, una combinación de quejido y chirrido.

—Eh, chico —le decía Ambrose—, no pasa nada.

—Ladra cada vez que alguien toca el claxon —comentó el hombre según empujaba el cambio en mi dirección—. Me da dentera.

Sin responder, tomé las bebidas y me encaminé a la puerta.

—Venga —le dije a Ambrose, que todavía intentaba tranquilizar al perro—. Vamos a encontrar mucho tráfico.

Otra serie de ladridos, uno detrás de otro. El hombre se puso de pie despacio y se acercó a la puerta trasera con una

renquera evidente.

—Fuera —le ordenó al perro después de abrirla—. Ve a jugar a la carretera.

El perro dejó de ladrar y se sentó.

—Buen chico —le dijo Ambrose.

El hombre suspiró.

—Fuera —repitió, esta vez acompañando las palabras con un chasquido de los dedos. Despacio, el perro se levantó y cruzó la puerta. El hombre volvió a cerrarla. Cuando regresó renqueando a su puesto en el mostrador, Ambrose lo siguió con la mirada.

—Vámonos —le dije con voz queda. Un segundo. Luego otro. Por fin me siguió al exterior.

Subimos al coche y arranqué el motor. Le tendí la bebida. Estaba poniendo la marcha atrás cuando me dijo:

—Oye, necesito ir al baño. Tenemos un largo viaje por delante y tal.

—Pero si ya estamos en el coche —protesté.

—No tardo nada. Prometido.

Me recosté en el asiento. Se desabrochó el cinturón de seguridad a toda prisa y bajó del coche para rodear el edificio hacia el cartel que indicaba SERVICIOS.

Estaba alargando la mano para cambiar de emisora en la radio (un gesto al que ambos nos habíamos enganchado, estaba claro) cuando la puerta del copiloto se abrió de sopetón y él se abalanzó al interior.

—Arranca —dijo. Sostenía algo entre los brazos.

—¿Qué?

—Arranca. Venga. ¡Ahora!

Solamente cuando volví a poner la marcha atrás, siguiendo su orden a ciegas por alguna razón que no me explico, me volví a mirar y descubrí que lo que sostenía era, de hecho, el perro.

—Ambrose. ¿Has robado el perro de ese hombre?

—Prefiero considerarlo un rescate —me corrigió. Con el rabillo del ojo veía al animal retorcerse como un descosido.

Miré por encima del hombro.

—¿Cómo se te ocurre?

—No podía dejarlo ahí —dijo, como si fuera yo la que hubiera perdido la cabeza—. ¿Puedes correr un poco más?

Solo hasta que hayamos dejado atrás el aparcamiento.

Eché un vistazo por el espejo retrovisor. Como cabía esperar, nadie nos seguía. De todos modos, pisé el acelerador a fondo al salir, lanzando gravilla con las ruedas. El perro empezó a ladrar de nuevo.

—¿Ves qué contento está? —preguntó Ambrose cuando ganamos velocidad. Bajó la ventanilla y el chucho sacó la cabeza de inmediato. El viento azotaba las matas de pelo que tenía sobre los ojos. Los miré brevemente y luego dirigí la vista de nuevo al retrovisor, donde en ese momento solo veía flores cabeceando con la brisa. Solo entonces caí en la cuenta de que llevaba varios minutos sin pensar en Ethan ni en que debía contarle a Ambrose su historia. Debería haberme alegrado, lo sé, o al menos haber sentido alivio. En cambio, me embargó la tristeza. A veces olvidar es tan malo como recordar.

—¿Eso es un perro?

Temía recibir una bronca por haber comprado las peonías. Sin embargo, cuando crucé la puerta trasera de la oficina cargada con ellas, mi madre ni siquiera se fijó.

—Sí —respondí. Me abrí paso junto ella para depositar el cubo en el suelo—. ¿Quieres que deje aquí todas las flores?

—Claro —respondió mientras miraba cómo Ambrose ataba el pañuelo viejo que había encontrado en el asiento trasero de mi coche al cuello del perro. El animal, que no se había tranquilizado ni un ápice en la hora que había durado el trayecto, intentaba lamerle las manos con cada movimiento.

Regresé al monovolumen, abrí la portezuela y extraje un cubo de alegres gladiolos en tonos rosa y violeta. Instantes después, Ambrose estaba a mi lado recogiendo las margaritas.

—Me parece que tiene sed —comentó—. ¿Qué te parece si le doy un poco de agua?

—A mi madre no le entusiasman los animales —le advertí. Ambos nos volvimos a mirarla: observaba con atención cómo el perro mordisqueaba el pañuelo—. Hagas lo que hagas, yo iría con precaución.

—Muy bien. Gracias.

Entramos y dejamos los cubos en el suelo. Dirigiendo la

mirada hacia la sala de reuniones, vi a William sentado a la mesa, extrayendo tarros de una caja de cartón. Gritó:

—¿Has traído el almuerzo? Me muero de hambre.

—Un momento —le dije—. Estamos entrando las flores.

Torció el cuerpo para asomarse al exterior, hacia el coche y Ambrose.

—¿Eso es…?

—Sí —respondió mi madre, que seguía en el umbral—. También han traído un perro. Que no estaba en la lista.

Cogí un botellín de agua que encontré en un mostrador cercano y la taza de un termo que había perdido la parte inferior. Cuando volví a salir, Ambrose estaba en la furgoneta, sacando girasoles.

—Toma —le dije a la vez que le tendía ambos objetos—. Intenta no llamar demasiado la atención.

—Siempre lo hago —replicó con alegría. No supe si bromeaba.

Descargué los platos del almuerzo y dejé a William y a mi madre sentados a la mesa con sus ensaladas antes de volver al exterior, donde el perro bebía agua de la taza. Se detuvo en cuanto me vio y, levantando su hocico chorreante, se puso a agitar la cola.

—Le gustas —observó Ambrose.

—Huelo a comida —repliqué, no muy convencida. Pese a todo, me agaché para acariciarle el encrespado pelaje de detrás de las orejas.

A decir verdad, a mí tampoco me volvían loca los animales. Recordaba una época, en primero de primaria, en que deseaba un gato o un perro más que nada en el mundo. Pero mi madre trabajaba mucho y alegaba que ya había cuidado suficientes animales cuando vivía en la granja, de manera que al final dejé de pedirlos. Tampoco es que no me gustaran las mascotas; sencillamente acabé pensando que estaban bien para otras personas, como los piercings en la nariz y las dietas sin gluten.

Los sentimientos de Ambrose, en cambio, eran bien distintos. Eso saltaba a la vista, a juzgar por cómo observaba al perro mientras bebía, como si no solo fuera adorable, sino también un prodigio.

—No he oído su nombre, ¿y tú? Supongo que podemos

llamarlo como queramos.

«¿Podemos?», pensé. En voz alta comenté:

—¿Y qué opinará Bee al respecto?

—Ah, le parecerá bien. Le encantan los animales. —El perro apuró el agua, se sentó y sacudió la cabeza, lanzando gotitas a su alrededor—. De todos modos, no tendrá que pasar mucho rato con él. Me lo llevaré a todas partes.

—A pie —puntualicé, por dejarlo claro. Ambrose asintió—. ¿Y qué pasará cuando te quedes a dormir en casa de alguien, como anoche?

—Es un perro pequeño —señaló—. De bolsillo. No supondrá un problema.

—Tendrás que alimentarlo. Y llevarlo al veterinario, asegurarte de que está sano. ¿Y qué pasará en otoño, cuando tengas que ir a clase?

Me miró con atención.

—Eres muy previsora, ¿no?

—No —repliqué, aunque no entendía por qué razón lo consideraba un defecto—. Pero pienso con la cabeza. Uno no se limita a llevarse un perro y dejar las consecuencias para más tarde.

—Pero ahora mismo no hay consecuencias —objetó—. Solamente un perro feliz. ¿Qué te parece si lo llamo Jerry?

El animal se agachó y empezó a lamer el tazón vacío con tanto ímpetu que lo arrastró por el suelo.

—¿Por qué no me has preguntado a qué se refería la señora Kirby?

Fue como si tuviera pensado decirlo y, al mismo tiempo, no lo hubiera planeado en absoluto. El desasosiego que sentía cuando esta conversación parecía inevitable había cesado con la emoción del secuestro y la huida. En ese momento no sentía la necesidad de quitarme el asunto de encima, pero sí experimentaba una curiosidad genuina. Era obvio que Ambrose no tenía ningún problema en saltarse o directamente volar en pedazos cualquier límite, tanto en una conversación como en cualquier otro aspecto. ¿Por qué razón respetaba este?

—¿Te refieres a lo de tu novio? —preguntó.

—Sí.

—¿Querías que te preguntara?

—No —respondí—. Nunca quiero que me pregunten por él. Detesto hablar de ello. Pero eso nunca antes te había detenido.

—¿Ya hemos alcanzado ese punto en que la relación se mide en términos de «nunca»? —me soltó—. Qué rapidez.

—Ya me has entendido.

—No estoy seguro. —Se levantó y el perro lo siguió con la mirada sin dejar de mover la cola—. Mira, Louna. Puede que sea un ladrón de perros, por lo que tú sabes, pero siento respeto por las normas básicas del civismo. Si tuviera que hablar de una ruptura dolorosa, preferiría ser yo el que mencionara el tema. Tú no lo has hecho.

«¿Una ruptura dolorosa?», pensé. Luego objeté:

—Pero a veces el tema surge aunque no quieras.

—Eso está claro. Entonces, ¿por qué empeorarlo pidiéndote más detalles? Las personas te cuentan lo que quieren que sepas. Soy cargante, no gilipollas.

Debo reconocer que eso no me lo esperaba. Sin embargo, repasando de nuevo las palabras de la señora Kirby, comprendí que era lógico que Ambrose hubiera sacado esa conclusión. Todo el mundo ha pasado por rupturas de las que prefieren no hablar. ¿Por qué iba a deducir él que lo mío era otra cosa?

Como para remarcar el instante, el perro eructó y nos roció de agua. Abrí la boca para decir algo, para responder, pero advertí sorprendida que de nuevo tenía un nudo en la garganta. Tragué saliva.

—No le pega llamarse Jerry.

—¿No? —Ambrose se agachó y volvió a rascar al animal—. Puede que tengas razón. No pasa nada. Nos dirá su nombre cuando le parezca oportuno.

—¿Nos lo dirá?

—Bueno, a su manera. —Le dio unos golpecitos en la cabeza—. Quédate aquí. Volveré, te lo prometo. ¿Vale?

A modo de respuesta, el animal agitó la cola con culo incluido. Todavía la estaba meneando a toda velocidad cuando nos alejamos.

El trayecto a la sala de reuniones fue el más breve de los paseos, ni de lejos suficiente para explicarle lo que estaba pensando cuando había sacado a colación el comentario de la

señora Kirby. La verdad es que no me parecía bien hablar de Ethan como si solo fuera un chico que amé una vez y mucho menos como una cara más en una noticia que temes oír. Fue mucho más que eso y, sin embargo, hablar de Ethan a los demás se me antojaba, con demasiada frecuencia, apropiación indebida. ¿Qué hace falta para reivindicar tu vínculo con una persona? ¿Una noche perfecta? ¿Unas cuantas llamadas telefónicas, cientos de mensajes de texto, todos ellos rebosantes de planes de futuro y promesas? Pasé menos de un día con Ethan y, a pesar de todo, tenía la sensación de que me conocía mejor que nadie. El amor no se puede medir en función del tiempo invertido, sino por la magnitud de los instantes compartidos. A lo largo de la vida, algunos son ligeros, como un roce. Otros hacen que te tambalees bajo su peso.

Estas ideas pulularon por mi mente durante toda la tarde mientras Ambrose y yo llenábamos de agua los tarros de cristal, les añadíamos flores y los colocábamos en cajas para transportarlos a la Sala de Armas y decorar las mesas de la cena de ensayo. De vez en cuando se alejaba para echar un vistazo al perro, llevarle algo de comer, añadirle agua, darle una alfombrilla vieja que encontré debajo del fregadero para que pudiera acurrucarse, pero por lo demás trabajamos en silencio. «Las personas te cuentan lo que quieren que sepas», había afirmado. De ser cierto, yo habría mencionado a Ethan al instante, y no solo a él, sino a todo aquel que se cruzase en mi camino. Es lo que haces para compartir lo mejor que te ha pasado nunca. A menos, supongo, que sea también lo peor.

A las seis de la tarde mi madre y William se marcharon al evento y nos dieron el resto de la noche libre. Yo esperaba que Ambrose me pidiera que lo llevase a su siguiente destino, pero no fue así. Mientras cerraba la oficina, un Volkswagen Jetta aparcó junto al bordillo. Una pelirroja muy guapa de hombros hipermusculosos, vestida con ropa de yoga y gafas de sol a modo de diadema, estaba sentada al volante.

—Hola —me gritó—. Estoy buscando a Ambrose.

—Está en la parte trasera —respondí—. Saldrá enseguida.

—Gracias.

Sonrió, bajó el espejo de la visera y se aplicó brillo de labios. ¿Era Milly? ¿Otra chica? No pensaba preguntar, desde

luego. Él no me había dicho nada.

Poco después, Ambrose dobló la esquina trasera sosteniendo el pañuelo. Al otro extremo, el perro tironeaba nervioso.

—Annika —saludó—. ¡Namasté!

La chica sonrió de nuevo.

—No sabía que tuvieras un perro.

—Soy una caja de sorpresas. —Se acomodó en el asiento del pasajero y llamó al perro dándose unas palmadas en el regazo. Cuando el animal subió de un salto, Annika estalló en carcajadas y alargó la mano para frotarle la cabeza. Ambrose se despidió de mí con la mano. Asentí y enfilé hacia mi coche, pero me volví a mirar pasados unos segundos. Los vi salir del aparcamiento con la cabeza del perro asomando por la ventanilla. De camino a casa, cambié la emisora de la radio seis veces antes de optar, finalmente, por el silencio.

CAPÍTULO 8

—Vale, pues esa es la Osa Mayor —dije, señalándola—. Parece un carro, ¿lo ves? Y debajo está la Osa Menor. ¿Y ves esa pequeña que parece una corona, en la parte inferior? Es Casiopea.

Ethan giró la cabeza hacia mí: noté el roce de su pelo en la mejilla.

—¿Y esa?

—¿Cuál?

Levantó el brazo y trazó un círculo con el dedo.

—Ese grupo de allí, al fondo.

—No tengo ni idea.

Giró la cabeza otra vez, esta vez para mirarme.

—¿No habías dicho que dominabas el tema?

—Conozco algunas constelaciones —alegué, y me volví a mirarlo a mi vez—. Vale, solo conozco esas tres.

Se echó a reír, con esa explosión súbita que, de cerca, resultaba aún más chocante.

—Y yo que pensaba que serías capaz de llevarnos de vuelta a casa guiándote por las estrellas.

—Pues no. Estamos jodidos —le dije—. Lo siento.

—Oye, al menos has identificado unas cuantas. Yo no tengo más remedio que inventármelas.

—¿Inventas tus propias constelaciones?

—Claro. Es como las manchas de tinta. Se pueden deducir muchas cosas de una persona por las formas que ve en el cielo. —Se tendió de espaldas de nuevo—. ¿Ves ese cuadrado raro de ahí? Yo lo llamaría el Cesto de la Ropa Abollado.

—No suena tan bien como Casiopea.

—Pero está claro lo que es. —Volvió a señalar—. Vale, ¿y esa, arriba a la izquierda? Es el Estropajo.

Al mirarla, atiné a distinguir cierto parecido.

—Y ¿qué dice de ti que hasta el momento solo hayas visto artículos domésticos?

—Me alegro de que me hagas esa pregunta —respondió, y

yo sonreí, porque ya reconocía esa frase como una expresión típica de Ethan—. Me parece que delata mi espíritu hogareño. Y también mi falta de imaginación.

—¿Qué me dices de esa? —pregunté, señalando con el dedo.

Ni siquiera titubeó.

—Manopla de Cocina.

—¿Y esa, el grupo junto a la Osa Mayor?

—Electrocardiograma.

—Eso no es un artículo doméstico.

—Será en tu casa.

Esta vez fui yo la que rio con ganas y, mientras lo hacía, Ethan levantó la mano para tomar mi dedo extendido y atraerlo hacia él. Desplacé los dedos para entrelazarlos con los suyos mientras él se apoyaba nuestras manos unidas en el pecho. Me acurruqué contra su cuerpo.

Después del baile —tierno, torpe, perfecto—, cruzamos el fin del mundo a través de la marea. Fue entonces cuando me tomó la mano, sin decir nada, con naturalidad. Una franja de arena húmeda y oscura más tarde, estábamos al otro lado de la península Colby. Cuando las luces del paseo marítimo asomaron en la lejanía, nos detuvimos.

—Todavía no —dijo, y yo supe exactamente a qué se refería. Nos sentamos a mirar las estrellas.

Los chicos siempre me habían puesto nerviosa. Yo no era como Jilly, que cobraba vida ante el sexo opuesto; su brillo inherente se multiplicaba en presencia de un chico. Yo, en cambio, siempre estaba en ascuas, demasiado pendiente de los detalles. La mecánica de una mano en la mía o de un brazo sobre mis hombros. Cómo encajaban mis labios en los otros cuando nos besábamos, la cantidad de saliva y los movimientos de la lengua, como si me presentara a un examen. El tipo de pasión y atracción que veía en las películas o que leía en los libros se me antojaba inalcanzable, había demasiados detalles y codos a los que atender.

Con Ethan las cosas fueron distintas desde el principio. Con él me sentía comodísima. Aunque estaba de pie a su lado, delante de las olas que rompían, deseaba acercarme más. Y así me sentía entonces, según él alargaba la mano libre para acariciarme el cabello. Cuando me besó, no pensé en nada

salvo en su sabor.

Durante el resto de aquella noche, en mi recuerdo cuando menos, no dejamos de tocarnos. Mi mano en la suya, su brazo sobre mi hombro. La naturalidad con que me rodeaba la cintura para atraerme hacia sí mientras estábamos tendidos en la arena y más tarde, cuando cruzamos la playa vacía. Caminamos una hora, puede que más, sin dejar de charlar, hasta que por fin llegamos al paseo marítimo.

Todo parecía brillante y distinto después de tanto rato en la oscuridad, aunque casi todas las tiendas estaban cerradas. Había un único cartel de neón encendido en un exiguo escaparate. CAFÉ Y PASTEL, rezaba. En la puerta había dos bicicletas aparcadas.

Miré a Ethan.

—Tenemos que hacerlo —dijo, respondiendo a la pregunta que yo ni siquiera había formulado. Sacudí la arena de los zapatos y los dejé caer en las tablas de madera, a mis pies. Noté el pelo enmarañado cuando traté de alisarlo, los labios irritados de tantos besos. Al volverme hacia Ethan, vi arena en su nuca.

—Espera —le dije a la vez que levantaba la mano, y él agachó la cabeza hacia mis dedos. Fue un instante insignificante y fugaz, pero más tarde, cuando lo recordaba, lloraba hasta que me dolía el pecho. Los momentos importantes que viví con Ethan no fueron, bueno, importantes. Así que debía aferrarme a esos minúsculos gestos, a esos pequeños avances para retenerlo. Por esa razón no conseguía contar la historia de una vez. Mi memoria se fracturaba en ciertos lugares, deseosa de quedarse allí. En el paseo, en la luz que proyectaba el cartel de neón. Su cabeza agachada mientras yo le peinaba el cabello con los dedos. La arena cayendo a mis pies. En esa noche que todavía estaba sucediendo, con el alba a horas de distancia.

CAPÍTULO 9

—¿Ahora?

—No.

Una pausa.

—¿Ahora?

Negué con la cabeza. Otra pausa. Y entonces, por fin, William me hizo una señal.

—Vale —dije despacio—. Ahora.

Ambrose se inclinó hacia el paje, un preescolar llamado Ira, para decirle:

—Muy bien, chaval. Allá vamos. —Le masajeó los hombros como el entrenador de un boxeador antes de enviarlo al cuadrilátero—. ¡Esto está hecho! ¡Camina!

Suspiré cuando Ira, enfundado en un minúsculo traje de gala y portando las alianzas en una almohada de seda blanca sujetas con un par de puntadas para mayor seguridad, echó a andar por el pasillo. En la UFD, mi madre rebuscó en el bolsillo unos cuantos M&M's.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, conté y luego le hice un gesto a Ambrose. Dijo algo a las niñas de las flores —ambas pelirrojas y cubiertas de pecas— que les arrancó unas risitas antes de dejarlas salir. La mayor dejaba caer los pétalos con tiento, tal como yo le había enseñado; la más pequeña los tiró casi todos del primer puñado. Bueno, no se puede tener todo.

—Ay, Dios mío, ¡qué nerviosa estoy! —exclamó una dama de honor llamada Julie cuando una de sus compañeras empezó a recorrer el pasillo junto al padrino correspondiente. Mi madre y William la bautizaron con el mote de Chupacámaras durante la cena de ensayo de la víspera, cuando, tras un discurso que se alargó veinte minutos, acabó derramando lágrimas de alegría ante una novia, cabe suponer, manifiestamente irritada. Las bodas actúan como el suero de la verdad o eso decía siempre mi madre. Fuera cual fuese tu personalidad, manaba a borbotones—. ¿Alguien tiene un caramelo de menta? —preguntó Julie—. Lo digo en serio.

¡Necesito un caramelo de menta!

Yo estaba buscando uno en mi bolsillo cuando Ambrose se me adelantó y se colocó detrás de ella. La siguiente pareja de la comitiva enfilaba entonces por el pasillo.

—Con sabor a cascada fresca —le dijo a la vez que le tendía el paquete—. Me parecen sorprendentes y refrescantes a partes iguales.

—Oh, te lo agradezco. —Julie extrajo uno, se lo llevó a la boca y se echó la melena hacia atrás—. ¿Tengo buen aspecto? ¡Me va a dar algo!

El padrino con el que la habían emparejado puso los ojos en blanco. Era un tipo bajito y rechoncho de rostro colorado que había acudido a la boda acompañado de su pánfila esposa y dos hijos pequeños que no paraban de corretear como animales salvajes. Lo había visto trincarse varios tragos de una petaca mientras aguardaba, bien porque creía que nadie lo vería, bien porque le importaba un comino. Hay vidas envidiables, supongo, y otras que no lo son.

—Estás despampanante —le aseguró Ambrose. Retrocedí al lugar en que la novia, Charlotte, esperaba junto a su padre. Pestañeaba a toda prisa con la mirada clavada en la iglesia abarrotada.

—¿Emocionada? —le pregunté. Era la palabra que usábamos en lugar de «nerviosa». Ella asintió y volvió a pestañear—. Lo vas a hacer de maravilla. Recuerda, ¡es para disfrutarlo!

Su rostro se relajó una pizca —tendría que conformarme con eso— y entonces la voz de Julie flotó hasta nosotras.

—Ay, Dios mío, ¡ahora me toca a mí! ¡Voy a llorar! ¿Alguien tiene un pañuelo?

Charlotte se puso tensa al instante, con los músculos crispados de la cabeza a los pies. Su padre miraba ante sí con furia. Ambrose, ajeno a todo, le ofreció a Julie un pañuelo de papel.

Miré hacia delante, en dirección a la iglesia. Mi madre, sentada en la última fila, no le quitaba ojo de encima a la novia. Tuve claro que había captado la situación al detalle basándose únicamente en las expresiones faciales y el lenguaje corporal. Antes de que dirigiera la atención hacia mí, yo ya me había pegado a Charlotte y le sostenía el codo

con la mano.

—Estás preciosa —le dije. Solo quedaban ella y su padre por recorrer el pasillo. Julie y el padrino estaban ya a mitad de trayecto—. Y, recuerda, este es tu día.

—Mañana la voy a asesinar —declaró apretando los dientes. Su pintalabios seguía perfecto.

—Y nadie te culpará por ello —respondí con dulzura—. ¿Lista para casarte?

Inspiró hondo y yo me agaché para ahuecar por última vez la cola enjoyada de su vestido marfil estilo princesa. Cuando me levanté, vi a Julie al final del pasillo. Se enjugaba los ojos con ademanes histriónicos mientras el fotógrafo, despistado, acudía en busca de la fotografía espontánea. Cuando el órgano empezó a sonar, William, sigiloso como un tiburón, se acercó para cantarle las cuarenta a la dama de honor. En ese momento todo el mundo se levantó y ya no vi nada.

—Caray —exclamó Ambrose pocos minutos después, cuando cerramos las puertas principales de la iglesia y nos apostamos junto a la entrada lateral para supervisar la salida posceremonia de los invitados—. Qué intenso. Es igual que coordinar una explosión.

—Se habría producido si Julie hubiera seguido hablando —repliqué—. A partir de ahora, recuerda que, cerca de la novia, solamente usamos palabras como «despampanante» para referirnos a ella.

—Vaya, perdón —dijo—. Me ha parecido que la dama de honor necesitaba una inyección de confianza en sí misma.

—Solo es una desconsiderada que busca ser el centro de atención y no tiene ningún reparo en apropiarse de la boda de la que, en teoría, es su mejor amiga —aclaré—. Lo peor que puedes hacer ante alguien así es complacerla.

—¿Un caramelo de menta es atención?

—Siempre y cuando no se lo ofrezcas a la novia primero.

—¿Te das cuenta de que estás hablando como una loca?

William apareció detrás de nosotros, casi sin aliento al haber tenido que rodear la iglesia por fuera.

—Santo Dios, esa dama de honor es de lo que no hay. ¿Habéis visto esas lágrimas de telenovela? Casi he temido que fingiera un desmayo y detuviera la ceremonia.

Sonreí.

—¿Qué le has dicho?

—Le he dicho que se comportase, que recordase quién es la protagonista y que hiciera su trabajo. —Sacudió la cabeza, enfadado—. Tendremos que vigilarla durante el banquete. Cinco pavos a que provoca alguna lesión corporal cuando se abalance a por el ramo.

—Apuesto a que está deseando casarse —musité. Allí delante, frente al altar, Charlotte y su novio se tomaban las manos. No veía a Julie desde mi posición.

—Y nadie se lo pedirá por ser tan odiosa —añadió William —. Será la eterna dama de honor hasta que ya nadie se lo pida.

Estaba tan acostumbrada a este tipo de conversaciones que eran igual de naturales que respirar. Así que no caí en la cuenta, hasta que dejamos de hablar, de que Ambrose nos observaba horrorizado.

—Sois unas personas horribles —dijo.

—¿Acaso he sido yo la que ha intentado eclipsar una boda? —pregunté.

—¿O yo el que ha pedido a gritos un caramelo de menta instantes antes de que mi amiga caminara hacia el altar? —añadió William.

Ambrose se limitó a mirarnos de hito en hito.

—Él también tiene superoído —aclaré.

William echó un vistazo a la pantalla de su teléfono.

—Tu madre informa de que alguien está hablando en voz demasiado alta. Vuelvo enseguida.

Retrocedí para cederle el paso. Al momento William recorrió un pasillo lateral hasta una de las primeras filas, donde se colocó en el extremo. Esperó un momento. A continuación, le dirigió una mirada sumamente elocuente a una mujer con un vestido floreado sentada a pocos asientos de distancia; hasta yo guardé silencio y no estaba diciendo nada.

—Me parece chocante —comentó Ambrose cuando los novios empezaron a pronunciar los votos— que seáis tan cínicos con este trabajo. ¿Acaso las bodas no se basan ante todo en la esperanza?

—El matrimonio se basa en la esperanza —repliqué—. Las bodas son pura logística.

—¿Está casado? —preguntó, haciendo un gesto hacia William. Este miraba a la niña de las flores más joven, que se revolvía en el asiento y jugueteaba con la cremallera del vestido.

—No —respondí—. Ni siquiera se lo ha planteado. El último novio que tuvo era el padre de una amiga mía y sucedió cuando yo empezaba la secundaria.

Una imagen del señor Bobkin, el padre de Elinor Bobkin, cruzó mi mente. Conoció a William cuando acababa de divorciarse, durante una actuación del coro escolar del que yo formaba parte en primero de secundaria. Estuvieron saliendo cosa de tres meses, hasta que el señor Bobkin empezó a hablar de comprar muebles juntos y William salió por patas. Desde entonces no había estado con nadie, salvo algún que otro ligue ocasional, por lo general cuando se iba de vacaciones con sus amigos. Sin embargo, yo solo me enteraba de unos pocos detalles, casi siempre escuchando a hurtadillas, y William siempre me oía llegar, por desgracia.

—¿Y tu madre? —quiso saber Ambrose.

—Lo mismo. Lleva años sin salir con nadie y ha perdido la fe en el poder del amor o de las relaciones románticas. —Al darme cuenta de que el comentario había sonado un tanto frío aun viniendo de mí, añadí—: Mira, el negocio de las bodas te desgasta. Sin duda. Tú acabas de empezar. Antes de que haya terminado el verano, seguramente te habrás vuelto tan escéptico como nosotros.

Ambrose observaba a Charlotte, que pronunciaba los votos con una sonrisa en los labios.

—¿Nosotros? ¿Tú también piensas así?

Me encogí de hombros.

—No soy una escéptica redomada. Pero no me trago el cuento de hadas, si me estás preguntando eso.

—¿El cuento de hadas? ¿A qué te refieres?

Un murmullo recorrió la multitud cuando el novio se rio y el sacerdote se unió al jolgorio.

—A la idea de que todo será perfecto para siempre.

—Pero eso no lo piensa nadie.

—Sí lo piensan —dije—. Las novias llegan con sus flamantes sortijas de compromiso en el dedo y piden la boda ideal. Las flores, el banquete, el emplazamiento, la música e

incluso las servilletas tienen que ser perfectos. Y nosotros las complacemos, porque es nuestro trabajo y se nos da bien. Pero el matrimonio depende de ellos. Y requiere mucho más que poner unas peonías en un tarro de cristal.

Ambrose lo meditó mientras el sacerdote bendecía el matrimonio.

—¿Sabes qué? Bien pensado, debería ser yo el que no creyera en todo esto —dijo al cabo de un momento—. Solamente he asistido a tres bodas, las tres de mi madre. He participado en todas ellas. Y las tres han acabado en divorcio.

—¿Esta es la primera boda a la que asistes en calidad de observador?

—Sí —respondió—. Es igual que ver a un hombre detrás de una cortina. Y ese hombre da miedo.

—Lo siento —le dije.

—No, a eso me refiero —prosiguió—. Me parece bien. Porque cuando me inviten a participar en otra boda, ya no me agobiaré pensando en todo lo que puede salir mal. Me limitaré a disfrutar de la fiesta y del momento.

—Bien por ti. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo —reconocí.

—Puedes.

—No. Es demasiado tarde. —Carraspeé—. Ese barco ya ha zarpado. Una vez que has visto cómo se pueden torcer las cosas, no puedes borrarlo de tu mente.

Noté su mirada posada en mí y comprendí que de nuevo mis palabras habían sonado un tanto crudas. Pero era la verdad. Requiere un ánimo extraordinario albergar esperanzas en un mundo en el que faltan tantas pruebas de su existencia. Puede que todos empecemos en el mismo sitio, en una iglesia, observando a una pareja que emprende una nueva vida en común. Sin embargo, lo que atisbamos en el horizonte es distinto para cada uno, el reflejo de la casa de los espejos deformado por nuestra propia experiencia. Puede que, si nunca te ha pasado nada malo, ni siquiera repares en las nubes de tormenta que se ciernen a lo lejos. Pero para todos los demás, aun el sol más brillante acarrea la posibilidad de lluvia. Solo es cuestión de tiempo.

—Intruso a las diez en punto —le dije a Ambrose—. ¿Te

quieres encargar tú?

—Claro —asintió antes de salir para interceptar a un hombre de edad avanzada que caminaba directo hacia el bufé, pese a que habíamos recordado varias veces a los comensales que procederíamos mesa por mesa. Mi madre odiaba ver una fila serpenteante de invitados hambrientos, pero siempre hay unos cuantos que intentan saltarse las instrucciones. Observé con cierto orgullo cómo Ambrose le sugería al hombre, muy educadamente, que volviera a su asiento. Sin embargo, cuando levantó los pulgares con ademán triunfante en mi dirección, me limité a asentir.

Ya llevábamos dos horas de evento y debía reconocer que mi madre había acertado una vez más. Ambrose no solo aprendía con rapidez, sino que su encanto, que tanto me había irritado al principio, constituía una ventaja en momentos como este. Si vas a pararle los pies a alguien tan descarado como para saltarse la cola del plato más suculento, tienes que hacerlo con cierta elegancia y Ambrose la poseía a raudales. Así que le cedí el trabajo pesado mientras yo animaba a los invitados que sí tenían permitido comer a no entretenerse demasiado. Media sala servida, media por servir. Me di cuenta por primera vez de que estaba siendo optimista. Y entonces, sin más, el universo también se dio cuenta.

—Disculpe. —Cuando me volví, vi a una mujer enfundada en un vestido rojo que se me acercaba. Sostenía a una niña pequeña con coletas apoyada contra la cadera. Era delgada y angulosa, con unas gafas de montura negra que debían de costar un ojo de la cara—. ¿Ha visto a mi hijo? El paje de los anillos.

—¿Ira? —pregunté. Asintió y se cambió a la niña al otro lado—. No lo he visto desde que ha empezado el banquete.

Se dio la vuelta hacia la sala.

—Pensaba que estaba con sus primos en esa mesa infantil de allí, pero ellos tampoco saben nada de él. ¿Dónde se ha metido?

Pasé la vista por la estancia: ni rastro de un niño con un trajecito apretado.

—Miraré en el vestíbulo. ¿No habrá ido al baño?

—Solo no —respondió ella. Le hizo un gesto al que supuse sería su marido, un tipo fornido que estaba plantado junto a

la barra—. Ya —articuló con los labios, y el hombre se dirigió hacia ella.

—La gente tiene hambre —me informó Ambrose cuando regresó a mi lado—. He estado a punto de llegar a las manos con una mujer. Aferraba un plato y parecía dispuesta a usarlo.

En otras circunstancias le habría cuestionado el uso de la expresión «llegar a las manos» —a veces me preguntaba de qué época había salido Ambrose—, pero no teníamos tiempo.

—¿Has visto a Ira?

—¿El chavalín? —Asentí—. No. ¿Por qué?

—Es posible que se haya perdido. —Lo dije en un tono quedo: lo último que necesitábamos era desatar el pánico de manera innecesaria—. Voy a mirar en el vestíbulo. Tú echa un vistazo por fuera.

—¡Ira! —gritó la madre. A la porra mi intención de ser discreta—. ¿Alguien ha visto a mi hijo?

Me dirigí a toda prisa hacia el vestíbulo con Ambrose pegado a mis talones. Mientras yo giraba por un pasillo, él se encaminó a las puertas que daban al exterior. Una pareja de ancianos, un grupo de adolescentes que no debían de tramar nada bueno, empleados empujando un carrito de ropa sucia. Ni rastro de Ira. Llamé ruidosamente a la puerta de los servicios de caballeros y abrí.

—¿Ira? ¿Estás aquí?

—¿Quién? —gritó alguien en el interior.

—Un niño vestido de gala. ¿Lo ha visto?

Silencio.

—No. Aquí solo estoy yo, que yo sepa.

Dejé que se cerrara la puerta, medité el paso siguiente y busqué el teléfono. «Paje desaparecido», les escribí a mi madre y a William. «Buscando en el vestíbulo.» A continuación, me encaminé hacia el salón de banquetes, mirando a mi alrededor según avanzaba. Atisbé a Ambrose en el aparcamiento, con las manos sobre la boca.

—¡Ira! —Reconocí la voz de William antes de doblar la esquina y casi me estampé contra él. Al verme, me dio el parte—: En el salón no está, segurísimo. La madre empieza a entrar en pánico.

—En los baños tampoco. Voy a ayudar a Ambrose a buscarlo por fuera.

—Tu madre está revisando la cocina. Preguntaré en recepción y volveré a mirar por aquí.

Nos separamos, sin correr. Todavía. Conforme empujaba las pesadas puertas de cristal que daban al aparcamiento, me llegó la voz de Ambrose, que gritaba:

—¡Ira! ¡Colega! ¿Estás aquí fuera?

En alguna parte, un perro ladró.

Mi teléfono emitió una señal y miré la pantalla: era un mensaje de mi madre, dirigido a todos. «Ni rastro todavía. ¿Alguien?»

«Mierda», pensé en el mismo instante en que un gran camión atravesaba la calle en el exterior del recinto. Me di la vuelta al oír una voz a mi espalda, pero solo vi a una pareja vestida con atuendo formal que corría hacia la entrada. Obviamente llegaban tarde.

—Aquí no está —informó Ambrose al dirigirse hacia mí—. He mirado por todas partes. Dos veces.

—Mi madre dice que ellos tampoco lo encuentran por ninguna parte —dije—. Esto tiene mala pinta. ¡Ira!

Otro ladrido. Ambrose se volvió hacia el sonido.

—¡Ira!

Ladrido.

—¡Ira! —grité yo. Ladrido.

—Por aquí —propuso Ambrose, que ya había echado a andar. Lo seguí, inspeccionando el espacio entre los coches (Dios no lo quisiera) a medida que avanzaba. Mi teléfono emitió un nuevo aviso. «La madre quiere llamar a la Policía», informó William. Ay, ay, ay.

—¡Ira! —grité de nuevo. Escuché una vez más el consabido ladrido mientras seguía la camisa azul de Ambrose rodeando unos setos hacia una zona de carga y descarga iluminada por focos. Entonces sí que eché a correr y el golpe de mis suelas restalló contra el cemento. Dejamos atrás un contenedor de basura y unos cuantos cubos malolientes antes de avistar al perro de Ambrose atado a una cañería. A su lado estaba Ira, que le acariciaba el lomo.

—Oh, Dios mío —exclamé. Reduciendo el paso, eché mano del teléfono. «Lo he encontrado», escribí—. ¡Ira! ¿Qué haces aquí, tan lejos?

Se volvió a mirarnos. El perro, al reconocer a Ambrose, se

plantó sobre las cuatro patas y empezó a agitar la cola.

—He visto un perro —explicó Ira—. Me encantan los perros.

—Pues claro —respondí. Caminé hacia una puerta cercana y la abrí, para sobresalto de una mesa de invitados que charlaban al otro lado. Busqué a mi madre con la mirada y le indiqué por gestos que todo iba bien. Mientras ella se apresuraba hacia nosotros, seguida de cerca por la madre de Ira, le pregunté al pequeño:

—¿Tienes hambre? Hay hamburguesas con queso.

Acerté; abrió unos ojos como platos. Le tendí la mano, la tomó y lo acompañé al interior.

—¡Ira! ¿Dónde te habías metido? ¡Mamá se ha llevado un susto de muerte! —chilló la madre cuando lo vio—. ¡Ven aquí!

El niño soltó mi mano.

—Quiero una hamburguesa con queso —anunció según caminaba hacia ella.

Mi madre, sonriendo con aire tranquilo a los comensales que nos observaban, me preguntó:

—¿Qué ha pasado? Por poco me da un soponcio solo de pensar que tendríamos que llamar a la Policía. ¿Te lo imaginas?

—Ha salido por esta puerta —expliqué al tiempo que la cerraba a mi espalda, para que no viera al perro—. La próxima vez que celebremos un evento en este local, si hay niños en la boda, habrá que tenerlo en cuenta.

—La próxima vez ataré al paje con una correa —gruñó. A continuación, echó un vistazo al teléfono—. William me informa de que la gente se está amotinando en el bufé. Necesita refuerzos.

—Voy para allá —asentí.

—No, tú has encontrado al niño perdido. —Irguió la espalda y se recolocó el colgante de diamantes que lucía siempre en el centro del cuello—. Descansa cinco minutos. Luego ve a buscar al jefe de cocina para supervisar las porciones de la tarta.

—Vale.

Me apretó el brazo con cariño y echó a andar hacia la cola del bufé, que en efecto se había tornado turbulenta en nuestra

ausencia. Abrí la puerta auxiliar de nuevo para salir a la zona de carga y descarga. Ambrose, acuclillado delante del perro, le rascaba las orejas.

—¿Quién se ha portado como un héroe? ¡Tú, claro que sí! ¡Buen chico!

A la luz de los focos vi una nube de pelo crespo que salía flotando del lomo del perro.

—Pensaba que éramos tú y yo los que habíamos evitado la catástrofe.

Me dirigió una mirada rápida.

—Solo porque mi perro, Ira, nos ha indicado dónde buscar. ¡Ya has oído cómo ladraba! Ha sido como seguir un rastro de migas de pan por el bosque.

Sí, exactamente igual.

—¿Ahora se llama Ira?

—Es su nombre. —Ambrose seguía rascando al perro y la nube aumentaba por momentos. Yo no entendía cómo un animal podía perder tanto pelo sin quedarse calvo—. Esta ha sido su manera de comunicárnoslo.

—El ladrido —añadí, por dejarlo claro.

—Sí.

—¡Ira! —lo llamé. El perro ni siquiera levantó la vista y mucho menos ladró. Miré de nuevo a Ambrose.

—¿Tú siempre respondes a tu nombre? —replicó.

Suspiré. Aun sin tener en cuenta el drama del niño perdido, esta boda se me estaba antojando más larga que las demás.

—Tengo que ir a echar una mano con la tarta. ¿Vienes?

Me encaminé a la cocina dando un rodeo por el exterior, optando por el camino largo para tomar el aire. Ambrose me alcanzó pasado un momento. Se frotó las manos.

—Lo reconozco. Este trabajo es más complicado de lo que parece desde fuera.

—¿Y qué parece desde fuera?

—Que te limitas a ir por ahí mangoneando a la gente —respondió. Enarqué las cejas—. Louna. Me llevaste a rastras a la boda de mi madre. Literalmente.

—Se estaba retrasando por tu culpa —señalé. Me molestó el tono repelente de mi propia voz.

—Yo solo digo que pasan un montón de cosas entre bastidores de las que los invitados o las personas ajenas al

negocio nunca se enteran. Es como un mundo secreto.

Puse los ojos en blanco.

—Oyéndote, cualquiera pensaría que hacemos magia.

—¿No crees que sea así?

—Yo pienso que solo es trabajo —le espeté.

—Un trabajo mágico. —Se rio con ganas de la cara que puse al oír eso. A continuación, añadió—: Mira, te puedes hacer la dura todo lo que quieras, pero tengo la impresión de que no estás tan desengañada como intentas aparentar.

—¿Ahora formulas hipótesis sobre mí?

—Formulo hipótesis sobre todo el mundo. Soy un observador, un espectador.

—Por lo general, la gente que hace eso escucha más que habla —le solté.

—Puede ser. —Hundió las manos en los bolsillos y sacudió la cabeza para apartarse el rizo rebelde de los ojos—. Lo que quiero decir es que he pasado mucho rato contigo estos últimos días y he visto cosas.

—Vaya —dije—. Eso no da mal rollo ni nada.

—Una persona cínica —prosiguió, haciendo caso omiso de mi pulla— no habría mostrado tanto alivio como tú al encontrar a Ira. Además, se habría asegurado de que su jefa supiera a quién pertenecía el perro responsable de la desaparición del niño. Tú, en cambio, nos has encubierto al perro y a mí.

—Me parece que confundes ser cínica con ser una mala persona —le dije.

—Es posible. Pero he observado tu reacción en ambos casos. Todavía no estás de vuelta de todo, por más que te empeñes en aparentar lo contrario.

Un coche pasó por nuestro lado con los graves a todo volumen. Repliqué:

—La palabra clave es «todavía».

—Lo es —convino—, porque aún tienes elección.

—O tal vez solo es cuestión de tiempo —opiné.

—Vale, ahora sí estás hablando como una persona desengañada. —Echó la cabeza hacia atrás para mirar las estrellas—. Pero a mí no me engañas. Sé lo que he visto.

No respondí a eso. ¿Para qué? Tampoco estaba orgullosa del pedrusco que tenía por corazón. La vida moldea a cada

uno de un modo particular. Nadie podía entender de qué modo los acontecimientos del año pasado, los buenos momentos y los malos, me habían tallado hasta convertirme en lo que era, más afilada en algunas zonas, más insensible en otras. Y claro que me había preocupado por el niño perdido. No era un monstruo. Todavía.

Ya habíamos llegado a las puertas principales del restaurante, donde un nutrido grupo de hombres abandonaba el banquete con puros en la mano. Mientras nos acercábamos, dos de ellos, con las mejillas sonrosadas y el traje arrugado, nos sujetaron las puertas para que entráramos. En respuesta, Ambrose abrió los brazos, encantado de hacer una entrada triunfal. Antes de cruzar el umbral, sin embargo, usó una mano como megáfono.

—¡Ira! —gritó. El perro ladró, cómo no.

—Llámame chiflada —dijo mi madre, que se aflojaba las tiras de los zapatos—, pero creo que estos dos podrían durar.

—Natalie Barrett. —William le dirigió una mirada de advertencia—. Ni se te ocurra decirme que te has vuelto optimista. No creo que pudiera soportarlo.

—Ni por asomo —respondió mi madre. William llenó las dos copas casi hasta el borde y luego devolvió la botella a la cubitera, que tintineó con el golpe—. Es un presentimiento. No parecen de los que se divorcian.

—Lo que equivale a estar felizmente casados, ¿no?

Tomando un sorbo de vino, mi madre lo meditó.

—No creo que sea tan simple. Hay un gran abanico de posibilidades entre una cosa y la otra, al menos por lo que yo sé. Distintos tonos de gris.

William ya la estaba mirando con escepticismo antes de decir:

—El gris es gris, que yo sepa.

—No estoy de acuerdo. —Mi madre se soltó la segunda tira con un gesto de dolor—. Recuerdo que, cuando estaba casada, en ocasiones me sentía profundamente desgraciada, por una u otra razón. Y, sin embargo, la idea de poner fin al matrimonio, de optar por esa salida… De haber dependido de mí, jamás la habría contemplado siquiera. Y aunque la

hubiera tenido en cuenta, seguro que la habría considerado la peor de las opciones.

—¿Peor que ser infeliz?

—Pues sí —respondió—. O sea, seguir casado no depende de si ves el vaso medio lleno o medio vacío. Depende de si lo ves así, asá o de cualquiera de las infinitas fracciones intermedias.

William frunció el ceño.

—Esta conversación me está provocando dolor de cabeza. Les doy seis años. Y ella lo deja por otro. Tres hijos.

Mi madre ladeó la cabeza, dándole vueltas.

—No sé yo… ¿Qué piensas tú, Louna?

Parpadeé, sorprendida de que me pidieran mi opinión. Este era su juego, no el mío, aunque había visto a Charlotte y a su novio riendo felices cuando subían al coche para marcharse. En su caso, el de ella en particular…, les había deseado que siempre pusieran por delante las necesidades del otro. En voz alta, en cambio, dije:

—No tengo ni idea.

—Una chica lista. —William alzó la copa hacia mí—. El que no apuesta no puede perder.

—Ni ganar —señaló mi madre.

—Minucias —replicó él y ambos estallaron en carcajadas antes de entrechocar las copas.

Noté el asalto de un bostezo y me tapé la boca, deseosa de que nos levantáramos de una vez y procediéramos a la revisión final para poder dar la noche por finalizada. Antes de eso, sin embargo, tenía que recoger de las mesas los floreros que habíamos alquilado y no estaba dispuesta a hacerlo sola. Pero hacía rato que no veía a Ambrose por ninguna parte.

En el preciso instante en que lo pensé, se oyeron unas risas junto a la puerta por la que había escapado Ira. Cuando me volví a mirar, descubrí que Ambrose estaba allí con la mismísima Julie, la dama de honor cargante. En una mano tenía los zapatos y en la otra, el ramo de la novia que, tal como había predicho William, había capturado al vuelo con decisión. Cuando Ambrose le dijo algo, echó la cabeza hacia atrás y soltó otra carcajada al tiempo que le apoyaba una mano en el brazo.

La gente, al final de las bodas, acostumbra a emanar cierto

aire desaliñado. La ropa, antes impecable, está torcida y arrugada. El pelo escapa de los moños y se desmelena con el baile. El maquillaje se arruina, hay carreras en las medias y las mujeres casi siempre se quitan los zapatos; los hombres, las chaquetas. Cualquier resto de miramiento se va a paseo cuando la caducidad del evento se hace patente y de súbito eres más consciente que antes de que mañana será un día más. Tal vez por eso la gente tiende a alargar la noche, a estirar lo máximo posible el tiempo restante. Yo lo entendía: lo había hecho. Pero estábamos trabajando, no divirtiéndonos. Que Ambrose hiciera el tonto fuera del horario laboral, si quería. Yo estaba deseando llegar a casa.

—¡Eh! —grité, y los dos se volvieron a mirarme—. Vamos a recoger esos jarrones para que podamos ir saliendo.

—Claro, jefa —respondió—. No tardo ni cinco segundos.

Eso de «jefa» era nuevo, producto de un incidente acaecido un rato atrás, cuando le dije que no podía aceptar la invitación de una dama de honor a bailar. Pensaba que ya lo sabía, puesto que él lo había intentado conmigo en la boda de su madre. Siempre fallaba en mis suposiciones cuando se trataba de Ambrose.

—¿No puedo bailar? —replicó cuando le dije que rehusase con educación. Noté la presencia de la dama de honor, que remoloneaba a mi espalda sin perder la esperanza—. ¿No decías que nuestro cometido es asegurarnos de que todo discurra a la perfección?

—¿De verdad tienes una opinión tan alta de tus habilidades para bailar la conga?

—Bueno, no —respondió, aunque era evidente que sí—. Pero el éxito de una boda depende en el noventa por ciento, como mínimo, de lo mucho que se divierta la gente en la pista de baile. Y yo puedo contribuir a eso.

Llevaba menos de una semana en el negocio y ya recurría a las estadísticas. Inventadas, pero estadísticas, al fin y al cabo.

—No estamos aquí para disfrutar de la fiesta. Estamos aquí para asegurarnos de que todos los demás la disfruten.

—¿Y si nuestro disfrute aumenta el de los invitados?

—Esto no funciona así —le dije, mientras una chica de veintitantos, enfundada en un vestido rosa, empezaba a cruzar la pista en dirección a Ambrose con una expresión

inconfundible en el rostro. ¿Qué era ese chico, un imán para el baile?—. Tú declina la invitación, diles que estás trabajando y aléjate de la pista. Si no andas por ahí exhibiéndote, no se te acercarán.

Me señaló con el dedo.

—Ese es mi lema cuando bailo. ¡Tienes que exhibirte! —Miré su dedo. Lo dejó caer, despacio—. O sea, a menos que estés trabajando. Lo siento, jefa.

—No soy tu jefa —gruñí, y me dirigí hacia la cola del bufé. Cuando me volví a mirar, estaba negando con la cabeza y sonriendo mientras la chica de rosa trataba de arrastrarlo hacia la gente que movía el esqueleto. Ella, al comprender que no lo convencería, adoptó una expresión tristona y fingió secarse una lágrima. Por Dios.

Mi humor empeoraba por momentos solo con recordarlo, así que me puse de pie, recogí el florero de la mesa a la que estaba sentada y luego el de la siguiente. Estaba a punto de regañar a Ambrose, que por fin se había dignado a acercarse, pero entonces me di cuenta de que traía otros tres jarrones, uno en cada mano y otro contra el pecho.

—¿Dónde los dejo? —preguntó.

—Mételos en la caja de momento y ya los organizaremos fuera —sugerí. Detestaba las bodas en las que tocaba recoger material una vez concluido el evento. Prefería mil veces las que mi madre llamaba de «huella cero», aquellas en que la sala se encargaba de todo. Estaba echando mano de otro jarrón cuando vi que Julie cruzaba la sala con los zapatos puestos y el ramo colgando de una mano—. ¿Qué te estaba diciendo?

—¿Quién?

Señalé a la chica con un gesto de la cabeza.

—¿Jules? Nada. Solo me preguntaba si sabía dónde podía tomar un Martini una forastera a estas horas. Le he dicho que conozco el sitio ideal.

—¿Vas a salir con ella esta noche?

—Será una copa nada más. Y luego nos llevará a casa a Ira y a mí, algo que nunca viene mal. Estamos cansados como perros.

«Ja, ja», pensé mientras me encaminaba al cajón de madera que habíamos escondido bajo la mesa de la tarta y empezaba

a depositar los jarrones en el interior. Las flores, rosas blancas mezcladas con las peonías que me habían endosado, habían aguantado bien, seguían lozanas y se agitaban en el agua.

—Y ¿qué vamos a hacer con ellas? —preguntó Ambrose, añadiendo sus floreros al cajón.

—¿Con las flores? Normalmente las tiramos.

—¿En serio? Qué desperdicio.

—Puede ser —respondí—. Pero después de ir a buscarlas, hacer los arreglos, distribuirlas por las mesas y luego recogerlas otra vez, siempre tengo la sensación de que mi relación con ellas está más que agotada.

Noté que me estaba observando mientras yo introducía otro tarro en la caja. Una rosa perdió unos cuantos pétalos.

—¿Para ti todo se mide en términos de emparejarse y romper?

Me encogí de hombros al tiempo que me incorporaba.

—Inevitables gajes del oficio, supongo. Coge los del otro lado, ¿quieres? Yo terminaré con este.

—A sus órdenes, jefa.

Esta vez no tuve fuerzas para contradecirlo.

—Tengo que ir al baño, así que ya me encargo yo del repaso final —se ofreció William cuando mi madre y él, finalizado su ritual, se levantaron—. ¿Qué queda, aparte de eso y los floreros?

—La parte superior de la tarta. Está en la nevera —le dijo mi madre—. La madre de Charlotte pasará a recogerla por el despacho el lunes a primera hora.

—Y con eso habremos terminado —respondió él, levantando una mano. Ella le chocó los cinco (el champán hacía efecto) y tomaron rumbos opuestos mientras Ambrose y yo terminábamos de llenar el cajón y lo transportábamos a la furgoneta. Allí, bajo los focos del aparcamiento, vertimos el agua de los jarrones uno a uno y dejamos las flores en el bordillo. Antes de terminar me sentía embriagada por el aroma de las rosas.

—Fue bonito mientras duró, chicas —les dijo Ambrose a las flores con una expresión solemne en el rostro—. No sois vosotras, somos nosotros.

Puse los ojos en blanco, pero no dije nada. En vez de eso me concentré en asegurar el cajón para el viaje de vuelta al

despacho. Cuando William y mi madre salieron, yo ya me estaba librando de los zapatos y me sentía más cerca si cabe del final de la noche y de mi propio trayecto a casa, descalza.

—Buen trabajo, equipo —dijo mi madre al tiempo que extraía las llaves del bolso—. Bravo por Ambrose y Louna en particular por haber encontrado al niño perdido.

—Gracias, señora —respondió él, saludándola al estilo militar—. Era lo mínimo que podía hacer por la empresa.

William rio con ganas.

—Me cae bien este chico. ¡Qué dedicación!

El niño no se habría perdido de no haber sido por su perro, quise decir. No lo dije.

—El lunes —prosiguió mi madre—, nos pondremos a fondo con la boda de Elinor Lin. Es un doblete, con una novia muy detallista. Así que descansad.

Tras eso, William montó en la furgoneta, no sin antes despojarse de la americana, y mi madre se encaminó a su coche. Yo me deshice el moño que siempre llevaba cuando trabajaba y me peiné con los dedos al mismo tiempo que buscaba mis llaves. Cuando alcé la vista, Ambrose se estaba incorporando con un buen puñado de las flores desechadas en las manos. Las había envuelto en un programa arrugado para confeccionar un enorme ramo en cascada que me tendió.

—Ah —dije. De repente me sentía culpable por haberme mostrado tan seca con él toda la noche. No es que fuera exactamente apropiado ofrecerle flores a una compañera de trabajo, pero de todos modos era un gesto bonito—. No deberías…

—¿No? —Las miró—. Has dicho que las ibais a tirar y he pensado que no pasaba nada por cogerlas.

Oí pasos y al momento apareció Julie por detrás de la siguiente fila de coches.

—¿Ambrose? ¿Estás listo para ir a tomar esa copa?

Él aún me miraba.

—Claro —le dije—. No hay problema.

—Nos vemos el lunes, Louna —se despidió, y echó a andar hacia ella, alargándole las flores a modo de saludo. Cuando las cogió, Julie inclinó la cabeza para aspirar su aroma y yo la recordé esperando a que la novia lanzara el ramo, su manera de agacharse, ojo avizor, decidida a ser la afortunada. Fue

algo calculado al milímetro, enteramente distinto de este gesto, que la pilló por sorpresa como solo puede suceder en una boda.

—Hasta el lunes —respondí, aunque ninguno de los dos me oyó según se alejaban hacia la zona de carga y descarga, a recoger a Ira, supuse. Esperé hasta perderlos de vista antes de regresar al bordillo, donde todavía yacían las flores rodeadas de pétalos. Recogí una peonía y una rosa, pero cambié de idea y volví a dejarlas. Que te regalen algo no se puede comparar a encontrarlo. Julie lo sabía y yo también. Nunca esperaba nada de nadie. Aunque eso no significaba que no desease ser sorprendida alguna vez.

CAPÍTULO 10

—¿De qué es cada uno? —pregunté, forzando la vista para mirar la oscura bandeja.

—¿Qué más da? Ataca y en paz.

Miré a Ethan, que hundía el tenedor en una porción de lo que puede que fuera *crumble* de arándanos para retirar un bocado enorme.

—No puedes mezclarlos todos para crear una especie de híbrido. Hay seis sabores. Tenemos que probar cada uno por separado.

—Lulu —dijo—. Es la una y media de la madrugada y estamos sentados en la oscuridad. Come.

Tenía un diminutivo, otra experiencia más que vivía por primera vez. La cifra relativa a esta categoría no paraba de aumentar. Y pese a todo seguía siendo la misma Louna, impulsada a añadir:

—Salta a la vista que ese hombre se toma muy en serio sus tartas. Por su manera de aconsejarnos, cualquiera habría pensado que estábamos comprando un coche. O contratando un seguro de vida.

—Pero no era así. Toma. —Antes de que me diera cuenta, tenía su tenedor contra mis labios y noté el olor a *custard*—. Esta es una especie de masa con fruta. Está buena.

Tomé el bocado sin miramientos.

—Es el *crumble* de naranja y limón.

Lo recordaba muy bien, porque el nombre sonaba delicioso. Una vez dentro de la cafetería, descubrimos que el propietario, un tipo que llevaba una gorra de béisbol con el lema COME DUERME PESCA, estaba cerrando. En la caja registradora, un chico de cabello oscuro y su novia, obviamente clientes habituales, pedían una última dosis de cafeína para llevar.

—¿Hay algún otro sitio cerca donde comer algo a estas horas? —les preguntó Ethan mientras pagaban.

La chica, vestida con pantalón corto y una camiseta con el

logo Clementine's, miró a su acompañante.

—El Mundo de los Gofres, pero no está a un paseo de distancia que digamos. O también está La Timonera.

—No —dijo el chico al instante—. El café sabe a trapos quemados.

—Hay una cafetería abierta las veinticuatro horas en el Big Club —sugirió ella—. El café es un asco, pero os divertiréis observando a la gente.

—Auden —intervino él—. ¿Por qué te empeñas en sugerirles sitios horribles?

—Al menos yo les sugiero algo —replicó ella. Volviéndose hacia nosotros, añadió—: Mirad, este sitio es el mejor que vais a encontrar incluso de día. Yo, en vuestro lugar, compraría tarta y bebidas para llevar.

—Sí, por favor —los animó el tipo que atendía el mostrador —. Os haré un precio especial. La tarta nunca está tan rica el segundo día.

Tardamos lo nuestro en decidirnos, ya que había un montón de opciones a cuál más deliciosa y que el propietario estaba empeñado en detallarnos las características de cada una. Al final nos marchamos con dos cafés grandes, una bandeja con una porción de cada cosa y dos tenedores. En la bandeja las porciones entraban por los ojos. En la oscuridad, en cambio, el sabor era el protagonista.

—Ay, por favor. —Ethan se recostó hacia atrás y silbó entre dientes. Luego señaló la bandeja—. Esta, la de la derecha, es lo más. Chocolate y crocante. ¿Y puede que naranja?

Alargué el brazo por delante de él para probarla con mi tenedor.

—*Pot de crème* y mandarina. Ha dicho que era su favorita.

Ethan volvió a llenar su tenedor. Según se lo llevaba a la boca, un gajo de mandarina resbaló y aterrizó pegajoso en mi brazo.

—Ups. Perdona.

—Mírate —señalé mientras él lo recogía sin dejar de masticar. Tenía una mancha de chocolate en la nariz—. Estás hecho un asco.

—Intenta atrapar este —dijo, preparándose para catapultar el bocado. Abrí la boca. Cuando lo lanzó, el proyectil trazó un arco y me golpeó la oreja—. Mala puntería. Lo siento.

—Dame eso —ordené al tiempo que le arrebataba la bandeja. Busqué otro gajo de mandarina para extraerlo con los dedos. Él soltó el tenedor y se preparó para la captura con la boca abierta. Me eché a reír antes incluso de lanzarlo y luego lo envié volando por encima de su cabeza.

Se volvió a mirar cómo aterrizaba en la arena.

—Bueno, si apuntabas al agua, te ha faltado muy poco.

—Pues sí —repliqué. Me sonrió y, alargando el brazo, me atrajo hacia sí para besarme. Sabía a chocolate. Cuando la brisa nos envolvió levantando una nube de arena, cerré los ojos con fuerza y pensé que quería que ese momento durara para siempre.

Era muy raro, lo sabía, porque apenas hacía unas horas que lo conocía. Pero entre el paseo, el baile, la charla y luego el pastel, estaba familiarizada con cada uno de sus gestos y manías. Su manera de entornar los ojos casi hasta cerrarlos antes de decir algo que le afectaba profundamente. Los andares lentos, con grandes zancadas, de chico alto. El tacto de su sortija de graduación, lisa y fría contra mis dedos cuando me tomaba la mano. El sonsonete de su tono de llamada, una canción pop tan impropia de él que la primera vez que la oí me reí sin poder evitarlo.

Estábamos sentados en la arena, enseñándonos fotos en los móviles. Le mostré imágenes de Jilly, de mi madre y de William, y la única foto mía que me gustaba, tomada bajo un cenador en una boda de la primavera pasada. Él, a su vez, me enseñó fotos de los que eran sus mejores amigos desde preescolar, que posaban sin camisa, con el pelo húmedo y peinado hacia atrás junto a una piscina privada. Me estaba inclinando a mirar cuando sonó el teléfono. El tono de llamada era el fragmento de un tema pop, una chica cantando sobre un ritmo burbujeante.

—¿Qué es eso? —pregunté entre risas mientras él se apresuraba a silenciarlo.

—No —dijo, levantando una mano—. No te burles. No conoces la historia.

Esperé.

—Si te empeñas en saberlo —prosiguió al tiempo que bajaba la vista hacia el teléfono—, es Lexi Navigator.

—¿En serio? —Lo único que conocía de Lexi Navigator,

cantante adolescente con un cuerpo escultural y una impresionante melena de cabello oscuro, eran sus exiguos modelitos y la abundancia de plumas y purpurina corporal que constituían su sello de identidad. La clase de artista de la que recuerdas, a bote pronto, tres de sus extravagantes conjuntos como poco, pero ninguna de sus canciones—. Nunca lo hubiera imaginado.

—He dicho que no te burles —me recordó.

—Pues cuéntame la historia.

Suspiró. Entornó los ojos.

—Vale. Bueno, pues estábamos empezando el penúltimo curso de secundaria y el padre de mi colega Sam, que es abogado especializado en la industria del entretenimiento, tenía un montón de entradas para un concierto de Lexi Navigator. No teníamos nada mejor que hacer y nos ofrecía todo el lote VIP: limusina, pases para los camerinos, todo eso. De modo que allá fuimos.

—¿Sin chicas? ¿Solo vosotros?

—¿Qué pasa? ¿Acaso seis chicos no pueden ir a un concierto de Lexi Navigator en nombre de la camaradería masculina? Hay que vivir, ¿no? —Me mordí el labio, haciendo grandes esfuerzos por aguantarme la risa—. Bueno, los asientos estaban como en la tercera fila. Nos estábamos desternillando, burlándonos de la presentación, pasándolo bien. Y entonces salió ella entre fuegos artificiales y confeti con un vestido que disparaba rayos láser, una cesta de metal en la cabeza y…

—Un momento, ¿una cesta de metal?

Se encogió de hombros.

—Eso parecía. Y el espectáculo era de locos, ¿vale? Con un montón de bailarinas untadas de aceite, globos que caían y niñas gritando a nuestro alrededor. Y luego, hacia la mitad del concierto, la música se suavizó, bajaron las luces, sacaron un taburete al escenario y ella se sentó.

—¿Todavía con la cesta en la cabeza?

—No, a esas alturas ya se había cambiado como diez veces. Llevaba, yo qué sé, una corona de serpientes y un bikini tipo esmoquin.

—Cómo no.

—Y presentó la siguiente canción —continuó Ethan—.

Contó que estaba inspirada en su abuela, fallecida el año anterior. Empezó a cantar y apenas llevaba una estrofa cuando se echó a llorar.

—¿En serio?

—Sí. —Entrecerró los ojos—. Todos estábamos allí sentados, a pocos metros de distancia, y yo veía las lágrimas, que eran de verdad, y de repente me dio por pensar en mi abuela.

—¿Tu abuela también murió?

—No, ella está bien. Fuerte como un toro. De ahí que sea todo tan absurdo. —Suspiró—. Así que la estaba mirando, ella lloraba y yo me puse a pensar en mi abuela y, ya sabes, puede que yo también me emocionase.

Aguardé un instante. Luego dije:

—¿Puede?

—Vale, me emocioné. —Tosió—. Por desgracia, mis colegas me pescaron. Y lo documentaron.

Alargué la mano hacia él para tomarle la mano.

—Oh, no.

—Exacto. —Entrelazó los dedos con los míos—. Y, como era de esperar, no me dejaron en paz, ni siquiera cuando se vistió de sirena con cola incluida. Me amenazaron con publicarlo en todas partes, de inmediato, y yo quería morirme. Y matarlos. O matarlos y luego morirme.

Reí con ganas.

—Eso es un poco radical.

—Tú no conoces a mis colegas —objetó—. No hemos parado de chincharnos desde que llevábamos pañales. Lo hemos convertido en un arte. No habría sobrevivido a la humillación.

—Y ¿qué hiciste?

—Para estos casos, contamos con un recurso que llamamos un «canje» —explicó, y se frotó la cara con la mano libre—. Como un programa de intercambio para situaciones humillantes. Aceptas una a cambio de otra. Yo estaba dispuesto a hacer casi cualquier cosa.

—Obvio.

—En fin —continuó—, el caso es que accedí a poner una canción de Lexi Navigator como tono de llamada hasta la graduación. Y si alguien pregunta al respecto (y, como es

lógico, lo hacen), debo decirles que soy su fan número uno y enseñarles esta foto.

Dicho eso, volvió a conectar el teléfono y tecleó una contraseña. Pasó unas cuantas imágenes y ahí estaba: Ethan, con una camiseta en la que se leía «Brownwood Lacrosse», junto a Lexi Navigator, que lleva un mono de cuero rojo y cuernos de diablesa, con la cara cubierta de purpurina. Hay que vivir, cómo no.

—¿Y prefieres eso a que el mundo sepa que lloraste con una canción suya? —pregunté, por tenerlo claro.

—¡Pues claro que sí! —replicó—. De este modo, solo parezco un tío raro. Llorando, me tomarían por un desequilibrado.

—¿Estás seguro? —pregunté, echando otro vistazo a la foto.

Hizo una mueca.

—Da igual, el trato es el siguiente: si alguna vez no respondo diciendo que soy un gran fan de Lexi y mostrando la foto, y si ellos llegan a enterarse, colgarán el vídeo y me dejarán en ridículo para el resto de mi vida. Así lo acordamos.

Enarqué las cejas.

—Y ¿dices que son tus amigos?

Pasó a la instantánea siguiente, donde aparecían todos alrededor de Lexi Navigator.

—Mis mejores amigos. Lo creas o no.

—Lo creo —asentí. Me recosté contra él mientras me mostraba otra foto del grupo, en esta ocasión a bordo de la limusina. Todos guapos, atléticos, acicalados y sonrientes. Jilly se habría sentido en el cielo—. Pero tengo una pregunta.

—Huele de maravilla —dijo—. Todo el mundo me pregunta eso.

—No era mi pregunta —repliqué.

—Ah. Perdona.

—El trato era decir que adoras a Lexi y mostrar la foto cuando la gente te pregunte por el tono de llamada, ¿correcto?

—Exacto. Hasta la graduación.

—Pero, cuando yo te he preguntado —proseguí—, me has contado la verdadera historia. ¿Por qué?

Dejó la bandeja de los pasteles y, volviéndose a mirarme, me tomó la mano entre las suyas.

—Lulu. Estoy disfrutando de la mejor noche de mi vida. ¿Por qué te iba a contar otra cosa que no fuera la verdad?

Noté un calorcillo en la cara al oírlo. No fue por el diminutivo, ni por saber que no era la única que estaba experimentando la magia de esa noche, aunque más tarde, cuando lo recordase, pensaría en ello una y otra vez. Fue esa última pregunta la que me llamó la atención, porque expresaba una actitud contraria a mi manera de relacionarme con el resto del mundo. En aras de la seguridad, tendemos a ser menos sinceros al comienzo de las relaciones, no más. Pero Ethan era distinto. Entre nosotros nunca hubo nada salvo verdad. ¿Por qué te iba a contar otra cosa? Era lo más parecido a «te quiero» que un chico me había dicho nunca. Tal vez fuera aún más importante.

CAPÍTULO 11

Si me hubieran preguntado, habría dicho que solo era cuestión de tiempo que sucediese algo parecido. Pero, como es obvio, nadie me preguntó nunca.

—¿Ambrose está aquí?

Levanté la vista de la pantalla de mi portátil, donde estaba probando distintas distribuciones de mesas para la boda del fin de semana. Una chica guapa vestida con pantalones cortos y una blusa, que llevaba el cabello pelirrojo recogido con una diadema, estaba de pie junto a la puerta principal del despacho con una cesta de pícnic colgada del brazo.

—Hum —dije, volviendo la vista hacia la sala del fondo. No estaba allí; se había marchado pocos minutos antes con otra amiga, a la que me había presentado como «Hajar»—. En realidad, está comiendo.

—Ah. —Experimentó una desilusión instantánea y evidente —. ¿Sabes adónde ha ido?

Negué con la cabeza.

—Lo siento.

Torció la boca, no sé si haciendo un mohín o con ademán pensativo, o puede que ambas cosas. A continuación, dejó la cesta en el suelo, buscó el teléfono y escribió un mensaje a toda prisa. Instantes después oí la señal de respuesta.

—Ah —comentó—. ¿Dice que está en una reunión?

Que formulase la frase en tono interrogativo sugería que yo debía refutarla o al menos responder algo. En vez de eso, me encogí de hombros nuevamente, sonriendo, y volví a centrarme en mis mesas.

La oí escribir algo más. Luego dijo:

—Bueno, supongo que también se pueden cenar bocadillos, ¿no?

Yo no tenía claro por qué razón seguía involucrada en este problema. Levanté la vista y descubrí que me estaba mirando, esperando contestación una vez más.

—Supongo.

Sonrió al oírlo, como si hubiera dicho mucho más que esa única palabra.

—¿Te parece bien que le deje una nota? —sugirió al tiempo que tomaba un cuaderno de Bodas Natalie Barrett de la mesa que nos separaba. Esta vez no aguardó respuesta. Empezó a escribir de inmediato.

«Hay demasiadas mesas en esta boda», medité para mis adentros mientras volvía al trabajo. Al menos los invitados estarían sentados, así que no tendría que dirigir el tráfico del bufé.

—Si pudieras darle esto —añadió la chica, que me obligó a levantar la vista de nuevo—, sería genial.

Me tendió una hoja de papel doblada en cuatro.

La dejé sobre la mesa, encima de mis papeles.

—Claro.

—¡Muchas gracias!

Sonó un tintineo y luego un chirrido cuando recogió la cesta y se encaminó a la puerta. Una vez fuera, se puso unas gafas de sol antes de echar a andar.

Añadí los nombres a otra mesa, consciente de la nota plegada que descansaba a mi lado, con el nombre de Ambrose escrito en la parte superior con una caligrafía redonda e infantil. Sentí el misterioso impulso de abrirla y leerla, aunque no me explicaba por qué razón. Su vida amorosa no era asunto mío ni me importaba un comino. Pero me fastidiaba que sus asuntos me distrajeran mientras él estaba comiendo fuera y yo seguía trabajando.

Al margen de eso, debía admitir (aunque no lo habría reconocido en voz alta ni delante de nadie) que contar con Ambrose como compañero de trabajo en realidad no era tan malo. Claro, no podía pasar por alto su tendencia a romper cosas —una grapadora y una cinta métrica habían sufrido el mismo destino que el dispensador de cinta adhesiva en el poco tiempo que llevaba con nosotros—, como tampoco podía hacer caso omiso de su cháchara constante, que me acompañaba en los ratos muertos, un tiempo que solía dedicar a organizar en silencio las tarjetas de ubicación. Sin embargo, a decir verdad, era divertido y a menudo tenía que aguantarme la risa cuando él me contaba sus peripecias mientras trabajábamos codo con codo. Como, por ejemplo,

programar dos almuerzos a la misma hora. Estaba deseando que me contara esa historia.

Cosa de veinte minutos más tarde, me rugía el estómago de hambre e hice un descanso para acercarme a la cafetería a comprar un bocadillo de ensalada de huevo. La cola era larga y acabé junto a la Señora del Teléfono, que se había instalado en una repisa junto a la ventana.

—… y yo le solte: «No, no me vengas a mí con preocupaciones de la salud» —estaba diciendo con un tono de voz tan omnipresente como siempre—. «¡He sobrevivido al cáncer! Me han extirpado cuatro carcinomas de células escamosas en dos años. Y todavía me las arreglo para pagar el alquiler y las facturas.»

Un silencio, pero breve. Quienquiera que fuese el interlocutor de la Señora del Teléfono, apenas tenía tiempo para responder ni una palabra.

—De todos modos, yo no quería tener un inquilino. Renovamos el apartamento para Martin, porque necesitaba sitio para sus máquinas de *pinball* y sus maquetas de trenes. ¡Así de bien me porté con él! Y ya sabes cómo acabó todo.

Un poco más adelante, una mujer vestida con un traje de chaqueta negro que llevaba un identificador prendido a la solapa resopló sonoramente. Quise decirle que ahorrara aliento. Varias personas le habían pedido delante de mí que bajase la voz y ella ni siquiera había pestañeado.

—Conozco mis derechos como arrendataria —proseguía—. Y no me temblará el pulso si tengo que desahuciarlo, no señor. Pero vaya desastre… Me pareció una buena idea alquilar el apartamento. Qué mala suerte. A mí nunca me pasa nada bueno, supongo.

Al oír eso alargué el cuello para comprobar cuántas personas tenía delante. Podía soportar las quejas de la Señora del Teléfono, sus detallados relatos de los desaires que le hacían sus compañeros de trabajo y parientes, e incluso interminables historias sobre los problemas de salud de sus gatos. Pero un bocadillo de ensalada de huevo no merecía tantas penas y autocompasión. Con las mías me bastaba y me sobraba.

Por fortuna, la ejecutiva y el chico que la seguía en la cola hicieron pedidos sencillos, de modo que no tardé en salir.

Mientras empujaba la puerta y luego la sujetaba para cederle el paso a un hombre que llevaba un bebé en brazos, la Señora del Teléfono estaba contando que se había apuntado a una página web de citas. «Mejor él que yo», pensé. Las historias se alargaban hasta el infinito, tanto si había alguien allí para escucharlas como si no.

Tenía pensado llevarme la comida al despacho para almorzar allí. Pero de camino vi a Ira atado a un banco en una zona de sombra, al lado de la papelería, con una bandana azul alrededor del cuello. Por lo visto Ambrose había descubierto que a las dueñas de la tienda, Emily y Florence, les encantaban los animales. De hecho, me sorprendió no verlo allí dentro charlando con ellas. Ira se sentó nada más verme y agitó la cola.

—Eh, colega —lo saludé. Se meneó todavía más, sacudiendo también la parte delantera, en dirección contraria —. ¿Tienes sed?

No tenía sed. Su cuenco de agua, un artículo personalizado con su nombre —me imaginé que alguna chica lo habría comprado para Ambrose—, estaba lleno. Pese a todo, cuando me senté y desenrosqué el tapón de mi botella, le añadí unas gotas para llenarlo del todo. Bebió por no hacerme el feo. Luego, después de olisquear mi bocadillo desde la distancia mientras le temblaban sus largos bigotes, dio una vuelta completa y se tendió a mis pies con la cabeza sobre mis zapatos. Como ya he dicho, no soy fan de los perros. Ni de los animales en general. Pero me pareció una grosería moverme, de manera que no lo hice.

Pasado un instante, sonó mi teléfono. Aunque su nombre no hubiera aparecido en la pantalla, habría adivinado que se trataba de Jilly por el ruido de fondo: voces infantiles enzarzadas en alguna clase de discusión, un bebé llorando.

—¿Hola? —dije.

—Espera un momento —respondió. A continuación—: CALLAOS mientras hablo por TELÉFONO u os quedáis TODOS SIN HELADO.

El volumen de ruido descendió considerablemente, aunque todavía alcanzaba a oír el lloriqueo de Bean.

—Hola —me dijo Jilly—. ¿Qué estás haciendo?

Siempre me sentía culpable cuando me llamaba mientras

cuidaba de sus hermanos y yo estaba haciendo algo a solas, tan a gusto.

—Trabajando —respondí—. Y comiendo. ¿Qué tal?

Un chillido espeluznante atravesó el teléfono. Ella hizo caso omiso y dijo:

—Ah, como siempre. Haciendo de lanzadera entre los *food truck*, las extraescolares, las quedadas para jugar y los pañales.

—Acabas de pasarte la heladería. —Oí decir a Crawford con su tono inexpresivo.

—Mierda —exclamó Jilly. Las chicas protestaron a gritos al oír la palabrota—. Venga ya, como si fuera la primera vez que la escucháis. Y hay otras heladerías.

—No como esa. —Era Crawford otra vez.

—¿Os podéis callar un momento para que pueda hablar con Louna? —les espetó. Silencio. Por unos segundos—. Vale, rápido: le he dicho a Devon que quedamos con él y un colega suyo esta noche en el restaurante À la Carte para cenar a las siete y media.

—¿Devon? —repetí—. ¿Quién es?

—El chico que conocí en el congreso de asociaciones estudiantiles. El que parecía un miembro de las Naciones Unidas. Ya te lo conté. —No me lo había contado. Pero Jilly siempre me estaba hablando de chicos distintos, de modo que no me sorprendió demasiado que este se le hubiera escapado —. ¿Te acuerdas? Son gente de buena familia. ¡Llevaba americana!

Que era el equivalente a la criptonita en su caso. Pero no en el mío, y yo no había accedido a nada parecido.

—Jilly, no me apetece cenar con desconocidos.

—Ni bailar con desconocidos. Ni salir de fiesta con desconocidos. No te apetece hacer nada con nadie.

—¿Cómo hemos pasado de desconocidos a nadie?

—¡Todos serán desconocidos mientras te empeñes en no conocer a nadie! ¿Dónde ha quedado eso de crear recuerdos?

Suspirando, bajé la mirada hacia Ira, que babeaba tumbado a mis pies en la acera.

—¿Por qué todos nuestros recuerdos tienen que involucrar a personas que no conozco?

—Porque —empezó mientras Bean se ponía a aullar de

nuevo— este es el verano ideal para que recuperes la costumbre de conocer chicos. Al principio te resultará violento. Por eso tienes que quitarte de encima cuanto antes esas horribles primeras citas. Ya vendrán tiempos mejores y todo eso.

—¿Y cuándo vendrán tiempos mejores, si se puede saber?

—Pues es probable que en otoño, en la universidad. Pero si ya has pasado por eso, por la parte complicada e incómoda, conocer gente te resultará más fácil.

—Me estás diciendo que debería acudir a la cena de esta noche aunque sea consciente de que será un desastre.

—Bueno, yo no diría tanto. Es más probable que la química brille por su ausencia o sencillamente que te aburras. Pero ten en cuenta las cifras. Con Ethan te tocó la lotería a la primera. Desde un punto de vista estadístico, tendrás que jugar unas cuantas veces antes de que vuelvas a tener tanta suerte.

El discurso era una muestra más de la lógica retorcida a la que Jilly siempre recurría para convencerme, la clase de argumentos que parecían una completa locura… hasta que cobraban sentido.

—Vale —dije—. ¿Has visto al chico que en teoría va a ser mi pareja o es pura teoría?

—Lo he visto con mis propios ojos. Se llama Tyler. También llevaba a americana, por si te ayuda en algo.

No me ayudaba, ya que en el trabajo veía atuendos formales sin cesar. Mentalmente, sin embargo, imaginé que lanzaba unos dados para ir haciéndome a la idea de que jugaba con la intención de acumular pérdidas más que de ganar. Si de verdad yo era una cínica, eso se podía considerar mi criptonita.

—Vale. Nos vemos a las siete y media.

—¡Bien! —exclamó triunfante, y la oí tocar el claxon para mayor énfasis—. Esa es mi chica. Tengo que irme. ¡Te quiero!

—Y yo a ti —respondí, aunque estaba segura de que no me había oído. Mientras cortaba la llamada, una imagen de Orejotas acudió a mi pensamiento: según la lógica de Jilly, mi primer fallo. ¿Cuántas veces más tendría que lanzar los dados antes de sacar una jugada decente? Habría que averiguarlo, supuse.

Cuando meditaba el asunto, vi a la chica de la cesta de

pícnic acercarse por los jardines. Y en el mismo momento exacto —¿cómo era posible?—, Ambrose y Hajar llegaron por el otro lado. Caminaban de la mano y llevaban sendos envases del Lotus Sushi en la mano. Ira y yo nos encontrábamos a medio camino, en el punto donde las dos trayectorias estaban destinadas cruzarse. Se me encogió el estómago. Ira empezó a ladrar.

—¡Ira! —exclamó Ambrose al ver al perro. El animal ladró de nuevo, nervioso, mientras yo clavaba la vista en la chica de la cesta con la intención de que Ambrose se fijara en ella. Cuando por fin lo hizo, redujo el paso de sopetón, como si el espacio bastara para posponer la confrontación. Ni por asomo.

—¿Ambrose? —oí decir a la muchacha del pícnic, a mi izquierda.

—¡Jenna! —exclamó él a mi derecha. A su lado, Hajar, enfundada en un vestido largo y sandalias, sonrió con inseguridad—. ¡Estás aquí!

—He traído la comida —informó Jenna, sin sonreír ni un ápice—. Tal como quedamos anoche.

Entonces la expresión de Hajar se transformó. Miró a Ambrose.

—Pensaba que ayer te habías quedado en casa.

—Lo hice —se apresuró a responder. Jenna se llevó una mano a la cadera, una postura que refutaba la afirmación—. En la de Jenna. En realidad.

Todo el mundo estaba tenso. Excepto Ira, que agitaba la cola tratando de acercarse a Ambrose.

—Yo vuelvo al despacho —anuncié con delicadeza al tiempo que me desplazaba a un lado para esquivar al perro.

—Y yo debería hacer lo mismo —declaró Ambrose de inmediato—. La jefa es un ogro con las pausas para almorzar.

Sin embargo, no se iba a librar tan fácilmente.

—¿De verdad estuviste anoche con esta chica? —preguntó Hajar mientras yo pasaba con sigilo por su lado. Ira, al ver que no tenía suerte con Ambrose, intentó seguirme. Me empujó la pierna con el hocico—. ¿Me has mentido?

—No te mentí —repuso él—. Teníamos pensado pasar un rato en su casa y ver una película. Y…

—Se quedó hasta las tres de la madrugada —terminó Jenna

—. Él y su perro.

Hajar la miró.

—Ya. ¿Y no te dijo que pasamos juntos el fin de semana? Estuvimos comiendo con mi familia.

Obviamente, Jenna no tenía ni idea. Respondió:

—Entonces, ¿ya habías estado con ella cuando quedamos el lunes en el cine?

Yo había dejado al trío atrás y podía marcharme si quería. Pero me sabía mal por Ira. Su tensa correa seguía enredada en el tobillo de Jenna y él pasaba la vista de las chicas a Ambrose como un niño que no entiende nada.

—¿El lunes? —exclamó Hajar—. Pero si me dijiste que tenías que quedarte en casa con tu hermana…

—Sí, y ella decidió que le apetecía ir al cine —se apresuró a replicar Ambrose. Recibió malas caras por ambos frentes—. Señoras, fui al cine el lunes y anoche me quedé en casa. No he engañado a nadie.

—Sí, claro, o sea que no mientes —dijo Jenna—. Pero tampoco dices toda la verdad.

—Es lo mismo, ¿no? —apostilló Hajar.

—Bueno, si hilamos fino —dijo Ambrose—, no lo es. La diferencia es abismal, de hecho.

—¿Abismal? —repitió Jenna, ya fuera porque no entendía el matiz o quizá la propia palabra, no me quedó claro. Hajar, indiferente a la semántica, se limitó a retirar la tapa de su refresco y le arrojó el contenido a Ambrose antes de alejarse.

«Hala», pensé mientras Ira se abalanzaba sobre los cubitos de hielo. Jenna retiró el pie de la correa y se cambió la cesta de brazo.

—En fin —dijo Ambrose en un tono un tanto condescendiente. Le dirigió una sonrisa—. Y ya solo quedamos dos.

—Eres un cerdo —replicó ella. Dicho eso, también se alejó.

En el silencio que la siguió, deseé más que nunca haber abandonado la escena cuando tuve ocasión. Me moría de vergüenza ajena; no podía imaginar cómo se sentía Ambrose. Pero cuando se agachó delante de Ira con la camisa mojada de cola para rascarle las orejas, no parecía demasiado afectado, como si ese tipo de cosas le sucedieran cada dos por tres.

—Te ha dejado una nota —comenté, por decir algo—. Jenna. Antes, cuando ha pasado por el despacho.

—Ah, gracias. —Ambrose se incorporó y echó un vistazo al cuenco de Ira—. Bueno, dijera lo que dijese, seguro que ya no es pertinente.

Asentí y eché a andar hacia la oficina. Pasado un momento, me siguió. Le dije:

—¿Te puedo preguntar una cosa?

—Claro.

Qué complaciente... Empezaba a pensar que sí estaba acostumbrado a este tipo de incidentes.

—¿Por qué lo haces?

—¿Hacer qué?

Usando una mano para protegerme los ojos del sol, me detuve a mirarlo.

—Tontear con dos chicas a la vez. Es obvio que no funciona, al menos no durante mucho tiempo. Y a nadie le gusta que lo pillen *in fraganti*.

—Bueno —arguyó—, tal como yo lo veo, nadie me ha pillado. No le he mentido a nadie ni he prometido exclusividad.

—Pero salta a la vista que se daba por sentada.

—Eso es cosa suya, no mía. —Torcí la cabeza a un lado para dejar claro que no compraba el razonamiento—. Mira, me gusta salir con chicas, en plural. El compromiso no funciona en mi caso.

—¿Quizá porque siempre sales con chicas, en plural? —sugerí.

—No —replicó—, porque es demasiado serio. Todo se vuelve intenso, no sé, de inmediato. Por no hablar de las preguntas: ¿Adónde vas? ¿Con quién vas? ¿Cuándo vuelves? ¿Por qué no has llamado? ¿Qué es esa purpurina que llevas en el pelo?

—¿Purpurina?

Suspiró.

—Lo expresaré de otro modo. ¿Sabes la sensación que tienes cuando acabas de conocer a alguien y notas entre los dos una electricidad palpable, y todo parece nuevo, interesante y perfecto?

Un chico en la playa, su mano tendida. Una camisa blanca

ondeando en la oscuridad.

—Sí —respondí—. Claro.

—Es lo mejor, ¿no? Parece cosa de magia, de lo increíble que es. —Asentí—. ¿Y por qué, si pudieras tenerlo, no querrías disfrutarlo todo el tiempo, una y otra vez?

—Porque no —le solté, aunque comprendí al instante que no le estaba respondiendo. Tragué saliva e inspiré—. Porque en ese caso nunca pasas del principio. No puedes tener nada significativo.

—Pero significativo equivale a complicado. Significativo —dijo señalándome— implica preguntas sobre la purpurina en el pelo o por qué no quieres acompañarla cuando va de compras o si sus amigas te parecen unas pesadas.

—Así pues, no quieres nada duradero —resumí, por dejarlo claro—. Solamente ir entrelazando un montón de noches y días mágicos.

Sonrió.

—No suena mal, ¿verdad? Todas las ventajas de salir con una chica y ninguno de los inconvenientes.

—Salvo cuando te tiran un refresco por encima —apunté.

Se encogió de hombros.

—Las camisas se pueden lavar.

Reanudamos la marcha. Llevábamos fuera más de una hora y, aunque mi madre no era un ogro, tampoco iba a dar saltos de alegría.

—A ver si lo adivino —dijo—. Piensas que soy una persona horrible.

—No es eso. Solo que… yo no comparto esa mentalidad, supongo. —Lo medité un momento—. Lo más gracioso es que hace poco Jilly prácticamente me dijo que debería parecerme más a ti.

—¿En serio? —Asentí—. ¿En qué sentido?

Guardé silencio mientras sopesaba cómo expresarlo sin revelar demasiado.

—Mi última relación, con mi novio, fue perfecta en todos los sentidos desde el minuto uno. Nos conocimos en la playa, conectamos al instante y pasamos toda la noche juntos, charlando. Luego seguimos saliendo a distancia, así que no hubo ocasión de que la relación se deteriorase.

Ambrose me escuchaba en silencio.

—Suena chulo.

—Lo fue. —Tragué saliva—. El caso es que no he salido con nadie desde entonces. Porque no he querido. Y ella afirma que se debe a que, de entrada, pongo el listón demasiado alto. Así que nadie puede dar la talla.

—¿Y piensas que es verdad?

—No lo sé —contesté con sinceridad—. Pero quizá empezar con tantas expectativas no sea la mejor estrategia. Tal vez si saliera con alguien, en plan sin esperar nada, todo iría mejor.

—Yo no he dicho que no espere nada de la persona —me corrigió—. Únicamente de la relación.

—Pero tu única intención es divertirte —le dije—. Sin ataduras. Sin pensar en el mañana.

—Uf, no. —Hizo una mueca—. ¿Quién quiere ataduras?

—A mí no me molestaban cuando estaba con mi novio —alegué—. Por eso digo que tu sistema no funcionaría en mi caso.

Lo meditó.

—Pues claro que sí. Lo haces y ya está.

—Sí, claro —repuse—. Igual que para ti sería muy fácil relacionarte de otra manera.

—Lo sería —aseguró.

—Ambrose. ¿Me estás diciendo en serio que no te costaría nada iniciar una relación a largo plazo desde hoy mismo?

—Sí, si decidiera hacerlo. Lo haría sin problemas.

Ya estábamos a punto de entrar en el despacho. A través del cristal vi a mi madre y a William sentados a la mesa de reuniones. La novia de esta semana, Elinor Lin, se encontraba entre los dos. Era lista además de guapísima y ya había protagonizado un dramático estallido por culpa de los servilleteros. Era junio de mi último verano en este empleo. Como no podía vender pepinos o servir cafés, tal vez hubiera otro modo de hacerlo más llevadero.

—¿Apostamos? —le propuse a Ambrose.

Enarcó una ceja.

—Te escucho.

—A ver qué te parece esto —empecé—. Durante un periodo de tiempo, ligaré a tu estilo, con personas distintas, sin compromiso. Mientras tanto, tú buscarás a una chica y mantendrás una relación exclusiva. A ver quién se rinde

primero.

—Ah, serás tú —replicó él muy convencido.

—Ni siquiera hemos decidido aún qué nos jugamos —protesté ofendida.

—Soy muy competitivo —aclaró Ambrose—. Vale, condiciones. ¿Durante cuánto tiempo?

—¿Tres semanas? —No podría jurarlo, pero me pareció verlo vacilar—. ¿Qué pasa? ¿Es demasiado?

—Más bien pensaba que no será suficiente —respondió—. Si voy a comprometerme con alguien, necesitaré tiempo.

—Cuatro —propuse.

—Siete. Hasta la boda de Bee.

No me lo esperaba, lo reconozco.

—De acuerdo. ¿Más letra pequeña?

—No puedes limitarte a salir con un par de chicos y llamar a eso citas múltiples alegando que en tu caso lo son. Si vas a ligar como yo, tendrá que ser con todas las consecuencias. Montones de citas. En plan cada noche.

—Ambrose —objeté—. Tengo que trabajar.

—¡Yo también trabajo! —Le sostuve la mirada—. Pongamos un mínimo de tres a la semana.

—¿Tres? —protesté—. Una.

—Por favor —resopló con aire ofendido—. Dos o no hay trato.

Suspiré.

—Vale. Que sean dos. ¿Y qué consigue el ganador?

—Hum… —Se recostó contra la puerta y se frotó la barbilla como si de verdad el gesto lo ayudara a pensar—. Si gano yo, podré decidir con quién sales a continuación. Podré elegir a cualquiera y no tendrás permitido discutirlo ni negarte, nada de «no se vale».

—¿No se vale? ¿Cuántos años tienes, doce? —le espeté—. ¿Y si gano yo?

—No ganarás —repitió con la misma seguridad que antes —. Pero, suponiendo que ganaras, significaría que no sigo con la chica en cuestión, así que tú también podrías escoger a mi próxima candidata.

Le ofrecí la mano.

—Debo reconocer —dije— que no tengo del todo claro por qué accedes a esto.

—Porque crees que no puedo hacerlo —replicó—. Y solamente serán siete semanas.

—Transcurridas las cuales —proseguí— seguirás ligando con toda la ciudad y volverán a tirarte refrescos por encima.

—Mientras que tú —añadió—, tendrás que soportar que una persona de mi elección te pregunte por la purpurina de tu pelo.

Nos estrechamos la mano. No era nada habitual en mí, ni últimamente ni nunca, meterme en un jardín por iniciativa propia, pero lo hice. Al fin y al cabo, se trataba solo de ligar, muchos principios, cero finales. Ambrose tenía razón: no sonaba nada mal. Y, en cualquier caso, no podía ser tan complicado, ¿verdad?

CAPÍTULO 12

—Vale —dijo Devon al tiempo que levantaba la mano—. Legionarios.

Mientras Tyler se disponía a pensar y a continuación anotaba algo en su servilleta, traté de captar la mirada de Jilly. Pero ella estaba observando su vaso de agua o fingiendo que lo hacía.

—¡Tengo una! —anunció.

—Imposible —replicó Devon.

—Sí. —Tyler carraspeó sonoramente—: Ágil erosión.

—¡Muy buena! —exclamó Devon, que levantó la mano por encima de la mesa para intercambiar un saludo de camaradas con su amigo. Por décima vez desde que había empezado a llevar la cuenta, poco después de que nos sentáramos. Y cada palmada sonaba más fuerte que la anterior, pero, bueno, puede que fueran cosas mías.

—Me toca. —Tyler me miró—. ¿No te quieres apuntar? ¿Competir contra los puñeteros amos?

Al principio, cuando llegamos a la mesa y los encontramos enzarzados en una competición de anagramas, me pareció gracioso. En el momento en que me quedó claro que no solo jugaban muy en serio, sino que les iba el orgullo en cada reto, empecé a cambiar de idea. Nunca antes había visto a nadie picarse tanto con un juego de palabras. Y eso por no mencionar que no nos hacían ni caso.

—Se me da bien —afirmé, y tomé otro sorbo del café que había pedido para no dormirme.

—Tú misma. ¿Listo para que te dé una paliza? —le espetó a Devon a su amigo, que estaba encorvado sobre su servilleta con el bolígrafo en ristre—. ¿Para que te ponga en tu sitio sin despeinarme ni un pelo? ¿Para que…?

—Suéltalo ya, Stevenson.

—Vale. —Tyler me sonrió—. REVOLUCIÓN. ¡Venga!

Mientras Devon empezaba a garabatear, Tyler soltó una carcajada y apuró los restos de su refresco sorbiendo por la

pajita. Cuando el camarero que nos atendía, el típico culturista, pasó por nuestro lado, me fijé en que Jilly lo seguía con los ojos. Esta vez sí se dio cuenta de que la estaba mirando y articuló una disculpa con los labios.

Me encogí de hombros. Es verdad que los chicos eran unos plastas, pero al menos nadie me estaba manoseando. Y había cenado más o menos bien, además de que la cita me brindaba la oportunidad de pasar un rato con Jilly. Empezaba a comprender que era una experiencia que debía aprovechar al máximo, teniendo en cuenta que en agosto las dos empezaríamos las clases en la universidad. Al margen de los ligues en sí, en realidad ligar no estaba tan mal. Nunca se sabe.

—¡Lo tengo! —chilló Devon, cuyo golpe en la mesa hizo saltar mi tenedor—. VE UNICOLOR.

—Muy bueno —reconoció Tyler. De nuevo chocaron los cinco—. Chicas, tenéis que jugar. A menos que os dé miedo…

—No nos dais ningún miedo —replicó Jilly en tono apático. Arrastró la silla para levantarse—. Vamos al baño.

—Muy bien —asintió Tyler antes te indicarle a Devon por señas que se preparara. Casi habíamos llegado a los servicios cuando uno de los dos gritó—: ¡Un fémur palafrenero!

—Sigue andando —me ordenó mi amiga por detrás. En la mesa, los chicos volvían a entrechocar las palmas—. No te vuelvas.

Una vez en el cuarto de baño, me encaminé a una cabina mientras ella se apoyaba en el mármol y contemplaba su reflejo. Pasado un momento, dijo:

—No me puedo creer que haya elegido a ese par. Mi ojo clínico casi nunca falla.

—Fueron las americanas —le dije—. Te deslumbraron.

—Seguramente. —La oí abrir el grifo—. Me sabe mal por ti. Por fin te convenzo de que aceptes una cita doble y mira lo que pasa. Nunca más volverás a acceder a nada.

Tiré de la cadena y salí para reunirme con ella. Presioné el botón del jabón.

—Pues claro que sí. Mi orgullo está en juego, ¿recuerdas? Al menos durante siete semanas.

—Ya, claro. —Jilly se ahuecó el flequillo—. Supongo que debo darle las gracias a Ambrose por eso. Por fin tengo un

escudero. O una escudera. Lo que sea.

—Y solamente nos ha costado la vida entera —fue mi respuesta.

—Es verdad. Pero no te confíes. Hay más probabilidades de encontrar algo fantástico cuando no lo estás buscando. Yo llevo años excavando a la intemperie y tú tropezarás con una pepita de oro cuando menos te lo esperes.

—¿No lo dirás por esta noche? —pregunté—. Porque Tyler no es ninguna pepita de oro.

—Yo solo digo que hay distintos tipos de personas —respondió—. Están las que buscan sin cesar, como yo, y las que se dejan encontrar, como tú. Por eso pienso, sin ánimo de ofender, que Ambrose podría ganar la apuesta. Él también es un buscador.

—Que ha aceptado salir con alguien en serio —le recordé.

—Durante siete semanas —añadió, desdeñando el asunto con un gesto de la mano—. Me refiero a que, para ganar, le basta con ser él mismo con una sola persona. Tú, en cambio, tendrás que ser otra persona distinta con muchas. A mí no me salen las cuentas.

—Si se comporta tal como es, no durará siete semanas con la misma persona —le recordé—. En su configuración por defecto es capaz de ligar hasta con un parquímetro.

—Eso es verdad. —Jilly abrió su bolso para coger un pintalabios—. Pero me preocupa que te lances de golpe y porrazo al mercado. Aún te queda mucho por aprender.

La miré a través del espejo.

—Entonces, ¿por qué llevas meses animándome a hacer precisamente eso? ¿Olvidas lo que me has dicho hoy mismo? ¿Qué ha pasado con todo eso de «ya vendrán tiempos mejores» y tirar los dados?

—No es lo mismo —objetó—. Te sugerí que te relacionaras simplemente por probar, y que seas consciente de que la historia con Ethan podría no repetirse. Lo que estás haciendo ahora es ir a buscarlo. No tiene nada que ver.

—Pero es mejor que nada —señalé—. Y más de lo que he venido haciendo hasta el momento.

Suspiró.

—Mira, sabes que te apoyaré pase lo que pase. Pero ¿tan malo es que aspire a que encuentres otro amor eterno? Es lo

menos que podría hacer el universo por ti, después de lo que perdiste.

—Solo tengo diecisiete años, Jilly. Estamos hablando de siete semanas. El universo tiene tiempo de sobra.

Al oír eso, mi amiga se mordió el labio con una inusitada reacción emocional y alargó la mano para estrecharme el brazo.

—En fin, si estás buscando un montón de citas que puede que no sean geniales, has acudido a la persona adecuada. Tengo enchufe en este negocio. Y me gustaría ver a Ambrose derrotado, por el gusto de presenciarlo.

—Si gano, te dejaré que escojas a la chica de su siguiente cita—le prometí—. Estaba pensando en el prototipo de Tyler o Devon. Que choque los cinco sin parar.

—Lástima que de momento seamos nosotras las que estamos aquí atrapadas con ellos. —Lanzó el pintalabios al bolso—. Ese camarero es medio mono y ha sido supersimpático conmigo. Me pregunto qué tendrá pensado hacer al salir.

—¿Les vas a dar plantón a las americanas en mitad de la cena?

—Ay, por favor. Dudo que se percatasen siquiera si no volviéramos a la mesa.

Empujé la puerta para echar un vistazo al restaurante. Tyler y Devon estaban construyendo estructuras con los cubiertos y las sobras de los platos, ambos profundamente concentrados.

—No podemos marcharnos sin más —objeté.

—Acabas de hablar como una persona que se deja encontrar —señaló—. Nosotros, los buscadores, no tenemos paciencia con las causas perdidas.

Puede que fuera verdad. No obstante, al final, les concedió otros treinta minutos —durante los cuales los cuatro, como grupo, intercambiamos cosa de seis palabras— antes de alegar una migraña y que madrugaba al día siguiente y largarse de allí conmigo. Cuando Tyler me pidió mi número, me llevé una sorpresa tan grande, y me quedo corta, que estuve a punto de preguntarle para qué lo quería. Había cero química entre nosotros y lo último que me apetecía era repetir esa cena o alguna otra versión de la misma. Pero Jilly

tenía toda la razón: cuando te limitas a dejarte encontrar, no te conviertes en una buscadora implacable de la noche a la mañana. Así que, finalmente, se lo di de todos modos.

—¿Va en serio? ¿Anagramas?

Miré a un lado y a otro preguntándome si había estimado mal el volumen al que Ambrose había formulado la pregunta. No. Incluso la Señora del Teléfono, sentada varias mesas más allá, había interrumpido su propia conversación a voz en cuello para mirarnos.

—Sí —respondí casi en susurros, como para compensar—. Agresivos. Fue brutal.

—Hala. —La cola avanzó unos centímetros, con parsimonia. Últimamente se encargaba Ambrose de comprar los cafés, pero habían convocado a Elinor Lin y su madre a otra reunión, así que hoy el pedido era más importante que nunca. De ahí que lo hubiera acompañado como refuerzo—. Deduzco que la noche no concluyó con una sesión apasionada de arrumacos.

—No —le aseguré—. En realidad, apenas me dirigió la palabra en toda la cena. Pero al final me pidió mi número. Fue rarísimo.

—¿Por qué?

—¿Por qué me pidió el número?

—No —aclaró—. Eso ya lo sé. Le encantan los juegos de palabras y tú eres un pibón. Te pregunto por qué te pareció raro.

Apenas tuve tiempo de procesar el que se hubiera referido a mí como «pibón», algo que sucedía por primera vez, antes de responder:

—¿Por qué quería volver a verme si no demostró el menor interés en mí cuando me tenía delante?

—Bueno, yo no estaba allí —respondió mientras la cola avanzaba un paso más—, pero, si me gustara apostar, diría que no tenía ni idea de que te estabas aburriendo.

—Pues yo creo que saltaba a la vista.

—Para ti, tal vez. Pero algunas personas, los chicos en particular, no se enteran de nada. Por eso ligar es tan fácil cuando estás atento. Te proporciona algo así como un poder

secreto.

Detrás de mí, la Señora del Teléfono decía algo de exorbitantes facturas del veterinario y atracos en la autopista.

—Y tú lo tienes —aventuré—. Como Supermán.

—No —dijo al tiempo que se apartaba el rizo rebelde de la cara—. Pero la moraleja de la historia es que todos buscamos una sola cosa en los demás: atención. Es tan fácil dispensarla y reporta tantos beneficios… Es de bobos no recurrir a ella.

Al oír eso, recordé todas las veces que había visto a Ambrose inclinado hacia una chica mientras ella hablaba, con una atención plena y manifiesta. Empezando por aquella primera noche en el aparcamiento del club, cuando se esfumó de la boda de su madre hasta… bueno, momentos antes, cuando hizo sonrojar a una de las dueñas de la papelería, Emily, al elogiar su vestido. ¿Me habría divertido más la noche anterior si, entre un anagrama y el siguiente, Tyler hubiera estado pendiente de mí? No lo sabía. Pero no me habría venido mal.

—Me parece que voy a ganar esta apuesta —anuncié según avanzábamos posiciones—. Si prestas atención a todas las chicas con las que te cruces, es imposible que puedas conservar una novia.

—No hay nada malo en prestar atención —dijo sin inmutarse—. El truco está en no coquetear descaradamente. Por suerte conozco la diferencia.

Me volví a mirarlo.

—¿Eso significa que ya has conocido a alguien con posibilidades de convertirse en tu compañera de por vida?

Estoy segura de que se encogió horrorizado al oír la última parte, pero se recuperó a toda prisa.

—En primer lugar, mi vida no va a durar siete semanas. Al menos, eso espero. En segundo, encontrar a una persona con la que salir tanto tiempo no es tan fácil como quedar para cenar. Requiere tiempo y concentración.

—O —repliqué— podrías conformarte con la primera chica que te ofrezca esa primera noche perfecta e intentar llevar la relación adelante.

—Es verdad —asintió—. Pero la única chica que conocí anoche era un horror. Tuve que pirarme por la puerta trasera del club y volver a casa a pata. Es una larga historia.

—¿Y eso fue antes o después de que le dispensaras toda tu atención?

En lugar de responder, se encaminó a la caja registradora, que estaba libre por fin. Nos atendió el Leñador, esta vez con una camisa de cuadros rojos y blancos.

—Cuánto tiempo —comentó a la vez que me saludaba con un gesto de la cabeza—. ¿Dónde te habías metido?

—Está saliendo con todo quisqui —le dijo Ambrose—. Es una chica ocupada.

Me sonrojé al instante y luego carraspeé.

—Ahora envío a otro a comprar los cafés —expliqué, haciendo un gesto en dirección a Ambrose—. Salvo en las ocasiones especiales.

—Especiales —repitió el Leñador con una sonrisa—. Eso suena complicado. Dale.

—Muy bien —asentí, y procedí a recitar el pedido: lo de siempre para mi madre y para William (iba a llevarle la dosis extra que había pedido, ya que saltaba a la vista que estaba cansada) más dos bebidas muy complicadas con leche vegetal y sacarina para las Lin—. Y cuatro vasos de agua, sin hielo, con dos rodajas de limón.

—Está chupado —respondió según se volvía hacia la cafetera, plantaba los vasos y vertía la leche—. ¿No has dicho que sería complicado?

—Ah —dije—. Bueno, la próxima vez me aseguraré de ponértelo más difícil.

Levantó la vista, de nuevo sonriendo.

—A ver si es verdad.

Me reí y hundí la mano en el bolsillo en busca de la calderilla que había cogido para los cafés. Cuando la encontré, caí en la cuenta de que Ambrose me estaba observando con una ceja enarcada.

—¿Qué pasa? —quise saber.

—¿Quién dispensa ahora atención plena? —preguntó. El vapor empezó a silbar.

—Estoy pidiendo bebidas —lo corregí.

—Ahora lo llaman así… —replicó él.

—Si no me equivoco, estábamos hablando de ti —le señalé —. Concretamente, de que deberías ponerte las pilas. Las siete semanas han empezado a correr y no querrás que te

descalifique. Ponte a buscar pareja, pero ya.

—Solo ha pasado un día —respondió impertérrito—. Preocúpate por ti.

—No me hace falta. Tengo a Jilly. Lleva meses insistiendo en que salga con chicos. Está deseando concertarme citas.

—Sí, claro. Y tiene un gusto impecable. Orejotas y Anagrama. Parece el título de una serie policiaca.

El Leñador regresó al mostrador y me colocó delante los cuatro vasos de agua. Mientras yo echaba mano de un portabebidas y empezaba a llenarlo, dijo:

—Perdón por escuchar, pero son gajes del oficio. Si he oído bien, ¿andáis haciendo apuestas con vuestras citas?

—Fue idea suya —aclaró Ambrose—. Soy muy competitivo.

—Cállate. —Noté que volvía a sonrojarme. Al Leñador, le expliqué—: Es una tontería. Yo tengo que salir más a ligar y él, menos. Queremos comprobar si somos capaces.

—Yo sí soy capaz —insistió Ambrose—. Lo suyo no está tan claro.

—¿Ligar más? —me preguntó el Leñador, desatendiendo las palabras de Ambrose—. Dudo mucho que te falten ofertas.

Estaba roja como un tomate. ¿Por qué había tenido que acompañar a Ambrose a buscar los cafés? Hasta un idiota sale leer una lista. Contesté:

—Bueno… es complicado. Supongo.

El chico me miró un segundo con una sonrisa incipiente y luego se giró hacia la cafetera. Una vez más, noté que Ambrose me observaba con atención.

—Le gustan los tipos con camisa de cuadros —afirmó finalmente, por lo bajo—. Tomo nota.

—Por favor, calla —le susurré. A continuación, me concentré en escuchar a la Señora del Teléfono, que en ese momento soltaba un rollo sobre su primer marido, hasta que las bebidas estuvieron listas. El Leñador las acercó al mostrador y calculó el precio.

—Veintidós con once —dijo. Deposité ante él la calderilla que tenía en la mano antes de rellenar otro portabebidas, que le tendí a Ambrose. Después de darme el cambio, el camarero echó mano de una servilleta y anotó algo a toda prisa. Me la ofreció también.

—Bueno, si necesitas ayuda con la apuesta, dímelo. Yo

también soy competitivo.

Eché una ojeada a la servilleta: «Leo», decía, y un número de teléfono.

—Hum… Vale.

—Protesto —intervino Ambrose—. El reglamento no permite hablar de la apuesta a los candidatos.

—No recuerdo haber acordado esa regla —señalé.

—Vale, pues la acordamos ahora.

Alguien carraspeó detrás de nosotros.

—Vamos —dije. Me volví hacia Leo—. Gracias.

—Un placer —respondió antes de sonreír al próximo cliente, que empezó a pedir antes de llegar al mostrador. Mientras sorteábamos la cola me sentí torpe, tan descolocada por lo sucedido que agarré el portabebidas con ambas manos para estabilizarlo. Estando con Orejotas, Anagrama y cualquiera de los chicos con los que Jilly me había arrastrado a salir, tenía la sensación de que me limitaba a seguir un guion, a cumplir mi parte de un trato al que en realidad nunca había accedido. Pero esto, que un chico me abordase por sorpresa, se me antojaba distinto y conocido a partes iguales.

—Lo que te decía —declaró Ambrose, que sostuvo la puerta para cederme el paso. Mientras salía, oí a Señora del Teléfono dale que te pego y me pregunté si nunca se cansaba de su propia voz—. La atención lo es todo.

Ahora bien, todo era mucho con lo que lidiar, cuando estás acostumbrada a nada. Necesitaba progresión: un poquito por aquí, una pizca por allá. Miré la servilleta, que aferraba con fuerza sin darme ni cuenta, la cuidada caligrafía, el número escrito con tinta azul. Si le enviaba un mensaje, ¿cómo reaccionaría? Y si lo llamaba, ¿cómo sonaría su voz al otro lado del teléfono? Me la guardé en el bolsillo trasero e intenté hacer lo que se me daba mejor: olvidar.

CAPÍTULO 13

—¿Qué hora es?

—En teoría, no deberías preguntarlo, ¿recuerdas?

Habíamos acordado esa regla en torno a las cuatro de la madrugada, cuando el cielo aún estaba oscuro y faltaba un rato para que rompiera el alba. No obstante, dos horas y pico más tarde, el firmamento empezaba a teñirse de un tono rosado y el brillo de las estrellas se atenuaba por más que intentara retenerlo. La mañana había llegado.

Y estábamos donde todo había empezado, cerca del hotel, en la arena. Después de dar cuenta de la tarta y el café, recorrimos el paseo y luego la estrecha calle principal de Colby, dejando atrás un par de farolas titilantes y apenas un puñado de coches. Cuando el cartel del hotel asomó ante nosotros, brillante a la luz de los focos, quise seguir andando en la dirección opuesta, lo más lejos que pudiéramos. Pero el padre de Ethan tenía pensado emprender el largo viaje de regreso a Nueva Jersey a las ocho en punto. Así que, en vez de eso, volvimos a la playa, donde encontramos un montón de hamacas plegadas, desplegamos una y nos acurrucamos juntos.

Nunca me había sentido tan unida a alguien, jamás. Tal vez fuese por lo sucedido un rato atrás bajo el malecón. Yo tenía los labios pegajosos de fruta y chocolate y el aliento de Ethan emanaba el dulzor del café cuando me ayudó a tenderme en la arena húmeda y fresca. Esperaba estar nerviosa la primera vez y ni por un momento había imaginado que sucedería de ese modo. Sin embargo, cuando él me retiró los hombros del vestido y luego me bajó la falda, me sorprendí arqueando el cuerpo para acogerlo como si conociera cada movimiento de antemano y solamente tuviera que ejecutarlos. Me preguntó tantas veces si estaba segura después de ponerse el preservativo que al final le tapé la boca con la mano para hacerlo callar. Nos quedamos allí largo rato, con el viento levantando arena a nuestro alrededor de vez en cuando y mis

rodillas dobladas hacia el pecho, mi cabeza en su hombro. Dejamos de hablar por primera vez en horas y en ese silencio oí todo lo que necesitaba escuchar.

Mirando el mar, sentada entre sus brazos, percibía el olor salitre de su camisa y, de fondo, el leve dejo de su colonia mezclada con el sudor. Era cuestión de tiempo que se acercara alguien, paseando con un perro o con un niño, para dejar claro que la playa, y la noche, ya no nos pertenecía solo a nosotros. Al pensar eso cerré los ojos con todas mis fuerzas, deseando una vez más que el tiempo se detuviera. Igual que el juego de Ethan con sus amigos, el canje, yo lo habría dado todo por unas pocas horas más.

Una gaviota graznó en el cielo según descendía en picado. En alguna parte sonó el claxon de un coche.

—Diez horas —me dijo Ethan directamente en el oído. Me volví para mirarlo. A la luz del día percibía nuevos detalles: la peca que tenía en la barbilla, la cicatriz sobre la ceja, la barba incipiente—. Es lo que se tarda en llegar a Brownwood desde aquí.

—Medio día —respondí—. No es tanto.

—Cuando vengas —prosiguió, cambiando de postura—, te llevaré a Spinnaker, tienen los mejores lazos salados y una limanada deliciosa. Y a ver la campana del pueblo, la más grande del estado, que viene a ser lo más interesante que hay por allí.

—¿Más interesante que la limanada?

—Cuesta creerlo, ya lo sé —asintió.

—Y cuando tú vengas a Lakeview —respondí yo mientras deslizaba el dedo por los botones de su camisa—, te llevaré a Luna Blu a comer pepinillos fritos y a ver el Ángel.

—¿El Ángel?

—Es una escultura de metal que hay a la entrada de una oficina del centro. Me parece que es una agencia inmobiliaria o algo así. Es enorme, con unas alas de locura fabricadas con chapas de botellas. Gira cuando sopla el viento.

—Hala. Eso es mejor que nuestra campana, está claro.

—Estoy deseando ir —dije.

—Y yo.

Con cada silencio me volvía más consciente del paso del tiempo.

—Cuánto me alegro de haberme marchado de la boda para bajar a la playa esta noche —declaró. Yo no sabía si cerrar los ojos y dedicarme a escucharlo o abrirlos para poder verlo tanto tiempo como fuera posible.

—Yo más —le aseguré, y él me besó el cabello—. Por una vez he hecho algo épico.

Se rio con ganas. Le había hablado de las instrucciones de Jilly, cómo no. Tenía la sensación de que le había contado mi vida.

—Me parece que es la primera vez que alguien usa esa palabra para hablar de mí.

—Pero no la última. Al menos, mientras yo esté contigo.

—Pues claro que estarás. —Me rodeó la cintura con el brazo—. Por eso ni te preocupes.

En ese momento llegaron a mis oídos las efervescentes primeras notas de Lexi Navigator. Habría jurado que habían pasado días enteros desde que me contó la historia, no unas pocas horas, y me supo mal no haber disfrutado de saber que nos quedaba tanto tiempo por delante cuando aún tenía ocasión. El teléfono que sonaba era una prueba más de que el mundo exterior empezaba a invadir el nuestro, por más ritmo que tuviera.

—Mi padre —anunció Ethan antes de responder—. ¿Hola? Sí, estoy levantado. No, no podía dormir y he bajado a la playa.

Me encantó ser un secreto. Lo recordaría más tarde.

—Mejor compramos algo por el camino. Nos vemos en el aparcamiento a las ocho. —Un silencio—. Porque anoche quedamos así.

Cerré los ojos de manera automática y me acurruqué más estrechamente contra él.

—Todavía no estoy preparado para salir —dijo. Sus palabras reverberaban en mi cuerpo—. Vale, a las siete y media.

Un silencio. Otra gaviota descendió hacia nosotros entre graznidos.

—Vale. Muy bien. Sí. hasta ahora.

Cortó la llamada. Yo no quería preguntar, pero cualquiera puede darse cuenta de cuando alguien ha perdido un regateo.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunté con vez queda.

Guardó silencio un instante.

—Treinta y cinco minutos.

Abrí los ojos, levanté la cabeza y me desplacé hasta sentarme a horcajadas encima de él. Lo miré a los ojos.

—No quiero que te marches.

—Y yo no quiero marcharme. —Levantó el brazo para recogerme la melena, despeinada por el viento y salpicada de arena, detrás de la oreja—. Pero el trayecto es largo y quiere salir cuanto antes.

Tragué saliva e intenté sonreír.

—Ahora voy a odiar la canción de Lexi Navigator todavía más. Es como si ella te hubiera separado de mí.

—Eh, no odies a Lexi —replicó—. Es un buen tema.

—Pero no es el que te hizo llorar —señalé.

Levantó la mano para agarrarme el dedo que yo había alargado hacia su barbilla.

—Que quede entre tú y yo, Lulu. Confío en ti, ¿vale?

Sonreí.

—No te fallaré.

—No podrías ni aunque quisieras —replicó con tanta naturalidad que fue esa frase la que finalmente me arrancó lágrimas—. Eh. No llores. Ya sabes que me emociono con facilidad.

—Lo siento —dije, enjugándome las mejillas con la mano libre—. Esto ha sido tan fantástico… No quiero que acabe con un tono triste.

—¿Acabar? —Se sentó—. Esto no es el final, al menos no para mí. Solo es una interrupción, hasta que volvamos a reunirnos.

—Para ver campanas y tomar limanada —conseguí añadir.

—Y comer pepinillos con los ángeles —asintió.

El oír eso, tuve miedo de estallar en lágrimas y es probable que lo hubiera hecho de no haberse inclinado hacia mí para besarme. Fue un beso largo y apasionado, con los dedos aferrados a mi espalda. Nunca me había sentido tan feliz y triste a la par, la convergencia absoluta de dos emociones opuestas que, juntas, amenazaban con romper mi corazón en mil pedazos. Cuando por fin nos despegamos, yo sollozaba con fuerza.

—No llores —repitió, y al momento tragó saliva y apartó la

vista—. Hablaremos todo el tiempo. Y nos escribiremos mensajes y haremos planes enseguida para volver a vernos. Empezamos hoy mismo.

—Vale —dije. Apenas era capaz de articular palabra.

—Lo haremos —repitió, pensando que yo no acababa de creerlo, pero se equivocaba. Yo no dudaba de sus palabras. Sencillamente necesitaba más tiempo.

Alargué la mano hacia su otra muñeca y se la torcí para ver la esfera del reloj de pulsera. Eran las 6.46.

—Deberías irte.

Se peinó con los dedos y carraspeó, pero no dijo nada. Una mujer con dos niños, uno de ellos en bañador, se acercaba por la playa con un vaso de café en la mano.

—¿Me acompañas? —me preguntó Ethan.

Me puse de pie y recogí los zapatos que había dejado en la arena, junto a la tumbona, mientras Ethan se levantaba también y buscaba los suyos. Al poco nos dirigíamos hacia los peldaños que conducían al hotel. Caminábamos de la mano, con los dedos entrelazados. Aun en movimiento deseaba estar tan cerca de él como fuera posible.

No me calcé después de subir el peldaño superior, ni siquiera cuando rodeamos la piscina hasta la entrada del hotel. En vez de eso, esperé al último momento posible, cuando ya estábamos parados delante de las puertas, para deslizar mis pies en las sandalias y abrocharlas. Había sido una noche de pies descalzos y la noche había terminado. Mientras Ethan sacudía los calcetines y se ponía los zapatos, una señora de la limpieza cargada con un montón de toallas cruzó la puerta y nos miró con las cejas enarcadas. Algunas historias se cuentan solas.

Habíamos recorrido la mitad del trayecto hacia los ascensores del vestíbulo cuando caí en la cuenta de que tal vez esa fuera la despedida definitiva. Al notar que reducía el paso, Ethan me dijo:

—Solo voy a recoger mis cosas. Bajaré y saldremos juntos, ¿vale?

El alivio que sentí al oír sus palabras fue inmenso. Acababa de concederme una prórroga, por breve que fuera. Asentí mientras él se inclinaba para plantarme un beso en la frente. En ese momento llegó el ascensor y Ethan subió. Me dedicó

una sonrisa justo antes de que se cerraran las puertas.

Me encaminé al baño del vestíbulo, empujé la pesada puerta y entré. Cuando me vi en el espejo, reí a carcajadas: tenía el cabello despeinado y enredado, los labios irritados de tantos besos, los tirantes del vestido torcidos y uno más alto que el otro. Cuando levanté el brazo para arreglarme el pelo, un trocito de una hierba que se me habría enganchado en las dunas se desprendió de alguna parte y cayó delante de mí en el lavamanos. Lo recogí y lo examiné despacio, por ambos lados. «Así me quedaré yo cuando se vaya», me dije, pero la idea se me antojó insoportable. Todavía no.

Cuando regresé al vestíbulo, Ethan me estaba esperando al lado de la puerta con una bolsa de deporte a los pies. Se había remetido la camisa por dentro del pantalón y lavado la cara con agua fría; noté su piel fresca cuando me besó, el roce de su mejilla contra la mía.

—He encontrado tu teléfono —dijo a la vez que hundía la mano en el bolsillo de la chaqueta y me lo tendía—. Lo vas a necesitar.

—¿Eso significa que me vas a llamar?

—Seguramente antes de abandonar el aparcamiento.

Sonreí.

—En ese caso, necesitarás mi número.

Buscó su móvil, abrió la aplicación de contactos y me lo tendió. Noté que me observaba con suma atención mientras yo escribía mi nombre, introducía los dígitos y pulsaba «Guardar».

—Toma. Ya está.

Lo cogió y suspiró.

—No quiero darlo por terminado.

—Yo tampoco.

Un coche se detuvo en el exterior, justo pasada la marquesina del hotel. Noté por la expresión de Ethan que se trataba de su padre. El coche parecía nuevo, muy caro, con los bajos cerca del suelo y color rojo cereza.

—Quédate —le pedí con voz queda incapaz de contenerme.

—Ojalá pudiera —respondió, y me atrajo hacia sí hasta enterrar la cara en mi pelo.

«¿Será esto el final?», pensé. «¿O habrá otro beso, otro instante, otra ocasión, tal como yo deseo?» Sin embargo,

Ethan ya se estaba apartando de mí, sin soltarme la mano—. Pero tengo que irme. Lo siento mucho.

—No pasa nada —musité a duras penas—. En menos que canta un gallo estaré ahí para recordarte que me debes una gaseosa.

—Te tomo la palabra. —Me besó una vez más, sosteniéndome la cara con una mano, como si no quisiera despegarse de mí. Por fin se apartó—. Esto no ha terminado, Lulu. Solo es el principio. ¿Vale?

—El principio —repetí—. Vale.

Lo vi respirar hondo y luego suspirar antes de dar media vuelta para encaminarse a la puerta giratoria. Cuando casi había llegado, se volvió, dejó caer la bolsa y corrió otra vez hacia mí. Al momento le eché los brazos al cuello.

—Te quiero —dijo, pegado a mi oído.

—Yo también te quiero —respondí. Lo besé, tratando de transmitir todo lo que sentía en ese último contacto. Cuando nos separamos, tuve que empeñarme al máximo para no llorar.

Y al momento se alejó hacia las puertas, las cruzó, estaba fuera. Vi a su padre de refilón, un hombre alto como Ethan, fornido y moreno, que observaba la llegada de su hijo desde el otro lado del coche. Abrió el maletero y Ethan dejó caer la bolsa antes de encaminarse a la puerta del copiloto y subir al coche. Sabía que ya nos habíamos despedido, varias veces, pero me faltó voluntad para marcharme mientras su padre se sentaba al volante y arrancaba el coche. Según se alejaban, dos mujeres se acercaron desde el exterior y activaron la puerta giratoria. La última imagen que tuve de Ethan fue esa mezcla de puertas que giran y coche que se aleja, un prisma de rotación y movimiento que me dejó mareada y ansiosa. Como si el mundo entero se hubiera torcido, no solo el mío.

CAPÍTULO 14

—¿Cómo? ¿No vienen? —preguntó mi madre. William agitó la mano libre para pedirle silencio—. Pero ¡la fotógrafa llegará en diez minutos!

—… claro que lo entiendo —decía William al teléfono, empleando un tono duro y firme. Con solo oírlo, me erguí en la silla—. Pero habíamos acordado que participarían en la sesión. Es imposible que encontremos sustitutos con un margen de tiempo tan breve.

—Recuérdales que esto formaba parte de nuestra oferta —le sopló mi madre. Él agitó la mano de nuevo para hacerla callar—. Si nos dejan plantados, no habrá descuento en la tarifa de la cena de ensayo. Es posible que les incremente el precio.

«Porras», pensé, enarcando las cejas. Cuando miré a hurtadillas a mi madre, parecía tan furiosa que volví a doblar programas a toda prisa.

—Bueno, pues es una pésima noticia —siguió diciendo William al teléfono. Se sentó en su silla—. Y por supuesto tendremos que hablar de cómo afecta eso a nuestra tarifa… De acuerdo. Vale. Muy bien.

—No —musitó mi madre con desaliento—. No pueden suspenderlo sin más. Me niego.

—Ya sé que acostumbro a ser fan de la negación —respondió él con un suspiro—, pero tendremos que llamar a la fotógrafa y programarlo para otro día. No podemos hacer fotos de una boda sin la novia.

En ese preciso instante, como si estuviera preparado, sonó la campanilla de la puerta. Cuando me volví a mirar, una mujer menuda con el cabello negro y rizado, muy corto, entró arrastrando un gran estuche de trabajo. Llevaba un foco cargado al hombro.

—Buenas —gritó, totalmente ajena a la atmósfera reinante —. ¿Dónde me instalo?

Mi madre gimió y enterró la cabeza entre las manos. Fue un

gesto histriónico por su parte, pero entendía su frustración. Desde que la *Revista de Lakeview* había escogido Bodas Natalie Barrett como finalista para el Negocio Local del Año, estaba de los nervios y hacía todo lo que podía para aumentar nuestras posibilidades de ganar. Eso incluía, entre otras cosas, sustituir al fotógrafo de plantilla que la revista había enviado para tomar unas cuantas fotos espontáneas por un profesional que sacara instantáneas de una pareja de verdad en el despacho. Una de las novias con las que estábamos trabajando, Margo Wagner, había accedido a acudir esa mañana con su prometido hasta la llamada telefónica que acabábamos de recibir. Solíamos tener montones de problemas, pero carecer de novia y de novio al mismo tiempo nunca había sido uno de ellos.

—Llamaré a la revista —dijo William al tiempo que volvía a coger el teléfono—. Les diré que necesitamos un día más.

—No te molestes —le aconsejó mi madre sin apartar las manos—. Han dejado muy claro que, si no les llegan hoy las imágenes a tiempo para el cierre, pondrán fotos de archivo. De archivo, William. ¿Te lo imaginas?

—Tiene que haber una solución —rumió. La fotógrafa ya estaba extrayendo cámaras y lentes de su estuche—. No necesitamos una pareja de novios de verdad. Solo dos personas que representen el papel.

—Nadie quiere vernos a nosotros cortando un pastel —replicó mi madre—. Tenemos demasiadas canas.

—Habla por ti. El otro día me pidieron el documento de identidad para comprar un prosecco —replicó él con cierta arrogancia—. Y no estaba pensando en nosotros.

Yo me disponía a empezar con el siguiente montón de programas cuando tuve la clara sensación de que me estaban observando. Como me temía, cuando levanté la vista, descubrí que los dos me miraban.

—No —me negué—. Ni hablar.

—Tiene razón —opinó mi madre, aunque no me quitaba ojo—. No organizamos bodas infantiles. Ahora bien, si nos limitáramos a sacar distintas partes del cuerpo…

—¿Cómo? —pregunté horrorizada.

—… podría funcionar —terminó William, como si yo no hubiera dicho nada—. Manos cortando el pastel o sosteniendo

el ramo, instantáneas de espaldas. Sí. Me parece factible.

—¿Acaso ninguno de los dos me ha oído decir «no»? —intervine.

—El novio no es imprescindible, supongo —le dijo mi madre a William, respondiendo de ese modo a mi pregunta—. Aunque me gustaba la simetría de algunas de tus ideas.

—No os hablo —anuncié al tiempo que regresaba a mi tarea. Sonó la campanilla de nuevo, con alegría, y yo puse gran empeño en no levantar la vista. Sin embargo, reconocí el silencio que se hizo a continuación. O sea, se parecía a otro muy reciente.

—¿Qué pasa? —oí decir a Ambrose. Regresaba de ir a buscar los primeros cafés de la mañana—. ¿Por qué me miráis?

No tendría más remedio que intervenir.

—No —dije en voz alta.

—Vale, vale —se apresuró a responder Ambrose, suponiendo que me dirigía a él—. Es verdad. Me acabo de comer uno de los dónuts que he comprado para todos sin ofreceros primero.

Mi madre y William seguían escudriñándolo con la misma cara que un gato hambriento de dibujos animados observaría al pajarito regordete que canta en su columpio.

—Muy bien, han sido dos —prosiguió Ambrose—. ¡Perdón! Tenía hambre. Además…

—Esto no va de dónuts —le dijo mi madre. Me miró nuevamente—. Va de echar una mano cuando la empresa se encuentra en un grave aprieto.

—Ah. —Ambrose respiró aliviado—. Pues claro. ¿Qué necesitáis?

—¡No voy a fingir que estoy prometida con Ambrose! —les advertí.

—¿Prometida? —Me sonrió—. Vaya, esto va a ser divertido.

No era esa la palabra que tenía en la cabeza cuando, media hora más tarde, salí de la sala de reuniones con las uñas todavía húmedas tras la rápida manicura que me acababa de hacer Liza, la especialista en uñas de un salón de belleza de las inmediaciones a la que mi madre había sobornado con un flamante billete de cincuenta dólares. Como en teoría serían

fotos de una reunión cualquiera, me dejé puesto el vestido veraniego que había llevado al trabajo ese día. Al acercarme a Ambrose y a la fotógrafa, que se había instalado en la zona de recepción, me di cuenta de que él llevaba puesta una camisa nueva. Además, me sonreía con sorna, como para dejar claro hasta qué punto le parecía cómica la situación.

—Bueno, me parece que empezaremos con unas cuantas instantáneas de vosotros dos hojeando álbumes de otras bodas —propuso la fotógrafa. Me indicó por gestos que ocupara una butaca—. Como no saldrán las caras, difuminaré vuestros perfiles cuando edite las fotos y me centraré más en las manos juntas sobre las páginas.

Ambrose propinó unas palmadas en el asiento contiguo al suyo.

—Venga, cariño. Prepárate para nuestro momento estelar.

Miré a mi madre, que me mostró diez dedos, símbolo de los cien pavos que me había prometido por someterme a esto. No era suficiente. A pesar de todo, me senté.

—Vale —dijo la fotógrafa, que se acuclilló y levantó la cámara—. A ver, que el novio abra el libro y lo sostenga en su regazo. Louna, apóyate en él y señala algo en la página.

—¿Hablamos para motivarnos? —me propuso Ambrose—. ¿Quieres que nos inventemos nuestra historia? ¿Cuánto tiempo llevamos juntos y todo eso?

—No —repliqué lacónica a la vez que clavaba un dedo en la foto de un pastel con una cascada de flores.

—Yo creo —continuó, haciéndome caso omiso— que fue un encuentro gracioso. En plan, tiraste un gatito al suelo y yo lo recogí.

—¿Y por qué iba a tirar un gatito?

—Fue un accidente, claro —respondió al tiempo que me rodeaba la cintura con el brazo. Me ordené relajarme y luego fulminé a William con la mirada, quien tuvo el valor de reírse a carcajadas—. Tu pelo huele bien, por cierto. ¿Es vainilla?

No respondí. La fotógrafa, que ya había empezado a disparar, dijo:

—Louna, ¿puedes relajar la boca? Pareces enfadada.

—No me digas —rezongué entre dientes.

Finalizada la parte de los álbumes, procedimos a posar con la tarta que William había comprado para la sesión. Era un

pastel de supermercado primorosamente decorado con flores naturales. La fotógrafa nos ubicó junto a la tarta y a continuación colocó nuestras manos —la de Ambrose sobre la mía— asiendo el mango de una espátula plateada.

—Ahora acercadla al borde —pidió, al tiempo que comprobaba la luz—. Y, Ambrose, mueve la mano para que podamos ver el anillo de Louna un poco mejor. ¡Es tan bonito!

—Me ha costado el sueldo de tres meses —dijo él, empeñado en meterse en el personaje—. Pero ¡mi nena merecía un buen pedrusco!

Mi madre, la verdadera propietaria del anillo, resopló. William dijo:

—Chicos, hacéis muy buena pareja, si no os molesta que os lo diga.

Estaba a punto de soltarle que, de hecho, sí me molestaba cuando Ambrose se acercó aún más si cabe y me pegó los labios al oído.

—Para tu información, se te marca la etiqueta. Yo me ocupo. Es lo que haría un prometido.

Un instante después noté sus dedos en la parte baja de la espalda, cuando alisó la tela de mi vestido. Y sucedió lo más disparatado del mundo: sentí algo. Ese escalofrío súbito e inconfundible que te asalta cuando tu cuerpo reacciona a una caricia placentera. Mientras parpadeaba, tratando de entender lo que acababa de suceder, caí en la cuenta de que, a pesar de mis reticencias, no me había crispado ni una sola vez en contacto con Ambrose. Qué raro.

—¡Genial! —exclamó la fotógrafa, disparando sin cesar—. Ahora, Louna, vuelve la cabeza para mirar a Ambrose. Os recuerdo que difuminaré vuestras facciones. Pero me encanta esta puesta en escena.

Tragué saliva —tranquilízate, Barrett— y, obediente, me volví a mirarlo. Con una de sus manos sobre la mía, el otro brazo alrededor de mi espalda y apoyado en la mesa, fue casi como rendirse a un abrazo y me sorprendió una vez más hasta qué punto se me antojaba natural. Allí no había codos ni torpeza; estaba en mi elemento.

—¿Qué pasa? —preguntó Ambrose mientras me miraba.

—Nada —repliqué según la fotógrafa avanzaba para

obtener primeros planos. Tuve la sensación de que se tiraba una eternidad haciendo fotos, y nosotros seguíamos congelados en ese espacio exiguo. Tanto es así que, cuando nos separamos, la distancia entre los dos me pareció inmensa, mucho mayor de lo que era. Como si, por alguna razón, lo raro fuera estar lejos de él.

—Vale —dijo Jilly al tiempo que despegaba el pringoso puño de Bean de uno de sus tirabuzones—. Cuéntame otra vez qué le has dicho al Leñador, palabra por palabra.

—Se llama Leo.

—Como se llame. Tú lee.

Bajé la vista hacia el móvil, que descansaba sobre la cama, entre las dos. Sentado a mi escritorio, Crawford leía un diccionario del mismo modo que cualquier otra persona leería el periódico, pasando páginas en busca de las noticias importantes.

—«Hola, soy Louna. Esta noche voy a una fiesta, ¿te apuntas?»

Lo meditó, arrugando la nariz.

—Demasiado rollo para mi gusto.

—Son once palabras —objeté.

—Ya, pero yo hablo de la sensación que transmiten. —Bean protestó y Jilly la dejó en el suelo. Ayudándose con las manos, que apoyaba con fuerza en la tarima, la niña avanzó directamente hacia el vestidor—. Yo habría optado por: «Fiesta el martes te apuntas». Sin puntuación, porque eres una chica ocupada, y que adivine él quién eres en lugar de decírselo.

—¿Por qué?

—Porque así aporta un toque de misterio —respondió—. Y el misterio es fundamental, sobre todo al principio.

—Bueno, ahora ya está hecho —constaté—. Y me ha respondido.

—¿Qué dice?

Deslicé los dedos por la pantalla para buscar el mensaje.

—«Claro. Salgo a las 7.»

A juzgar por la gravedad con que observaba el móvil, cualquiera habría pensado que intentaba traducir un antiguo

manuscrito.

—Sí. Él te lleva ventaja ahora. Es obvio.

—¿Y eso? —me extrañé.

—Ha respondido con un «claro». Es como si te hiciera un favor, como si le suplicaras. Accede, no acepta.

—Y ¿deduces todo eso de un «claro»?

—De la sintaxis. Del contexto. Hay que saber leer entre líneas.

—No hay líneas, solo es una frase.

—Dos —me corrigió Crawford desde el escritorio—. Son dos frases.

—¿A ti quién te manda escuchar? —le preguntó Jilly—. Sigue con tu libro.

—Es un diccionario.

—Todavía mejor. —Se levantó para acercarse al armario, donde Bean intentaba comerse un zapato. Mientras la cogía en brazos, prosiguió—: Tendremos que trabajar con lo que tenemos. Sale a las siete. Bueno, ni en sueños puedes acercarte a su trabajo y reunirte allí con él…

—¿Por qué no? —me extrañé—. ¿No me lo ha dicho con esa intención?

—¡Porque si lo haces parecerás aún más desesperada! No se queda con nadie a mitad de camino, te aseguras de que acudan a tu encuentro. Ya tiene bastante con su «claro». Tienes que dirigir el resto del cotarro.

—Esto es de locos —protesté—. Me niego a creer que todo el mundo planifique hasta el último detalle antes de acudir a una simple cita.

—No lo llames «cita» —me corrigió—. Es demasiado formal. Vas a quedar para ir a una fiesta. En grupo.

Oímos un golpe en la puerta cuando aparecieron KitKat con sendas bolsas de *pretzels*.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Jilly—. ¿Habéis entrado sin permiso?

—No, nos ha abierto William —la informó Kat—. Y nos ha ofrecido algo para picar.

—No es justo —protestó Crawford—. Tengo hambre.

—Dice mamá que nos lleves al camión para que papá pueda acompañarnos a gimnasia —le dijo Kit a Jilly a la vez que se llevaba un *pretzel* a la boca.

—Pensaba que os iba a llevar ella. He quedado para ir a una fiesta.

—Está cansada. Dice que necesita tumbarse.

Jilly y yo intercambiamos una mirada. Su madre no paraba nunca. Cuando se cansaba, solía significar algo. Y ese algo casi siempre era otro Baker.

—Pienso ir a la universidad en agosto —me dijo por lo bajo —. Con bebé o sin él.

—¿Quién va a tener un bebé?

—Nadie —replicamos al unísono. Jilly se cambió a Bean de cadera y luego miró a KitKat, que estaban sentadas en la cama, juntas, sin dejar de masticar—. Vale. Os llevaré y daré media vuelta para prepararme. Louna, quedamos a las siete menos cuarto en mi casa. Mientras tanto envíale otro mensaje al Leñador, pero limítate a indicarle la dirección que te he dado. Nada más. Tienes que actuar con inteligencia. Es importante.

—¿Louna conoce a un leñador de verdad? —quiso saber Crawford.

—No —respondí.

—Quiero más *pretzels* —anunció Kit, arrugando la bolsa—. ¿Se los puedo pedir a William?

—No —replicó Jilly—. Nos vamos. Todos. ¡Venga! En marcha.

Crawford devolvió el diccionario a su sitio, las gemelas se pusieron de pie y Jilly las imitó. Cuando pasó por mi lado, Bean alargó los brazos hacia mí. Le aferré la manita regordeta para plantarle un beso y se rio.

—¿Qué sentido tiene añadir una nueva complicación? —preguntó mi amiga cuando sus hermanos partieron escaleras abajo, ruidosos como caballos—. Ya es una locura.

—El amor te empuja a hacer locuras, supongo.

Jilly respondió a mi comentario con un carraspeo y luego me saludó por encima del hombro al abandonar la habitación. Como solía suceder tras la partida de los Baker, el dormitorio parecía entonces más grande y silencioso. Me senté en la cama y eché una ojeada a los mensajes que había intercambiado con Leo. Para mí, solo eran palabras, desprovistas de todos los matices y sentidos que veía Jilly. ¿De verdad las cosas funcionaban así cuando estabas

buscando algo? Me parecía tan complicado… De todos modos, la obedecí y le envié la dirección de la fiesta, nada más. Instantes después me respondió con un simple «ok», en minúscula. De frases a palabras y luego a letras. Me costaba considerarlo un progreso y no a la inversa.

CAPÍTULO 15

Cuando por fin terminé de arreglarme —después de cambiarme de camiseta dos veces y rehacer una el maquillaje —, todavía tenía casi una hora de margen antes de reunirme con Jilly. Así que bajé a la planta principal en busca de William.

Estaba en la cocina. A William le encanta cocinar e incluso llegó a plantearse estudiar en una escuela de gastronomía en algún momento después de la universidad. Sin embargo, detestaba la pequeña cocina de su moderno apartamento, ubicado en un rascacielos y perfecto para él en todo lo demás. Prefería mantenerla inmaculada y que no apestara a ajo. De modo que cuando le apetecía cocinar, siempre acudía a nuestra casa, donde podía desparramar las cosas por la isla y las encimeras sabiendo que cualquier plato que preparase sería acogido con entusiasmo. (Mi madre y yo éramos partidarias de los precocinados y la comida para llevar: lo máximo a lo que llegaba mi madre eran las tostadas y mi especialidad eran las galletas con pepitas de chocolate. Son básicos excelentes, no me entendáis mal, pero no podíamos comerlos cada noche, que digamos.) Ahora bien, cuando William cocinaba no había un horario fijado de antemano, lo que añadía un elemento sorpresa.

—¿Qué celebramos? —pregunté al entrar.

Miró por encima del hombro al tiempo que troceaba algo.

—Tu madre ha leído otro artículo sobre alimentación limpia y autocuidado. Se ha inspirado y me ha pedido una cena casera y sana.

—¿Otra vez?

—A los dos nos vendría bien cambiar de estilo de vida —respondió. El cuchillo seguía aporreando la tabla mientras iba cortando—. Hemos decidido cocinar más y salir a pasear por las noches.

«Seguro», pensé. Cada pocos meses, prometían cambiar de dieta y hacer más ejercicio, y lo anunciaban como el

Comienzo de una Nueva Era. No solía pasar de más de una semana, como mucho, antes de que los encontrara apoltronados en el sofá al volver del trabajo compartiendo un cubo de pollo frito y mirando en la tele *Gran Hermano Nueva York* o *Chicago*, sus *reality shows* favoritos. No obstante, jamás se me ocurriría echárselo en cara.

—Me parece muy bien. ¿Qué estás preparando?

—Pularda de pollo con espárragos y parmesano rallado y una ensalada de pera —respondió—. Espero que tengáis limones. Es lo único que se me ha olvidado.

—William. Ya sabes que no tenemos limones. Ni siquiera tenemos pan.

—¿Qué? —Se quedó de piedra. Tras secarse las manos en el delantal (uno liso de lino que siempre se traía de casa), se acercó a la nevera y la abrió—. Dios mío, no hay nada en los cajones de las verduras. ¡Ni siquiera una bolsa de espinacas!

—Me sorprendería menos encontrar un animal vivo —le dije.

Cerró la puerta del frigorífico y negó con la cabeza.

—Nunca he entendido cómo lograste cumplir dieciocho sin sufrir escorbuto.

—Oye, pedimos ensaladas a Tossed casi todas las noches —alegué en mi defensa—. Que tú no lo veas no significa que no lo coma.

—Gracias a Dios. —Mirando la cebolla y las pechugas de pollo que descansaban sobre la isla, suspiró—. Pero necesito limones. Son un ingrediente esencial.

—Si quieres, voy a comprar unos cuantos —me ofrecí—. El Granjero Fred está como a dos segundos de aquí.

—¿El Granjero Fred? —repitió—. No. No cocino con la frecuencia suficiente como para caer tan bajo. Iré a Hierbas y Especias. Y de paso compraré un poco de jamón, porque nos falta el primer plato. Y puede que traiga también unos *macaroons* belgas para el postre.

—¿Y qué ha sido de la comida sana?

—Son belgas y ecológicos, Louna. ¿Vienes o qué?

Quince minutos más tarde estábamos en Hierbas y Especias, el supermercado de los sibaritas, donde los intensos aromas del café gourmet te inundaban las fosas nasales en cuanto cruzabas las puertas automáticas. Era prácticamente

obligado detenerse a aspirarlos. Ambos lo hicimos.

—Ojalá el cielo huela exactamente así —dijo William.

—Y a palomitas del cine —añadí.

—Desde luego que sí.

Echó mano de una cesta y nos encaminamos a la sección de verduras, tan bonita y bien organizada que te sabía mal coger nada. William escogió dos limones y yo examiné una alcachofa cercana. Parecía falsa de lo grande y perfecta que era.

—Preparo una salsa deliciosa para las alcachofas con yogur griego y eneldo —me dijo a la vez que la añadía a la cesta—. Para otra noche. Ahora que nos hemos pasado a la cocina saludable.

—Muy bien —asentí, aunque ya la veía pudriéndose en la nevera.

—Perdone, ¿me puede decir dónde están las naranjas chinas? Están de oferta, ¿verdad? —le preguntó a William una mujer que empujaba un carro. Llevaba una lista en la mano y las gafas apoyadas en la punta de la nariz.

—Hum —murmuró—. No trabajo aquí.

Ella se ruborizó al instante.

—Ah, perdone.

—Pero están allí, junto a los caquis —señaló caballeroso—. De la oferta no estoy seguro.

—Gracias —dijo ella a toda prisa, claramente azorada mientras le daba la vuelta al carro y se dirigía hacia el lugar indicado.

—Cinco minutos —le dije tan pronto como la mujer se alejó lo suficiente—. Han tardado cinco minutos.

—Mejor que tres, supongo —respondió al tiempo que echaba mano de un melón y le propinaba unos toques con los nudillos—. Y eso que llevo una cesta en la mano. De verdad.

Desde que podía recordar, no importaba el tipo de establecimiento en el que estuviésemos, siempre llegaba el momento en que confundían a William con un empleado y le pedían instrucciones, le preguntaban dónde estaban los probadores o, mi situación favorita, le pedían consejo sobre una compra. Por alguna razón, irradiaba autoridad y competencia aun cuando no estaba trabajando. A él le parecía molesto, pero yo, personalmente, lo encontraba divertido.

Pasamos a la sección de carnes, no sin detenernos a probar cada una de las muestras gratuitas por el camino (otro de nuestros rituales). Nos habíamos parado junto al mostrador de la charcutería para que William echase un vistazo al jamón cuando llegó el dependiente para atendernos. Era moreno, muy musculoso, y llevaba tatuajes en ambos brazos, así como un dilatador en el lóbulo de una oreja.

—¡William! —exclamó en tono amistoso—. ¿Dónde te habías metido? No has venido a contarme qué te pareció el parmesano.

Yo estaba mirando un trozo de lengua —puaj—, así que al principio no me di cuenta de que William se sonrojaba. Solo me fijé cuando respondió con un leve tartamudeo.

—Es que, hum, he estado ocupado. Pero no estaba mal. Demasiado salado para mi gusto.

El chico se inclinó por encima del mostrador, tensando los enormes brazos.

—Tienes razón. Yo lo mezclo con un poco de ese queso azul nuevo que nos han traído. Está fabricado con leche de vaca, es fuerte y sedoso. El Meridien, ¿lo has probado?

—No —respondió William—. No lo he probado y, hum, bueno, quería un poco de jamón.

El chico lo miró, luego me miró a mí, y sonrió.

—Claro. ¿Cien gramos o doscientos?

—Doscientos.

—Muy bien. Y añadiré un par de lonchas de un jamón de la Selva Negra que acabamos de recibir, para que lo pruebes. Todavía te queda Wasilla de cabra, ¿sí? Tienes que probarlos juntos con pan de baguete. Están de muerte. Un momento.

Mientras él abría la vitrina y extraía un enorme taco de jamón para llevarlo al rebanador, miré a William con curiosidad. No me hizo caso y siguió concentrado en el expositor de salchichas. Al final le clavé el codo.

—¿Qué pasa?

—¿Quién es ese chico? —pregunté en voz baja. Él se sonrojó de nuevo—. Es mono, William.

—Apenas lo conozco —replicó, rojo como un tomate—. Una vez hablamos de quesos y carnes a la hora del cierre.

—Me parece que le gustas.

—Louna. Para.

—William —lo llamó el tendero por encima del traqueteo del rebanador—. ¿Te gusta así de fino? ¿Vas a preparar el melón con jamón que cenamos el otro día?

Lo miré boquiabierta.

—S-sí —tartamudeó. Noté literalmente el calor que irradiaba su cara—. Me parece, hum, genial.

—Disculpe. —Un hombre cargado con una barra de pan se acercó a nosotros—. ¿Dónde está la sección de frutos secos a granel?

—Pasadas las flores —le indicó William, agradecido por una vez de la distracción—. Todo recto y luego a la izquierda.

—¿Lo invitaste a cenar? —le pregunté. El hombre se alejó y al instante giró por el pasillo equivocado—. ¿Eso cuándo fue?

—Cállate —me espetó, y se puso a trastear con los limones de la cesta.

—Aquí tienes. —El charcutero dejó dos bolsas de plástico sobre el mostrador—. El jamón que te gusta y una muestra del Selva Negra. ¿Quieres que te acompañe a los quesos para que pruebes el Meridien?

—Claro —asentí yo con una sonrisa.

—No —respondió William al mismo tiempo—. Es que, hum… tenemos que irnos ya. Estoy cocinando y el pollo está… La próxima vez.

—Desde luego. —El chico me dedicó una sonrisa antes de dirigirle a William otra aún más deslumbrante—. Estaré esperando.

William cogió el jamón, lo dejó caer en la cesta y se alejó con prisas hasta desaparecer detrás de un expositor de palomitas con sabores. Yo me volví hacia el dependiente y le alargué la mano:

—Soy Louna. ¿Y tú?

—Matt —respondió. Me la estrechó—. Eres la…

—Ahijada de William —dije, optando por la explicación sencilla.

—Es un tipo estupendo —comentó con la mirada puesta en las palomitas—. Y, hum…, ¿sigue soltero? ¿Sí?

—Sí —asentí.

—Qué bien —declaró. A continuación, le dio un toque al mostrador de cristal con los nudillos, sonrió y se alejó.

Encontré a William acariciándose la frente junto a los

macaroons.

—No me dijiste que habías invitado a un chico a tu casa.

—Fue una vez —aclaró. Esperé—. Mira, es simpático. Es que… no estoy listo para nada serio.

—William. Llevas sin salir con nadie desde que empecé secundaria.

—Exacto. Ni siquiera sabría por dónde empezar.

—Por el melón con jamón, al parecer —repliqué. Él se puso colorado de nuevo—. Mira, si yo puedo lanzarme a probar suerte, tú también.

Me miró.

—¿Estás volviendo a salir con chicos?

—Más o menos. Ambrose y yo hemos hecho una apuesta. De hecho, he quedado con el Leñador esta noche para ir a una fiesta.

Se sorprendió.

—¿De verdad?

Asentí.

—No es nada serio. Esa es la gracia. Solo tengo que quedar en plan de ligue, pero Ambrose debe mantener una sola relación durante siete semanas. El que se eche atrás primero tendrá que salir con la persona que el otro elija.

—¿Ambrose decidirá con quién sales? —quiso saber.

—Si gana —aclaré—. Lo que no sucederá.

—Eso espero, por tu bien. Porque el elegido será él mismo, eso está claro.

Agrandé los ojos.

—¿Qué? No. No funciona así.

—Has dicho que puede elegir a quien quiera, ¿no es cierto? —Cruzó el pasillo inspeccionando las cajas de galletas—. Si se escoge a sí mismo, no tendrás más remedio que salir con él. Qué astuto. Deduzco que esa parte fue idea suya.

Si me paraba a pensarlo, lo fue. Pero no significaba nada.

—William, Ambrose no quiere salir conmigo. Ni siquiera nos caemos demasiado bien.

—Eso dices tú —replicó al tiempo que echaba mano de una caja y la depositaba en la cesta—. Oigo muchas risas cuando estáis los dos en el despacho. Y parecías muy cómoda en la sesión de fotos.

—Señor, ¿me puede echar una mano con las salsas de

curry? —lo llamó una mujer con un vestido veraniego desde el pasillo siguiente—. Estoy buscando una que sea suave pero aromática.

—Tengo que salir de aquí —me susurró William y echó a andar hacia la caja registradora. A pesar de todo, no pudo resistirse y al pasar le dijo a la mujer—: Tamil, del suave. No use demasiado.

—¡Gracias!

Al llegar a las cajas registradoras, yo estaba decidida a abordar de nuevo el tema de Ambrose y preguntarle de dónde se había sacado que iba a ser ese, de todos los resultados posibles, el desenlace de nuestra apuesta. ¿Solo porque hacíamos buena pareja cortando una tarta de bodas? Sin embargo, en el momento en que me disponía a mencionarlo, sonó su teléfono. Era mi madre, que llamaba para comentarle un problema con el fotógrafo de la boda de Elinor Lin, prevista para el próximo fin de semana. El asunto era tan grave que siguieron hablando durante todo el trayecto a casa. Mientras aparcábamos en la entrada, atisbé a Jilly en su jardín, a solas por una vez, esperándome. No había tiempo para más preguntas, lo que tal vez fuese mejor para todos, a fin de cuentas. No obstante, mientras me despedía de él y luego cruzaba el patio trasero hacia casa de Jilly, me recordé a mí misma que la intuición de William rara vez fallaba. Aunque, por otro lado, todo el mundo se equivoca alguna vez.

—Allí está —dijo Jilly con voz queda—. Tú tranqui.

Debe de ser la peor frase que le puedes decir a una persona que está nerviosa. Estuve a punto de echárselo en cara, pero me puse aún más frenética al ver que Leo se abría paso por el salón abarrotado. En vez de eso, pregunté:

—¿Y quién da la fiesta, por cierto?

—Jack, de Turbo Taco —respondió antes de beber un trago de cerveza—. Sus padres son los propietarios de ese camión decorado con llamas. Venden la salsa más picante de la ciudad. Algunas personas incluso han tenido que ir al hospital.

—Hala —exclamé. Leo se detuvo a charlar con dos chicas plantadas de espaldas a nosotras. También llevaba camisa de

cuadros, de manga corta esta vez, y sin delantal. Tampoco es que fuera a llevar delantal en una fiesta, claro. Vale, estaba nerviosa y medio chiflada. Tomé otro trago de cerveza, que estaba caliente aunque acababa de abrirla.

—Jo, me siento tan desplazada… Recuérdame por qué estoy haciendo esto.

—Porque el Leñador es mono y quieres ganarle la apuesta a Ambrose —respondió en tono alegre al tiempo que se ajustaba el escote del vestido—. Y hablando del rey de Roma, por ahí viene. Supongo que después de todo lo ha encontrado.

Seguí la trayectoria de su mirada. En efecto, allí estaba Ambrose, abriendo un botellín de cerveza en el mostrador de la cocina. Al vernos, hizo gestos de saludo y se retiró el rizo de la frente. Ira estaba en el porche, rodeado de un grupo de chicas que sujetaban vasos rojos. Esta vez el perro lucía una bandana de lunares. Por lo visto, ese era su sello de identidad.

—¿Encontrado? —repetí.

—Ambrose no conocía el barrio cuando le hablé de esta fiesta.

En ese momento me volví a mirarla para centrar en ella mi atención.

—¿Lo has invitado?

—Sí, la otra noche, cuando lo acompañé a casa. —Estaba escudriñando la concurrencia, sin mirarme. Cuando notó que la observaba, parpadeó—. ¿Qué pasa?

—Pensaba que no lo tragabas.

Desdeñó el asunto con un gesto de la mano.

—Ah, solo fue mi primera impresión. No está tan mal.

Entre eso y la cita de William con el charcutero, tuve la súbita sensación de que nadie me contaba nada.

—¿Llevaste a Ambrose a su casa? ¿Cuándo?

—La semana pasada —respondió con naturalidad—. Estuve ayudando a mi padre con la caja registradora en el centro. Me marché después de que cerraran los bares y lo vi caminando con su perro. No podía pasar por delante sin más. Eran las dos de la madrugada.

—Me sorprende que estuviera solo —comenté. Leo me vio en ese momento y me saludó con la mano. Yo le devolví el saludo y las chicas con las que hablaba se volvieron a mirarme. Bebí otro trago de cerveza.

—Me dijo que acababa de escapar de una chica en un club —explicó—. Una historia de locos. Tuvo que salir por la puerta trasera.

—Algo me ha contado.

—Seguro que sí. —Tomó otro sorbo—. En fin, solamente lo llevé a casa de su hermana. Me invitó a entrar para comer algo, pero le dije que no, llevaba toda la noche viendo comida en un espacio cerrado y tal. Además, me sentía superpringosa.

—¿Te invitó a entrar?

—Sí. —De nuevo estaba mirando por aquí y por allá y tardó un instante en posar los ojos en mí—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Te parece raro? Solo sois amigos, ¿no?

—Ni siquiera eso —me apresuré a responder—. Compañeros de trabajo.

—Que hacen apuestas.

—Solo para poder restregárselo al otro —le dije, aunque por dentro pensaba en lo que William había dicho.

—Eso me parecía. —Se recogió un mechón detrás de la oreja—. De todas formas, no creo que sea mi tipo. Demasiado pasota para mi gusto. La americana brilla por su ausencia.

—Pero recuerda el resultado que te dio esa estrategia la última vez —la avisé—. Puede que no sea el indicador más fiable.

—Cierto —asintió—. Supongo que nunca se sabe.

Leo había dejado de hablar con las chicas y avanzaba hacia nosotras serpenteando entre la gente que no dejaba de llegar. Era mi pareja, aunque en teoría no debería llamarlo así, y sin embargo no podía dejar de pensar en Jilly y Ambrose juntos. Eso no iba a pasar. ¿Verdad?

—Hola —dijo Leo, abriéndose paso hasta mí—. ¿De dónde habéis sacado la cerveza?

—De ahí fuera —le dije—. Sígueme.

Acortamos por la cocina y pasamos junto a una increíble colección de salsas picantes expuestas en el alféizar de camino al porche lateral, donde había un barril de cerveza debajo de una maraña de lucecitas de Navidad. Ira, que estaba atado allí cerca, me vio al instante y comenzó a agitar la cola.

—Eh, colega —lo saludé a la vez que me agachaba para rascarle entre las orejas. Le habían cortado el pelo y olía a

jabón, como si estuviera recién bañado.

—Diez a uno a que Ambrose ha conocido a una peluquera de perros encantadora —dije de viva voz—. ¿Tengo razón?

—¿Qué? —preguntó Leo desde el barril de cerveza.

—Nada —respondí, y me levanté para mirarlo—. ¿Quieres volver adentro o…?

—Vamos a quedarnos aquí un rato —propuso—. No quiero pasarme la noche saludando a compañeros del instituto.

Nos acercamos a un banco que discurría a lo largo del porche, donde me senté. Ira, a unos pasos en diagonal, lloriqueó y luego se tendió con la cabeza entre las patas.

—¿Tú también eres de por aquí? —le pregunté a Leo, que se recostó contra la barandilla—. No lo sabía.

—De pura cepa —respondió—. Clase de 2015, instituto Kiffney Brown.

Enarqué las cejas.

—Entonces eres muy listo.

—Para los números. Era un cerebrito que sacaba notazas en mates antes de empezar a escribir.

Tampoco tenía ni idea.

—¿Escribes?

Asintió una vez.

—Estoy matriculado en un programa de la universidad. Talleres, asignaturas independientes, todas esas cosas. Estaba cursando los dos itinerarios, pero ahora me dedico exclusivamente a la ficción.

—¿Qué son «todas esas cosas»?

—La novela en la que estoy trabajando en este momento explora las relaciones sociales a partir del flujo de conciencia —respondió con tanta naturalidad como si recitara su fecha de nacimiento y su signo astrológico. Era obvio que lo había explicado más de una vez—. Es futurista, pero también está ambientada en el presente. Juego mucho con el tiempo. Supone un gran desafío.

—Ah —dije antes de caer en la cuenta de que era la respuesta más cutre del mundo. Añadí—: Me encanta leer. Pero nunca he tenido facilidad para escribir a no ser que cuenten, no sé, los trabajos del colegio.

—Ah, esto es del todo distinto —dijo. Tomó un sorbo de cerveza. Entretanto, dos chicas con sandalias de plataforma se

acercaban con pasos fuertes al barril—. Cualquiera puede aprender a desarrollar argumentos o a resumir información. La ficción requiere talento. Lo tienes o no.

—Y tú lo tienes.

—Pues sí. —Debió de advertir que su respuesta había sonado pretenciosa, porque me sonrió, un gesto que diluyó en parte el efecto—. Pero todavía estoy aprendiendo. Tengo un profe alucinante, McCallum McClatchy. ¿Has leído sus libros?

Negué con la cabeza. No me apetecía reconocer que en ese momento tenía en la mesilla de noche una novela de fantasía sobre unas chicas a las que un hechizo había transformado en tigres y, para recuperar su forma humana, tenían que luchar contra otro grupo de tigres, que también fueron personas en su día. Tiempo atrás me encantaba la ficción contemporánea. Sin embargo, desde que perdí a Ethan, la vida real ya se me antojaba suficientemente horrible. En las páginas de un libro, quería otra cosa.

—Ah, pues es genial —prosiguió Leo—. Es de origen irlandés y su prosa es muy concisa, pero tiene una enorme riqueza lingüística. El primer libro sucede en un campo de patatas en el transcurso de un solo día y está narrado desde el punto de vista del arado.

—Qué fuerte —dije.

—Es alucinante. —Nunca lo había visto tan emocionado con el café—. Te dejaré uno de mis ejemplares. Si no te molesta que esté subrayado y con notas en los márgenes.

—No me molesta.

—Genial. Mañana lo llevaré al trabajo. —Me sonrió nuevamente—. La lectura puede resultar densa, con tantas notas al pie y escenas retrospectivas. Yo me inspiro en McCallum para trabajar los desplazamientos temporales. Te puedo hacer de guía.

Le habría soltado que mi poca facilidad para escribir ficción no me impedía leerla, pero entonces me dije que no debía ser dura con él. Cuando algo te emociona, quieres que a los demás les emocione tanto como a ti. ¿Verdad? Verdad.

En ese momento sonó mi teléfono. Como estaba en las profundidades del bolso, que colgaba de mi hombro, tardé un poco en encontrarlo. Al oír mi tono de llamada, Leo enarcó las cejas.

—¿Sí?

—Salúdame —pidió una voz.

Eché un vistazo a la pantalla: Ambrose.

—¿Qué?

—Estoy dentro, en el salón. De cara a ti. Salúdame con la mano. Finge que es urgente.

—¿Necesitas un saludo urgente?

—Tú hazlo. Por favor. —Y colgó sin más.

Volviéndome a mirar, forcé la vista para ver más allá de unas chicas apiñadas junto a la puerta corredera, que estaba abierta. Avisté a Ambrose en la otra punta del salón, con un vaso rojo en la mano. Tenía delante a una chica de espaldas anchas peinada con una coleta. Ella tenía los brazos en jarras y Ambrose parecía infinitamente agobiado.

—¿Qué pasa? —quiso saber Leo.

—No estoy segura —dije antes de llamar con gestos a Ambrose. Él se mostró sorprendido y luego miró a derecha y a izquierda, como preguntándose si aún estaba a tiempo de esconderse. Agité el brazo de nuevo, con más insistencia. La chica que hablaba con él se dio media vuelta y entornó los ojos para mirarme.

—¿Qué ha sido eso, tu tono de llamada? —me preguntó Leo—. Parecía…

—No es nada —lo corté. Entretanto, la chica de la coleta se giró de nuevo hacia Ambrose y lo señaló con un dedo a la cara. Bajo mi atenta mirada, él la esquivó sin dejar de hablar y luego se dirigió hacia mí, esquivando a gente por aquí y por allá antes de cruzar la puerta un par de minutos más tarde. Ira, al verlo, empezó a forcejear agitando la cola con frenesí.

—Gracias —me dijo cuando llegó a mi altura. Me dio un toque con la pierna. No solo no me sentí incómoda, sino que ni siquiera me aparté—. Melissa se estaba poniendo un poquitín pegajosa.

Volví a mirar al salón, donde Melissa, la de la espalda ancha, me fulminaba con la mirada.

—¿Qué le has dicho?

—Que eres mi exnovia, que decidimos volver juntos después de quedar con ella y que eres muy celosa —respondió sin inmutarse. Mientras tanto rascaba a un agradecido Ira por detrás de las orejas.

—¿Disculpa? —me indigné.

—No pasa nada, fuimos de excursión a la montaña hace semanas.

—¿Fuiste de excursión a la montaña con esa chica?

—Necesitaba un poco de aire fresco —explicó—. ¿Tú no lo necesitas de vez en cuando?

Lo miré con frialdad. Delante de mí, Leo resopló hacia su cerveza.

—Da igual, no quiero interrumpir vuestra noche —dijo. Se agachó para desatar la correa de la barandilla—. Nos marcharemos y cruzaremos los dedos para tener más suerte en la próxima fiesta.

—Siempre hay otra fiesta, ¿no? —pregunté.

—Eso espero —replicó con desparpajo—. Porque en esta no hay suficiente espacio para Melissa y para mí. Yo que tú la evitaría, ya sabes, por la cuenta que te trae.

—¿Y no le ha extrañado ver a Louna hablando con otro chico si está contigo? —señaló Leo.

—No, le he dicho que le encanta coquetear y es superpromiscua —aclaró Ambrose—. Por eso rompimos.

—¿Que le has dicho qué? —me horroricé.

—¡Tengo que irme! —dijo al tiempo que se enrollaba la correa a la mano—. Que os divirtáis, niños.

—¡Leo! ¿Qué haces aquí?

Una vez más, Ambrose se salvó por los pelos, esta vez gracias a una rubia muy guapa con una larga melena lacia que vestía vaqueros cortos y blusa campesina, además de unas sandalias romanas que ascendían por sus piernas bronceadas. Toda ella proclamaba a los cuatro vientos playa y buena onda, y al instante me sentí incómoda enfundada en mi aburrido atuendo.

—Lauren —dijo Leo. Esbozó una sonrisa—. Hola.

Se abrazaron, ella le plantó un beso en la mejilla y ambos se volvieron hacia nosotros.

—Hola —me saludó la chica, extendiendo la mano—. Soy Lauren.

—Louna —dije.

—Es la chica que conocí en el trabajo, la que te conté —explicó Leo—. Y este es…

—Ambrose —se presentó él a la vez que le ofrecía la mano.

No le despegaba los ojos, cómo no; la chica tenía toda su atención—. Y este es Ira.

—Hola, Ira —dijo Lauren, que se agachó para acariciarlo—. Qué perrito más mono.

—Lo ha heredado de mí —le soltó Ambrose. Puse los ojos en blanco.

Lauren se incorporó y le propinó a Leo un puñetazo cariñoso en el brazo.

—Ya te vale. No me has dicho que estarías aquí cuando te he comentado antes lo asustada que estaba.

—No sabía que hablabas de la misma fiesta —se excusó.

—Acabo de romper con mi novio —me explicó Lauren. El nivel de atención de Ambrose, ante esa nueva información, se incrementó visiblemente—. Y Leo lleva días insistiendo para que vuelva a salir y a relacionarme. Pero me cuesta un montón.

—Ya lo sé —le confesé—. Estamos en las mismas. Mi mejor amiga me ha traído prácticamente a rastras.

—¡Entonces tú sí que me entiendes! —suspiró. Se recogió detrás de la oreja un mechón decorado con cuentas doradas y de cristal. Jamás había visto a nadie tan, bueno…, reluciente —. Cuando te dejan, lo que menos te apetece es volver a ofrecer tu corazón, ¿verdad?

—¿Te han dejado? —preguntó Ambrose con un tono de perplejidad—. ¿Estaba loco ese chico o qué?

Lauren respondió con una sonrisa de gratitud.

—Qué amable. Y, bueno, sí. Llevábamos juntos cuatro años.

—Y se conocían desde preescolar, donde coincidimos todos —añadió Leo—. Éramos el terror del recreo.

—Nunca salgas con uno de tus mejores amigos —me aconsejó Lauren—. Cuando se acaba, pierdes mucho más que un novio. Es una mierda.

La voz se le quebró una pizca al pronunciar esa última palabra y sonrió avergonzada. Leo le rodeó los hombros con el brazo y ella se recostó contra él.

—Patrick es un tarugo. Encontrarás a otra persona. Alguien mejor.

—A eso he venido, supongo —declaró con un suspiro—. En fin, me quedaré a tomar una cerveza. Luego me marcharé a casa a comer helado en la cama.

—No es un mal plan —opinó Ambrose. Echó mano de un vaso rojo y lo llenó antes de ofrecérselo con una reverencia—. A mí, personalmente, me gusta el Rocky Road tras una ruptura dolorosa. Por la metáfora del camino escarpado.

—Bien pensado —aceptó ella—. Aunque últimamente me llama más el sorbete arcoíris. Albergo esperanzas de que tenga poderes antidepresivos.

—Aléjate de la mantequilla de cacahuete con chocolate y del praliné con crema. Demasiado empalagosos para una soltera reciente.

—Me parece un buen consejo —dijo ella.

—Ambrose ya se iba —intervine.

—Solo porque no tenía una buena razón para quedarme —dijo él—. Ahora estamos hablando de helados, así que ya la tengo.

Lauren se ruborizó ligeramente y clavó la vista en su cerveza.

—Te lo advierto, soy una compañía penosa ahora mismo. Como beba un par de cervezas acabaré por contarte mi triste historia de cabo a rabo.

—Me encantan las historias tristes. Y a Ira también —le aseguró Ambrose. El perro, por su parte, empezó a tironear hacia las escaleras que conducían al jardín con un mensaje muy claro—. Vaya, me parece que alguien necesita dar un paseo. Vuelvo enseguida.

—Te acompaño, si quieres —se ofreció Lauren.

—¿Sí? —preguntó Ambrose, al mismo tiempo que se retiraba el rizo rebelde de la cara.

—No me muero por quedarme aquí, la verdad —respondió ella.

—En ese caso, tú primero.

Ambrose le cedió el paso con un gesto de la mano. Ella volvió la vista hacia Leo, se encogió de hombros con una sonrisa y empezó a bajar las escaleras. Su charla llegó a mis oídos según desaparecían en la oscuridad del jardín.

—Espero que se comporte —dijo Leo mientras los veíamos caminar por el césped. La luz de la luna proyectaba las sombras a su espalda—. Esa chica vale su peso en oro.

Lo creí, por más que acabara de conocerla, y estoy segura de que Ambrose también lo había captado. Y observando esa

partida tan peculiar, supe que algo acababa de pasar. Aun desde la distancia es posible percibir cuando dos personas han conectado. Y un paseo a la luz de la luna, bueno, era el broche de oro.

CAPÍTULO 16

Ethan me llamó desde el aparcamiento, tal como me había prometido. No oí la llamada.

Debo alegar en mi defensa que estaba apretujada en el ascensor con un grupo de gente que hablaba a la vez. Si hubiera escuchado un tono de llamada consistente en una evocadora voz de soprano entre un coro de violines, habría supuesto que pertenecía a alguna de esas personas. Solo cuando llegué a mi planta y volvió a sonar en el silencio del rellano, comprendí que el ruido procedía de mi bolsillo. Respondí.

—Es posible que estés enfadada —me dijo a modo de saludo—, pero esa canción acabará por gustarte. Tal vez algún día incluso te haga llorar.

Cada vez que recordara eso más adelante, los pocos pedazos de corazón que me quedaban se romperían de nuevo. Pero eso sería más adelante.

—¿Me has puesto una canción de Lexi Navigator como tono de llamada? —pregunté.

—Mientras iba a buscar la maleta —me confesó—. Y antes de que te enfades conmigo por cambiar tu contraseña por «temazo» —continuó—, deberías buscar una más difícil de adivinar.

—¿Cómo supiste que era «William»? —pregunté.

—Me contaste que era la contraseña de la alarma de vuestra casa —me recordó. Lo hice, cuando le expliqué cómo aprendí a escribir su nombre. William era nuestra contraseña para todo—. Lo supuse.

—Bueno —dije, todavía tratando de asimilar tantas novedades. Cuando yo iba, él ya había vuelto tres veces, por así decirlo—. Ahora conoces todos mis secretos.

—No te preocupes. Conmigo están a salvo.

Di media vuelta y me asomé al balcón para ver la calle. En alguna parte, un coche rojo se alejaba inexorablemente de mí, poniendo un kilómetro y luego otro de por medio.

—¿Y qué le voy a decir a la gente cuando me pregunten por qué mi tono de llamada es una canción de Lexi Navigator? —le pregunté.

—Que eres su mayor fan porque a tu novio le encanta —respondió. Mi novio. Qué bien sonaba eso—. Y luego les enseñas tu fondo de pantalla.

—Mi… —lo busqué. En efecto, ahí estaba Ethan sonriendo de oreja a oreja junto a Lexi Navigator, vestida para salir a escena. Me llevé el teléfono a la oreja—. Vale. Qué mono.

—Me alegro de que lo pienses. Mientras nos alejábamos he empezado a agobiarme por si te horrorizaba. Espera un momento. —Oí una segunda voz al fondo y luego la respuesta de Ethan—. Mira, vamos a parar a poner gasolina y comer algo. Te llamo dentro de un rato, ¿vale? Me reconocerás por «Presta atención, las palabras van a cambiar».

—¿Qué?

—Es el título de la canción que trata sobre su abuela, Lulu. ¡Venga ya! ¿Cómo te vas a hacer pasar por la fan número uno de Lexi Navigator si no conoces sus grandes éxitos?

Sonriendo, volví a entrar en mi habitación.

—Ahora mismo me pongo a ello.

—Puedes empezar por la carpeta «temazos» de tu biblioteca, en compras recientes. ¡Hasta pronto!

Y cortó la llamada sin más, mientras yo, boquiabierta y con unos ojos como platos, buscaba mi aplicación de música donde encontré, sí, cinco temas nuevos, todos de Lexi Navigator. Los escuché una y otra vez entre la infinidad de breves conversaciones que mantuvimos a lo largo de las horas siguientes, según nos dirigíamos a nuestros respectivos hogares. Con la voz de Ethan tan cerca, el viaje de vuelta a Lakeview se me antojó totalmente distinto y lo fue. Me sentía distinta. Nunca volvería a ser la que era cuando bajé las escaleras a la playa, me despojé de los zapatos y pisé la arena. Y me alegraba mucho, muchísimo.

Una vez en casa, charlábamos sin parar. Cuando no hablábamos, intercambiábamos mensajes de texto o chateábamos en HiThere! cara a cara. Vinculó la sección P. I. (Persona Importante) de su página en Ume.com a mi perfil justo después de nuestra primera conversación telefónica, al mismo tiempo que yo añadía el suyo a la mía. Aunque ya

había salido con unos cuantos chicos, solo cuando conocí a Ethan entendí de qué hablaban las canciones de amor y las películas románticas con final feliz. Por fin comprendía el efervescente romanticismo de Jilly, el optimismo que inunda cada faceta de tu vida cuando conoces a alguien que te ama con locura. Comía, dormía y soñaba con Ethan. Cuando no estaba pegado a mi oído o en mi pantalla de un modo u otro, revivía mentalmente la noche que pasamos juntos, hora a hora, porque no quería olvidar ni un detalle.

Tal como habíamos prometido, empezamos a hacer planes de inmediato para volver a reunirnos. Su padre, que seguía ansioso por reconciliarse con Ethan tras el divorcio, prometió comprarle un billete para las vacaciones de otoño, que llegarían a mediados de octubre y se solapaban unos días con las mías. Rodeé las fechas en el calendario de mi escritorio, inicié una cuenta atrás en el móvil y tuve que soportar casi a diario las mofas de mi madre, William y Jilly ante mi visible desesperación por lo despacio que pasaba el tiempo.

—Nunca te había visto así —me dijo Jilly mientras yo tarareaba las canciones de Lexi Navigator que sonaban en la radio del coche. Era el primer día de clase del último año—. ¿No te habrá invadido el cuerpo un alienígena o algo así?

—¿Por qué dices eso? —repliqué—. Tú te has enamorado un montón de veces.

—Así no. ¿Qué está pasando ahí dentro? —Agitó el dedo hacia mí—. Sufres un caso agudo de primer amor. A veces te miro y te veo sonriendo al vacío.

—No es verdad.

—Que sí. Y estoy celosa. —Suspiró y echó un vistazo a su reflejo en el espejo de la visera—. Yo también quiero un Ethan.

No se lo reprochaba. Para mí, ese chico guapo, divertido e inteligente era la perfección personificada; para él yo, Lulu, era también la octava maravilla. Tenía la sensación de que en mi vida hasta entonces había reinado el silencio y que desde ese momento tenía banda sonora, la mejor música del mundo que sonaba de fondo a todas horas. No la echabas en falta cuando no estaba. No sabías lo que te estabas perdiendo. Pero una vez que empezabas a oírla, ya nada sonaba igual.

—Dime dónde estás ahora —le pedía a Ethan cuando

hablamos antes de clase y luego a la hora de comer, y después de la última clase, y varias veces más antes de acostarme. Su voz era la última que oía antes de caer dormida.

—Cruzando el patio para ir al entreno, atiborrándome de bocaditos de queso —respondió—. ¿Dónde estás tú?

—De camino a la cafetería. Voy a buscar los cafés de la tarde para mi madre y William.

—¿Doble para ella o no?

—Normal. Me ha parecido oírla chisporrotear.

Ya me conocía a la perfección. Sobre todo, porque hablábamos sin cesar, pero era algo más. El tiempo que pasamos juntos había sido corto aunque intenso, tanto que lo había acelerado todo, igual que los años de perro en relación con los humanos. Tenía la sensación de conocerlo desde siempre. El amor era eso. Entonces lo supe. Y lo cambiaba todo.

—Cuando venga ese chico —me dijo William a principios de septiembre mientras yo chateaba con Ethan, que viajaba en autobús a un partido de lacrosse después de clase—, tendré que sentarme con él y mantener una charla.

—¿Tú? —preguntó mi madre desde su escritorio. Estaba ocupada cotejando en una hoja de cálculo los invitados a la boda del fin de semana siguiente—. ¿Esa no es tarea mía?

—Yo soy la figura paterna. Si alguien tiene que limpiar un arma para que el chico se retuerza mientras oye hablar de honor y caballerosidad, soy yo.

—¿Un arma? —pregunté.

—Te rociaste a ti mismo la última vez que te empeñaste en llevar un aerosol de pimienta —le recordó mi madre.

—Bueno, obviamente no la voy a usar mientras pronuncio el discurso —replicó William en tono brusco.

—Nadie le va a echar un sermón a Ethan acerca de nada —les advertí recurriendo a mi tono más autoritario—. Haremos que se sienta bienvenido y le mostraremos lo mejor de Lakeview.

—¿Qué es…? —quiso saber William.

—Louna, claro —dijo mi madre—. Al fin y al cabo, viene a verla a ella, ¿no?

Me sonrojé al oír eso. Justo en ese momento, el teléfono me avisó de que Ethan había respondido a mi último mensaje.

«Y ahora ¿qué haces?»

«Pararles los pies a mi madre y a William. Me están tomando el pelo a tu costa.»

«Ja, estoy deseando conocerlos.»

—Mira a nuestra pequeña —decía William—. Está locamente enamorada. No la hemos estropeado con nuestra actitud negativa, a fin de cuentas.

—Tiempo al tiempo —advirtió mi madre—. No olvides que solo han pasado una noche juntos.

William la regañó con la mirada.

—Natalie, por el amor de Dios. Deja que la chica se divierta. Ella no tiene la culpa de que seamos un par de amargados incapaces de inspirar amor.

—Habla por ti. Yo soy muy capaz de inspirar amor.

William resopló. Mi madre captó mi mirada y articuló con los labios un «lo siento» con una expresión de pesadumbre sincera. Yo sabía que en el fondo se alegraba por mí. Solo estaba preocupada porque su propia historia de amor había terminado mal. Pero lo mío era distinto. Yo era distinta. Y Ethan, bueno, era Ethan. Nunca haría nada que pudiera lastimarme. Jamás se me pasó por la cabeza que pudiera hacerlo otra persona.

CAPÍTULO 17

Seguro que Ambrose siempre había tenido la costumbre de tararear. Solo que yo nunca había reparado en ello.

—¿No es la hora de ir a buscar los cafés? —le pregunté cuando volvió a empezar desde el principio un tema bailable que estaba de moda—. Ya sabes cómo se las gasta mi madre cuando no toma su dosis de cafeína.

Se detuvo al llegar a la parte instrumental.

—Pensaba que querrías ir tú. Para ver a Leo. ¿O no?

Me revolví en el asiento y al momento me di cuenta de que su pregunta me había puesto literalmente frenética. Me obligué a quedarme quieta.

—Ahora mismo estoy muy liada con estas tarjetas de ubicación.

Él miró su propio montón, de tamaño idéntico al mío.

—¿Lo estás?

—Bueno, sí.

Estaba hablando en un tono excesivamente desenfadado, distraído, dos cosas que yo no era. No funcionó, algo que quedó claro cuando me convertí en el foco de su atención.

—Un momento. Pensaba que lo habíais pasado bien la otra noche.

—No, si lo pasamos bien —respondí mientras plegaba otra tarjeta. El papel era grueso, estampado en relieve, y un calígrafo profesional había escrito cada uno de los nombres. Como lo rompas, lo pagas, fueron las instrucciones de mi madre. Jamás un papel me había puesto tan nerviosa—. Es que yo… Ya sabes…

Por lo general, cuando dejas una frase a medias, la gente tiende a completarla mentalmente. Pero la mente de Ambrose sin duda seguía pendiente de ritmos y estribillos, porque preguntó:

—¿Tú qué?

—Estoy ocupada —terminé—. Y ese trabajo te corresponde a ti.

Reculó.

—Vaya. Vale. Perdona. Ahora mismo voy.

Dicho eso empujó su silla hacia atrás y, silbando, se levantó para encaminarse al despacho trasero, donde mi madre y William ultimaban detalles con la empresa de aparcacoches para la cena de ensayo de Elinor Lin. Estaba segura de que nunca antes lo había oído silbar.

Así que estaba contento. Tampoco era un crimen. Solo porque lo hubiera pasado en grande la noche anterior con Lauren —no lo había dicho con esas palabras, pero el canturreo hablaba por sí solo—, no significaba que él fuese a ganar la apuesta y yo a perderla. Solo tenía que seguir quedando con chicos. Yo no canturreaba, es cierto. Pero había ligado.

Hice una mueca con solo pensarlo. Después de que Lauren y Ambrose se marcharan la noche anterior, Leo y yo estuvimos charlando alrededor de una hora, sobre su trabajo como escritor más que nada. Jilly nos interrumpió cada dos por tres quejándose de que la fiesta era un rollo y quería marcharse a casa. Por fin, en torno a las once, se encontró a un chico que conocía de otro *food truck* —es una red de amplio alcance— y decidió que deseaba quedarse indefinidamente justo cuando yo daba la noche por terminada. Al final volví a casa con Leo, en la parte trasera de su bicicleta de piñón fijo, donde noté cada bache y traqueteo del puñado de kilómetros que me separaban de mi hogar.

Una vez allí, noté que le apetecía entrar por las miraditas que lanzaba hacia la puerta. Pero el coche de William seguía allí y yo no tenía ganas de hacer las presentaciones. Por fin nos sentamos en el bordillo, con la bici tumbada a un lado como la tercera en discordia. Estaba cansada de hablar, cansada en general, e intentaba encontrar una buena estrategia de huida, pero Leo seguía dale que te pego con el asunto de la ficción.

—En serio, la clave está en el proceso —me explicó—. Hay que excavar, ¿sabes? La ficción es sangre, sudor, lágrimas y mierda, todo mezclado. Como el loto que crece en el barro. Si lo nutres, surge algo hermoso.

Podría admitir que todo eso se me antojó exótico y romántico en algún momento. Pero ya hacía un buen rato de

aquello y yo seguía sin entender muy bien de qué trataba ese libro que estaba escribiendo.

—Qué guay —dije, una respuesta que alternaba con unas cuantas más como «hala», «qué curioso» y, solo por variar, «nunca lo había contemplado desde ese punto de vista». Para ser alguien tan interesado en las palabras, no parecía molestarle tanta redundancia.

Me sonrió, como si yo fuera un encanto, antes de deslizar el pulgar por la comisura de mis labios primero y luego por mi barbilla. Estaba pensando que quizá tenía alguna cosa en la cara, y preguntándome cuánto rato llevaba ahí, cuando de súbito se abalanzó sobre mí para besarme. Fue un gesto raudo y abrupto que me pilló totalmente por sorpresa antes incluso de que me empujara sobre la hierba en el mismo movimiento. Me vino a la mente la imagen de un vampiro que se emboza la cara con la capa, un símil no demasiado romántico. Al momento sus labios estaban sobre los míos y su lengua, retorciéndose en mi boca.

Agh. Dejé que el beso se prolongara lo justo como para no quedar como una grosera rematada y luego me senté.

—Bueno —dije cuando él se apartó con una especie de niebla en la mirada—. Debería entrar. Es tarde.

—¿Ahora? —De nuevo dirigió la vista hacia la casa—. ¿De verdad?

—Sí. —Me esforcé por adoptar una expresión compungida, como si no fuera cosa mía en realidad—. Mañana tengo que madrugar y…

—Sí, vale, no te preocupes —me interrumpió—. Ya lo entiendo.

Me puse de pie y noté la humedad que la hierba había dejado en mi espalda.

—Ya nos veremos por la cafetería.

—Claro.

Me dispuse a alejarme, aliviada de poner fin a la situación. Sin embargo, apenas había avanzado unos cuantos pasos, cuando Leo dijo:

—Es por la apuesta, ¿verdad? Solo citas, nada más. Para que lo sepas, a mí tampoco me va eso en realidad.

Me detuve un momento para decir:

—Está bien.

—Lo está —respondió, y sacó un cigarrillo de su bolsillo. Puaj. Al menos había tenido el detalle de esperar—. Bien, quiero decir.

«Vale», pensé. Seguía sentado en el bordillo cuando entré en casa.

En fin, esa fue mi noche. No espantosa, solo rara. Por desgracia, no fue tan buena como para tararear, silbar ni adoptar unos andares saltarines, algo que advertí en Ambrose cuando pasó por delante de mí de camino a la cafetería.

—¿Quieres algo? —me preguntó—. ¿Un delicioso dónut relleno, tal vez?

—No —respondí. Luego, al darme cuenta de que le había contestado mal, añadí—: Pero gracias.

Asintió cerrando los puños con los pulgares hacia arriba y empujó la puerta. Ira, que estaba atado a un banco cercano y con una bandana verde al cuello, se puso de pie al momento y agitó la cola con alegría. Cuando Ambrose se acercó para acariciarle la cabeza, me di cuenta de que estaba silbando otra vez.

En ese preciso instante sonó mi teléfono. Había pasado tanto tiempo que, en ocasiones, ya ni siquiera reparaba en la presencia de Lexi Navigator en mi tono de llamada. En cambio, aquel día, por la razón que fuera, los primeros acordes me estrujaron el corazón de un modo que llevaban mucho tiempo sin hacer.

—Eh —dijo Jilly, irradiando también ella una alegría especial, poco propia de las horas matutinas y del hecho de que le esperara un día en compañía de cuatro niños, por lo que yo sabía—. ¡Feliz miércoles!

—¿Feliz? —pregunté mientras doblaba otra tarjeta con más fuerza de la necesaria.

—¡Claro! —respondió—. Estamos a mediados de semana, hace un día precioso y nos dirigimos a comprar los mejores panecillos de la ciudad. ¡Es perfecto!

Parpadeé desconcertada. Crawford se hizo eco de mis pensamientos al comentar al fondo:

—Hoy estás muy rara.

—Calla. ¿Acaso es un pecado ser feliz de vez en cuando? —le espetó Jilly. A continuación, hablando conmigo, dijo—: El camión de Salsa Gravy está muy cerca de vuestras oficinas.

¿Puedes hacer un descanso? Quiero que conozcas a Michael Salem.

—¿Siempre se hace llamar así, por el nombre y el apellido?

—Salem es su segundo nombre —me corrigió— y me parece mono.

—¿Es el chico de la fiesta de anoche? —quise confirmar.

—Lo conocí allí, sí —asintió—. Pero no es un chico cualquiera de una fiesta, no sé si me explico.

—Explícate —le pedí.

—Es que, ya sabes… —bajó la voz—. Me gusta. Mucho. En plan mucho muchísimo.

Estuve a punto de decirle que acababa de conocerlo, que la cosa no podía ir tan en serio. Pero yo reconocía el tono de voz, la risita efervescente, el súbito fulgor que adquiere el mundo la mañana del día siguiente. Era obvio que se estaba fraguando algo épico. Lástima que mi número ya hubiera salido premiado.

—Es genial, Jilly —dije—. Cuánto me alegro por ti.

—Bueno, o sea, todavía es pronto —reconoció, aunque proyectaba cualquier cosa menos inseguridad—. Pero es… es tan simpático, Louna. ¡Y no es mi tipo para nada! Llevaba puesta una sudadera con capucha y estuvo sosteniendo un monopatín todo el rato que pasamos juntos. Y es pelirrojo. ¡Con pecas!

Sonreí.

—Estoy deseando que me lo presentes.

—Pues ven al camión. Sus bocadillos de pollo son para morirse.

—Yo quería una magdalena —protestó Crawford.

—Yo también —dijeron KitKat—. Odiamos los bocadillos.

—Callaos —les ordenó ella en tono cantarín, apenas molesta—. ¿Louna?

Volví la vista hacia el despacho, donde mi madre seguía hablando por teléfono.

—No puedo. Este fin de semana tenemos un evento enorme, primero cena de ensayo y luego boda. Hay un montón de trabajo.

—Ah. Vale. —Parecía decepcionada. Durante un par de segundos—. Pero lo vas a conocer y pronto, ¿vale? Organizaremos una cita doble, contigo y el Leñador. Oye,

¿qué tal te fue? Parecía que te estabas divirtiendo.

—Estuvo bien —le dije. En ese momento llegó Ambrose con los cafés y pasó canturreando por mi lado. Con la mano libre, me dedicó un alegre saludo al estilo militar. Yo intenté no hacer una mueca, seguramente sin conseguirlo—. Luego te cuento.

—Hazlo. O llámame cuando tengas un momento libre. Estaré en el coche o en el camión al menos hasta las cinco. ¡Que tengas un buen día!

—Vale —asentí, sin tratar de imitar siquiera su tono entusiasta. Colgué el teléfono y eché mano de otra tarjeta para plegarla y añadirla al montón. Cuando cogía otra más, un libro cayó plano sobre la mesa, a mi lado. Era un ejemplar de bolsillo, delgado, cuya portada mostraba el dibujo a tinta de un campo y un cuervo que lo sobrevolaba. *La cosecha*, rezaba la cubierta. Miré a Ambrose, que se sentó a mi lado.

—¿Qué es esto?

—Un préstamo de Leo —respondió. Empezó con su montón de tarjetas—. Dice que no tengas prisa.

Arrastré el libro hacia mí para echarle una ojeada. «Una novela de McCallum McClatchy», anunciaba la página de títulos. Pasé a la siguiente, que tenía párrafos subrayados y notas garabateadas al margen, y leí la primera línea.

«En un mundo, en un campo, hay un arado. La cosecha ha llegado.»

—Ay, por el amor de Dios —exclamé exasperada y lo aparté a un lado.

Ambrose me miró brevemente.

—¿Te encuentras bien?

—Muy bien —respondí en un tono forzado—. Solo quiero… trabajar.

—Claro. —Dobló otra tarjeta—. Trabajemos.

Instantes después empezó a canturrear de nuevo.

—Las velas —dijo William al tiempo que me tendía el largo encendedor de plástico—. No te olvides de la pérgola.

Asentí y al momento me encaminé a la mesa más cercana, que ya estaba preparada con su mantelería de lino, su vajilla de porcelana con pan de oro y una enorme cantidad de lirios

blancos como centro de mesa. Mientras me inclinaba sobre los tres velones que habíamos dispuesto entre los comensales, aspiré su fragante aroma con la esperanza de que mejorase mi humor. Daño no me haría.

Pues sí, la semana no había sido ninguna maravilla. Al menos había estado entretenida con los últimos detalles de la cena de ensayo y la boda de Elinor Lin, que me habían distraído del buen humor de Ambrose y de la noche épica de Jilly. A estas alturas, ya me la había contado de cabo a rabo. Michael Salem (en efecto, siempre se hacía llamar por el doble nombrecito) acababa de graduarse en la Fountain School, patinaba en competiciones y tenía cuatro hermanos, ¡igual que ella! Me enseñó una foto del chico recostado en el camión familiar Salsa Gravy, muy sonriente con sus grandes gafas de montura blanca, en cuyos cristales se reflejaba el apesadumbrado rostro de Crawford. Era mono y, sí, para nada su tipo. Nunca se sabe, supongo.

Avancé a la mesa siguiente para proseguir con las velas. Detrás de mí, a lo lejos, oía a mi madre hablando con la progenitora de Elinor Lin, que se había convertido en el gran palo en la rueda de las inminentes celebraciones. La madre de la novia siempre es un factor para tener en cuenta: poseen «emociones» y «opiniones propias», y a menudo se las recluta para transmitir ciertos mensajes o instrucciones que la novia no se atreve a plantear. Elinor Lin, sin embargo, no necesitaba que nadie hablase en su nombre: era lista, asertiva y sabía muy bien lo que quería. Me pareció una chica dura hasta que conocí a la señora Lin, que era todas esas cosas y, además, hablaba en un tono más alto, era más mandona y estaba dispuesta a plantar batalla cada vez que algo no le parecía bien. En otro mundo mi madre y ella habrían trabado amistad sobre la base de sus semejanzas. En este, en cambio, se llevaban como el perro y el gato.

—Habrá que señalarles la mesa a los invitados a medida que vayan llegando —decía la señora Lin al mismo tiempo que se secaba la cara con un pañuelo de papel del impresionante surtido que guardaba en el escote de cualquier prenda que llevara puesta. La primera vez que la vi extraer un pañuelo de esa zona, me quedé estupefacta, pero en ese momento tenía que contenerme para no alargar la mano

hacia ella cuando había demasiado polen en el ambiente. En las bodas acabas conociendo a la gente de maneras extrañas —. Y sería de mala educación no colocar a nadie allí para recibirlos.

—Elinor piensa —respondió mi madre, recurriendo a las dos palabras con las que empezaba las frases cuando hablaba con la señora Lin— que será suficiente con exponer en la pérgola las tarjetas de asignación de mesa para que los invitados las vean según vayan entrando.

—Bueno, pues yo no estoy de acuerdo. Así que poned a alguien.

Dicho eso, se alejó. Yo me arriesgué a dirigirle una mirada a mi madre, que observaba la partida de la mujer con aire tranquilo, pero con los párpados entrecerrados. No hay réplica posible cuando alguien te dice que te equivocas y luego te ordena cómo arreglarlo, ni aunque seas Natalie Barrett, y a mí me invadió un fuerte instinto de protección hacia ella. Cuando se volvió a mirarme, no obstante, devolví la atención a las velas a toda prisa.

Estaba prendiendo la mecha de una vela redonda en un portavelas de cristal cuando alguien se inclinó sobre mí y apagó la llama de un soplido. Enfadada, levanté la vista. Ambrose.

—Perdón —se apresuró a decir—. Es que no puedo ver una vela encendida sin pedir un deseo y luego soplarla. Es una especie de neurosis de cumpleaños.

Miré el mechero de plástico que tenía en la mano.

—En ese caso, esta no es la tarea ideal para ti.

—No pasa nada —me aseguró—. Las enciendo, pido un deseo, las apago y las vuelvo a encender.

Había sido un día muy largo, estaba claro. Prácticamente todo tenía el potencial de empujarte a cruzar la línea del «maldita sea, no aguanto más», pero algo en esa bobada de Ambrose me envió disparada al otro lado.

—¿Te estás quedando conmigo? —le solté.

—¿Qué?

—Jamás en mi vida había oído nada tan estúpido y superfluo.

—Uf. —Enarcó las cejas—. ¿Estás enfadada conmigo por algo?

—¡No es profesional! Pedir deseos, encender velas dos veces. Representas a nuestra empresa. Tu conducta tiene que reflejarlo.

Con ademanes lentos y exagerados, pasó la vista por la terraza de la mansión histórica que acogía la cena. Aparte de nosotros, solamente estaban allí el cuarteto de cuerda, que afinaban los instrumentos, y un par de camareros.

—Vale. Ya paro. Perdona.

Se alejó hacia otra mesa y yo reanudé mi tarea. No obstante, me sorprendí a mí misma detenida ante la siguiente llama, recordando las palabras de Ambrose. Pero no pedí un deseo. ¿Para qué?

A las siete menos cinco, cuando todas las velas estaban listas y los primeros invitados empezaban a apearse ante al puesto de los aparcacoches, mi madre se acercó.

—Necesito que te quedes en la pérgola y les indiques a los invitados sus asientos.

La expresión de su rostro reflejaba resentimiento cuando lo dijo. Saltaba a la vista que estaba agobiada. Pues ya éramos dos.

—Claro —asentí—. Pero no creo que haga falta. Lo pueden mirar por sí mismos.

Me dedicó una sonrisa, estrechó mi brazo con cariño y se alejó. Al llegar a la pérgola, comprobé de nuevo que todas las lamparillas estuvieran encendidas y las tarjetas con los nombres, ordenadas sobre una mesa con primor. Cuando llegó la primera pareja sonreí, lista para acompañarlos, pero ellos se limitaron a tomar sus tarjetas y seguir andando sin mirarme siquiera. Un punto para Natalie Barrett.

Mientras se acercaba otro grupo de invitados, dirigí la mirada más allá de las mesas hacia el pequeño estanque que había al fondo del jardín, donde Ambrose charlaba con William. Gesticulaba con aire animado y sonreía con frecuencia mientras William asentía educado con una expresión como embelesada. Había pensado en Jilly antes y todo el día, en realidad, en ese timbre particular en la voz de una persona cuando le hace tan feliz oírse contar ciertas cosas como compartirlas contigo. No podía estar segura de que Ambrose estuviera hablando de Lauren, claro que no. Tal vez fuera de Ira o de alguna otra cosa. Pero yo qué sabía.

—¿Louna?

Cuando me volví, vi a Ben Reed plantado junto a la mesa de las tarjetas, vestido con camisa y corbata y muy sonriente. Compartimos pupitre a lo largo de todo un semestre en las clases de Civilizaciones del Mundo más aburridas de la historia, durante las cuales nos turnábamos para impedir que el otro se durmiera y siempre hacíamos los trabajos en pareja. Era un chico simpático, amable y divertido, que tenía una novia de toda la vida, Amy Tellman, con la que salía desde la adolescencia.

—Hola —lo saludé antes de abrazarlo—. ¿Qué haces aquí?

—El tenis —explicó. Ben jugaba en el equipo del instituto. Hasta ese momento nunca lo había visto sin la raqueta asomando de la mochila—. Albert Lin y yo llevamos toda la vida asistiendo a los mismos torneos y campamentos de verano. Nuestras madres son íntimas. ¿Y tú? ¿De qué conoces a Elinor y Mark?

—Mi madre es la organizadora de la boda. Estoy trabajando —le expliqué. Me volví hacia la mesa y examiné las tarjetas hasta encontrar su nombre. La recogí para ofrecérsela—. Estás en la mesa seis.

—Gracias —me dijo mientras la tomaba. Echó un vistazo al jardín—. Qué bonito. Ojalá hubiera venido acompañado.

—¿Cómo está Amy?

Su rostro se crispó al oír mi pregunta, lo que venía a responderla.

—No tengo ni idea. Rompimos hace un par de semanas.

—¿Qué? —pregunté, impresionada. De nuevo se encogió con dolor. Ups—. Estoy… Jo, cuánto lo lamento. Estabais tan… Hala, lo siento.

Asintió.

—Gracias. Fue decisión suya. El verano pasado, antes de marcharse a la universidad. Quería empezar de cero en Berkeley y bla, bla, bla. Debería haberlo imaginado.

—Vaya, no me lo esperaba.

—Yo tampoco. Estoy destrozado, en serio. —Suspiró mirando su tarjeta—. En fin. Me alegro mucho de verte. En especial sin tener delante al tío Partone soltando el rollo sobre las consecuencias del mundo globalizado.

—Estaba obsesionado con las consecuencias —asentí

mientras dos mujeres entraban en el cenador—. Diviértete esta noche.

Al oír eso hizo una mueca y luego sonrió según echaba a andar por el césped hacia su mesa. A mitad de camino, se volvió a mirarme, pero desvió la vista a toda prisa al descubrir que yo seguía observándolo.

—Un momento, ¿qué es eso? ¿Las mesas? ¿Cómo sabremos dónde sentarnos?

Suspiré para mis adentros y me di la vuelta para ayudar a las dos mujeres. Un punto para la señora Lin. Sea cual sea el asunto, siempre hay un recuento en proceso, de un modo u otro.

El final de una cena de ensayo siempre es distinto al de la boda. Por tarde que sea, todavía reina una atmósfera de emoción e ilusión, ya que el gran acontecimiento está por llegar. O sea, si eres un invitado. Cuando estás trabajando, la sensación es de estar a mitad de camino.

—¿Segura? ¿No te vas a enfadar?

Miré a Ambrose con expresión de arrepentimiento. Me lo merecía.

—No. Y tampoco debería haberme enfadado antes. Es que estoy de muy mal humor, no sé por qué. Perdona.

—No pasa nada —dijo. Entonces, bajo mi atenta mirada, cerró los ojos un instante y sopló el velón que asomaba entre los dos. Sentía curiosidad por el deseo que había pedido, aunque nunca le iba a preguntar al respecto—. No me di cuenta de que Leo fuera tan pesado.

—No lo es —le aseguré antes de apagar la vela siguiente—. Soy yo.

—Pues Lauren no piensa lo mismo.

—¿Has hablado de eso con Lauren?

—Bueno, sí —reconoció. Me miró brevemente—. Tú no eras la de siempre y Leo es su mejor amigo. Intuí que tendría alguna idea al respecto.

También merecía eso, supongo, pero fue más difícil de encajar.

—¿Y la tenía?

—Me dijo —respondió al desplazarse a la mesa siguiente—

que es un tío genial si lo conoces de toda la vida, como ella, pero que en la universidad se ha vuelto un poquitín…

Aguardé, curiosa por saber qué adjetivo completaría la frase. Algo que no sucede cuando tú la completas mentalmente.

—Insoportable —concluyó. Sopló otra vela—. Ella culpa al profesor de escritura creativa y espera que solo sea una fase. Pero es consciente de que Leo podría no ser el mejor novio en potencia ahora mismo.

—Menos mal que no soy yo la que debe mantener una relación a largo plazo —comenté.

—Ah, lo tengo ganado, ni lo dudes —respondió—. Lauren me lo va a poner fácil.

Después de tanto silbido, canturreo, andares saltarines y buen humor en general, que pensara así no debería haberme pillado por sorpresa. A pesar de todo, me reventó que lo expresara en voz alta. Una imagen de Ambrose a mi lado mientras cortábamos el pastel asaltó mi pensamiento y la ahuyenté a toda prisa.

—Parece maja —dije.

—Es alucinante. —Se desplazó hacia la mesa siguiente—. No te sientas mal, fue un supergolpe de suerte que apareciera la otra noche.

—Yo no me rindo —le recordé—. Lo único que tengo que hacer es quedar con un montón de chicos una sola vez, y lo estoy haciendo.

—Cierto, cierto —reconoció. En la calle alguien pasó zumbando entre chirridos de neumáticos. Crucé los dedos para que no fuera uno de los aparcacoches—. Entonces, ¿eso significa que ya tienes otro candidato?

—Estoy en ello —fue mi respuesta. No era del todo mentira, si pensar se puede considerar parte del trabajo. Lo que estaba rumiando en realidad, y con cierta preocupación, era que, si Jilly estaba tan colada por Michael Salem, perdería a la única persona capaz de concertarme una cita tras otra. A menos que él tuviera un amigo. O, hum, un montón de amigos.

—Bueno, pues mejor —dijo Ambrose—. Si la cosa no está reñida, no es divertido.

—No te preocupes por eso. Tú céntrate en ti —le aconsejé

mientras me encaminaba a otra mesa y me inclinaba hacia la fila de velitas para apagarlas. Cuando me incorporé, me di cuenta de que me estaba observando.

—¿Qué pasa?

—¿De verdad no pides deseos? En plan, ¿nunca?

—No es mi cumpleaños y esto no es un pastel —señalé.

—Ya, pero tampoco hace falta. ¿Por qué no pedir algo, si se presenta la ocasión?

—Los cumpleaños son especiales. Esto solo son velas.

—Cuentan igual —afirmó convencido.

—Ambrose, venga ya.

—¿Qué pasa? ¿No deseas nada? ¿Tu vida es perfecta?

—Solo es un deseo —insistí—. No quiero arrebatarte la ilusión, pero el hecho de que lo pidas no incrementa tus posibilidades de que se cumpla.

—Pero te permite expresarlo —replicó—. Se lo lanzas al universo. Tiene que contar.

Bajé la vista hacia la fila de cuatro llamas que tenía delante, sin apagarlas.

—Aceptemos que lo vemos de manera distinta, ¿vale? Es tu rollo, como robar perros y bailar la conga. Yo no tengo por qué compartirlo.

—¿Es así como me describes? —preguntó, y yo sonreí—. ¿Como un ladrón de perros que baila la conga?

—Y que pide deseos —añadí—. Yo no soy así. Te parece bien, ¿no?

Me sostuvo la mirada un instante y me asaltó la idea fugaz, sin venir a cuento, de que estaba a punto de decir que no. En vez de eso se acercó, se inclinó y cerró los ojos antes de soplar toda la fila de velas, de punta a punta. Cuando terminó, me dedicó una sonrisa y se alejó a la mesa siguiente. Solamente después, mientras volvía a casa, caí en la cuenta de que no había respondido a mi pregunta. Pero yo conocía la verdadera respuesta a la suya. El día de mi último cumpleaños, cerré los ojos y no pensé en nada cuando me incliné sobre el pastel. Dejas de creer en los deseos cuando sabes que lo único que anhelas jamás se hará realidad.

CAPÍTULO 18

Por la mañana le envié un mensaje a Ethan nada más despertarme, como hacía cada día. Nunca me levantaba antes de que su respuesta asomara a mi pantalla.

«Buenos días, Lulu. Que tengas un buen día.»

Aparté a un lado el edredón, me puse de pie y me dispuse a ducharme. De camino al baño, dejé el teléfono al otro lado de la puerta, con el altavoz conectado. No escuché a Lexi Navigator aquel día en concreto, por más que fuera mi primera opción musical para levantarme con el pie derecho. En vez de eso oí las noticias, solamente los titulares, ninguno de los cuales recordaba cuando terminé de secarme.

Una vez vestida, tomé la mochila y bajé a la planta principal, donde mi madre estaba viendo *Daybreak USA*, su programa favorito de las mañanas, todavía en bata. Durante las dos horas que duraba el magazine, se dedicaba a hacer comentarios sobre los cuatro presentadores, que si llevaban el pelo así o el maquillaje asá, que si entrevistaban a los invitados de esta manera o interactuaban entre ellos de esa otra. Todos tenemos un punto flaco, supongo, y el de mi madre era el programa informativo de las mañanas.

—Melissa está demasiado delgada últimamente —comentó mientras yo introducía un rosco de pan en la tostadora y echaba a un vistazo al reloj—. Ya sé que se está divorciando, pero debería cuidarse más.

Dirigí una breve mirada a la pantalla, donde Melissa Scott, enfundada en un vestido turquesa, informaba sobre la evolución de la bolsa. Yo la veía perfecta.

—¿Qué tenéis hoy entre manos William y tú?

—Prepararnos para la cena de ensayo de Rachel Quaker y la boda de mañana —respondió. Durante el año escolar, yo me limitaba a trabajar los fines de semana, así que no siempre estaba al corriente de los distintos eventos que estaban planificando. Este sí lo recordaba, porque el nombre me llamaba la atención.

—Es la boda del caballo salvaje, ¿verdad? —pregunté.

Cerrando los ojos, mi madre suspiró. En la tele, Drew Tate, la meteoróloga, señalaba un mapa del tiempo.

—Es un toro mecánico y no me puedo creer que lo hayas mencionado cuando no era necesario.

—Perdona —le dije, aunque tuve que aguantarme la risa. Mi madre rara vez se enfrentaba a una temática que no hubiera abordado antes, pero Rachel Quaker, oriunda de Texas, lo había logrado al pedirle una cena de ensayo inspirada en el mundo del rodeo. Además del toro mecánico, habría costillas y asado traídos especialmente desde su estado natal, sombreros de vaquero para todos los invitados y cestas con toallitas húmedas decoradas con grandes lazos. Mi madre llevaba semanas refunfuñando. Por buscar algo positivo, la propia boda sería tan tradicional como la cena de ensayo no lo era: una iglesia grande, una larga lista de invitados y dinero a espuertas. Si mi madre tenía un precio por lidiar con animales electrónicos, ellos sin duda lo habían pagado.

—Acuérdate de lo que te digo, alguien se romperá el cuello. Recemos para que no sean la novia o el novio —continuó. Era una frase que llevaba repitiendo desde que habían empezado a planificar la boda meses atrás. Bebió un sorbo de café y señaló la tele con un movimiento de la cabeza—. Mira a Patrick Williams. Lleva encima tanto bótox que no puede expresar preocupación por las personas del transbordador hundido.

Mi panecillo saltó de la tostadora. Lo recogí mientras echaba otro vistazo a la pantalla. Esta vez le daba la razón. A Patrick Williams le encantaba la cirugía estética, y la alta definición no perdona.

—Tengo que irme. Le dije a Jilly que llegaría temprano para repasar el examen de español.

—No te olvides de comerte el panecillo —me gritó cuando yo cruzaba la puerta—. Ya tengo suficientes preocupaciones con Melissa.

En el coche me comí la mitad del bollo mientras recorría el vecindario y pronto me interné en la carretera principal de camino al instituto. En el primer semáforo, mi teléfono emitió un aviso. Era Jilly, que estaba llevando a KitKat y a Crawford al colegio, como hacía a diario.

«Incidente con fiambrera. No tardo nada. ¿Patio?»

Miré el semáforo, que seguía en rojo, y le contesté a toda prisa con el icono de los pulgares hacia arriba. Tan pronto como el tráfico volvió a avanzar, oí mi tono de llamada.

—Hola, mi niña linda —me dijo Ethan en español cuando respondí—. ¿Está usted lista para su ejercicio?

—Me da que el no haber entendido ni una palabra de lo que has dicho no augura nada bueno para la prueba de hoy.

—Te he preguntado si ya has estudiado para el examen —explicó entre risas—. Además, te he dicho que eres una chica guapa.

—Ah, pues qué bien —sonreí—. Y la respuesta es no, obviamente.

Oí voces al fondo. Ethan compartía el trayecto al instituto con tres amigos y el volumen colectivo siempre era elevado.

—¿Os podéis callar? Intento hablar con mi novia.

Noté un cosquilleo en la cara. No llegaba a acostumbrarme.

—Siempre estás hablando con tu novia —respondió alguien —. ¿No paramos a comprar dónuts? Es viernes.

—No puedo. He quedado con el entrenador en su despacho antes de clase —se disculpó Ethan. Hablando conmigo, añadió—: Todavía no sé qué quiere a decirme. Estoy en ascuas.

—Seguro que es algo bueno —le aseguré, igual que el día anterior y el otro. Ser convocado para una reunión especial por el entrenador de lacrosse solo podía significar algo muy bueno o muy malo, según Ethan. Yo apostaba por la primera posibilidad, si bien entendía que estuviera preocupado—. Pero no te olvides de enviarme un mensaje. Me muero de curiosidad.

—Y yo también. —Otro coro de carcajadas al fondo—. Te dejo, ya casi hemos llegado. ¿Hablamos a la hora de la comida?

—Sí —dije. Mi propio instituto asomó a lo lejos. Por lo general yo llegaba antes que él, porque Ethan y sus amigos siempre paraban a comprar comida por el camino—. Ya te contaré cómo de grande ha sido el suspenso.

—Va usted a hacer un buen trabajo —respondió en español.

—¡Ni siquiera sé qué significa eso!

—Lo vas a hacer bien —tradujo entre risas—. Te quiero,

Lulu.

—Yo también te quiero —fue mi respuesta—. Hasta luego.

Entré en el aparcamiento y seguí circulando en busca de una plaza. Para cuando la encontré al fondo, sembrada de polvorientos socavones, el reloj del salpicadero marcaba las 7.55. Tenía veinte minutos para reunirme con Jilly, empollar a tope y cruzar los dedos para el examen.

Cuando llegué al banco del patio donde solíamos quedar, mi amiga no estaba allí, así que me senté y cogí el libro para repasar los verbos. Pensé en Ethan, que en ese momento debía de estar de camino al despacho del entrenador. Cerré los ojos para desearle lo mejor.

Cuando sonó el timbre, Jilly todavía no había aparecido. «Pues menos mal que habíamos quedado para estudiar», pensé, aunque tampoco me extrañó. En casa de los Baker siempre reinaba el caos, pero muy en particular por las mañanas, lo que explica por qué Jilly sacaba notas tan malas en español: llegaba tarde un día sí y otro también. A mí, sencillamente se me daba mal. Por lo visto.

Cuando entré en el aula, el señor Richards ya estaba repartiendo las preguntas. Me deslicé en el asiento en silencio y abrí la mochila para rescatar el boli. Miré la puerta de nuevo, preocupada por la ausencia de Jilly, mientras el profesor me tendía el examen. Leí la primera pregunta: ni idea. Genial.

Sonó el último timbre de entrada y, tras el típico rumor de cierre de mochilas y arrastre de sillas, se hizo el silencio a mi alrededor. A medida que avanzaba me iba percatando de que no iba tan perdida como me temía. Qué alivio. Sentado a su mesa, el señor Richards observaba la pantalla de su portátil con el ceño fruncido.

Eran las nueve menos cuarto cuando di la prueba por terminada lo mejor que pude. Fui de las últimas en entregar. Una vez más miré hacia el pasillo en busca de Jilly. Media hora era un retraso excesivo incluso para ella. Al cabo de un momento, el señor Richards se puso de pie y, rodeando su escritorio, se recostó contra el borde y nos pidió en español que abriéramos el libro por la página ciento setenta y seis. «El subjuntivo», decía el encabezamiento. La idea venía a ser que lo usaras cuando no estabas seguro de algo. «Bueno, a mí me

resultará muy útil», pensé.

En ese momento oí correr a alguien al otro lado de la puerta entreabierta. Durante un instante pensé que sería Jilly, pero pasaron de largo, un cuerpo borroso que vi de refilón según el señor Richards nos pedía que mirásemos la pizarra, donde escribía algo con su letra de imprenta.

A las 9.05, cuando sonó el timbre que indicaba el final de la clase, miré el móvil de inmediato, pensando que Jilly me habría enviado una serie de mensajes aterrados a lo largo de los últimos quince minutos. Pero no había nada salvo un montón de alertas de noticias que no me molesté en leer. Tenía un largo camino que recorrer en los cinco minutos que nos dejaban entre clase y clase si no quería ser yo la que llegara tarde a Historia del Arte.

Como de costumbre, todo el mundo parecía moverse a cámara lenta cuando yo iba con prisas. El pasillo estaba atestado de gente pendiente del teléfono o hablando a gritos mientras yo intentaba sortear cuerpos y mochilas hacia la única escalera que solía estar menos concurrida que el resto. Cuando llegué al piso inferior, solamente me quedaban dos minutos y medio de margen hasta que sonara el timbre. Me di cuenta de que había mucha gente de pie delante del televisor de las oficinas, pero ni pensé en pararme para averiguar qué miraban.

Una vez en el exterior, de camino a los peldaños que subían al edificio de Artes Plásticas y Teatro, pasé junto a una pareja que se estaba enrollando y adelanté a dos chicos cargados con estuches de instrumentos que avanzaban a paso de tortuga. Aferré la correa de la mochila y empecé a subir los peldaños, los últimos de dos en dos, para acceder al fondo de mi clase por la puerta trasera. Sabiendo que la utilizábamos como atajo, la señora DiMarcello, que era una santa, la dejaba siempre abierta.

—¡Louna!

Cuando Jilly me llamó, algún matiz de su voz —el tono, el volumen, un temblor— me obligó a frenar en seco. Di media vuelta y la vi correr hacia mí por el césped, aunque estaba prohibido, dejando tras de sí un rastro de huellas en el rocío. Se había llevado una mano a la boca y tenía los ojos abiertos de par en par. Sin saber por qué, me invadió un frío

repentino.

—Oh, Dios mío —le dije al mismo tiempo que corría a reunirme con ella—. ¿Qué ha pasado? ¿Te encuentras bien? ¿Es alguno de los niños?

El timbre sonó en ese momento, alto y penetrante. Alargó la mano y me aferró el brazo izquierdo.

—No, no es eso… Louna, ha habido un tiroteo.

—¿Un qué? —pregunté. Detrás de mí, la profesora golpeaba la mesa de madera con los nudillos como hacía siempre para hacernos callar—. No entiendo qué quieres decir.

En lugar de responder me enseñó su teléfono. «Últimas noticias», anunciaba la pantalla con grandes letras mayúsculas sobre la imagen de un edificio de hormigón con el asta de la bandera en la entrada y un tigre pintado a un lado. Confirmado tiroteo en el instituto Brownwood de Nueva Jersey.

Me limité a mirar las palabras mientras trataba de descifrarlas.

—Dios mío —dije, y de inmediato busqué mi propio móvil. Me temblaban los dedos cuando seleccioné el número de Ethan. Saltó el contestador de voz, pero no me extrañó: no les dejaban usar el teléfono en clase. Pese a todo le envié un mensaje de texto —«¿¿¿ESTÁS BIEN???»— para cuando pudiera mirarlo. Porque a Ethan no le había pasado nada. Imposible. ¿Qué probabilidades había?

—Llegaba tarde por culpa de un estúpido problema con la fiambrera de Crawford y he oído la noticia en la radio —me explicó. Todavía me aferraba el brazo—. Ha sido en el gimnasio, al menos eso han dicho.

La primera clase de Ethan era Lengua y Literatura: lo tenía tan claro como que mi asignatura inicial era español, si no más.

—Seguro que no estaba en el gimnasio. Sus clases empiezan en el edificio principal.

—Uf, menos mal —respondió Jilly. Por fin me soltó el brazo—. Es que al oír que había sido en Brownwood y que había víctimas mortales…

Miré mi pantalla y las dos palabras que acababa de enviar, implorando que aparecieran debajo los puntitos que indican

una respuesta en proceso. Nada.

—¿Louna? —me llamó la señora DiMarcello desde la puerta que había a mi espalda—. Es hora de entrar. Vamos a empezar.

—Un segundo —grité por encima del hombro. Miré a Jilly —. Seguro que está bien, ¿verdad? Es un instituto enorme, siempre lo está repitiendo.

—Estoy convencida de que sí —respondió ella—. Y por lo que dices, ni siquiera andaba cerca.

—Sí. —Tragué saliva y miré la pantalla otra vez—. Debería… entrar en clase, ¿no?

—Claro —dijo Jilly. Ninguna de las dos se movió—. Te responderá enseguida, ya lo verás.

Oí pasos y me asomé. Por detrás de Jilly se acercaba un policía escolar. En nuestro instituto había dos: uno grande y musculoso, compacto como un yunque; el otro alto, y delgado. Este era el flaco.

—Señoritas, ya ha sonado el timbre. Tienen que ir a sus clases.

—Enseguida —le dijo Jilly. Me miró una vez más—. Avísame. En cuanto sepas algo.

—Lo haré —le prometí. El policía seguía allí de pie, observándonos. Me guardé el móvil en el bolsillo y entré en el aula.

Durante los cincuenta minutos siguientes, la señora DiMarcello estuvo plantada delante de la pizarra hablando de los surrealistas. Sin embargo, ni entonces ni luego podría repetir nada de lo que dijo: no escribí ni una palabra en la página en blanco que tenía delante. Tenía los ojos clavados en la pantalla del teléfono, que sostenía en el regazo escondido debajo del abrigo. El reglamento de nuestro centro, igual que el de Ethan y muchos otros, incluía normas estrictas contra el uso de pantallas en clase que yo solía respetar. Pero ese día me habría peleado con cualquiera que me hubiera obligado a guardar el móvil o a apagarlo. Cuando el timbre sonó por fin, seguía sin saber nada de Ethan.

En cuanto salí, volví a llamarlo. Esta vez saltó el contestador directamente, sin que sonara la señal siquiera. No era la única que intentaba contactar con él, era obvio. Abrí los mensajes de texto.

«Por favor dime que estás sano y salvo.»

Sin puntos. Me entraron arcadas y, sujetándome el cabello, me incliné sobre una papelera cercana. Pero no pasó nada. Solo gente que se abría paso de camino hacia sus clases, charlando como si fuera un día cualquiera.

Y entonces, un aviso. «Gracias a Dios», pensé con lágrimas en los ojos.

«¿SABES ALGO?»

Jilly. Le respondí «No» y eché a andar hacia el edificio principal, todavía con el móvil en la mano. La clase siguiente era Civilización Occidental, mucho más abajo, a la altura de la parada del autobús. Llevaba recorrida la mitad del camino cuando recordé algo de la conversación que había mantenido con Ethan por la mañana.

«He quedado con el entrenador en su despacho antes de entrar en clase.»

Frené tan repentinamente que alguien chocó conmigo por detrás. Me esquivó resoplando mientras yo abría la aplicación de noticias. No tardé nada en encontrar la más reciente: apareció en primer lugar. «Última hora: Tiroteo en un instituto de NJ.» Pinché el enlace, que me llevó al mismo edificio escolar con el asta de la bandera, esta vez con coches de policía aparcados en la zona delantera. Debajo había tres puntos que resumían la información principal.

Los disparos se han producido momentos antes de la primera clase del día, sobre las ocho y veinte de la mañana.

Testigos informan de múltiples víctimas en la zona del gimnasio.

Se cree que el tirador era alumno del centro y actuaba a solas.

Las ocho y veinte, pensé. Yo acababa de empezar la prueba de español. Ethan debería haber estado en clase de Lengua y Literatura, intentando no mirar el cabello de la chica que tenía delante, tan grasiento, según él, que goteaba en el pupitre. Lo sabía. Lo sabía todo de él. Así pues, ¿por qué seguía ignorando si estaba sano y salvo?

El pasillo se fue quedando desierto a medida que los alumnos entraban en sus aulas o descendían por la escalera cercana. Hacía un instante estaba abarrotado, un mar de gente codo con codo en el que yo era solamente una más.

Permanecí en el mismo sitio, mirando la pantalla, hasta que todas las puertas se cerraron alrededor y no quedó nadie salvo yo. Me dije que no me movería hasta saber algo, que detendría el tiempo en ese intervalo. Más tarde comprendería hasta qué punto fui tonta al pensar que podría hacerlo, ejercer algún control sobre acontecimientos que ya se habían producido. Pero creía en muchas cosas antes de eso. Nunca volví a saber de Ethan.

CAPÍTULO 19

—¿Quieres un pañuelo? —le preguntó William a mi madre con la intención de aportar una nota de humor. Con un gesto de la cabeza, señaló el amplio busto de la señora Lin, donde en efecto asomaba un pañuelo listo para ser usado—. Porque sé dónde encontrarlo.

Mi madre se limitó a parpadear tratando de contener las lágrimas de frustración que asomaban a sus ojos. Momentos antes había sabido por un mensaje de texto que la boda de la semana próxima, cuyos preparativos estaban muy adelantados y para la cual habíamos abonado varios pagos a cuenta, se había cancelado. Luego, mientras intentaba asimilar la noticia, la señora Lin se había acercado a mi madre para montarle un escándalo por el profundo y súbito horror que le inspiraban los lazos de tul atados a los respaldos de las sillas, que fueron idea suya desde el principio. Fue el golpe de gracia en un largo día repleto de humillaciones similares por detalles sin importancia; cualquier otra persona se habría derrumbado horas atrás. Mi madre aguantó hasta ese momento, casi a las ocho de la tarde, tres horas después de la ceremonia, pero ya no pudo más.

Mientras William le acariciaba los hombros con ese masaje circular que empleaba para tranquilizarla, me obligué a respirar hondo. Odiaba ver a mi madre disgustada. Sobre todo porque rara vez sucedía, así que medio me asustaba, como si el eje de rotación del mundo —o de mi mundo— se desplazase de un modo extraño.

—Louna, no me pasa nada —me decía ella. Era obvio que notaba cómo me sentía—. Estoy enfadada, no triste. Y la culpa la tiene principalmente la cancelación de Margo Wagner. Al menos ahora sabemos a qué vino el plantón en la sesión de fotos.

—Aunque recibir una bronca por los lazos de unas cuantas sillas tampoco ayuda —intervino William, que ahora desplazaba la mano en sentido contrario—, teniendo en

cuenta que nos opusimos a la idea desde el principio y lo dejamos bien claro. ¿Quién quiere sentarse en una silla envuelta como un regalo? ¿Y ahora te achaca a ti su mala decisión? Es inaceptable.

—Odio esta boda —gruñó mi madre mientras se enjugaba los ojos con un pañuelo que no procedía del pecho de otra persona.

—Y yo odio a esa mujer —le dijo William—. Pero centrémonos en el aspecto positivo, ¿te parece? La cancelación de la boda Wagner implica que el próximo fin de semana podremos aceptar la invitación a viajar a Santa Samara para decidir si organizamos la boda Kerr.

—Ay, por Dios —gimió mi madre—. ¿Todavía piensas en eso? No organizamos bodas fuera de la ciudad. ¿Y quieres intentarlo en una isla?

—Puntualicemos. Quiero aceptar un viaje gratuito a una isla con el pretexto de plantearnos si organizamos allí una boda —aclaré—. Piénsalo. Playa, aguas cristalinas, cócteles con sombrillas, todos los gastos pagados. Si antes no lo merecías, sin duda lo mereces después de esta noche.

Como para darle la razón, la señora Lin escogió ese instante para poner de vuelta y media a una de las camareras. La mujer, sobresaltada, retrocedió, y una bandeja de copas vacías temblequeó en sus manos. Volví la vista hacia la mesa presidencial, donde Elinor Lin se acurrucaba con su flamante marido, las cabezas unidas, ambos sonriendo. Aunque en parte me habría gustado que se hiciera responsable del tornado que tenía por madre, debo reconocer que parecía inmensamente feliz. Y es probable que lo mereciese. Nosotros habíamos lidiado con la señora Lin unas pocas semanas. No podía imaginar cómo sería hacerlo una vida entera.

Mientras yo meditaba el asunto, Ambrose se acercó a nuestra pequeña reunión.

—Todo en orden en el frente de la damita de honor desvanecida —nos informó—. Acabo de hablar con ella otra vez y se encuentra bien.

Al oír eso, lancé una breve ojeada a la mesa presidencial. En efecto, la adolescente que se había desmayado durante los votos intercambiaba risas con una niña de las flores. Estábamos acostumbrados a que la gente se mareara o a veces

perdiera el sentido. Por eso mi madre nunca olvidaba impartir su famosa charla de «no te mires las rodillas y todo irá como la seda» durante los ensayos, en particular cuando hacía calor al aire libre. Por desgracia, era inevitable que alguien se desmayara de vez en cuando y esa chica lo había hecho por todo lo alto: se había desplomado sobre un arreglo floral y se lo había llevado por delante. Cuando recuperó el sentido y supo lo que había pasado, le dio tanto apuro que se echó a llorar.

La acompañé a un anexo pertrechada con el botellín de agua en la mano, dispuesta a quedarme con ella hasta el final de la ceremonia. Sin embargo, fue Ambrose quien protagonizó una intervención crucial.

—¿Piensas que has quedado mal? —le preguntó al tiempo que desplegaba una silla a su lado—. Yo te diré lo que es hacer el ridículo. Una vez estaba caminando hacia atrás mientras hablaba con una chica y no vi el bordillo. Caí, aterricé de culo y berreé como un bebé. Fue horroroso.

La joven dama de honor, con el rostro enrojecido, se limitó a mirarlo.

—¿De verdad?

—Ya lo creo que sí —asintió él, desdeñando el asunto con un gesto de la mano—. Y eso no fue nada. Otra vez, en el colegio, estaba haciendo una presentación sobre residuos tóxicos y se me cayeron los pantalones. En aquella época me molaba llevar los pantalones bajos, pero, vaya, no tan caídos.

Al oírlo, reí con ganas; no pude evitarlo. Él me sonrió a mí y luego a la chica, que esbozaba la más incipiente de las sonrisas.

—Y otra vez —prosiguió, bajando la voz una pizca—, estaba enredando con un dispensador de cinta adhesiva y el aparato estalló delante de mi jefa y de esta chica tan guapa que trabaja conmigo. Salió humo y tuve que agacharme a recoger el estropicio del suelo delante de todo el mundo.

Parpadeé al recordarlo. No dio muestras de sentirse apurado en aquel momento, eso seguro. ¿Y era guapa en su relato? Mientras lo recordaba, entre las risitas de la dama de honor, Ambrose alzó la vista para mirarme y a mí se me escapó una sonrisa. Había desentrañado muchos de sus entresijos después de aquel día, pero siempre conseguía

sorprenderme. Era amable. Mucho. ¿Quién lo hubiera dicho?

De nuevo en nuestro corrillo, se ajustó la corbata antes de comentar:

—Dice el DJ que la novia lanzará el ramo y la liga en quince minutos. Luego media hora más de baile, seguido de la partida. Y después de eso ya podremos ir señalando la salida a los invitados.

—Empezando por la señora Lin —apostillé. Mi madre me dedicó una sonrisa.

—Pues buena suerte —respondió él—. Acaba de cantarme las cuarenta por los tenedores del postre. Ni siquiera sé cuáles son.

Al oír eso, mi madre se volvió hacia la mesa más cercana para controlar la posición de los cubiertos. Por más que hubiera una chiflada de por medio, le gustaba hacer las cosas bien. Puede que fuera eficacia profesional o tal vez un exceso de celo, todavía no tenía claro cuál de las dos cosas.

—Ah, Louna —añadió Ambrose en tanto que ella recogía un tenedor para consultarle algo a William—, ese chico de la mesa diez ha preguntado por ti. Solo es un presentimiento, pero apuesto a que ignora la prohibición de bailar.

—No tengo prohibido bailar —aclaré—. Solo bailar en las bodas en las que estoy trabajando.

—Bueno, pues será mejor que se lo digas. Porque viene hacia aquí.

En efecto, cuando me di la vuelta, vi que Ben Reed se acercaba con su característica sonrisa relajada. Mi madre y William se apartaron a un lado para darme intimidad y supuse que Ambrose los imitaría. Pero permaneció en el sitio, cómo no.

—Hola —dijo Ben—. Has desaparecido.

—Esta es una de esas bodas que te obligan a correr de un lado para otro —le expliqué—. ¿Te estás divirtiendo?

—Sí. —Miró de reojo a Ambrose—. Hum, en realidad quería preguntarte una cosa.

Seguro que Ambrose nos dejaba solos. No lo hizo. Interpuse el cuerpo para excluirlo de la conversación.

—Claro —dije.

Ben volvió la vista hacia los jardines del club de campo, donde un montón de gente bailaba en una pista instalada

debajo de una carpa blanca.

—Estaba pensando si querrías…

En ese preciso instante la mesa situada a nuestra espalda estalló en estrepitosas carcajadas seguidas del entrechocar de las copas. Pero yo había captado la idea.

—No puedo —respondí—. No lo tengo permitido cuando trabajo.

Ben me miró con desconcierto.

—O sea, ¿nunca?

—Bueno, no. —Miré a mi madre y a William, que debatían sobre los tenedores—. Como somos parte del personal, no está bien visto.

—Entonces, ¿no puedes salir un rato, cuando esto haya terminado?

En esta ocasión fui yo la que no entendió nada. Ambrose, en cambio, no había perdido comba.

—Te ha preguntado si te gustaría hacer algo —me sopló, inclinado hacia mi oído—. ¿Has entendido otra cosa?

Noté un cosquilleo en la cara junto con una súbita oleada de furia con solo pensar que Ambrose estuviera participando en esta conversación.

—Lo siento mucho —le dije a Ben, negando con la cabeza —. Pensaba… pensaba que querías sacarme a bailar.

—Ah —dijo. Por alguna razón miró a Ambrose. ¿Quizá esperando que aclarara eso también?—. No. Pero puedo hacerlo. O sea, te sacaré. Como estabas trabajando, he pensado que…

—A eso me refería —lo interrumpí, pisando sus palabras—. O sea, cuando lo he dicho. Los clientes no me pueden prohibir que socialice en mi tiempo libre. Todavía no, al menos.

Ben sonrió al oírlo y se me ocurrió de pasada que este sería el típico encuentro gracioso que una pareja podría narrar muchos años después, cuando alguien les preguntase cómo se conocieron.

—Bien, porque empezaba a plantearme si estábamos ante un caso de trabajos forzados.

—A veces puede serlo. Pero no en ese sentido.

Ambos guardamos silencio un instante para reconducir la situación. En ese momento noté que Ambrose se inclinaba de nuevo hacia mi oído.

—Todavía no has respondido a su pregunta, que lo sepas.

—¡Métete en tus asuntos, Ambrose! —le espeté entre dientes, y añadí un manotazo de propina. Esta vez retrocedió. Un paso. Ben nos observaba a los dos como si nos faltara un tornillo. Inspiré para recuperar la compostura—. Me encantaría hacer algo contigo en otro momento. Bueno, si todavía te apetece.

Sonrió.

—Pues claro. ¿Qué tal este fin de semana? Una peli, cena…

—Genial —dije—. Mándame un mensaje. Te doy mi número.

Mientras él buscaba su móvil, abría la aplicación de contactos y me lo tendía, me pregunté por qué Ambrose estaba tan interesado en este intercambio, teniendo en cuenta que ya había encontrado a su propio ligue alucinante y que, en su opinión, tenía la apuesta ganada. Pensaba preguntárselo después de teclear mi número y despedirme, pero a esas alturas ya se había marchado.

Dos horas y media más tarde estaba desatando el enésimo lazo de tul de una silla. Eran las diez y media, mucho más tarde del final previsto para la boda Lin, y los últimos invitados acababan de cruzar las puertas de camino a sus coches. Había transcurrido una hora larga desde la partida de los novios, cuyo enlace no pintaba bien (de acuerdo con mi sistema, claro está), a pesar de los arrumacos que había presenciado un rato atrás en la mesa presidencial. Mientras los invitados lanzaban alpiste y purpurina (genial para las fotos, horrible si no la querías adherida a tu ropa toda la eternidad), Elinor y su novio se encaminaron a la limusina para su partida triunfal. Sonrieron a cámara, a sus amigos y a su familia. Sin embargo, la última vez que los vi desde mi posición privilegiada junto a las puertas del club de campo, ella se estiraba el vestido de corte sirena con expresión irritada, como si él se hubiera sentado encima, mientras que él estaba recostado contra el asiento poniendo los ojos en blanco. A ellos les deseé la capacidad de perdonar.

Puede que sí creyese en los deseos después de todo, comprendí. Al menos en los deseos que pedía para otras

personas. Al pensar eso miré de reojo a Ambrose, que estaba recogiendo los grandes arreglos florales de las mesas y transportándolos al coche de la señora Lin. Solo Dios sabe qué pensaba hacer esa mujer en su habitación de hotel con veinte enormes jarrones repletos de lirios, rosas y follaje. No obstante, había dejado muy claro que se llevaría consigo todo aquello que la familia había pagado cuando (por fin) se marchase (para alivio de todos). De momento seguía ladrando órdenes de acá para allá. Ambrose y yo éramos los únicos que quedábamos para escucharlas; mi madre y William se habían llevado su brindis y su valoración final a otra parte.

—Y esos programas también —la oí decir. Echó mano del fajo que yo había traído de la iglesia tras la ceremonia y lo dejó sobre la mesa de la tarta—. ¿Los cubiertos son nuestros?

—No, son de la empresa de cáterin —la informó Ambrose por detrás de un tembloroso iris.

—Ah. —La señora Lin miró a un lado y a otro—. Bueno, las servilletas de cóctel, pues.

Las recogió y vino hacia mí de camino a la salida. Yo me aseguré de agacharme cuanto pude hacia la silla que tenía delante, como si desatar el lazo requiriese tanta precisión como dividir un átomo. Aun así, añadió:

—Y también me llevaré la tela de esos lazos. El tul no es barato, que digamos.

—Guay —respondió Ambrose con desparpajo. Le lancé una mirada de advertencia, pero él no me vio, concentrado como estaba en seguirle el ritmo a la mujer, que avanzaba con decisión por el jardín. Me pregunté, y no por primera vez, cómo se las arreglaba ese chico para mostrar siempre tan buena disposición, en particular cuando mi paciencia hacía rato que se había agotado.

A las once y cuarto ya solo quedaban las carpas, las mesas y las sillas, de las que se encargaría el local (aunque sorprendí a la señora Lin, en uno de sus recorridos finales, observarlas como sopesando la idea de embutirlas también en su coche de alquiler). Cuando se alejó por fin, con el turismo cargado hasta el techo, reaparecieron William y mi madre. Estaban de un humor excelente, sofocados y risueños. Lo que trajo la señora Lin, el champán se lo llevó.

—Ding dong, la bruja ha muerto —canturreó William

cuando los faros traseros se perdieron al otro lado de los portones—. Lo de esta mujer quedará para los anales de la historia.

—Oíd bien lo que os digo —declaró mi madre—. No volveré a tratar con esa mujer. Si ha olvidado algo, uno de vosotros se lo tendrá que llevar.

—Dudo mucho que eso vaya a suceder —replicó Ambrose —. Se ha llevado prácticamente todo lo que no estaba clavado al suelo.

—Pero lo que importa es —dijo William apuntándolo con el dedo— si tú te has quedado con algo.

Mi madre y yo nos miramos con perplejidad. Ambrose, sonriendo, hundió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de pañuelos.

—Sí.

—Maldita sea —exclamó William muerto de risa—. Te debo veinte pavos.

—¿Estoy borracha? No creo que esté borracha —me dijo mi madre—. Pero no entiendo nada.

William seguía riendo entre dientes cuando extrajo la cartera, en tanto que Ambrose doblaba los pañuelos con cuidado. Y entonces até cabos de sopetón.

—¿Los has cogido de su pecho?

Al oír eso, William estalló en carcajadas de nuevo. Haciendo esfuerzos por conservar la seriedad, mi madre protestó:

—Vale, por mal que se haya comportado, eso me parece inapropiado.

—Ah, pues a mí me parece muy apropiado —replicó William. Le tendió el billete de veinte a Ambrose, que lo tomó con una sonrisa—. Los llevaba ahí a plena vista, como un dispensador de pañuelos humano. No me digas que tú no has sentido la tentación.

—Yo he sentido la tentación de estamparle un puñetazo en la cara —fue la respuesta de mi madre—, pero supongo que esto ha sido lo segundo mejor.

—Y lo siguiente mejor —añadió William— es que por fin nos hemos quitado de encima este evento. Próximo fin de semana, Santa Samara.

—No he accedido a eso, William —le advirtió mi madre.

—Ya he llamado al doctor Kerr, que ha contactado con su agente de viajes. Nos marchamos el viernes por la mañana.

—¿Qué?

—Natalie. —Posó las manos sobre sus hombros—. ¿Cuándo fue la última vez que tuvimos ocasión de hacer un viaje en pleno verano, y no digamos ya a una isla tropical? Lo necesito. Lo necesitamos. Iremos y no se hable más.

Ella me miró exasperada. Yo dije:

—A mí me parece fantástico. Deberíais ir.

—¿Lo ves? Incluso Louna está de acuerdo. —William soltó a mi madre—. Ah, estoy impaciente. Me voy a comprar un sombrero de paja solo para la ocasión. Y te compraré uno a ti también.

—No quiero un sombrero de paja.

—Conseguiré que cambies de idea —replicó, contento—. Venga, vámonos ya. Terminaremos esa botella en tu casa. Luego podemos entrar en internet y comprar ropa de playa.

Mi madre no parecía convencida, pero lo siguió a la furgoneta y se acomodó en el asiento del copiloto. A decir verdad, ni recordaba la última vez que se había marchado de vacaciones y nunca lo había hecho durante la temporada de bodas. Todo era distinto ese verano.

Mientras se alejaban, mi teléfono emitió un aviso. Era Ben. Ya. Qué interesante.

«Imagino que aún estarás trabajando, pero estaba pensando en un resopón. ¿En El Mundo de los Gofres?»

—Vaya, que romántico —comentó Ambrose, que curioseaba por encima de mi hombro otra vez—. ¿Un plato de tortitas y tú? Como primera cita, me parece alucinante. Tienes que aceptar.

Me limité a observarlo hasta que, despacio, retrocedió un paso.

—¿Por qué te importa tanto esto? Hace un rato te has comportado como una carabina.

—Soy una persona curiosa —respondió, como si eso lo explicara todo—. Además, estoy muy interesado en ganar la apuesta.

—Pensaba que ya la tenías ganada. Que Lauren te lo había puesto muy fácil.

—La tengo y no me costará nada. Pero acabas de introducir

el factor tortitas. No puedo bajar la guardia.

Volví la vista al móvil. No era demasiado tarde y teníamos toda la noche por delante. Las tortitas serían un magnífico comienzo. Pese a todo, tenía claro que no iba a aceptar. Ya había protagonizado la más épica de las noches tiempo atrás. Las cosas como esa no se repiten dos veces.

«Ojalá pudiera. Estoy hecha polvo. ¿Hablamos mañana?»

Aparecieron los puntitos: estaba esperando. «Claro. Que duermas bien.»

—¿Cómo? —exclamó Ambrose. Levanté los ojos—. Acabas de hacer una mueca.

—¿Sí?

—Sí. —Leyó el mensaje (cómo no) e hizo un ruidito de desaprobación—. Además, no lo pillo. Es una buena jugada. ¿Tortitas? ¿Qué duermas bien? ¿Cómo es posible que no te convenza?

Me guardé el teléfono en el bolsillo.

—Él no es el problema.

—Y entonces, ¿cuál es?

Lo miré mientras trataba de averiguar cómo responder a su pregunta. En las semanas que habían pasado desde que fuimos juntos a Kirby's, había estado esperando que el tema de Ethan saliera de algún otro modo. Una mención de pasada por parte de mi madre, William o incluso Jilly. Pero no había sucedido. Por lo que él sabía, todo se reducía a una ruptura dolorosa.

—Se parece demasiado a mi primera cita con otra persona —respondí—. Nadie quiere ser una burda imitación.

Me escudriñó un instante. A continuación, dijo:

—Ese novio tuyo debía de ser un fuera de serie. Si la ruptura te estropeó hasta las tortitas.

—Sí —admití—. Además, estoy cansada. Pero no te preocupes. Ben y yo lo pasaremos en grande esta semana. No pienses que me retiro. Sigo decidida a ganar.

Esperaba que se riera o me siguiera la broma con sus típicas bravatas. Pero no dijo nada. Se quedó allí plantado hasta que el silencio se hizo pesado.

—Vale —asintió por fin—. Ya veremos.

Sonreí y me cambié el bolso de brazo. Me pareció raro dar la conversación por terminada en una atmósfera tan cargada

de un modo que no sabía explicar. Sin pensar, extraje de su bolsillo uno de los pañuelos doblados.

—Perdona —le dije—. No he podido resistirme.

—Debe de ser contagioso —respondió.

Un coche entró en el aparcamiento y trazó una curva para detenerse delante de nosotros. Era Lauren, que lucía un vestido negro ajustado y pulseras de plata, el cabello suelto y ondulado. Ira viajaba en el asiento delantero, jadeando, con su bandana característica —en esta ocasión amarilla— atada al cuello con desenfado.

—Hola —dijo ella—. ¿Todo listo por aquí?

Me guardé el pañuelo en el bolsillo mientras Ambrose contestaba:

—Sí. Vamos.

Lauren me saludó con la mano en tanto que él se acomodaba a su lado. Al momento Ira saltó al asiento trasero y asomó raudo la cabeza entre los dos. «Vaya con la familia feliz», pensé cuando se alejaron. De camino a casa, pasé por delante del Mundo de los Gofres, que irradiaba luz y bullicio como acostumbraba a cualquier hora de la noche, y me pregunté si habría cometido un error. Pero con la misma rapidez pasé de largo y lo dejé atrás.

CAPÍTULO 20

A principios de la semana siguiente mi madre por fin se hizo a la idea de pasar fuera un par de días. También es verdad que no dejaba de augurar un viaje desastroso y de advertir que jamás accedería a organizar una boda en el extranjero, ni en un millón de años. Pero, tratándose de ella, se podía considerar un progreso.

—¿Has visto eso? —me preguntó el martes por la mañana, mientras veía *Daybreak USA* con su café. Melissa Scott presentaba una sección titulada «¡Trampas para turistas!», dedicada a detallar las distintas estafas que sufrían los turistas en sus vacaciones. Igual se podría haber llamado la prueba A.

—Te piden ayuda, te roban el pasaporte y ya no puedes volver a casa. Es maquiavélico.

—Puedes pedir otro pasaporte —señalé. Hundí una pajita en el batido de frutas que acababa de preparar—. Eso no te obliga, no sé, a quedarte allí eternamente.

Mi madre refunfuñó mientras Melissa mostraba la cartera de viaje que el experto recomendaba y que te permitía prenderte el dinero y la documentación al cuerpo mediante lo que parecía una serie de nudos dobles.

—Pero, por favor. ¡No puedo llevar algo así! No debería ir. Esto es absurdo.

Me senté a su lado, de cara al televisor de la cocina.

—Mamá —le dije—. ¿Qué te preocupa tanto en realidad? No puede ser solamente por organizar una boda en el extranjero. Es demasiado loco incluso para ti.

Me miró con aire ofendido.

—Oh, qué amable. Muchas gracias.

—Ya me has entendido. En serio, ¿a qué viene esto?

Miró su taza de café y deslizó el dedo por el borde.

—Es que nunca he sido de esas personas que se van de vacaciones. Nada más.

—Porque no has tenido ocasión —alegué—. Además, tenías que cargar conmigo.

—Yo nunca he cargado contigo —replicó. Con la mano libre, me retiró el pelo de la cara—. Eres lo mejor que me ha pasado.

—Vale —dije—, pero sigues sin responder a mi pregunta.

Exasperada, apartó la mano.

—Mira, ya sé que no es lo más habitual, pero me gusta trabajar. Lo prefiero, de hecho. Si no estoy ocupada con mis cosas, me siento perdida. Y eso ya resulta bastante complicado cuando me quedo por aquí. Pero estaremos en una isla. No habrá forma de escapar.

Enarqué las cejas.

—¿Lo dices en serio? Pero si siempre estás hablando de lo mucho que odias tu trabajo.

—No lo odio —respondió al instante en tono consternado —. No, no. Digo que algunos aspectos del oficio me ponen de los nervios, ciertas novias o circunstancias. Pero ¿el trabajo en sí? Para nada.

Me recosté en el asiento según intentaba asimilar lo que estaba oyendo. Tenía sentido, si lo pensaba.

—Entonces, ¿me estás diciendo que cada vez que yo quería ir a la playa, a la montaña o al parque de atracciones, podríamos haberlo hecho, pero tú preferías quedarte?

Se mordió el labio.

—Bueno, es posible que no todas las veces.

Negué con la cabeza.

—Vaya.

—Perdona —dijo. Me rodeó la mano con la suya—. Mira, hubo un momento de mi vida, cuando todavía estaba casada con tu padre, en que tenía libertad para hacer lo que quisiera. Me sentía como si tuviera el deber de ser muy feliz. Y no lo era. Luego todo se desmoronó y acabé en Textiles, etc, era una madre soltera y pensaba que nunca encontraría la felicidad. Pero al conocer a William y poner en marcha este negocio, las cosas se pusieron en su sitio de la manera más inesperada. Había encontrado mi lugar en el mundo, ya sabes, ese «algo» especial. Cuando encuentras algo como eso tan tarde en la vida, tienes miedo de perderlo. Todo lo relacionado con ello se convierte en algo valiosísimo.

—Mamá, tenías, no sé, veintidós años cuando pusiste en marcha este negocio.

—Veintidós, divorciada de un poeta que no daba un palo al agua y después de varios años criando pollos y fabricando pulseras para ganarme la vida. —Suspiró—. Encontrar mi vocación me pareció una bendición. Y las bendiciones no deben subestimarse.

—Pero tienes derecho a tomarte un día libre. Incluso Dios lo hizo.

—Y yo, igual que Él, tengo los domingos —replicó—. Con eso me basta.

Se levantó en ese momento y cruzó la cocina para servirse más café. En la tele, Dan Jersey, el presentador del informativo, describía con aire sombrío la evolución de la bolsa. Sobre su hombro, un gráfico mostraba los altibajos recientes. Lo observé mientras meditaba lo que acababa de decir mi madre. No me identificaba con el asunto de la vocación, todavía no, y me chiflaban las vacaciones. Pero la idea de dar con algo que encaja contigo a la perfección cuando pensabas que nunca lo encontrarías y luego sentir terror a perderlo… Bueno, eso lo entendía muy bien.

—Tenemos cuatro bodas antes de la de Bee —le recordé. Ella volvió a sentarse con una pierna doblada debajo del cuerpo—. No les va a afectar en nada que te relajes un poco. Yo me aseguraré de que sigan aquí cuando vuelvas. Prometido.

—Bueno, por lo que parece no tengo elección —concluyó con un suspiro—. William ya ha comprado sombreros y caftanes a juego. Tengo que ir, me guste o no.

Por su manera de hablar, cualquiera habría pensado que estaba a punto de marcharse a un campo de trabajo en Siberia. Pero una nunca sabe de qué es capaz hasta que lo intenta y, si tienes suerte, las cosas que amas te estarán esperando. Es así en la mayoría de los casos. No en todos. Pero sí en la mayoría.

—El caso es —dijo Julian, que se inclinó sobre la mesa para acercarse más a mí— que descartar la vida en otros planetas no solo es una tontería. También es una arrogancia. Y eso casi nadie lo entiende.

Bebí un trago de mi té helado. Durante los primeros quince

minutos en el restaurante tailandés, habíamos abordado los temas típicos —estudios, familia, música— igual que en cualquier cita de las que había mantenido hasta el momento. Y entonces, de sopetón, empezamos a hablar de extraterrestres. Y sin venir a cuento. Julian, el sobrino de una de las dueñas de la papelería que había junto al despacho, se había zambullido en el tema sin más.

—¿Perdón? —pregunté mientras la camarera se detenía a mi lado para rellenar el minúsculo trago que acababa de tomar.

—Hay que tener muchas pelotas para dar por supuesto que eres la única forma de vida en el universo —me explicó al tiempo que se despojaba de la gorra de béisbol para alisarse las rastas—. De eso trata mi charla de este fin de semana. El título completo es: «La arrogancia de los terrícolas: cómo la estrechez de miras limita nuestra concepción del universo».

Su tía, Florence, había mencionado que estaba en la ciudad para impartir una charla en la universidad. Eso me pasaba por andar demasiado preocupada por la apuesta como para preguntar. Cuando me comentó que tenía mi edad, que era un chico muy majo y que estaba buscando a alguien para salir un rato, me lancé de cabeza.

—Entonces eres un experto y eso —comenté. Julian echó un vistazo al teléfono (que había dejado entre los dos, en primer plano, y se iluminaba cada dos por tres con mensajes) —. Tienes que serlo, si vas a dar una charla.

—Bueno, cualquiera puede dar una charla si se inscribe con la suficiente antelación —respondió al mismo tiempo que tecleaba una respuesta sin mirarme—. Pero, sí, me considero un erudito en lo relativo al espacio exterior. Aunque todos deberíamos ser alumnos de la inmensidad. Es nuestro deber. Hacer otra cosa es, francamente…

Bajó la vista a su teléfono cuando entró un nuevo mensaje.

—Arrogante —apunté. No me oyó.

Cuando llegaron los platos principales, me disculpé para ir al baño, donde tardé todo lo que pude en lavarme las manos y retocarme el pintalabios. Si había que besar unas cuantas ranas para encontrar otro príncipe azul, yo me estaba trabajando a tope el mundo anfibio, estaba claro. ¿Por qué me costaba tanto encontrar un chico con el que pudiera

hablar? Aunque la verdad, a esas alturas, me conformaría con alguien que me mirara a los ojos. O, bueno, que me prestara atención.

En ese momento mi teléfono emitió un aviso. Cuando eché un vistazo vi un mensaje de Ambrose. «Dime algo», había escrito. Habíamos quedado así, por seguridad, ya que la cita no se celebraría en una fiesta ni en presencia de otra pareja. «¿Todo bien?»

«Le gustan los extraterrestres», contesté.

«¿A quién no?»

Suspiré, ignoré el comentario, me guardé el teléfono en el bolsillo y regresé a la mesa. Ya le había cogido el tranquillo. No tenía que hacer nada más que aguantar hasta el final de la cena, rechazar el postre con educación y estrecharle la mano con firmeza antes de volver a casa. Aunque debía reconocer que transcurridas una semana y tres citas desde que hicimos la apuesta, estaba hasta las narices. Pero no podía echarme atrás, después de tanto alardear. Por más que agosto se me antojara a años luz, incluso galaxias, de distancia.

—¿Qué tal en el aeropuerto? —preguntó Ambrose.

Me desplomé en una butaca de cuero del despacho y exhalé un largo suspiro.

—Horroroso. Pero ya están de camino. Me he quedado en la terminal mirando el panel hasta ver la palabra «cerrado», solo para asegurarme.

—Me alegro —dijo—. Cuando ha deshecho toda la maleta para buscar el pasaporte y lo tenía en la mano, he pensado que iba a enviar a paseo todo el viaje.

—Uf, pues hemos tenido, yo qué sé, dos incidentes más mientras íbamos de camino —comenté, frotándome los ojos —. Empiezo a pensar que no es tan mala idea eso de que nunca vaya a ninguna parte. Dudo que yo pudiera soportarlo.

—Pero se ha marchado —concluyó Ambrose. Rodeó con una cinta elástica el fajo de tarjetas de ubicación que había estado contando y las dejó caer en la caja que había a sus pies —. Y tenemos el fin de semana libre. En cuanto acabemos con esto.

Observé la colección de jarrones, el libro de invitados, las

figuras del pastel, las servilletas y el resto de los artículos nupciales que se amontonaban delante de mí. Lo habíamos comprado todo para la boda de Margo Wagner, prevista para el día siguiente. Un «doblete» de presupuesto medio y estilo rústico chic, destinado a ser el tipo de evento que mi madre y William podían ejecutar con los ojos cerrados. Y habría sido preciosa, estaba segura, si el prometido de Margo no la hubiera cancelado con poco más de una semana de antelación.

Era demasiado tarde para recuperar los pagos a cuenta o devolver el material aun si la novia lo hubiera solicitado, cosa que no había hecho. De hecho, las órdenes concretas, impartidas por una madre de cara avinagrada, fueron que su hija «jamás vuelva a oír hablar de esta situación tan desagradable». Siempre podíamos emplear el material descartado para emergencias, pero de todos modos era muy triste empaquetar esos artículos que habían comprado, bien lo sabía yo, con tanta ilusión y esperanza. Eché mano de la figura del pastel: un novio con la novia en brazos, ambos sonriendo.

—Voy a envolver las velas y los portavelas —dije a Ambrose cuando me puse de pie. Abrí una caja llena de papel de seda, extraje una hoja y cogí una pequeña lamparilla azul. Los colores escogidos para la boda eran amarillo y azul, los favoritos de la novia y el novio, respectivamente—. Si te digo la verdad, nunca me gustó la idea del verde.

Ambrose me lanzó una breve ojeada.

—¿Verde?

—Para los manteles —aclaré, señalando la mantelería apilada en una silla cercana—. Mi madre odia todo lo que no sea blanco. Pero a Margo le encantaba el sentido simbólico de fundir el amarillo y el azul, ya sabes. Así que para el convite había pedido verde en abundancia.

Ambrose rio con ganas.

—Tía, en este mundillo la gente le busca significado a todo. Incluso al círculo cromático.

—La gente hace cosas raras en las bodas —asentí al mismo tiempo que envolvía otra lamparilla—. Esa es una verdad universal que siempre se cumple.

—Empiezo a entenderlo —respondió.

Mientras trabajábamos en silencio, pensé en Margo Wagner, una chica que se maquillaba mucho y llevaba collares llamativos. La había visto un par de veces por el despacho. Todas las novias tienden a obsesionarse con la boda, pero ella estaba pendiente ante todo de su enorme anillo de compromiso, que exponía constantemente a la luz. Tal vez, pensé entonces, lo usara como bola de cristal y cada vez que lo mirara viera una celebración perfecta en amarillo, azul y todo ese verde. O puede que solo le gustara arrancarle destellos. Puede que ambas cosas.

—Bueno —decía Ambrose mientras yo envolvía un enorme velón—, ¿qué novedades hay en el frente de las citas? Has guardado un silencio sepulcral desde el friki de los alienígenas. Espero que no estés teniendo dificultades para seguir adelante.

—No —repliqué—. Ayer por la noche tocó cita doble. Jilly y Michael Salem trajeron a un amigo suyo. Su familia también tiene un camión restaurante.

—Jo, qué comunidad más grande, ¿no? Como el mundo de la educación en casa.

—Sí que lo es —asentí—. Los padres del chico, Martin, hacen *dumplings*. Me han dicho que son deliciosas.

—Y ¿qué me dices de Martin?

Suspiré al tiempo que tomaba otra lamparilla.

—Muy simpático, supermono y colgado hasta las cejas de su ex.

Hizo una mueca.

—Vaya.

—Sí. Se llama Eloise. A mí me parece un horror, por lo que cuenta, pero él alberga esperanzas de que recupere el juicio. Piensa que solo es cuestión de tiempo que vuelva con él. —Me recogí un mechón de pelo detrás de la oreja—. Al menos la cita no fue horrible. Y pasé un rato con Jilly.

—¿Anda muy liada?

—Siempre está liada. Pero ahora además está enamorada, así que todo su tiempo libre gira en torno a Michael Salem —expliqué.

—Eso siempre es un rollo. Cuando tus amigos desaparecen en combate.

—No, si me alegro por ella. Se lo merece. —Me incliné para

ordenar las velas en la caja que descansaba a mis pies—. Jilly siempre ha sido una romántica empedernida, pero nunca había salido con nadie en serio. Es la primera vez que vive algo así, caminar de la mano hacia el atardecer y todo eso. Así que lo está flipando.

Noté que me miraba al incorporarme para arrugar más hojas de papel.

—Y ¿qué me dices de ti?

—Ya te lo he dicho. El chico alien el lunes, Martin anoche, y Ben y yo tenemos pensado quedar este fin de semana, aprovechando que yo no trabajo. Así que no solo estoy a tope, sino que voy por delante en la apuesta. Y por eso te estoy buscando candidatas interesantes para cuando lo dejes con Lauren. Puede que Eloise siga disponible.

—Puede —convino, y yo solté una carcajada—. Pero no hablaba de la apuesta.

Lo miré.

—Ah. Entonces, ¿de qué hablabas?

—De fliparlo con alguien, de enamorarse perdidamente. ¿Cuándo te tocará a ti?

—Antes tengo que ganar la apuesta —respondí, y volví a reír. No se unió a las risas.

—Hablo en serio, Louna. Aparte de la apuesta, también buscas eso, ¿no? Caminar de la mano hacia el atardecer.

Me puse en guardia al momento, con todo el cuerpo en tensión.

—Pues claro —dije tratando de adoptar un tono desenfadado—. ¿Quién no? Pero eso no pasa cada día.

—¿Piensas que los paseos hacia el atardecer están contados?

—Pienso —empecé— que todos tenemos derecho a vivir un gran amor, pero no una y otra vez. Si ya viviste algo así, pasará un tiempo antes de que encuentres otro.

—Pero un gran amor tiene que ser así. Maravilloso.

—¿Y? —pregunté.

—Pues que no implica una ruptura dolorosa, como lo fue la tuya. Que es lo opuesto a un amor maravilloso.

No supe qué responder. Carraspeé mientras ordenaba mis pensamientos.

—Las cosas terminan —argüí—. Da igual que el comienzo

haya sido impecable o maravilloso. Y el amarillo y el azul crean el verde. Así es la vida, ¿no?

Envolví otra vela en papel de seda y la guardé en la caja. Tras unos instantes de silencio, Ambrose dijo:

—No tengo claro si de verdad eres tan escéptica o te estás protegiendo.

—Puede que ambas cosas.

Intentaba bromear o al menos aligerar el ambiente. Ya dolía bastante estar rodeada de las pruebas de un amor que se había ido a pique; ¿en serio teníamos que compartir también nuestras batallitas? En el instante en que pensé eso, se me encogió el corazón. Ethan no fue una batalla. Amarlo fue lo más sencillo que he hecho jamás. Tal vez por eso estaba tan segura de que, si algún otro amor me salía al paso, a la fuerza tendría que ser complicado.

En ese momento el timbre de la puerta nos avisó de que había entrado alguien. Cuando levanté la vista, vi entrar a Lauren con chanclas y un vestido veraniego, acompañada de otra chica.

—Espero que no te importe que hayamos venido sin avisar —le dijo a Ambrose. Me saludó con un gesto y se lo devolví —. Me hacía mucha ilusión que Maya te conociera.

—No pasa nada —respondió Ambrose. Dejó sobre la mesa el libro de invitados que estaba a punto de empaquetar y caminó hacia ellas—. La famosa Maya. Es genial conocerte por fin.

—Y tú eres el infame Ambrose —respondió la chica, que era más alta que Lauren. Tenía el cabello oscuro, llevaba un arito en la nariz e iba vestida con vaqueros y una camiseta de tirantes—. La persona que le ha devuelto la sonrisa a mi prima por primera vez en muchos meses.

Lauren se ruborizó al oírlo, pero de todos modos alargó la mano para tomar la de Ambrose y entrelazó los dedos con los suyos.

—Maya se llevó la peor parte de mi época oscura —nos explicó—. Me puse un tanto gótica después de la ruptura.

—Aunque cueste imaginarlo —apostilló Maya.

—Imposible. Lauren es toda luz del sol —respondió Ambrose. El comentario le arrancó a ella una enorme sonrisa que la tornó aún más resplandeciente si cabe. Yo regresé a

mis velas—. Bueno. Así que mañana es el gran día, ¿eh?

—Sí —dijo Maya, echando un vistazo a las figuras del pastel—. Y me han dicho que al final podrás venir.

—Puedo —asintió él. La sonrisa de Lauren se ensanchó—. Han cancelado una boda en el último momento. De ahí todo este material que nadie va a usar.

Maya tomó de una cesta un bote para pompas de jabón decorado con un lazo.

—Caray. Era una boda por todo lo alto, ¿eh?

—Todas las bodas son tremendas cuando trabajas en un negocio como este —respondió Ambrose—. El tamaño da igual, son los pequeños detalles los que te sacan de quicio.

Acababa de hablar igual que mi madre. Me incliné hacia mi caja y reprimí una sonrisa.

—Bueno, entonces supongo que ha sido buena idea pasar de todo eso —comentó Maya.

—Maya se casa mañana —me explicó Lauren.

—Ah, ¿sí? Felicidades —dije—. ¿Y dónde se celebra la ceremonia?

Lauren y ella se miraron y luego estallaron en risas.

—Buena pregunta. Por el momento, parece ser que será en el Jump Java de aquí al lado, en la terracita de la parte trasera. A menos que encontremos un lugar mejor.

Enarqué las cejas.

—¿La terraza? Pensaba que solo había unas cuantas mesas para fumadores.

—Esperamos que se lleven los ceniceros —intervino Lauren con desenfado. Maya acarició las lamparillas que había sobre la mesa—. Maya y Roger querían algo discreto y el jefe de Leo ha dado el visto bueno, siempre y cuando nos hayamos marchado para la hora punta. Lo mejor será la fiesta posterior, de todas formas.

—¿Dónde será?

—Seguramente iremos a La Incubadora a tomar unas copas —contestó Maya—. Es nuestro bar favorito. En realidad, nos conocimos allí.

Miré a Ambrose, que de nuevo estaba apilando servilletas con el borde azul y amarillo en la caja.

—Vaya. Comparado con todo lo que vemos aquí, parece muy sencillo.

Fue la primera palabra que acudió a mis labios y lo agradecí. Mejor que la siguiente, que era «triste». Pero es posible que la historia de Margo me estuviera pasando factura. Maya dijo:

—Bueno, a Roger le reventaba la idea de organizar un bodorrio, ¿sabes? Y celebraremos una fiesta dentro de un par de meses en Michigan para su familia, así que ellos no vendrán. Solo nosotros y mi madre, el amigo que consiguió el permiso en internet para casarnos y unas cuantas personas más.

—Será perfecto —dijo Lauren.

—Sí, desde luego —añadió Maya. Volviéndose hacia mí, preguntó—: ¿Esto qué es?

Cuando la miré, vi que sostenía una caja de pequeñas tarjetas que llevaban prendida una cinta.

—Ah, son para el muro de los deseos. Bueno, eran.

—¿Muro de los deseos? —preguntó—. ¿Y eso qué es?

Volví la vista hacia Ambrose, para ofrecerle la oportunidad de explicarlo. Pero él no tenía ni idea. Pues vaya con el experto.

—En la ceremonia, pensábamos instalar un corcho sobre un caballete —expliqué al tiempo que lo señalaba, apoyado contra una silla—. Durante el banquete la gente escribe buenos deseos para los novios en estas tarjetas y las pone en el corcho. Al final de la noche, las retiramos y las devolvemos a la caja. La idea es que la pareja vaya leyendo un deseo cada día a partir de la noche de bodas.

—Ah. —Maya miró la caja—. Qué mono.

—Ahora mismo es desolador —opiné.

—De todos modos, Louna no cree en los deseos —intervino Ambrose.

—No creo en pedir un deseo cada vez que soplas una vela —puntualicé—. Pero esto es bonito para la pareja. A la gente le gusta.

Maya dejó la caja y tomó de nuevo las figuras del pastel.

—Tiene gracia. O sea, Roger no quería nada de esto, pero…

Miré a Ambrose, que enarcó las cejas. Lauren dijo:

—Pero tú tampoco, ¿no? O sea, la idea de celebrar una boda sencilla te parece bien.

—Sí, claro —se apresuró a responder Maya—. Se trata de

estar juntos con las personas que queremos. El sitio es lo de menos. Y ese patio parece agradable. Dijiste que lo decoraríamos con flores y luego las llevaríamos a La Incubadora para ponerlas en las mesas de pícnic que hay en el exterior, ¿verdad? No suena mal.

—Será genial —confirmó Lauren.

—Perfecto —añadió Ambrose. Maya seguía ahí plantada, con las figuras del pastel en la mano—. Esto… ¿Te encuentras bien?

—Claro, muy bien. —Se le quebró la voz de manera audible al articular la última palabra—. ¿Hay un servicio que pueda usar?

—Al final del pasillo a la derecha —le indiqué. Ella asintió, soltó la figura y salió en dirección al baño. Pasado un momento la oímos cerrar la puerta y pasar el pestillo.

Lauren miró a Ambrose.

—Ay, Dios mío. No tenía ni idea de que quisiera nada de esto. La habría ayudado.

—No te lo dijo. —Rodeó a Lauren con el brazo y ella se recostó contra él como si fuera lo más natural del mundo. Me acordé de mí misma haciendo lo propio. Luego pensé a toda prisa en otra cosa, en lo que fuera. Ambrose prosiguió—: Las bodas remueven las emociones, por sencillas que sean. Seguro que todo se debe a eso.

—A ver, le pregunté si estaba segura de querer casarse en la terracita, si no prefería algo más bonito, pero los dos están estudiando y no tienen mucho dinero. Cuando Leo ofreció el Jump Java, me pareció la solución perfecta. Y La Incubadora… bueno…

—La temática es apropiada —le aseguró Ambrose—. Primero aparece el amor, a continuación, llega el matrimonio y luego Maya…

—¿Deja a su bebé en una incubadora? —Parecía horrorizada—. Ahora yo tengo ganas de llorar.

—¿Qué tienen de malo las incubadoras? ¡Salvan vidas!

—Ambrose —le advertí con voz queda.

—Voy a hablar con ella —decidió Lauren—. Parecía muy disgustada.

—Toma, llévale agua. —Eché mano de un botellín de una mesa cercana—. Siempre viene bien.

Lo aceptó y sus chanclas restallaron sobre la moqueta según avanzaba por el pasillo. En cuanto salió, Ambrose me miró.

—Vale —dijo—. Tienes que hacer algo.

—¿Yo? —pregunté.

—¡Una novia está angustiada! Es tu especialidad.

—Una novia —puntualicé—. No nuestra novia. Ella misma ha dicho que todo esto —hice un gesto para señalar el material amontonado alrededor— no era lo que quería.

—Venga ya. Llevo trabajando aquí unas pocas semanas y hasta yo sé identificar a un ND cuando lo veo.

Lo miré de hito en hito, sorprendida de que hubiera aprendido las siglas.

—Los Novios Dominantes solo son nuestro problema si afectan a una de nuestras bodas. Y esta no lo es.

Se volvió hacia la mesa, luego de nuevo hacia mí.

—Vale, pero ¿y si lo fuera?

—Pero no lo es.

—Pero podría serlo —insistió—. Lo será si decidimos ayudarla, quizá buscar un local mejor, donarle parte de este material. Podríamos hacerlo.

—¿Pretendes involucrar a mi madre en esto? —pregunté—. ¿Has perdido la chaveta?

—No, no. No hablo de ella. Me refiero a nosotros. —Desplazó la mano entre los dos, adelante y atrás, agitando los dedos. Al instante recordé la noche que nos conocimos en la boda de su madre, cuando se empeñó en invitarme a un baile de reconciliación. Tenía la sensación de que habían pasado siglos—. Tú y yo. Podemos hacerlo.

—Pero no quiero —repliqué.

—¿Acaso no acabas de ver lo que ha pasado? —protestó, señalando la puerta del baño. Lauren debía de haber entrado, pues no vi a nadie allí—. Es la única boda que va a tener esa chica. ¿Quieres ser responsable de que se celebre entre ceniceros, con el ruido del molinillo de café de fondo?

—O bien —repliqué bajando la voz hasta un susurro— este es su primer matrimonio, pronto se arrepiente y la próxima vez lo organiza todo atendiendo al dictado de su corazón.

Me miró asombrado.

—No me puedo creer que acabes de decir eso. Y, por cierto, decirlo en susurros no lo hace menos cruel.

Suspiré.

—Ambrose. Ya sé que te gusta salvar a todo el mundo. Perros, niños, situaciones. Pero no todo el mundo quiere que lo rescaten. Ni lo necesita.

—Pero algunas personas sí —arguyó—. Y, en esos casos, si puedes ayudar, deberías hacerlo. ¿Por qué no?

—¿Porque no es problema tuyo? ¿Ni tu responsabilidad?

—Yo no lo veo así.

—Pues planifica tú la boda —le dije—. Ya sabes suficiente. Llévate estas cosas y flípalo, si eso es lo que quieres. A mí me parece bien.

Al oír eso escudriñó mi rostro sin articular palabra durante tanto rato que empecé a ponerme nerviosa.

—Debió de ser realmente horrible —me soltó por fin—. Lo que te pasó.

Tragué saliva.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que lo sabes. Un chico, un gran amor perdido, el único paseo al atardecer que te has permitido. —Negó con la cabeza—. Ya ni siquiera sabes lo que es la esperanza.

—Sé lo que es la esperanza —repliqué a la defensiva—. Pero esto es un negocio.

—Que se basa en la idea de dos personas que desean compartir con los demás el instante en el que acceden a estar juntas para siempre, pase lo que pase.

—Y es maravilloso cuando sucede de ese modo —protesté —. En la salud y en la enfermedad y todo eso. Pero a veces no es así. Ya estoy bastante implicada en esas historias como para dedicarles también mi tiempo libre. ¿No lo entiendes?

No respondió. De hecho, no dijo nada y, entonces, desde la distancia, oímos abrirse la puerta del baño. Cuando llegaron las chicas, yo estaba envolviendo una vela como si me pagaran por ello y, bien pensado, así era.

—Os pido disculpas —dijo Maya—. Los nervios de la boda, supongo.

—Vamos a instalar un muro de los deseos —le explicó Lauren a Ambrose—. No será difícil de organizar, ¿verdad?

—Podéis usar este —ofreció, señalando la caja de tarjetas que descansaba sobre la mesa—. Louna nos ha dado permiso.

Al oír esto, tanto Lauren como Maya se volvieron para

mirarme.

—Hala, ¿en serio? —preguntó Maya con el rostro iluminado—. ¡Qué amable! Muchas gracias.

Asentí. Esta vez fui yo la que guardó silencio.

—Y estaba pensando —prosiguió Ambrose— que, aunque la idea de la terracita está bien, creo que podéis encontrar algo mejor. ¿Por qué no venís a mi casa y echáis un vistazo al jardín trasero? La terraza de Bee es alucinante y hay un montón de espacio para las mesas.

Las chicas se miraron. Maya dijo:

—¿En serio?

—¿Por qué no? Al menos no habrá ceniceros.

—Ni incubadoras —añadió Lauren—. ¡Ah, y podemos poner flores en tarros de cristal! No son caros, ¿verdad?

—Creo que no —asintió Maya—. ¿Y sabes qué otra cosa es barata? Esas guirnaldas de lucecitas blancas que parecen de Navidad. Podríamos colgarlas como decoración. No sé si las venden en verano.

—Y si no las venden —sugirió Ambrose—, seguro que alguien tiene un par en el desván. Preguntaremos por ahí.

—¡Ay, qué emoción! —aplaudió Maya con una sonrisa en el rostro—. O sea, ya sé que queríamos algo sencillo, pero…

—… esto será sencillamente precioso —terminó Lauren por ella.

Maya parecía a punto de estallar en llanto de nuevo o quizá ya estuviera llorando.

—Gracias —le dijo a Ambrose de corazón. Luego me miró a mí—. De verdad.

—Ah —respondí levantando una mano—. Todo esto es cosa suya.

Y lo era. No pude ser más consciente de ello durante los siguientes cuarenta y cinco minutos, mientras yo terminaba el trabajo y ellos planeaban cosas emocionados. Me concentré en el empaquetado, envolviendo cada artículo a la perfección y anotando el contenido de las cestas. Cada cosa en su lugar, como debía ser, por más que un evento de última hora estuviera cobrando forma a pocos pasos de distancia. Y pese a todo, cuando se marcharon a las cinco charlando animados y yo cerré la puerta quedándome a solas, no pude evitar sentir que había perdido. Aunque no supiera decir qué, al menos no

esta vez.

CAPÍTULO 21

¿Qué decir cuando no queda nada que contar? Solo los detalles finales, los flecos sueltos, o puede que no tan sueltos, que completan la historia. Esta es la parte por la que nadie pregunta. Pero allá va de todos modos.

El día del tiroteo, me salté las clases después de la primera sesión. Simplemente no podía quedarme allí mirando la pantalla del móvil mientras esperaba un mensaje o una llamada que no llegaba. El guardia no estaba en la caseta del aparcamiento cuando me marché, pero, si hubiera estado, no sé qué le habría dicho, a qué fórmula mágica habría recurrido para conseguir la libertad. Estaba muda, sumida en el silencio, y no podía hacer nada más que llorar. Y ni siquiera estaba segura de nada todavía.

Eso vendría más tarde, horas después de que apareciera llorando y temblando en el despacho de mi madre, donde William se llevó lo que más adelante, cuando contara su parte de la historia, llamaría «el susto de su vida». A él no le interesaban las noticias, mi madre nunca prestaba atención a nada de la tele o la radio que no fuera *Daybreak USA* y ese día había apagado la tele temprano. De modo que no tenían la menor idea de lo que había sucedido, inmersos como estaban en la organización de la boda con el toro mecánico. Tuvimos que ir a la papelería de al lado, en cuya trastienda había un televisor, y apiñarnos en el minúsculo despacho para ver las noticias en directo. Recuerdo que mi madre no dejaba de mirarme con la expresión más preocupada que le he visto jamás, mientras que William me sostenía la mano y me rodeaba los hombros con el otro brazo. Estaban tan cerca… y sin embargo nada, nadie, podía acceder a mí.

Intentaba llamar a Ethan cada pocos minutos y miraba su página de Ume.com, donde otras personas le suplicaban también que diera señales de vida. Se había conectado por última vez la noche anterior para publicar una foto de sus botas embarradas tras un entrenamiento empapado en lodo.

La miré como un millón de veces.

Más tarde, en casa, después de que llegara una pizza que nadie probó, mi madre y William abandonaron varias veces el salón para mantener discretas conversaciones de las que únicamente captaba alguna que otra palabra suelta: «contactar», «pregunta», «intromisión», «necesario». Me preguntaron si tenía el número de los padres de Ethan, una dirección, algo. La respuesta era «no». Y de haberlos tenido, no tengo claro si me habría atrevido a llamar a esas alturas. Ethan no habría permitido que me preocupase. Se habría puesto en contacto conmigo, como fuera, lo antes posible. Así que ya lo sabía. Pero no lo quería saber.

Ahora me parece tan raro. Todo aquello, visto en retrospectiva, se me antoja turbio y surcado de lágrimas. Cómo pude seguir sentada en silencio delante del televisor, hora tras hora, retorciéndome las manos, hasta ese instante, a primera hora del día siguiente, en que los nombres de las víctimas se hicieron públicos. Había cuatro por delante de él y, lo supe con un simple cálculo, dos por detrás. Pero esos no llegué a verlos. Cuando apareció su nombre en la pantalla, el mundo se oscureció.

Pasaron varios días antes de que pudiera ensamblar todas las piezas de la historia. En parte gracias a un amigo de la familia que respondió al teléfono de los Caruso cuando William por fin contactó con ellos y explicó quién era. Algunos informativos reprodujeron la cronología e indicaron el lugar exacto del gimnasio al que Ethan llegó corriendo después de oír los disparos que acabaron con la vida de dos jugadoras de voleibol. Intentó convencer al chico de que dejara el arma, le contaron a Patrick Williams distintos testigos en estado de estupor, cuando el periodista se desplazó a Brownwood para informar en directo desde el lugar de los hechos. Me había sentado tantas mañanas con mi madre a mirar *Daybreak USA* y, entonces, de repente, estaban hablando de una persona que yo conocía. Que amaba. El retrato de Ethan que mostraban los medios, proporcionado por la familia, era uno que yo nunca había visto, una foto espontánea del baile del año anterior. Cada vez que aparecía en antena quería creer que no era él. Como si, mientras me negara a reconocer a ese Ethan, pudiera evitar que el mío

hubiera muerto.

Veía todo lo que podía, incluso cuando las principales cadenas empezaron a centrarse en otras noticias. Pero nada sobre el tirador. Su nombre y otros detalles no me interesaban en absoluto, no merecían ni una sola de las respiraciones que tanto me costaban aún. En cambio, me sumergía con avidez en los reportajes especiales sobre las víctimas, sin importarme la veracidad de las informaciones («a Ethan Caruso le encantaban el fútbol, el lacrosse y, por lo que dicen sus amigos, Lexi Navigator»). Y cuando no había nada en antena y me quedaba sola, me dedicaba a revivir mentalmente nuestra historia, esa única noche, una y otra vez. Cada detalle, desde el instante en que pisé la arena de la playa hasta que el coche se alejó con un destello rojo a través de las puertas giratorias. Como si repitiéndola las veces suficientes pudiera invocarlo, traerlo de vuelta, deseando que aquello solo fuera una pesadilla.

Quería ir al funeral. Cuando lo anunciaron en la página de condolencias que abrieron sus amigos, empecé a hacer planes de inmediato para emprender el viaje. William y mi madre se ofrecieron a acompañarme. Por desgracia, la víspera de nuestra partida empecé a vomitar. Nunca había estado tan enferma, como si me hubiera intoxicado con mi propia pena y mi cuerpo se hubiera vuelto contra mí. Después de que me desmayara yendo del cuarto de baño a la cama, mi madre se plantó y me dijo que debía quedarme en casa. Tardé tres días en volver a dirigirle la palabra.

Hicieron un homenaje grupal televisado, un «acto de duelo colectivo». Los alumnos sostenían velas, los profesores entrelazaron los brazos, todo el mundo lloró. El entrenador de lacrosse, entre sus propios sollozos, contó que esa mañana había convocado a Ethan a su despacho para contarle que un cazatalentos de la universidad había mostrado interés en él. Cuando Lexi Navigator, enfundada en un sencillo vestido negro y casi sin purpurina, salió a cantar su canción sobre la pérdida, la favorita de una de las víctimas, enterré la cara en una almohada y grité.

Hay más. Por ejemplo, que me perdí una semana entera de clase, acurrucada en la cama y llorando. O que Jilly venía cada tarde, se metía en la cama conmigo y me abrazaba por

la cintura mientras yo intentaba dormir. El cielo radiante del exterior, los rayos del sol filtrados por el árbol que crecía al otro lado de la ventana, el otoño más hermoso, decían todos. Probablemente lo fuera. No obstante, aunque yo estuviera allí y lo viviera, no tuve la sensación de estar presente. Los muertos no son los únicos que desaparecen: una también puede desaparecer a plena vista si le arrebatan lo suficiente. Yo seguía ausente, en muchos sentidos. Y no estaba segura de querer que me encontraran.

CAPÍTULO 22

«Ya sé que no quieres participar en esto, pero necesito una fuente para el ponche.»

Era el tercer mensaje que me enviaba Ambrose y solamente eran las nueve de la mañana. Con la ilusión que me hacía tener un sábado libre... Cogí la taza de café, bebí un sorbo y me recordé que Jilly y yo teníamos pensado pasar el día juntas en la piscina. No llegaríamos a relajarnos —era imposible en compañía de Crawford, KitKat y Bean—, pero al menos me olvidaría del reloj. Si apagaba el teléfono.

«A nadie le gusta el ponche», respondí. «Pillad cerveza u otra bebida. Más limpio/higiénico.»

Me contestó con el icono del pulgar hacia arriba, la misma respuesta que me había enviado antes a un consejo sobre esas alfombras de plástico que desenrollas a modo de pasillo (nunca permanecen en el sitio y quedan fatal) y las ventajas de los aperitivos de champiñones frente a las albóndigas (como siempre dice una de nuestras restauradoras favoritas, Delia: «sin contar a los vegetarianos, a todo el mundo le gustan las albóndigas»). Estaba claro que, en el transcurso de las últimas catorce horas más o menos, esa boda improvisada y sencilla en una terraza se había transformado en algo más elaborado. Y ¿quién necesitaba eso?

«Yo no», pensé mientras rescataba el bañador, me lo enfundaba y me recogía el pelo en una cola de caballo. Estaba buscando protección solar en el armario del pasillo cuando sonó mi teléfono. Suspiré, reacia a responder más preguntas, pero entonces me di cuenta de que se trataba de mi madre.

—Hola —saludé—. ¿Qué tal la vida en el trópico?

—Maravillosa —respondió. Parpadeé, sorprendida, y miré la pantalla una vez más para confirmar que realmente estuviera hablando con ella—. Todo es paz y belleza. Debería haber hecho esto hace años.

Esta vez lancé una ojeada al reloj. Teniendo en cuenta la diferencia horaria, eran poco más de las diez y eso significaba

que seguía medio atontada por haber trasnochado el día anterior o que ya había empezado con las mimosas. «Donde fueres…», pensé.

—Hala —dije—. No me lo esperaba, la verdad, después de lo mucho que costó convencerte.

—Ah, eso —respondió, desdeñando días de quejas y estrés como quien ahuyenta un mosquito—. Típica conducta de adepta al trabajo. Soy un caso de manual, según John.

Vale, era obvio que estaba borracha.

—¿Quieres decir adicta al trabajo? Y ¿quién es John?

—Ah, perdona. —Lanzó una carcajada sorprendentemente… cantarina. Una palabra que nunca había asociado con mi madre; en plan, jamás.

—John Sheldon. Es un ejecutivo retirado y escritor que conocimos en el avión. Ha publicado un libro sobre la horrible mentalidad corporativa, competitiva y exigente, que impera hoy día. *Trabajópatas*. Como psicópatas, pero peor.

—Ya —dije—. Entonces, ¿os habéis seguido viendo?

Otra risa cristalina.

—Bueno, acabamos charlando durante todo el viaje y luego nos invitó a cenar a su casa. Tiene aquí una segunda residencia, para cargar las pilas y alejarse de las «nadaolimpiadas».

—¿Qué?

—Es otro de los términos de su libro. La competición en la que participamos a diario por llegar más arriba que los demás, aunque sea a pisotones. Y ¿cuál es el premio al final? Nada.

Estaba empezando a preocuparme.

—¿Está William por ahí?

—Claro. Está aquí mismo. Espera.

Oí una especie de roce seguido de una voz amortiguada. Por fin pude hablar con William, cuya voz sonaba absolutamente normal. Gracias a Dios.

—Hola, Lou. ¿Va todo bien en casa?

—Sí… —respondí despacio—. ¿Qué tal por allí?

—Ah, genial —fue su respuesta—. Bueno, todo el mundo me toma por un portero. Pero al menos dan buenas propinas.

Ambos estallaron en carcajadas. En circunstancias normales yo también me habría unido a la juerga. Pero estaba

distraída.

—Mamá habla como una chiflada.

Rio con ganas.

—Ya lo sé, ¿vale? Está enamorada como una colegiala. Deberías verla cuando está con ese tipo. Parece la clásica caricatura con corazoncitos en los ojos.

—¿Va en serio?

—Desde luego que sí. —Mi madre dijo algo, a lo que él respondió—: Oh, por favor, es la pura verdad y lo sabes. Estaría deprimido de los celos si no te quisiera tanto. Bueno, eso y que tenemos las copas pagadas.

Más risas. Yo, mientras tanto, seguía sin encontrar la protección solar.

—Un momento —interrumpí a William—. ¿A mi madre de verdad le gusta ese hombre?

—Ya lo sé, es de locos. ¡Acaban de conocerse! Pero hoy la ha invitado a comer en su yate.

—¡Si odia el agua!

—Por lo visto, eso ha cambiado aquí. O ella ha cambiado. —Resopló—. En fin, no te preocupes. Hemos pasado media noche investigando en internet y es un tío legal. No es mi tipo, desde luego. Pero no todos podemos tener tanta suerte en clase preferente.

—Solo somos amigos —oí gritar a mi madre, lo que me tranquilizó. Hasta que añadió—: De momento.

Mi teléfono volvió a sonar: era Jilly.

—Tengo que irme —dije—. ¿Me llamáis luego?

—Claro —respondió William en tono alegre—. ¡Te echamos de menos!

—¡Te quiero! —canturreó mi madre al fondo.

«A todos se les ha ido la olla», pensé mientras rescataba la llamada de Jilly.

—Qué tal —la saludé—. ¿Te pasas a las diez?

El suspiro que lanzó respondió a mi pregunta.

—Lo siento mucho. A Kitty le duele el oído y tengo que llevarla al médico de urgencia. Aunque no sea una infección, y me temo que lo es, no puede nadar.

—Vaya —dije—. Bueno, puedo acercarme a echarte una mano con los niños.

—¡Qué amable eres! —respondió. Una especie de chillido

(al estilo de la familia Baker, de origen indeterminado) resonó al fondo—. Pero la verdad es que Michael Salem ya se ha ofrecido a llevarlos al parque con sus hermanos pequeños. Luego iremos todos a comer al camión. Podemos vernos allí, si quieres.

—Ah, no te preocupes. Me parece que me quedaré en casa.

—Lo siento —repitió—. Oye, ¿qué haces esta noche? ¿Al final vas a ver a Ben?

—Quedamos en que hablaríamos por la tarde, cuando salga de trabajar.

Llevábamos intentando hacer algo juntos desde que me había invitado al Mundo de los Gofres el fin de semana anterior. Pero el jueves el chico que hacía el turno posterior al suyo en el Jumbo Smoothie no apareció y se tuvo que quedar para cerrar. El viernes, cuando por fin consiguió salir antes de las nueve, yo acababa de cenar en casa de los Baker, que estaban probando un nuevo sándwich, el Gustoso Gouda Club, y estaba demasiado empachada para hacer nada. Ya encontraríamos un momento, antes o después, aunque solo fuera porque tenía una apuesta que ganar.

—Bueno, infórmame si al final quedáis —me pidió—. Estaré libre de niños a las siete si todo va bien. Y ya sabes lo improbable que es.

Lo sabía. Pero le dije que la vería más tarde de todos modos. Cuando corté la llamada, me recosté contra la pared. Era media mañana y el día entero se alargaba ante mí. Estaba segura de que lo dedicaría a responder a Ambrose preguntas relativas a la boda y esperaba más mensajes; me cambié y luego bajé a la cocina para prepararme el desayuno. Pero mi teléfono permaneció mudo. Llevaba mucho tiempo sola en el plano sentimental. Pero era la primera vez en siglos que me apetecía un rato de soledad.

«Qué bien sienta», me dije cuando subí a mi habitación con una gran taza de café en la mano. Tenía un armario que ordenar antes de empezar las clases en la universidad, una tarea que llevaba una eternidad posponiendo. Eché mano de un par de bolsas de basura, una para prendas que pensaba donar y otra para las desechadas, abrí la puerta del vestidor y me puse manos a la obra. Una hora más tarde estaba empapada en sudor, estornudaba sin cesar y había llenado las

dos bolsas. Hice también un tercer montón, etiquetado como «Jilly» y compuesto de las prendas que mi amiga había abandonado entre las mías. Lo único que quedaba por clasificar era un conjunto relegado al fondo.

Aquel fin de semana de agosto, llevé el vestido negro a Colby en una funda para ropa y los zapatos sin estrenar en su caja. Al volver al hotel el domingo por la mañana, sin haber dormido y medio mareada, embutí ambas cosas en una bolsa para la ropa sucia que más tarde, cuando la vacié, vertió también una buena cantidad de arena. Llevé el vestido a la tintorería, algo que luego lamentaría con toda mi alma. A pesar de todo, más de una vez enterré la cara en la prenda con la esperanza de percibir en la tela algún resto del aroma de Ethan, del mar y de aquella noche, por mínimo que fuera. La dejé colgada en su percha, con los zapatos bien alineados en la parte inferior. Como el sudario del cadáver de esa chica que fui una vez y que nunca volvería a ser. Ya habían pasado nueve meses. Quizá hubiese llegado el momento.

Me aparté el cabello de la frente empapada y recogí el montón de Jilly para dejarlo en el pasillo antes de acercarme al vestido. Alargué la mano y acaricié el corpiño. A continuación, palpé el minúsculo ribete de lentejuelas, casi invisibles, que decoraba la orilla. En mi pensamiento el tiempo se emborronaba, discurría de lado: Ethan retirando el tirante de mi vestido, la falda revoloteando sobre mis piernas desnudas en una playa del fin del mundo. Me mordí el labio cuando me imaginé descolgándolo de la percha y doblándolo con sumo cuidado para dejarlo en la bolsa de donaciones. No se llevaría mi recuerdo; ese siempre me acompañaría. Lo sabía, pero aún no me sentía capaz de avanzar los pocos pasos que requería esta última tarea. Todavía.

En ese momento mi teléfono sonó en la cama. Corrí a responder con tanta prisa que, si alguien me hubiese visto, me habría muerto de vergüenza. Por suerte no había nadie para señalarme, obviamente.

«Emergencia. Faltan mesas. ¿Alguna sugerencia?»

«Tenemos unas cuantas», tecleé. «¿Cuántas necesitas?»

«Todas las que tengas. Envío a alguien a buscarlas.»

Volví la vista hacia el vestido del armario, a los zapatos, y deseé poder enfundarme el conjunto una vez más, igual que

Cenicienta bajo el hechizo del hada madrina, hacer una pirueta y volver a empezar. Pero solo era una prenda y Ethan ya no estaba. Y por más que cambiaran las cosas, eso nunca lo haría. Podía contar la historia tantas veces como quisiera, pero ese sería siempre el final. Aunque no tenía por qué ser, empezaba a atisbar, el final de la mía.

«No, yo te las llevo», le respondí a Ambrose. «Dime dónde.»

Bee vivía en una bonita casa de una planta al final de una calle sin salida, con un paseo delantero decorado con girasoles. Era infinitamente mejor que la terracita de fumadores. Al apearme del coche y dirigirme hacia la puerta principal, me di cuenta de que sentía curiosidad por saber cómo se las habría ingeniado Ambrose. Después de llamar al timbre unas cuantas veces sin que nadie respondiera, oí voces en el jardín trasero y me encaminé hacia allí.

—Se supone que deben colgar de los árboles —oí decir a alguien cuando me acerqué a la puerta—. Las luces no se cuelgan en los arbustos.

—¿Y quién lo dice? —replicó otra voz en un tono tan exasperado como el anterior.

—¡Todo el mundo! Por Dios, Roger, déjalo. Quedan fatal. Dámelas.

Me asomé por la cancela con cuidado para echar un vistazo al jardín. Al otro lado del impecable césped, Maya y su novio observaban un arbusto de acebo con unas pocas luces colgadas y un montón enredadas a sus pies. Aunque estaban de espaldas a mí, la tensión era palpable: ella cruzaba los brazos sobre el pecho, él tenía los suyos en jarras.

—¿Hola? —grité—. ¡Traigo las mesas que habéis pedido!

Maya se volvió a mirarme.

—¡Eh, Louna, hola! Cariño, ve a echarle una mano. Yo buscaré refuerzos.

Mientras ella salía corriendo descalza por la hierba y subía los peldaños hacia el porche trasero de la casa, Roger avanzó hacia mí. Era más o menos de mi altura, delgado, de cabello oscuro y rizado, y llevaba una camiseta con la inscripción: «Me van los fósiles». Había manchas de sudor debajo de sus axilas.

—¿Necesitamos mesas? —me preguntó en lugar de saludarme—. Yo había pensado que la gente se sentara en mantas extendidas.

—Yo me limito a obedecer órdenes —repliqué en tono alegre al tiempo que volvía al coche.

Respondió con un gruñido audible. Puede que Ambrose tuviera razón y el chico fuera un ND después de todo.

—Hasta anoche, íbamos a casarnos en una cafetería.

—Eso me han dicho —respondí, sorprendida, pero no tanto de la rapidez con que había entrado en mi modalidad «voy a ser supereducada, pero a mí dejadme al margen»—. He traído seis. No tenemos más.

—¿Seis? —exclamó—. Pero ¿cuántos invitados habrá al final?

En lugar de responder, abrí la parte trasera de mi Suburban y arrastré la primera mesa para que él pudiera coger el extremo. No lo hizo; estaba concentrado en su teléfono. Me volví hacia el coche al comprender que seguramente tendría que pedirle que me ayudase cuando, de sopetón, alguien sujetó el mueble por el otro lado.

—La tengo —dijo Ambrose, extrayéndola—. ¡Eh, Roger! Pillad esta, Maya y tú. Nosotros llevaremos la siguiente.

—Claro —oí decir a Maya con voz animada. Nada por parte de Roger. Instantes después, transportaban la mesa con torpeza por el sendero que llevaba a la cancela.

Arrastré la mesa siguiente, Ambrose sostuvo un extremo y los seguimos con el tablón interpuesto entre los dos.

—¿Cómo van las cosas? —pregunté—. He notado chispas en el ambiente.

—Ah, no, más bien hay rayos y centellas —respondió, y se apartó el famoso rizo de la cara. Alguien abrió la puerta de la casa y al momento asomaron Bee y Lauren, que se acercaron por el sendero—. ¡En la camioneta, señoritas! ¡Hay que llevar cuatro más!

—Me refería a las chispas que provocan las lucecitas —lo corregí, esquivando un rosal que apareció a mi izquierda.

—Ah, de eso también tenemos. —Lanzó una ojeada a su espalda para corregir la trayectoria hacia la cancela—. Resulta que hace falta una escalera y tal para colgarlas en los árboles.

—¿No tenéis una escalera?

—Pensaba lanzarlas con todas mis fuerzas —explicó.

Era una frase que, en todos esos años, jamás había empleado durante la preparación de una boda.

—Algún vecino tendrá una. Solo tienes que preguntar por ahí.

—¿Y cómo quieres que lo haga —se quejó a la vez que desplazaba las manos para mejorar el agarre de la mesa— si cada vez que planteo un contratiempo Roger lanza un suspiro y Maya se echa a llorar?

—¿Y qué hacen aquí? —le reproché—. Ya sabes que mi madre nunca permite a los novios estar presentes durante los preparativos, por más que insistan. Equivale a llamar al mal tiempo.

—¡No tengo tanta gente! —se defendió. Enarqué las cejas —. Perdona. Es que… Esto no es tan fácil como yo pensaba. O sea, no es fácil. Para nada. Porras, acabo de darme un golpe en la pierna con la valla. Ten cuidado al pasar, ¿vale?

—¡Ambrose! —gritó Maya por detrás—. ¿Dónde las dejamos?

—¡Distribuidlas de manera ordenada pero no demasiado cuadriculada! —respondió.

—¿Qué?

En respuesta, hizo una mueca. Lo cierto es que nunca lo había visto tan estresado y tuve que hacer esfuerzos para no echarme a reír, que era lo peor que podía hacer, ya lo sabía.

—Dejadlas por ahí —sugirió en tono tenso—. Yo lo haré.

—No entiendo para qué necesitamos mesas —estaba diciendo Roger cuando depositamos la nuestra junto a la que ellos habían plantado sin contemplaciones, al lado de un árbol enorme—. ¿Qué pasa con mi idea de las mantas?

—En una boda no puedes pedirle a la gente que se siente en el suelo con el plato en el regazo —objetó Ambrose.

—¿Por qué no? No todo el mundo necesita una silla.

Estaba de cara a Ambrose, así que vi su expresión —como si cayera en la cuenta de algo y luego se asustara — al oír la última palabra. Pregunté en tono cauto:

—Tenéis sillas, ¿verdad?

Se limitó a mirarme. A lo lejos Lauren gritó:

—Ay, acabo de machacarme la pierna. ¡Chicos, peligro

junto a la puerta!

—Ambrose, ¿dónde coloco esta mesa? —quiso saber Bee.

—Ha dicho que las distribuyamos de manera ordenada pero no demasiado cuadriculada.

—Y eso ¿qué narices significa?

Antes de que Ambrose pudiera responder, una enorme maraña de luces cayó del árbol que se erguía sobre nosotros y aterrizó con un fuerte golpe en la hierba. Así pues, eso de lanzarlas con todas sus fuerzas había funcionado. Más o menos.

—¡Dios mío! —exclamó Roger—. ¡Alguien podría haber muerto!

Maya ahogó un sollozo llevándose la mano a la boca, mientras Bee y Lauren intercambiaban una mirada. Pero yo solo estaba pendiente de Ambrose, que miraba de un lado a otro con una expresión cada vez más aterrada.

—Ve a buscar una escalera —le sugerí—. Yo me encargo.

CAPÍTULO 23

Mi madre siempre decía que el ochenta por ciento del éxito de una boda depende de la organización; el quince, de la conducta de los invitados y el cinco restante, de la suerte. Pero la verdad es que sea cual sea el tamaño o el tipo de boda, necesitas tanta suerte como puedas reunir.

Hasta ese momento, la fortuna nos estaba sonriendo. Fue una suerte que a dos puertas de Bee viviera un contratista que tenía varias escaleras, una de las cuales subió encantado con las luces en ristre para enrollarlas a las ramas siguiendo mis indicaciones. Aportó asimismo seis sillas plegables de su garaje para sumarlas a las cinco que Bee había encontrado envueltas en telarañas detrás del calentador de agua, donde el anterior dueño de la casa las había dejado. No obstante, necesitábamos más, así que fue el colmo de la buena suerte que los Baker contaran con un amplio surtido en su garaje, junto con varias mesas pequeñas, para improvisar asientos junto al camión restaurante. Nos bastó llamar a Jilly —tal como temíamos, Kitty sufría una infección de oído— para que se ofreciera a traer tantas como necesitásemos de las primeras y de las segundas. Cuando se lo dije a Ambrose, exhaló tal suspiro que pensé que se iba a desmayar.

—Gracias a Dios —dijo—. Si tengo que escuchar a Roger hablando de las mantas una vez más, me volveré loco.

—Michael Salem y ella las traerán a las cinco como máximo. La ceremonia empieza a las seis, ¿verdad?

—Ese es el plan —dijo a la vez que desenvolvía otro tarro de cristal de la caja que tenía a los pies—. En principio será superrápida. Luego nos pondremos a fiestear de inmediato.

—Juraría que esa palabra no existe —observé, mientras le echaba una mano con los tarros—. ¿Y qué me dices de la comida? ¿La servirás enseguida o esperarás?

—Son cosas para picar que hay que calentar —respondió—. He pensado hacerlo por tandas. Por eso he instalado esa mesa al fondo de la escalera. Podemos ir sacando las bandejas,

plantarlas ahí y que la gente se vaya sirviendo.

«Plantarlas» ahí, igual que «lanzarlo con todas tus fuerzas», era una expresión que no oías a menudo en la planificación de bodas.

—Ten cuidado, porque se puede crear un guirigay, sobre todo si la gente tiene hambre. Será mejor pasar algunas por las mesas para que no corran todos al mismo sitio.

—Ah. —Dejó de desenvolver—. No lo había pensado. Pero no tenemos camareros.

—Yo puedo echar una mano —me ofrecí, al tiempo que cogía otro tarro—. Seguro que podemos reclutar a un par de voluntarios. Hay cierto tipo de invitado al que le gusta tener algo que hacer. Solo hay que identificarlo.

Eso, desde luego, estaba en las antípodas de hacerse con el control del evento. A algunas personas les encanta ocuparse del libro de invitados o recoger los ramos de las damas de honor para dejarlos en la mesa de la tarta, y William tenía un don para reconocerlos a los pocos minutos de que llegaran. Como él no estaba, tendría que confiar en mi instinto.

—Bueno, me sabría mal que tuvieras que quedarte —respondió Ambrose. Por fin habíamos vaciado la caja. Una docena de tarros para seis mesas: habría preferido que fueran dieciocho, pero no estaba mal—. Seguro que esta noche tienes planes.

Al instante me sentí abochornada. Ahí estaba yo autoinvitándome a la misma boda en la que me había negado a participar el día anterior. «Idiota», pensé, y por un momento deseé haber ignorado el mensaje de texto y haberme quedado en casa, quizá para tratar de lidiar nuevamente con el vestido. Pero luego miré el ventanal que teníamos delante y vi a Maya en la isla de la cocina, inclinada sobre las coronas que ella y Lauren estaban tejiendo con flores recogidas en el jardín de Bee. Estaba sonriendo mientras comentaba algo; enseguida se tapó la boca y soltó una carcajada.

—No tengo nada que hacer hasta la noche —confesé—. O sea, no quisiera imponerte mi presencia. Pero si necesitas ayuda, aquí me tienes.

Ambrose me miró.

—Es evidente que «necesitar» no basta para expresar la urgencia de la situación. Por favor, quédate.

Entonces sonreí yo.

—Vale. Pues hablemos de los manteles.

Fue una conversación breve, ya que este detalle, como tantos otros, se había obviado.

—Ay, mierda —exclamó Lauren cuando entramos a informarla—. Con tanto discutir de las mantas se me ha ido de la cabeza.

—Tampoco son imprescindibles —opiné—. Lo digo porque las mesas están algo machacadas.

—Así pues, necesitamos seis manteles —dijo Ambrose mirando por la cocina, como si fueran a materializarse por arte de magia. Eso sí que sería suerte—. Y quizá unos cuantos platos.

—¿Quizá? —pregunté.

—Tenemos un montón de servilletas —fue su respuesta—. La comida se puede coger con los dedos.

—¿Y la gente tendrá que usar una servilleta nueva cada vez que coma algo? —preguntó Roger, que apareció de repente, a diferencia de los manteles—. ¿No pensáis en el planeta o qué?

—Roger, hablamos de servilletas, no de fracturación hidráulica —le espetó Lauren con un tono de fastidio que no creía posible en ella.

—Sigue siendo un desperdicio. Deberíamos entregar un plato y un vaso a cada invitado al llegar y pedirles que lo guarden hasta el final.

—¿Cómo? —exclamó Maya.

—Ay, mierda —suspiró Ambrose—. Vasos.

—¿No tenemos vasos? —preguntó Lauren.

—No voy a pedirle a la gente que cargue con el mismo plato durante tres horas —protestó Maya con más decisión de la que había mostrado en todo el día.

—¿Tres horas? —rezongó Roger—. ¿Cuánto rato pensamos alargar esto?

—No me puedo creer que te hayas olvidado de los vasos —le reprochó Lauren a Ambrose.

—Me estoy haciendo cargo de todo —replicó él—. ¿No te puedes encargar tú de los artículos desechables?

—¡Yo he estado ocupada con las flores! —protestó Lauren.

«Vaya, vaya», pensé. Nada crispa tanto los nervios como esta clase de detalles, y mi instinto me decía que alguien

estaba a punto de pronunciar ese tipo de palabras que luego no se pueden retirar.

—Has pedido un barril de cerveza, ¿no? —le pregunté a Ambrose. Él asintió—. Pues traerán algunos vasos. En cuanto a los platos, hay un bazar a dos manzanas de aquí donde también podemos comprar manteles de papel. Son baratos y al final se romperán, pero al menos darán un aspecto aseado a las mesas cuando lleguen los invitados.

—Un bazar —repitió Ambrose—. Vale. Vamos.

—¿Vamos? —le espetó Lauren—. Me habías dicho que me echarías una mano con los ramos. Lo has prometido hace algo así como una hora.

—¿No me has oído decir que ya estoy bastante ocupado con todo lo demás? —gruñó él. Ella respondió con una mirada asesina.

«Esto se está poniendo feo por momentos», pensé.

Alguien llamó con los nudillos a la puerta de cristal que teníamos delante. Cuando alcé la vista, vi a Leo allí plantado con pantalones negros y camisa blanca, cargado con un estuche de guitarra y un amplificador.

—¿Dónde lo enchufo? —Aunque gritó, su voz sonó amortiguada.

—¿Enchufar? —dijo Roger—. ¿Nos vamos a poner en plan rockero?

—Pensaba que solo pincharía música con el ordenador —le susurró Lauren a Maya—. Ni siquiera sabía que tocaba.

—Eres su mejor amiga, ¿no? —la acusó Ambrose.

—Oh, cállate —replicó ella. Giró sobre los talones y se marchó indignada. Maya me miró, como esperando que yo hiciera algo, antes de seguirla.

—¡Ambrose! —gritó Bee desde el pasillo—. Steve y Emily acaban de llegar con la comida. ¿Les has dicho que compraran cuarenta pizzas?

—¿Cuarenta? —exclamó Roger—. Ni siquiera sabía que fuéramos a comer pizza. En ese caso habrá que asignar platos, como yo decía.

—¡Las vamos a cortar en porciones de aperitivo! —vociferó Ambrose, que estaba al borde la histeria. Todo el mundo guardó silencio al instante. Hasta que Leo volvió a golpear el cristal desde fuera, esta vez con más fuerza.

—Yo iré al bazar —le dije a Ambrose con voz queda, encantada de tener una excusa para alejarme de Leo—. Vuelvo enseguida.

Todos empezaron a hablar al mismo tiempo mientras yo me largaba a hurtadillas, rebuscando las llaves por el bolsillo. Respiré aliviada cuando cerré la pantalla de la puerta principal a mi espalda.

Acababa de arrancar el motor y meter la marcha cuando oí unos golpecitos en el parabrisas trasero. Apenas me volvía a mirar, que la puerta del copiloto se abrió y Ambrose subió a toda prisa.

—Arranca. Rápido. Larguémonos de aquí —dijo al tiempo que cerraba la puerta.

—Pero…

—Louna. Te lo suplico. Tira.

Recordé la última vez que montó en mi coche por sorpresa y me pidió que pisara a fondo. Aquella vez robamos un perro. Esta vez, a saber. Pero pasara lo que pasase, sería mejor que el vestidor solitario y polvoriento en el que me había recluido hacía un rato o quizá toda la vida. «Hay que vivir», como me dijo Ethan, algo que casi había olvidado. De manera que arranqué.

—Tía —dijo Ambrose cuando llegamos al pasillo de artículos desechables en el bazar del vecindario—. Este sitio es increíble.

Miré el despliegue de servilletas que tenía delante y luego a él.

—Es la típica tienda que lo vende todo a un dólar. Seguro que has estado en alguna.

—No —respondió, y se agachó junto al estante de los manteles para inspeccionarlos—. A mi madre no le van los artículos de oferta.

Después de haber visto la boda de la mujer y los preparativos que estábamos haciendo para la de Bee, me lo creía. En ese preciso instante oí un zumbido que conocía bien: su teléfono. Le echó un vistazo y volvió a guardarlo en el bolsillo.

—Espero que no sea otra crisis —comenté mientras miraba

un montoncito de toallas de mano atadas con una cinta torcida.

—No. Solo es Lauren. —Lo dijo en un tono inexpresivo. Como es lógico, sentí curiosidad.

—Y… —empecé despacio— ¿va todo bien entre vosotros? He notado cierta tensión en casa de Bee.

Suspiró a la vez que se apoyaba sobre los talones.

—Está de los nervios con todo esto. Con lo de hacer feliz a Maya y tal.

—Pero ¿y vosotros? —seguí preguntando—. Todavía sois felices juntos, ¿no?

—Supongo —respondió. No era exactamente una afirmación categórica—. Es complicado, ya sabes, mantener una relación a largo plazo. O al menos es complicado con ella.

—Las relaciones hay que trabajarlas —señalé.

—Sí, pero la cuestión es cuánto trabajo requieren. Y con qué rapidez. —Me miró de reojo—. Me parece que al final ganará la apuesta. Eso es lo que quiero decir.

El comentario me pilló por sorpresa, debo reconocerlo. Todo acababa de tomar un cariz distinto. Tuve que pensarlo muy bien antes de responder.

—Yo prefiero que seas feliz —le dije.

—¿Sí? —preguntó. Asentí. A continuación, dijo despacio—: Bueno, pues me alegro de saberlo.

Nos quedamos allí parados, mirándonos, y de repente sentí algo. No era una playa en plena noche ni un instante perfecto, ni siquiera un comienzo ideal. Ni por asomo. Sin embargo, algo estaba pasando, igual que aquella otra vez, cuando me incliné hacia él con las manos unidas a las suyas para cortar la tarta. Sencillamente no sabía definirlo.

O puede que sí.

—Bueno —dije a toda prisa—. Manteles, platos, tenedores. ¿Has dicho que tenéis servilletas?

—Servilletas —repitió—. Sí. Unas cuarenta.

—¿Grandes?

—Muy pequeñas. Tamaño cóctel. —Suspiré, eché mano de varios paquetes de servilletas grandes y las dejé caer en la cesta—. ¿Seguro que necesitamos tantas? Solo vienen treinta personas.

—La gente se ensucia y les gusta poder usar varias servilletas. Además, cada paquete sale a un pavo, Roger —bromeé.

—Eh —protestó levantando una mano—. Yo nunca te pediría que cargaras con el mismo plato durante tres horas.

—Gracias a Dios —respondí—. Si lo hicieras, te retiraría mi amistad, te lo aseguro.

Avancé por el pasillo y examiné unos rollos de papel pinocho que estaban de oferta a veinticinco céntimos cada uno. Hacía cosa de un año hicimos una decoración con tul para las mesas que seguramente podría copiar y quedaría mejor que los manteles a secas.

—Entonces, me estás diciendo que somos amigos.

Me volví a mirarlo.

—Lo somos, ¿no?

—Bueno, por mi parte lo hemos sido desde el principio —replicó—. Pero tú… Tú eres un hueso duro de roer.

—¿Ahora soy un hueso?

—Solo digo que… me alegro de saberlo. Nada más. —Sonrió—. No eres la persona más fácil de conquistar del mundo, ¿sabes?

—No sabía que quisieras conquistarme —respondí en tono de guasa.

—Desde el principio —repitió, y no bromeaba.

Y así, de sopetón, esa sensación de antes volvió a instalarse entre los dos. La noté en la gravedad de su expresión, la oí en el tono quedo de su voz y en su forma de coger aire como si estuviera a punto de decir algo. Comprendí que me asustaba lo que pudiera suceder a continuación, que sus palabras me vinieran grandes, aunque al mismo tiempo estaba deseando oírlas. El mundo se convirtió en un extraño tira y afloja en ese instante. Sin embargo, me habría quedado allí, al borde de ese abismo, para siempre.

En ese momento su teléfono sonó estridente entre los dos y ya no dijo nada. No a mí, al menos.

—¿Hola? —respondió, y permaneció a la escucha un segundo—. ¿Cerveza sin alcohol? No. Eso no es lo que encargué. ¡Te pido que se lo digas a ellos! —Un silencio—. Muy bien. No tardo ni un minuto.

Cortó la llamada con expresión agobiada y me dirigió una

mirada breve.

—Deberíamos volver —sugirió—. Las crisis se multiplican.

—Sí, vamos —asentí.

La magia se había esfumado. Estaba a salvo, me dije. Pero entonces, ¿por qué estaba tan triste?

Ambrose enfiló por el pasillo hacia la caja registradora y yo lo seguí, no sin antes añadir unos cuantos rollos de papel pinocho a la cesta. No obstante, mientras pagábamos y volvíamos al caos, seguía pensando en esos segundos suspendidos entre lo que es y lo que puede ser. En ese momento fugaz en que el mundo se abrió ante mí para desplegar un potencial que me deslumbraba tanto como me aterraba.

—¡Hala! —me susurró Jilly cuando nos reunimos un poco apartadas de los invitados—. Esos manteles están preciosos con el papel pinocho. ¿Lo has hecho tú?

Volví la vista hacia la mesa más cercana, decorada con girasoles en dos tarros de cristal y un portavelas azul cuya vela titilaba cálida en el interior.

—He colaborado. Pero en realidad ha sido cosa de Ambrose.

—Impresionante —dijo—. El alumno supera al maestro.

—¿Qué?

—Es una frase de una peli de artes marciales —explicó. Dirigió una sonrisa a Michael Salem, que le sostenía la mano, ataviado con camisa y pantalón corto—. Su favorita.

Asentí con la cabeza, pues el novio y Andrew, el amigo que iba a oficiar la boda, acababan de ocupar sus puestos bajo el gran árbol, al final del pasillo que habíamos improvisado. Roger se había vestido de traje y parecía acalorado e incómodo. Yo todavía no me había acercado al muro de los deseos, pero si lo hubiera hecho habría pedido una tela transpirable para él. Andrew, por su parte, llevaba un pantalón informal, sandalias y una vaporosa camisa blanca. A un lado, en el puesto que solía ocupar William, estaba Ambrose, que le hizo un gesto a Leo para que la música empezara a sonar. Cuando buscó mi mirada, aparté los ojos.

Yo todavía estaba asimilando lo sucedido —o no— en el

bazar. No habíamos hablado después de aquello, porque Ambrose se había pasado todo el trayecto de regreso apagando fuegos relacionados tanto con el lío de la cerveza como con un cortocircuito causado por el amplificador de Leo. Luego, en cuanto llegamos, Lauren estaba esperando en el patio delantero con los brazos cruzados, obviamente enfadada y lista para «una discusión». Yo me largué adentro con el fin de ayudar con la cerveza y lo demás, pero deduje que lo que había ocurrido a continuación no había ido bien, ya que al poco recibí un conciso mensaje de Ambrose que decía: «Felicidades. Has ganado».

Mientras empezaba a sonar una canción en un altavoz conectado al teléfono de Leo, los presentes se volvieron hacia el porche, donde Maya aguardaba junto a su madre. Era una novia preciosa, con un sencillo vestido blanco de corte sirena y la cruz de oro de su abuela colgando de una fina cadena, ese «algo» viejo y prestado. Lo nuevo era su corona de flores, que ella misma había confeccionado. Y el objeto azul, las cuentas de sus sandalias blancas, que se dejaban ver con cada paso que daba al bajar las escaleras.

Me sonrió al pasar y yo asentí con la cabeza antes de inclinarme para arreglarle el bajo del vestido, que se había doblado al enredarse con la hierba. Era un detalle sin importancia, pero la gente repararía en ello. Y si puedes arreglar algo, ¿por qué no hacerlo?

—Todavía me siento rara por estar aquí —me dijo Jilly al oído cuando Maya y Roger se plantaron frente a frente—. Ni siquiera conocemos a estas personas.

—Gracias a ti, los invitados comerán algo más que pizza —le repetí—. Te has ganado la invitación.

Se había producido otro pequeño contratiempo. La lista que Ambrose confeccionó para los amigos encargados de comprar la comida tenía las pizzas en una cara y los rollitos de primavera, las albóndigas y los aperitivos congelados en la otra. Como no le dieron la vuelta a la hoja y a causa de un cálculo extraño, acabamos con cuarenta pizzas congeladas y nada más. Por suerte, Jilly y Michael Salem todavía no habían salido y, de camino, recogieron de sus camiones suficientes sándwiches de queso gratinado y panecillos de pollo como para completar el menú a las mil maravillas. Bastó una

inspección rápida entre los primeros invitados para encontrar a un par de personas encantadas de precalentar el horno y disponer la comida en recipientes de metal, que ya estaban en marcha mientras Maya y Roger pronunciaban los votos. Únicamente tendríamos que repartir los aperitivos en bandejas y todo estaría listo.

Entretanto, veía a los novios cogerse de las manos. Su brevísima ceremonia estaba a punto de alcanzar el clímax y la conclusión. Durante los votos, alcé la vista hacia las destellantes lucecitas de los árboles mientras una suave brisa acariciaba el jardín y a todos los allí reunidos. Luego me volví a mirar a Ambrose, su rostro de perfil, pendiente de cómo Maya deslizaba la alianza en el dedo de Roger. ¿Qué quiso decir antes con eso de que se alegraba de que yo quisiera verlo feliz? Deseaba pensar en ello y, al mismo tiempo, prefería no hacerlo.

Instantes después los novios regresaban por el pasillo, Roger ruborizado y sonriente por una vez, Maya agitando el ramo por encima de la cabeza. Mientras todos aplaudíamos y les lanzábamos los pétalos que habíamos reunido tras podar las rosas mustias de Bee, mi teléfono sonó. Eché un vistazo a la pantalla: Ben.

«Salgo a las 8. ¿Cena?»

Miré de reojo a Ambrose, que le estrechaba la mano a Andrew. Leo estaba empezando a reproducir la lista de canciones que había preparado como regalo de bodas. Yo había revisado la música un rato atrás, cuando él había salido a fumar. Consistía ante todo en temas lentos de estilo folk con alguna que otra canción rap, que no eran precisamente ideales para bailar. En cualquier caso, no pensaba decir nada. Entonces todavía pensaba que ya me habría retirado para cuando la fiesta despegase y, sin embargo, ahí estaba. Y me di cuenta de que me apetecía quedarme.

«Estoy medio liada. ¿Mañana?», respondí. Y me guardé el móvil en el bolsillo sin esperar respuesta.

Media hora más tarde, tres de los seis manteles se habían roto, no quedaban bocaditos de queso gratinado y Leo fue destituido de su función de DJ por un grupo de gente que exigía música bailable. Mientras Michael Salem abría el camión Gravy para preparar más bocadillos, Jilly y yo

decidimos acercarnos al muro de los deseos, instalado junto a la cancela del jardín trasero. Al tiempo que enderezaba la caja de tarjetas y recolocaba los bolígrafos en el portalápices, me pregunté si alguna vez asistiría a una boda sin caer en mi rol de organizadora. Seguramente no.

—¿Me recuerdas cuál es la idea? —preguntó Jilly.

—Tienes que escribir un deseo para los novios —le expliqué.

—¿Y qué pasa si no los conoces de nada?

—Pues escribe lo que te gustaría que alguien te deseara a ti cuando te cases —sugerí—. Paz, amistad, no discutir por quién friega los platos… Ese tipo de cosas.

—Pero si a mí me encanta fregar los platos —replicó con aire meditabundo—. Podría desearles buena comida en abundancia. Mis padres dicen que esa es la clave de su matrimonio.

—Los sándwiches gratinados dan mucho de sí, supongo.

—Al menos en su caso. —Se inclinó sobre la mesa y empezó a escribir—. Y tú ¿qué les vas a desear?

En ese momento todavía no lo tenía claro. Mientras lo meditaba, pasé la vista por el jardín una vez más y observé a los invitados que bailaban junto al gran árbol, las mesas blancas decoradas con velas, el bebé de un invitado gateando hacia Ira, que llevaba una bandana blanca con pedrería en honor a la ocasión. No caí en la cuenta de que en realidad estaba buscando algo —o a alguien— en concreto hasta que vi a Ambrose plantado en la parte trasera del camión Gravy charlando con Michael Salem. Le estaba contando algo, gesticulando para explicarse mejor, y yo lo observé un ratito, sorprendida una vez más de darme cuenta de lo mucho que deseaba que se volviera a mirarme. Cuando lo hizo y me dedicó una sonrisa, noté calor en la cara.

—No creo que puedas pedir ese deseo para los novios —observó Jilly—. Quizá para ti.

La miré.

—¿De qué hablas?

Puso los ojos en blanco.

—Ay, Louna, por favor. Hay tanta química entre Ambrose y tú que sois prácticamente inflamables.

—Jilly —le dije bajando la voz—. Acaba de salir rebotado

de una relación.

—Y eso significa que has ganado la apuesta, así que puedes escogerte a ti para salir con él —respondió al mismo tiempo que doblaba su tarjeta y la colocaba en el tablón—. Es perfecto. Puedes fingir que no lo soportas todo lo que quieras. Pero ese rubor no miente.

—Las cosas no son así —repliqué, aunque si me hubiera preguntado, dudo que hubiera podido decirle cómo eran en realidad. Desplegué mi tarjeta—. Y nunca planeé elegirme a mí misma.

—Los planes cambian —dijo—. Tú lo sabes mejor que nadie.

Tenía razón. Pero yo también. Ni siquiera cuando me dirigía hacia aquí con las mesas, apenas unas horas atrás, se me había pasado por la cabeza que acabaría donde estaba, al borde de algo con la última persona que me podía imaginar. Sin embargo, a estas alturas ya debería haber aprendido que la vida te da sorpresas y quizá no todas te rompen el corazón.

Acerqué el boli al papel y empecé a escribir. Había pedido infinidad de deseos silenciosos para montones de parejas mientras las veía alejarse en sus coches, pero las palabras los tornaban reales, hacían que el deseo tuviera más posibilidades de cumplirse. Para ellos y quizá para mí.

«Os deseo segundas oportunidades.»

Doblé el papel y lo clavé en el tablón antes de que me diera tiempo de cambiar de idea, junto al de Jilly. Cuando Michael Salem la llamó y ella se alejó para reunirse con él, crucé el jardín hacia la música. Volviendo la vista hacia el muro de deseos que se perfilaba a lo lejos, vi un mar de papelitos: ya no sabía cuál era el mío entre todos ellos. Tantos deseos expresados, tantos anhelos, tantas plegarias lanzadas a un mundo inmenso: es imposible que se atiendan todas. Pero tienes que seguir pidiendo deseos porque, si no lo haces, no existe la menor oportunidad de que algo se vuelva realidad.

En el centro de la pista, Roger y Maya bailaban con las manos unidas, él todavía más sudoroso si cabe, ella con la corona torcida. Andrew, con su camisa blanca también manchada de humedad, bailoteaba a su lado junto a la madre de Maya y otros amigos, todos en corro. Tras ellos, Bee giraba y volvía a girar en los brazos del vecino contratista, mientras

que Lauren bailoteaba con Kevin Yu, el estudiante de medicina y futuro marido de Bee. Una vez más me encontraba al margen, separada por una línea que solo yo alcanzaba a ver. En esta ocasión, en cambio, no había prohibiciones: podía cruzarla. ¿Y acaso no es así como empieza todo? Una noche, un amor, una eternidad, pase lo que pase.

Cuando vi a Ambrose acercándose a mí desde el otro lado de la pista, el momento me pareció todavía más mágico si cabe, como si mi deseo se hubiera hecho realidad. Llevaba todo ese tiempo esperando mi segunda oportunidad. Puede que la tuviera delante y no la hubiera visto hasta ese momento.

—Eh —le dije, tendiéndole la mano—. Bailar facilita la reconciliación. ¿Nos reconciliamos?

—Sí. Claro. Desde luego —respondió a toda prisa, pero no se movió—. Ya va siendo hora, ¿no?

Ladeé la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Nada —respondió con idéntica precipitación, demasiada. Me compensó con una sonrisa y la perdió al percibir la seriedad de mi cara. Detrás de mí alguien aulló alegremente; una chica vestida de negro pasó girando por mi lado y el bajo de su falda me rozó la pierna—. Acabo de estar… en el camión, hablando con Jilly.

—Ah —asentí desconcertada—. Vale.

Se volvió a mirar a Bee, que se contoneaba entre los aplausos de Kevin.

—Le he contado… lo que siento por ti. Lo que llevo sintiendo desde hace un tiempo.

Me estaba diciendo algo muy fuerte, ya lo sabía. Brutal. Pero sus palabras… no cuadraban con su manera de expresarlas. Algo parecido a un ritmo un tanto desacompasado que no puedes seguir con las palmas.

—¿Y?

Su expresión se suavizó y dio un paso adelante. A nuestro alrededor la música se aceleraba, ganaba velocidad entre los chillidos de los bailarines.

—¿Por qué no me lo has contado? ¿Lo del tiroteo? ¿Lo de Ethan?

Ethan. Era el último nombre que deseaba oír en esas

circunstancias. No pertenecía a ese lugar, a ese momento. La gente irradiaba alegría alrededor, con las mejillas encendidas, con los cuerpos en movimiento, igual que lo hacía el mundo aquella fría mañana de otoño de apenas un año atrás. Qué tonta había sido al pensar que Ambrose y yo podíamos ser felices también de algún modo, tras un principio tan accidentado. Para ser verdaderamente feliz hace falta algo épico, como lo fue Ethan, y nosotros no lo éramos. Ni de lejos.

—¿Jilly te lo ha contado? —pregunté con un hilo de voz, como humo que surgiera de mis labios.

—Está preocupada por ti —explicó—. Intenta protegerte. Y lo entiendo. Lo que viviste…

—No me compadezcas —le espeté al instante, retrocediendo un paso—. No lo hagas. No me hace ninguna falta.

—No te compadezco —replicó, y se acercó para acortar la distancia que nos separaba—. Es que me siento un idiota después de todo lo que te dije sobre las rupturas y tu cinismo. Debías de sentirte…

—No me siento nada —lo corté—. No pasa nada.

—Eh. —Alargó la mano hacia mi brazo, pero la esquivé con un movimiento reflejo, inconsciente—. Mira. Solo quería pedirte perdón. No lo sabía. Y si te dije alguna tontería… yo… lo siento.

La música empezaba a cambiar según la canción que sonaba se entremezclaba con la siguiente, más lenta. Una transición perfecta y eso ¿con qué frecuencia sucede? Me reventó caer en la cuenta.

—Yo también lo siento —dije, retrocediendo un poco más —. Y en realidad debería marcharme. Le he dicho a Ben que iría a buscarlo.

Me miró de hito en hito.

—¿Le has dicho eso?

—Sí —respondí—. O sea, todavía no sabía que había ganado la apuesta. Y le estoy cogiendo el gusto a esto de las citas. Ahora entiendo por qué te mola tanto.

—Pero yo ya no quiero seguir haciéndolo —se apresuró a decir—. Y la apuesta me importa un comino. Tú eres mucho más que eso. Siempre lo has sido. Solo era un modo de

conquistarte.

Deseé que la música parase. Deseé que el mundo se detuviese. Pero los deseos no sirven para nada. Yo tenía razón desde el principio.

—No quieres estar conmigo —le aseguré—. Nada será nunca tan maravilloso como lo que tuve. Yo nunca volveré a ser la misma.

—Louna. —Trató de cogerme la mano. Me zafé de nuevo—. No digas eso.

—Tengo que irme —me disculpé con la voz quebrada—. Me están esperando.

Me miró unos instantes y yo me pregunté qué otras rutas podría haber tomado esta historia, posibilidades que seguían bailando en el futuro. Tampoco importaba.

—Muy bien. Vete —asintió—. Pero te diré una cosa. Eso que le he dicho antes a Jilly iba muy en serio. Lo que siento por ti. Nada ha cambiado para mí.

«Qué suerte», pensé. En mi caso, no podía aferrarme a nada sin ver cómo cambiaba de forma ante mis ojos.

Sin ser muy consciente de ello, estaba andando por la pista de baile, saltando la línea invisible. Y luego seguí avanzando por el césped, crucé la cancela hasta mi coche. Las personas que abandonan las bodas temprano siempre me habían intrigado, sus razones para no presenciarlo todo hasta el final. Cada cual tiene sus motivos, tan propios y diversos como las caras o las huellas dactilares. Puedes especular cuanto quieras sin llegar a intuirlos siquiera. Pero tenía muy claro que nadie me observaba a mí mientras me alejaba a solas.

CAPÍTULO 24

Eso estaba mejor. Pues claro que sí.

—¿No te vas a acabar eso? —preguntó Ben, señalando con la cabeza en los restos de dónut que yo había dejado en el plato. Era una broma privada, testimonio tanto de su apetito insaciable como del hecho de que siempre acabáramos comiendo juntos. Casi tres semanas saliendo y esas cosas empiezan a pasar. Todo era normal, exactamente como debía ser.

—Adelante —dije, y empujé el plato hacia él.

Sonriendo, lo cogió para hincarle el diente.

—El día que no me des tus sobras, sabré que hemos terminado.

—¿Lo sabrás por eso? —pregunté—. ¿Obviarás cualquier otra señal?

—La comida es mi lenguaje —explicó antes de beber un sorbo de granizado de café—. Es lo que tiene ser duro de mollera. No reparas en otras señales más normales.

Otra broma privada entre los dos: el modo de referirnos a su tenacidad para pedirme, y que yo aceptara por fin, salir con él. Ya teníamos una «historia», nuestro propio folclore: aquel semestre de Civilización Occidental, cuando éramos solo amigos, seguido de la boda Lin y los múltiples intentos por quedar, todos frustrados por sus horarios o los míos. Por fin me vio una noche regresando a casa, giró en redondo y me siguió hasta el siguiente cruce, donde me envió un mensaje y me invitó a un trozo de pizza. Acepté, comimos, nos besamos y el resto era… bueno, esto.

Fue bonito, la clase de historia que te gusta contar, pero yo no podía evitar identificar las pequeñas grietas en los cimientos del relato de nuestros orígenes, pequeñas fallas que solo yo veía. Por ejemplo, que «la primera noche» volvía a casa de la boda de Maya y Roger, todavía rumiando las últimas palabras de Ambrose. O que cuando recibí el mensaje de Ben en aquel semáforo, le estaba contestando con una

negativa antes de ser consciente de que lo tenía detrás. Detalles nimios, ya lo sabía, que no influyeron en el desenlace. Y solo contaba eso, en cualquier caso, que terminamos juntos ante sendos trozos de pizza y todo sucedió como cabía esperar. Nada de antipatía instantánea ni de arrastrar a nadie por aparcamientos, robar perros u otras conductas cargantes. Ni una sola apuesta rara ni secretos que permanecen demasiado tiempo sin desvelar. Si nuestra relación fuera una boda, se estaría desarrollando «la mar de bien», sin sorpresas ni problemas dignos de recibir tal nombre. A diferencia de Ambrose y yo, y lo que sea que pudiéramos haber sido, que estábamos destinados a convertirnos en un Desastre.

De manera que sí. La cosa iba bien. Y yo ya no tenía que preocuparme por salir con otras personas, porque había ganado la apuesta. Aunque no me pareciese una victoria. No me parecía nada.

—Tienes espuma en la nariz —me dijo Ben, a la vez que cogía el móvil—. Estás supermona. Vamos a hacernos un selfi.

Me obligué a sonreír cuando me puse a su lado y concentré la mirada en el minúsculo círculo de su teléfono que indicaba la ubicación de la cámara. Ben era fan de documentar lo nuestro en su página de Ume.com y otras redes sociales. Las primeras veces que eché un vistazo a sus publicaciones, me asustó ver mi propia cara reproducida hasta la saciedad, pero después me empezó a hacer gracia. Bueno, casi siempre.

—Tía —dijo al tiempo que devolvía el móvil al bolsillo. Yo miré la hora por costumbre, aunque no tenía que trabajar—. Esa mujer habla por los codos. ¿De verdad piensa que nos interesan los resultados de su analítica?

Seguí la trayectoria de su mirada por encima de mi hombro. En una mesa cercana, la Señora del Teléfono estaba absorta en una conversación sobre «el TAC y el análisis de sangre que el médico acaba de mandarme, y ya sabes que eso nunca es bueno». Ni siquiera la había oído hasta ese momento, lo que indica hasta qué punto estaba distraída.

—Siempre lo hace —le dije—. Me parece que le sirve de terapia o algo así.

—¿Compartir sus intimidades con la gente que viene a tomar café?

—Yo no he dicho que lo entienda —alegué—. Me limito a constatar los hechos.

Me sonrió: tres bromas privadas de tres en una comida. Esta última nació la noche de la pizzería, cuando me dijo que ya sabía que pronto nos iríamos a la universidad y puede que no fuera el momento ideal para empezar nada, pero llevaba varios días obsesionado conmigo y tenía que probar suerte de todos modos. Sus palabras exactas fueron: «No pretendo presionarte. Me limito a constatar cómo son las cosas.» Mi versión de la cita textual fue otra pequeña imperfección, pero se podía dar por buena.

Esa era la expresión que usaría para definir nuestra relación, aunque no pudiera decirlo en voz alta. No estábamos perdidamente enamorados, pero él me gustaba mucho. No era lo que se dice épica, pero teníamos una historia en común. No era del todo perfecta, pero, bueno, podía pasar. Y me pilló por sorpresa, en cualquier caso, con él o con cualquier otro chico. No siempre se puede tener un paseo al atardecer.

Mientras lo pensaba, Ben se inclinó y me sorprendió con un beso rápido. Pegué un bote: todavía me estaba acostumbrando a esta faceta suya, una especie de afecto torpedo que tenía su encanto, a decir verdad. En ese momento fui más consciente que nunca de la presencia de Leo, que llevaba lanzándonos miradas asesinas desde que habíamos entrado a desayunar media hora atrás. Ben había pedido por los dos para que yo no tuviera que tratar con él, algo que le agradecí. Pero Leo aprovechó que Ben había ido al baño para acercarse derecho hacia mí.

—Lo reconozco —me soltó en un tono melodramático, señal de que traía el discurso preparado de antemano—. No me lo esperaba.

Pasé la vista por el concurrido local: otros clientes, la vitrina de las pastas, la Señora del Teléfono explicando los problemas con su madre.

—¿A qué te refieres?

Hizo un gesto hacia el servicio de caballeros.

—Estás aquí con alguien que no es Ambrose. Me parece raro, teniendo en cuenta que dejó a mi mejor amiga por ti.

—¿Qué? —exclamé—. No, no la dejó por eso.

—No, no la dejó por eso —repitió en un tono agudo, imitando mi voz. «Qué imbécil», pensé—. Pues es curioso, porque fue exactamente eso lo que le dijo a Lauren. Imagínate, la pobre organizando la boda de su prima y mejor amiga, y no se os ocurre nada más que largaros al bazar para liaros a su espalda. Muy bonito.

—Yo no me lie con nadie en el bazar —protesté. En una mesa cercana, un hombre se volvió a mirarme. Cuando lo fulminé con la mirada, volvió a lo suyo—. Y si Ambrose mencionó mi nombre cuando rompió con tu amiga, es problema suyo. No tuve nada que ver con eso.

Era verdad. También era cierto que por un instante creí sentir algo por Ambrose, pero fue porque me dejé llevar por el ambiente de la boda, y eso sin mencionar que me había pasado casi cada hora del día con él a lo largo de todo el verano. Por suerte, estando en la pista de baile, caí en la cuenta de mi error igual de rápido, recuperé el juicio y salí por patas. Si Ben y yo teníamos nuestra precuela, la historia con Ambrose era todo lo contrario, pero me resultaba tan útil como la otra. Cuanto más me la contaba, más me la creía. Sin fisuras.

—¿Va todo bien? —preguntó Ben al volver a la mesa, con las manos apoyadas en el respaldo de mi silla.

—Sí —dije. Le dirigí a Leo una mirada rápida—. Solo estábamos poniéndonos al día.

—Tengo que volver al trabajo —anunció él, como si fuera yo la que lo estuviera entreteniendo—. Nos vemos, Louna.

Asentí y al momento, gracias a Dios, Leo regresó a su puesto detrás del mostrador.

—Qué majo —observó Ben—. Me gusta su barba.

Sonriendo, me di media vuelta para mirarlo.

—Ni se te ocurra.

Su respuesta fue inclinarse hacia delante para besarme la coronilla. Otro ataque a traición, pero esta vez no reaccioné. «Vamos progresando», pensé, y una imagen de nosotros dos vistos desde fuera me cruzó la mente: una pareja feliz desayunando juntos y una leve demostración de afecto en una mañana de verano. No tenía demasiado claro qué implicaba esa manía de salir de mí misma para contemplarnos a Ben y a mí desde la distancia, como si fuera una observadora y no

parte de la relación. «Porque sabes que es un paripé», respondió una voz queda y lúgubre en mi interior, la misma que oía en ocasiones en plena noche, cuando no podía dormir. A decir verdad, era también a esa hora cuando solía echar de menos a Ambrose —su tendencia a romper material de oficina, sus cruasanes calentitos y, tal vez, su amabilidad— de un modo que no sabía explicarme. En cambio, a plena luz del día no me costaba nada silenciarla: empujaba la silla hacia atrás, me levantaba y dejaba de oírla.

—¿Sales a las seis? —le pregunté a Ben de camino a la salida. La Señora del Teléfono seguía hablando a voz en grito, con la boca llena de bizcocho.

Empujó la puerta y se retiró para cederme el paso.

—Sí. Luego tengo que hacer unos recados supersecretos de cumpleaños. Pero iré a buscarte sobre las ocho.

—Ben —dije cuando salió detrás de mí y me tomó la mano —. No tienes que organizar nada para mi cumpleaños.

—Sí, claro —respondió—. Porque esa es la manera ideal de conservar a una novia maravillosa: desentenderte de su gran día. No soy tan borrico, Barrett.

—Vendrás a la cena —objeté—. En serio. Con eso tengo bastante.

—Pues mala suerte porque habrá más —replicó. Yo suspiré —. No te enfades. Me limito a constatar los hechos.

Ja, ja. La verdad era que me estaban pasando tantas cosas últimamente —la nueva relación y los preparativos para instalarme en la facultad dentro de pocas semanas— que mi cumpleaños, el 22 de julio y a poco más de una semana, se me iba de la cabeza cada dos por tres. En otro momento habría atribuido el despiste también al cansancio provocado por los eventos, pues estábamos en plena temporada de bodas. Pero después de la boda de Maya y Roger, por no mencionar las de cada verano de mi vida hasta el momento, había decidido descansar del trabajo y pasar el tiempo que me quedaba hasta mi marcha lejos de las ceremonias.

—Pues me parece una idea fantástica —había dicho mi madre cuando se lo comenté. No hacía ni un par de horas que habían regresado de Santa Samara y estábamos bebiendo té frío en el porche trasero—. Bien sabe Dios que te has ganado un descanso. Después de estas vacaciones, soy más consciente

que nunca de lo importante que es dejar espacio a otras cosas, aparte del trabajo, para tener calidad de vida.

—Prácticamente ha memorizado el libro de John —me informó William—. Se comporta igual que si la hubiera captado una secta.

—Para ya —protestó mi madre. Se ruborizó, como le pasaba siempre que el nombre de John salía en la conversación, lo que sucedía cada dos por tres y normalmente porque ella lo mencionaba—. Disfruta del verano, Louna. Ya nos apañaremos.

—¿Lo ves? Ahora sí que tengo claro que estás enamorada —observó William—. Porque la antigua Natalie habría entrado en pánico con solo pensar que tenemos cuatro bodas por delante y no contaremos con nuestra mejor empleada.

—Qué amable —le dije, conmovida—. Gracias.

—No te emociones. Tu única competencia es Ambrose —respondió bebiendo un sorbo de té. Todavía llevaba el sombrero de paja que se había comprado para el viaje, que echó hacia atrás para preguntar—: ¿Qué pasa?

Parpadeé sorprendida.

—¿Perdón?

—Acabas de poner una cara rara.

—¿Sí? —Cogí mi vaso—. No me he dado cuenta. Puede que no esté acostumbrada a recibir cumplidos.

—Puede —dijo despacio, mientras yo bebía. Mi madre, al otro lado de la mesa, estaba mirando el móvil, otro hábito nuevo que había adquirido durante las vacaciones. John ya le había enviado tres mensajes desde que los había recogido en el aeropuerto, según mis cálculos—. Bueno, por mi parte te voy a echar muchísimo de menos y, como soy un egoísta, espero que te aburras como una ostra y decidas unirte de nuevo a nosotros en primera línea. Pero, claro, yo no estoy enamorado.

—Todavía —apostilló mi madre sin despegar los ojos de la pantalla.

—¿Todavía? —pregunté—. ¿Es posible programar algo como eso?

—No —respondió, y dejó el teléfono a un lado—. Pero es posible programar una cita que lo pueda propiciar. Cosa que William ha accedido a hacer mientras estábamos fuera. Con el

queso de su novio.

—No es mi novio —replicó William al instante. Le tocaba a él sonrojarse—. Y lo prometí después de pasar toda la noche bebiendo champán en una isla exótica. No se me pueden pedir cuentas.

—Tonterías —zanjó mi madre, desdeñando el asunto con un gesto de la mano—. Vale igual. Vas a llamarlo esta semana, porque lo juraste delante de mí y de John.

—Otra vez John —me dijo William a mí—. Prepárate para oír este nombre a menudo. Yo ya lo tengo asumido. Antes de que te des cuenta, se habrá mudado a tu casa.

—¿No vive en Santa Samara? —pregunté.

—Tiene una casa allí, para algo tan necesario e infravalorado como es cargar las pilas —explicó mi madre. De nuevo William puso los ojos en blanco—. Pero vive en Lakeview y pasa casi todo el tiempo viajando y dando charlas. Lleva un estilo de vida flexible, que le permite hacer ajustes en función de las necesidades.

—A esto me refería cuando he dicho que ha memorizado el libro —aclaró William—. Ahora habla con listas de puntos y eslóganes.

—¡Es muy bueno! —afirmó mi madre—. De hecho, John os ha enviado un ejemplar a cada uno, junto con el cuaderno de trabajo. Os va a venir muy bien, estoy segura.

—Louna tiene diecisiete años, Natalie —objetó William—. Todavía no corre peligro de ser adicta al trabajo.

—El término es «trabajópata» y el libro habla de más cosas —replicó mi madre. Su teléfono se iluminó una vez más y lo cogió de inmediato. Con los ojos pegados a la pantalla, fue capaz de decir igualmente—: Habla del valor necesario para perseguir lo que quieres de verdad, no lo que crees necesitar. En ocasiones, ni siquiera sabemos qué es.

—Bueno, pues yo necesito ir a casa —fue la respuesta de William, que se levantó con una mano en el sombrero—. Mañana a primera hora tenemos que reunirnos con Amber Dashwood para hablar de ese circo de tres pistas que ha pedido por boda.

—¿Circo? —pregunté—. ¿Me lo he perdido?

—Es un comunicado reciente —dijo mi madre—. Al parecer, hace un par de semanas decidió que sí quería una

boda temática, a fin de cuentas. Así que habrá carpa circense y contrataremos acróbatas.

—Hala —exclamé, y por un momento me arrepentí de haber decidido quedarme al margen—. Qué locura.

—También pidió animales exóticos, pero eso es más difícil de organizar, por el problema de los permisos —añadió William a la vez que recogía su maleta—. Y la seguridad. ¿Y si le pedimos a Ambrose que traiga a ese perro suyo y lo hacemos pasar por una fiera?

—No es un animal feroz, que digamos —comentó mi madre —. Pero ¿qué más quieren si nos avisan con un margen tan breve?

Una imagen de Ira asomó a mi mente, su hocico despeinado y sus cejas encrespadas, su manera de sacudir la cola contra lo que fuera que tuviera cerca cada vez que aparecía Ambrose. Lo suyo fue amor a primera vista, desde el instante en que fue rescatado y nos lo llevamos. Noté que William me observaba mientras yo evocaba la imagen y me pregunté si mi cara me habría delatado de nuevo. Pero esta vez no dijo nada.

Solo pasadas varias horas, cuando William ya se había marchado y mi madre retirado a su habitación con su ejemplar, marcado y subrayado, de *Trabajópatas: cómo encontrar la mejor versión de ti mismo y ganarte la vida con tu pasión,* caí en la cuenta de que en todo el rato no les había mencionado las novedades de mi vida amorosa ni a Ben. Tampoco significaba nada: habíamos hablado sobre todo de su viaje, yo inclinada hacia sus teléfonos respectivos para mirar las fotos (William: paisajes, comida y puestas de sol; mi madre: ella delante de puestas de sol y paisajes, ella con John). Y, en cualquier caso, al día siguiente durante *Daybreak USA*, cuando mi madre mencionó el asunto de mi cumpleaños, le dije al instante que estaba saliendo con alguien y pensaba invitarlo a la cena que organizaríamos en casa. Durante las semanas siguientes, después de reunir el valor necesario para invitar a Matt, «el queso de su novio», a tomar una copa (dos veces) y a cenar (tres), William decidió traerlo también. Y ahí estábamos, todos emparejados y haciendo planes para agasajar…, bueno, a mí. Desde luego que las cosas habían cambiado. Pero no tanto: todavía íbamos

a celebrarlo un día antes, ya que había una cena de ensayo prevista para la fecha de verdad.

En cuanto a mí, con tiempo libre a manos llenas por primera vez en mi vida reciente, me había dedicado a preparar las cosas para la universidad, a pasar el rato con Jilly y los niños, y a tratar de acostumbrarme a no trabajar, algo que me estaba resultando más duro de lo que esperaba. Los dos primeros días me hundí de pleno en la desidia. Me levantaba tarde, comía cuencos de cereales en pijama viendo maratones de *Gran Hermano Nueva York* y *Chicago*, leía hasta la cena. Luego me arrastraba hasta la ducha y quedaba con Ben, a solas o con sus amigos, para tomar algo o dejarnos caer por las diversas fiestas de despedida que ya empezaban a celebrarse. Cosa de una semana más tarde, sin embargo, me costaba cada vez más mantenerme ocupada. Puede que fuera más «trabajópata» de lo que pensaba.

En cuanto a Ben, en cambio, todo era fácil. Nos conocíamos lo suficiente como para que nadie se llevara grandes sorpresas. Tras el tiroteo de Brownwood, corrió por el instituto la voz de mi relación con Ethan. Nunca hablamos de ello en aquel entonces, pero el tema había surgido un par de veces desde que Ben y yo estábamos juntos —eso también formaba parte de nuestra historia, los acontecimientos previos — y lo abordamos con naturalidad antes de aparcarlo. Esa es la diferencia entre una persona que te conoce de antes y otra que no: no podría haberle ocultado el secreto a Ben ni aunque hubiera querido.

Sin embargo, esa clase de pensamientos solamente me asaltaba en plena noche, cuando me concedía permiso para evocar aquel sábado en la boda de Maya y Roger y repasar cada instante buscando pistas de cómo podría haber actuado de otra manera. No se parecía en nada a revivir la noche con Ethan, perfecta de principio a fin. En este caso, no divisaba nada más que esas encrucijadas en las que podría o debería haber hecho otra cosa, desde el principio hasta la conversación en la pista de baile, cuando la situación me superó y escogí salir huyendo. ¿Qué me pasó por la cabeza en ese momento? Ni siquiera después, mientras lo reconstruía mentalmente, lo tenía claro. Fue como si oír el nombre de Ethan me hubiera hecho comprender que entre Ambrose y yo

reinaba demasiada confusión o discrepancia como para llegar a nada.

Lo mío con Ben, en cambio, era pulcro y ordenado, sencillo. Lo estaba viendo en ese momento, según nos alejábamos del Jump Java camino de su coche para que se fuera al trabajo. Lo mostraba nuestra imagen reflejada en el escaparate de la papelería, su mano sosteniendo la mía, nuestro andar acompasado, ni apresurado ni lánguido, sino adecuado. Gracias a todas esas fotos, yo sabía muy bien la imagen que ofrecíamos. Un chico alto y guapo, de espaldas anchas, enfundado en unos vaqueros y un polo del Jumbo Smoothie; una chica ataviada con un vestido veraniego y chanclas, el cabello recogido en un moño descuidado, las gafas de sol en la cabeza. Cuando dejamos el reflejo atrás, casi me extrañó que no desapareciéramos con él.

—Pues claro que sí —dijo Jilly al tiempo que retiraba el tapón de otro tubo de protección solar—. Además, tenemos tiempo de sobra.

La miré con aire escéptico mientras ella extraía una buena cantidad de crema para depositarla en su palma abierta.

—Ya estamos a quince de julio. Dentro de un mes y poco te marcharás.

—Exacto —asintió. Aferró a Bean, que solo llevaba encima un pañal de baño y un gorrito, para atraerla hacia sí. Mientras la sujetaba con una mano y le untaba crema con la otra, añadió—: Oyéndote, cualquiera pensaría que me marcho mañana mismo.

En lugar de responder, me quedé mirando cómo Bean forcejeaba para escapar de su abrazo. Un niño saltó en bomba delante de nosotras y el agua salpicó en todas direcciones.

—Pero vendrás a mi cumpleaños, ¿no?

—Louna. —Me miró—. Pues claro. No entiendo por qué estás tan rara.

—No soy yo la que está rara —le reproché muy en serio—. Hace tres semanas que salgo con Ben y no has venido con nosotros ni una vez. Yo quise conocer a Michael Salem, no sé, al momento.

—Ya conozco a Ben —dijo. Por fin soltó a Bean, que al

instante huyó de la tumbona por el espacio que había entre las dos—. Fuimos juntos al instituto. ¿O ya no te acuerdas?

—No lo conoces como mi novio.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó—. Además, cuelga tantas fotos tuyas en Ume que tengo la sensación de salir con vosotros a diario.

Oír eso me molestó tanto que me incorporé para untarme otra capa de protección solar en vez de seguir hablando. Empezaba con las piernas cuando Crawford, que leía una gruesa novela vestido de la cabeza a los pies, dijo desde el otro lado de Jilly:

—Tiene razón, ¿sabes? La estás evitando.

Jilly suspiró y, ajustándose los tirantes del bañador, se recostó en la tumbona.

—Crawford, cállate. ¿Cómo quieres que la esté evitando si la tengo aquí al lado?

—La evitas cuando está con su novio —aclaró con su tono monocorde y nasal sin levantar la vista de la página—. Anoche le dijiste que habíais quedado y no podíais cenar con ellos. Pero estuvisteis toda la noche en el sofá viendo la tele.

Silencio. No obstante, si el bochorno fuera audible, el rostro de Jilly se habría oído a kilómetros de distancia.

—¿Es eso verdad? —le pregunté por fin—. ¿Me mentiste?

—Sí —respondió Crawford por ella.

—No —dijo Jilly al mismo tiempo, antes de suspirar con fuerza y volverse hacia mí—. Vale, de acuerdo. Puede que tenga reparos en aceptar lo tuyo con Ben. Pero solo porque me siento fatal por lo que pasó.

—Y tampoco estaba trabajando en el camión hace un par de noches, cuando le propusiste ir a la bolera —añadió Crawford desde el otro lado—. Se quedó en casa sin hacer nada.

Jilly giró la cabeza a toda prisa para encararse con él.

—¿Te quieres callar?

—Claro —respondió él con educación. Pasó la hoja mientras Bean, aferrando otro envase de crema solar, se dirigía hacia él.

Tragué saliva, todavía atónita por lo que acababa de oír. Finalmente dije:

—No lo entiendo. ¿Qué te hace sentir tan mal como para

no querer salir conmigo?

—No quiero salir contigo y con Ben —me corrigió.

—¿Acaso es distinto?

—Sí —replicó categórica y hundió todo el cuerpo como acompañando el asentimiento. Volvió a recostarse y se tapó la cara con las manos, pero al momento las retiró—. Mira, Louna. Si no hubiera abierto mi bocaza para hablar de Ethan, estarías con Ambrose. Lo fastidié todo. Si salgo contigo y con Ben, sería como decir que hice bien.

—Pues claro que hiciste bien —insistí—. Además, tú no fastidiaste nada. Ambrose y yo no podíamos ser nada más que amigos.

—Ya, pero yo no pienso así —dijo.

—Pues yo sí. —Me incorporé y me abracé las piernas contra el pecho—. Te lo he dicho mil veces, no hiciste nada malo hablándole de Ethan. Solo pretendías cuidar de mí.

—Y lo hice dándole una información que lo empujó a pedirte cuentas, te asustó y ahora estás con un tío que apenas conoces.

—¡Tú saliste con Michael Salem después de una sola noche de fiesta!

—¡Porque es el amor de mi vida! ¡Tú casi nunca hablas de Ben como no sea para pedirme que salga con vosotros porque no quieres estar a solas con él!

—Estáis gritando —observó Crawford.

Tenía razón. Jilly se relajó y se alisó el bañador. Yo carraspeé. Otro niño saltó en bomba. Chof.

—No todas las relaciones —empecé despacio, pasado un momento— son el típico romance que te quita el aliento. Algunas son, no sé, más tiernas.

—Tiernas —repitió—. Y de eso hablan las tarjetas de San Valentín y las canciones de amor, claro que sí.

—¿Por qué te molesta tanto? —me exasperé—. Solo querías que saliera ahí fuera. Estoy fuera. Tengo novio.

—No sé si te has fijado —dijo— en que no has pronunciado ni una sola vez la palabra «feliz».

—Ben es un chico estupendo.

—No es lo mismo.

Resoplé de pura frustración.

—Sabes muy bien que Ambrose me sacaba de quicio casi

todo el tiempo que pasábamos juntos, ¿no? Que somos como la noche y el día.

—Lo que yo sé —respondió con voz queda— es lo que vi con mis propios ojos. Es posible que te pusiera de los nervios. Pero cuando estabais juntos había magia entre vosotros. Nunca hubo ternura sin más.

—Pero no nos entendíamos —señalé—. De ahí que lo nuestro nunca hubiera funcionado.

—Puede que no —reconoció—. O puede que sí. Y es ese «puede» lo que me está matando. Es posible que te haya privado de lo que yo tengo con Michael Salem y quedarme sentada mientras tú finges que lo tienes con otra persona… No puedo hacerlo. Lo siento.

—Venga —insistí—. Ambrose y yo estábamos condenados al fracaso. Lo estamos. Ni siquiera he vuelto a verlo desde aquella noche y ahora estoy con Ben. Seguro que Ambrose ya ha pasado página. Y tú también puedes hacerlo. Te lo prometo.

—Vale, muy bien. Lo intentaré —se resignó. A continuación, suspiró con fuerza. Entretanto, Bean gateaba hacia ella y se agarraba al borde de la tumbona—. Saldré contigo y con Ben si eso es lo que quieres.

—Lo es —dije, pensando qué fácil y sencillo sonaba dicho así. Y casi al instante me acordé de Ambrose el día que nos conocimos, su sinceridad cuando respondió: «Me revienta no tener lo que quiero». Pero yo no era lo que él quería, en realidad no. Solo fui un capricho pasajero, estaba segura, por más Jilly se empeñara en lo contrario. Yo quería una historia tierna. O, al menos, me conformaría con eso.

CAPÍTULO 25

Mi madre no es de esas personas que se disculpan, a menos que haya metido la pata hasta el fondo. En los últimos tres minutos, según mis cálculos, me había pedido perdón un mínimo de cinco veces.

—Es que se lo prometí —insistió mientras yo buscaba a toda prisa los zapatos y las llaves por mi habitación—. Y si has prometido payasos, no puedes fallar.

—No pasa nada —le repetí—. Tú dime dónde están.

—En la salida de la I-15, me han dicho. Los reconocerás enseguida, porque van vestidos de…

—… payasos —terminé en su lugar—. Ya lo he entendido. Voy para allá.

—Me sabe fatal —repitió—. Ve a buscarlos y ya está, no necesitamos nada más. Discúlpate con Ben de mi parte.

—No hemos quedado hasta las siete y media —dije, y miré el reloj para asegurarme. Eran las seis y cuarto—. Nos vemos enseguida. Me reconocerás por el coche lleno de payasos.

—Eres un sol.

Diez minutos más tarde me detenía detrás de un destartalado microbús decorado con lunares. Seis hombres vestidos con peto y peluca, que exhibían distintas versiones de narizotas rojas y llevaban botellas de agua en la mano, pululaban por las inmediaciones. Desbloqueé las puertas, montaron en mi coche y pusimos rumbo al banquete de Amber Dashwood, que debía comenzar en pocos minutos en la Finca Derbi, situada en la otra punta de la ciudad. Cuando detuve el coche en la puerta, William nos estaba esperando.

—Gracias a Dios —exclamó. Los payasos ya estaban saliendo y recogiendo las bolsas con sus utensilios—. Muy bien, vayan por este camino hasta los jardines y esperen instrucciones. Dentro de un momento les pediremos que reciban a los invitados.

Ajustándose las coloridas pelucas, los payasos fueron por la ruta indicada entre los golpes de sus zapatones contra el

asfalto. Mientras los veía alejarse, le dije a William:

—Ya sé que es una locura, pero casi añoro este trabajo.

—Es una locura —asintió al mismo tiempo que extraía el móvil para teclear un mensaje a toda prisa—. Pero si lo dices en serio, encantado de que te quedes. Tengo una jauría de perros amaestrados a los que habrá que vigilar cuando se sirvan los aperitivos.

—¿Perros? Pensaba que decías en broma eso de Ira.

—No, si no es Ira —explicó—. Se trata de un circo canino profesional que tu madre ha traído desde Virginia. Deberías ver a los schnauzers bailarines.

—Hala —me asombré. Un par de coches se internaron en el aparcamiento de la finca Derbi, circulando con lentitud; estaban buscando una plaza—. Me parece que acaban de llegar los más tempraneros.

—No han debido de quedarse ni a los votos —gruñó William. Un sedán aparcó allí cerca y al momento bajó una pareja—. Nunca entenderé a la gente que tiene tanta prisa por llegar al banquete. ¿Acaso no tienen vida social?

Sonreí, porque había escuchado lo mismo mil veces. Mientras tanto, otro coche pasaba por nuestro lado buscando una plaza de aparcamiento. A pesar de las semanas que habían pasado desde la última vez, todavía notaba ese cosquilleo de emoción/miedo que reptaba por mi estómago poco antes de que empezara un evento. Nunca sabes cómo transcurrirá la noche.

El teléfono de William emitió un aviso.

—Es tu madre. Camareros gruñones —me informó después de consultar la pantalla—. Supongo que ha llegado el momento de aplicar mi correctivo infalible.

—Rezaré por ellos —le dije. Él se ajustó la corbata.

—Tú lárgate de aquí —replicó, y me dio un besito en la mejilla—. Sálvate mientras aún estás a tiempo.

—Lo haré.

Sin embargo, cuando se alejó por el camino me quedé en el mismo sitio observando a los invitados que iban llegando. Al otro lado del edificio, asomaba el despliegue de mesas engalanadas con manteles blancos y arreglos florales. Aun desde la distancia adiviné que estos últimos procedían de la floristería Kirby. Me pregunté si Ambrose habría ido a

buscarlos, tal vez acompañado de Ira, y si la señora Kirby le habría preguntado por mí. En cualquier caso, muy pronto se acostumbraría a mi ausencia y seguramente también a la de Ambrose. Las vacaciones llegarían a su fin en poco tiempo. En cuanto la boda de Bee quedara atrás, tendría una vida a la que volver. Dondequiera que estuviese.

—Disculpe. —Una voz se dejó oír a mi espalda—. ¿Voy bien por aquí al banquete de los Dashwood?

Cuando me volví a mirar, vi a un hombre de edad avanzada vestido con un traje oscuro y una corbata roja.

—Sí. Al otro lado del edificio.

Se quedó mirando el camino, como si no acabara de creerme, y luego volvió la vista hacia el aparcamiento, quizá planteándose si dar media vuelta. Si me fijaba, el recorrido no estaba bien señalizado.

—¿Por qué no me acompaña? —me ofrecí—. Por aquí.

Al otro lado encontré a mi madre que estaba encendiendo una vela en la mesa donde estaban expuestas tarjetas de ubicación.

—Este caballero es un invitado —le dije, volviendo la vista hacia él—. El trayecto no está bien señalizado. No estaría mal que hubiera alguien allí delante.

—Ah, vale —asintió, y sonrió al hombre que se acercaba a la mesa—. ¿Ambrose? ¿Puedes acercarte a la entrada a dirigir el tráfico?

Hasta ese preciso momento ni siquiera había reparado en él. Pero de golpe y porrazo ahí estaba, con una camisa de vestir azul y una corbata azul marino. Parecía sentirse tan incómodo de verme como yo de tenerlo delante.

—Hola —lo saludé. Tuve la sensación de que me correspondía a mí empezar la inevitable conversación. Esperaba que fuera mínima.

—Ey —respondió, y miró a mi madre de inmediato—. ¿Acompaño a los invitados?

—Solo indícales el camino —sugirió ella al tiempo que encendía otra vela—. Y asegúrate de que Louna se marche; tiene una cita interesante.

Me subió un calorcillo por las mejillas. No les había contado a mi madre ni a William nada de lo que estuvo a punto de pasar entre Ambrose y yo en la pista de baile. ¿Para

qué? Era absurdo iniciar un relato que carecía de nudo y desenlace, y este, por si fuera poco, apenas tenía principio. Solo consistía en un par de frases confusas que habían quedado en nada. Punto.

—Muy bien —dijo Ambrose, que ya daba media vuelta para recorrer el camino—. Vamos, Louna. No hagas esperar a tu novio.

—¡Así me gusta! —exclamó mi madre, ajena a todo—. ¡Que te diviertas, cielo!

Todavía más incómoda si cabe, clavé la mirada en la espalda de Ambrose mientras lo seguía por el camino al aparcamiento donde, como me temía, se había congregado un grupo de invitados que intentaba decidir si entrar en el edificio principal, rodearlo o tomar otro camino.

—El banquete es por aquí —anunció Ambrose e, igual que un rebaño vestido de gala, todos se encaminaron hacia nosotros—. Allí detrás les informarán de las mesas que les han sido asignadas. ¡Que se diviertan!

Me aparté a toda prisa hacia el césped cuando una mujer con un vestido morado y unos zapatos chirriantes pasó zumbando por mi lado como si se hubiera propuesto llegar la primera a los aperitivos. Su pareja la siguió con expresión avergonzada. Pronto todos se habían marchado y ya solo quedábamos Ambrose y yo en la acera. Mientras tanto, más coches entraban en el aparcamiento.

—Me puedo quedar un rato, si necesitas ayuda —le propuse, puesto que tenía la sensación de que debía ofrecerle, no sé, algo.

—Me parece que seré capaz de indicar el camino a los comensales —replicó con un matiz de frialdad en la voz—. Pero gracias.

«Vete», me dije mientras una pareja con dos niñas pequeñas, enfundadas en rígidos vestidos de color rosa, se acercaba a nosotros precedida de sus voces. «Le apetece tan poco estar aquí contigo como a ti quedarte.» A pesar de todo volví a pensar en las escasas semanas que tenía por delante antes de partir a la universidad y en esa sensación de estar cerrando etapas. A saber cuándo se presentaría otra ocasión de hacer lo propio con esta historia.

—Mira, Ambrose —empecé, después de que le hubiera

señalado a la familia el camino—. Ya sé que esta situación es violenta.

—¿Violenta? —repitió, y se apartó el rizo rebelde de la cara —. ¿Por qué? ¿Porque prácticamente te declaré mi amor eterno y tú te marchaste sin más y no he vuelto a saber nada de ti hasta, bueno, hasta ahora? ¿Por qué iba a ser violenta?

Eran palabras muy trascendentes para ser pronunciadas de un tirón y me costó un rato descifrarlas. Por fin, le dije:

—Tú no me declaraste tu amor eterno. Me preguntaste por Ethan.

—Me estaba preparando para hacerlo —se defendió—. Antes tenía que disculparme. Intentaba asimilar la información que acababa de conocer.

—Ambrose…

—Pensaba adoptar un enfoque dual —continuó—. No se me pasó por la cabeza que te largarías antes de que pudiera terminar.

—¿Dual? —exclamé—. Cualquiera diría que hablas de un electrodoméstico.

—¿Por qué no me dijiste que no te estabas recuperando de una ruptura dolorosa? —me reprochó—. Yo no sabía lo que te pasaba. No tenía ni idea de lo que necesitabas.

—Lo que yo necesito no es asunto tuyo —repliqué—. Además…

—Disculpen, ¿el banquete se celebra en este edificio? —nos preguntó desde atrás un hombre enfundado en un traje milrayas.

—Por allí —replicó Ambrose de malos modos, señalando el camino con un dedo. El hombre se marchó a toda prisa con aire compungido.

—No la tomes con los invitados —le pedí—. Es conmigo con quien estás enfadado.

—Esa es la cuestión, Louna. No estoy enfadado. —Suspiró y negó con la cabeza—. Mira. Ya sé que este no es el sitio ni el lugar para confesiones, pero te lo voy a decir de todos modos. Me gustaste desde el principio. ¿Vale? Aquel día en la boda de mi madre, cuando me agarraste del brazo y me arrastraste adentro, ya supe que quería algo contigo. Por eso quise sacarte a bailar. Por eso me acerqué a la pista en aquella estúpida fiesta, cuando Orejotas se sobrepasó contigo. Por eso

lo hice todo: el empleo, la apuesta, las cosas que hice. Si ganaba, yo sería el elegido para la cita siguiente, aunque en teoría todavía estuviera saliendo con otra persona. Me pareció buena idea, porque así tendrías que darme una oportunidad si no encontraba otra manera.

Lo miré de hito en hito, tratando de asimilar lo que estaba escuchando.

—Pero si estabas colado por Lauren…

—Lauren era… es… genial —asintió—. Y compartimos un par de noches alucinantes. Épicas. Pero a mí, en el fondo, solo me hacía ilusión verte a ti, pasar el máximo tiempo contigo por muy aburrido o estresante que fuera el trabajo ese día. Y no sabía cómo plantearlo, hasta aquella noche en el bazar, cuando dijiste que éramos amigos y querías verme feliz.

—Ya sabías que éramos amigos —respondí con voz queda.

—Tenía la esperanza de que lo fuéramos —matizó. Más coches entraban en el aparcamiento a medida que iba llegando el grueso de los invitados—. Pero cuando tú lo dijiste, vi una posibilidad. Como un resquicio por el que colarme. Eso fue lo que le confesé a Jilly en el camión, que estaba loco por ti desde el día que te conocí, pero sabía que lo habías pasado mal y quería ir con cuidado, hacer las cosas bien. Y ella respondió que lo tenía difícil para competir con Ethan, por distintas y muy variadas razones, y que mejor me mostrara tal como soy y en paz. No entendí de qué me hablaba. Y le pedí que se explicase.

Una vez más, Ethan estaba allí con nosotros. Casi podía sentir su presencia.

—Lo quería muchísimo —dije—. Nadie podrá entender nunca cómo fue perderlo.

—A eso me refiero. —Resopló y bajó la vista—. Yo no pretendía entender cómo te sentiste. Más bien tenía la sensación de que por fin, quizá, empezaba a comprenderte.

«Ay, Dios», pensé, y con la misma rapidez noté una punzada de puro miedo, una reacción a la idea de volver a exponerme a las cosas que podían hacerme daño. Los rayos no caen dos veces en el mismo sitio, salvo cuando lo hacen. ¿Cómo iba a volver a esa región de paseos al atardecer y eternidad, pasase lo que pasase, sin pensar que todo volvería a repetirse? Era lo más aterrador del mundo. Aunque quizá no

tanto como no hacerlo.

—Perdonen…

—¡Allí detrás! —aulló Ambrose cuando se volvió hacia el grupo que llegaba del aparcamiento—. ¡El banquete se celebra en el jardín trasero!

—Les estás gritando a los invitados —señalé con voz queda.

—¡Perdón! —vociferó. De nuevo me miró con suma seriedad—. Ojalá te hubieras quedado allí, delante de mí, la otra noche. Desearía que no te hubieras marchado.

«Yo también deseo muchas cosas», quise confesarle, pero le había dicho lo contrario y ya no podía desdecirme.

—Pero lo hice. Y ahora…

No terminé la frase y él tampoco. Nos quedamos allí parados mientras los invitados desfilaban por nuestro lado siguiendo a los grupos que avanzaban, por fin, en la dirección correcta. Por la noche habría perros bailarines, payasos, brindis emocionados y despedidas entre lágrimas. Tantas cosas por delante, aún pendientes de materializarse. Los principios siempre son lo mejor.

—Perdona —le dije—. Por no decírtelo. Y por marcharme. Y por lo demás.

—Yo también lo siento —respondió. Tragando saliva, desvió la vista hacia el aparcamiento—. La próxima vez ya sabré que debo expresar mis sentimientos antes que nada. Elegir muy bien la entradilla.

—Y yo —añadí— sabré que tengo que ser muy clara en las cosas importantes. Nada de sorpresas.

Nos miramos, una vez más. Un hombre con pajarita se detuvo detrás de Ambrose, miró a su alrededor y echó a andar por el buen camino.

—Bueno —continuó al cabo de un momento—. Seguro que lo hacemos de maravilla con la persona que aparezca a continuación. De nada.

—Lo mismo digo —asentí, y sonreí—. Cuídate, Ambrose.

—Tú también. Adiós, Louna.

Me alejé por el aparcamiento hacia mi coche y no dijimos nada más. Una despedida como Dios manda. Nadie se marchó como una exhalación ni se alejó enfadado. Nada de gritos ni desapariciones súbitas y devastadoras que lo dejan todo a medias. Era nuevo para mí, como tantas otras cosas con

Ambrose desde el comienzo, y tuve la sensación de que me iba a sentir mejor, en paz. Sin embargo, cuando me senté al volante, me eché a llorar.

Después de tantas emociones, necesitaba algo antes de ver a Ben. Y decidí que ese algo era un café.

Reinaba más tranquilidad en el Jump Java al atardecer y, por suerte, Leo no trabajaba. Ni siquiera había cola. Pero la Señora del Teléfono seguía allí, en una mesa individual, hablando por los codos.

—Un café con leche grande con extra de espuma —le pedí a la camarera, una chica asiática con un corte de pelo muy mono, como un duende. Mientras ella asentía y se disponía a darse la vuelta para prepararlo, comprendí que también me apetecía un dónut. Todos tenemos antojos y a veces se te antoja azúcar.

—Esa es la cuestión —oí decir a la Señora del Teléfono. Aquel día su voz sonaba más alta que nunca en el local medio desierto—. Nunca pensé que tendría que enfrentarme a esto. Lo tenía todo calculado, al milímetro. Sí. El hombre propone…

Miré el reloj que había junto a la máquina de café: acababan de dar las siete. En teoría tendría que ir saliendo hacia el Jumbo Smoothie para recoger a Ben e ir a cenar con unos amigos suyos antes de pasar por otra fiesta más. Por lo general me gustaba la idea de tener toda la noche por delante. En ese momento, en cambio, estaba cansada. Y la señora seguía hablando.

—No, me parece que debo centrarme en mí. Ya sabes, prodigarme autocuidados. Las cosas se han complicado tanto últimamente que no puedo dedicar tiempo a otra persona. ¿No te parece?

La camarera duende se volvió hacia mí y empujó la taza por el mostrador. Estaba a punto de pedirle el dónut cuando la puerta se abrió de golpe. Entró un grupo de mujeres vestidas con ropa de deporte y cargadas con esterillas de yoga, todas hablando a la vez.

—¿Algo más? —me preguntó.

—Hum, no —respondí, echando un vistazo a mi espalda. Demasiada gente en un espacio tan pequeño; el dónut podía esperar—. Solo esto.

Mientras ella introducía el precio en la caja registradora, la puerta se abrió de nuevo y entraron más mujeres enfundadas en licra y camisetas que proclamaban «Namasté»; obviamente eran compañeras de las anteriores. Seguía oyendo de lejos a la Señora del Teléfono, que debía de estar hablando a gritos.

Pagué la bebida, cogí una tapa y, esquivando chanclas y colchonetas, intenté abrirme paso hacia la puerta entre las mujeres que hacían cola frente a la caja. A pesar de mis esfuerzos, alguien me empujó por detrás justo cuando pasaba junto a la mesa de la Señora del Teléfono y trastabillé hasta acabar apoyada en el respaldo de su silla. Cuando notó el golpe, la mujer dio un respingo hacia delante y el móvil resbaló entre sus dedos antes de caer rebotando al suelo.

—Ay, por Dios, perdone —me disculpé, y dejé el café en una mesa cercana para recoger el teléfono—. Yo he tenido la culpa.

—Tranquila, yo lo cojo —se apresuró a decir, ya pegada a mis talones.

—No, ya está —insistí—. Es lo menos que puedo hacer.

Ella seguía a mi espalda cuando me agaché para rescatar el móvil.

—No… —dijo.

Supe tan pronto como lo tuve en la mano que sucedía algo raro. No fue únicamente la pantalla agrietada, negra y apagada, ni la frialdad del artilugio en mi mano. Una sabe de inmediato cuando algo no funciona o nunca lo ha hecho. Todas esas conversaciones un día tras otro. Pero nunca había nadie al otro lado.

Ella seguía plantada a mi espalda, tan cerca que noté su aliento en la nuca antes de darme la vuelta despacio.

—Aquí tiene —le dije con voz queda cuando se lo tendí—. Le pido disculpas otra vez.

—No pasa nada —respondió al tiempo que lo recuperaba —. No se preocupe.

Ya se estaba alejando, de vuelta a su mesa, con su teléfono apagado en la mano. Puede que se lo llevara a la oreja al instante o que esperara a que yo me marchara. No llegué a saberlo. Estaba demasiado triste para volverme a mirar.

CAPÍTULO 26

—¿Qué te parece? —preguntó mi madre, que desplazaba las margaritas un poquitín hacia el centro—. Perfecto, ¿verdad?

Lo era, de principio a fin, desde la mesa puesta en el porche trasero con nuestra mejor mantelería, las lamparillas y los jarrones de boda hasta el despliegue de aceitunas rellenas, empanada griega de espinacas y pasta de queso y pimiento, mis aperitivos favoritos y las especialidades de William. Para cenar había filete acompañado de aros de cebolla y un puré de patata que era casi todo mantequilla y crema, tal como yo lo había pedido.

—Espectacular —respondí. Ella seguía enredando, desplazando un tenedor un milímetro por aquí y luego por allá. A través de la ventana de la cocina veía a William, que estaba de pie junto a Matt en la isla, envuelto en su delantal. Como en el caso de Ben y John, esta cena sería la presentación formal de Matt a nuestra pequeña familia, como siempre había sido, y me parecía raro y agradable ver doblarse nuestras cifras después de tanto tiempo.

—Estás nerviosa —observé cuando mi madre movió el tenedor de nuevo.

—Tonterías —replicó sin mirarme—. Solamente quiero que todo sea perfecto en la fiesta de cumpleaños de mi única hija.

—Ya lo creo que lo estás —insistí al verla pasar la vista de la casa al patio delantero, que John cruzaría en cualquier momento—. Me va a caer bien. Ya lo sabes, ¿no?

—Pues claro —respondió, aunque no parecía del todo convencida—. Al fin y al cabo, no es más que mi primer novio en dieciocho años. Menudo acontecimiento.

—Brutal —asentí. Me miró mosqueada—. ¡Lo digo en el buen sentido! Pronto me habré marchado. No está bien que solo tengas a William para charlar. Y menos ahora que él también tiene pareja.

Mi comentario nos hizo volver de nuevo la vista hacia la

cocina, donde William servía dos copas de vino, una para él, otra para Matt. Debió de sentirse observado porque se giró a mirarnos y luego pareció azorado. Matt, en cambio, nos saludó con alegría. Le devolví el saludo.

—Si te digo la verdad, nunca pensé que me pasaría algo así —continuó mi madre, que se acercó para quedarse de pie a mi lado—. Hay un momento en que piensas, bueno, se acabó, ¿sabes? Esa parte de mi vida se acabó. Y me parecía bien. Tenía lo que creía necesitar: a ti, a William, mi trabajo. Cada cosa en su sitio.

—Pero quizá —dije, recitando una de sus frases favoritas de *Trabajópatas*, que me había repetido una y otra vez— no siempre sabemos lo que necesitamos.

Me sonrió con orgullo.

—Exacto.

William abrió la puerta corredera y asomó la cabeza.

—La idea es que todo empiece a las seis, para que lo sepáis. ¿Estáis listas para recibir a los invitados?

—Lo dices como si fuera una cena formal —protesté.

—¡Es una celebración! —Su teléfono emitió una señal; le echó una ojeada—. Y como tal, deberías ponerte zapatos. No cocino para personas descalzas.

—Tengo las chanclas en la cocina —dije.

—Esto es una fiesta —insistió—. Dame ese gusto, ¿quieres?

Miré a mi madre, que se encogió de hombros con aire inocente a más no poder. Obviamente estaba en el ajo de lo que sea que William tramase.

—¿Qué pasa aquí? —pregunté.

—Nada —replicó. La señal de su teléfono se dejó oír nuevamente—. Solo quiero que todo sea perfecto.

Mi madre me miró

—Es mejor que le sigas el rollo. Cuando se pone así, no se puede hacer nada más.

—Muy bien —accedí—. Subiré a ponerme unos zapatos.

Entré pasando junto a Matt, que colocaba quesos en una bandeja, y oí que William le decía algo a mi madre en voz baja. Ella respondió con idéntico tono quedo. Como uña y carne. Algunas cosas nunca cambian.

Subí las escaleras de dos en dos, echando un vistazo al reloj según avanzaba. En el armario inspeccioné las distintas

opciones que se alineaban contra la pared conforme trataba de decidir cuál conjuntaba mejor con lo que llevaba puesto. En ese momento vi las sandalias negras bajo el vestido del mismo color, las tiras con cuentas cuidadosamente enrolladas alrededor. Si de verdad iba a pasar página, pensé, era el momento de hacerlo en todos los sentidos, no solo en algunos. Alargué la mano, las recogí y deslicé mi pie descalzo en la primera. Todavía se me ajustaba como un guante y reconocí al instante esa zona hundida bajo el dedo gordo que ya no recordaba, desgastada de haber caminado tanto aquella noche.

Terminaba de abrochar las hebillas cuando oí voces en el jardín. Me acerqué a la ventana pensando que vería a Ben o quizá a Jilly con Michael Salem, que también cenarían con nosotros. Pero el jardín estaba vacío y quienquiera que hubiera llegado ya se había refugiado bajo el tejadillo del porche. Cuando bajé para recibirlos, no obstante, solo encontré a William cerrando la puerta principal. Al verme dio un respingo.

—Tenías que estar arriba —me acusó y vi que trataba de esconder la caja que tenía entre los brazos. Me fijé en que la tapa llevaba estampado el nombre de una pastelería que había cerca del despacho.

—No se tarda tanto en escoger unos zapatos —repliqué—. ¿Qué es eso?

Miró la caja como si la viera por primera vez.

—¿Esto? Nada.

—Parece un pastel —observé.

—Podría ser un pastel —concedió—. Pero también podría ser una de las muchas cosas que vienen en cajas.

Torcí la cabeza a un lado.

—Pues parece un pastel —repetí.

—Muy bien. —Suspiró, negó con la cabeza y miró al techo —. Si te empeñas en que te lo cuente…

—Me empeño —dije. Me volvía loca ver como William se retorcía agobiado. Era algo así como el mejor regalo del mundo.

—Resulta que te hice un pastel de queso con pepitas de chocolate ayer por la noche, para tu cumpleaños. Me quedó perfecto, hasta que lo he metido en el coche para traerlo y se

ha caído por encima del salpicadero.

—Me encanta tu pastel de queso con pepitas de chocolate —comenté.

Me lanzó una mirada angustiada.

—¿Intentas que me sienta todavía peor?

—William —sonreí—. No pasa nada. Me chiflan todos los pasteles, ya lo sabes. Me conformo con que estemos todos juntos.

—Bueno, este es de Golosos, así que estará bueno —opinó a la vez que señalaba la caja—. Por suerte Ambrose salía en ese momento del despacho y ha podido ir corriendo a comprarlo. Me ha salvado la vida. Espero que tenga buen gusto para los postres. Le he dejado escoger a él.

—¿Ambrose? —pregunté—. ¿Era él la persona que acaba de estar aquí?

—Bueno, en teoría no debías enterarte —respondió—, pero está visto que mi ardid de los zapatos ha resultado tan cutre como imaginaba.

Me di la vuelta y miré por el panel de cristal que había junto a la puerta. Reinaba la calma en la calle, nadie a la vista. ¿Y qué estaba buscando, de todos modos? Habíamos quedado lo mejor que cabía esperar, si tenemos en cuenta los líos que nos habíamos armado hasta entonces. Fin de la historia. Para siempre.

—¿William? —gritó Matt desde la cocina—. ¿Qué te parece que queda mejor con este queso azul artesano? ¿Galletas saladas o pan de barra? ¿Puedes probarlo?

—Ya voy —respondió y dejó la caja en la mesa del pasillo. En ese instante sonó el timbre. Al momento entró mi madre del porche trasero alisándose el cabello. Miré a través del cristal; al otro lado de la puerta había un hombre moreno enfundado en una americana informal y cargado con un enorme ramo de flores.

A mi espalda, William y Matt hablaban con voz queda, apiñados sobre la bandeja de quesos. Oí la risa de William, tan tranquilizadora como siempre. Miré a mi madre de nuevo y vi la sonrisa en el rostro de John cuando ella abrió la puerta para recibirlo. Cuánta felicidad al mismo tiempo; casi demasiada, como una luz brillante que te deslumbra.

Así debería ser siempre, pensé y me acerqué a la caja de

Golosos para echar un vistazo. Abrí la tapa con cuidado y noté el aroma dulce al instante. Era un pastel redondo y recubierto de chocolate, decorado con flores blancas de azúcar. «Feliz cumpleaños, Louna», rezaba una perfecta inscripción en forma de arco. Y debajo, más pequeño: «Pide un deseo».

Parpadeé sorprendida y un nudo ascendió por mi garganta. «Le he dejado escoger a él», había dicho William. Recordé la noche de las velas, la rabia que sentí ante la insistencia de Ambrose en soplarlas, y luego el muro de los deseos en la boda de Maya y Roger, las segundas oportunidades que pedí para ellos. Pero había pedido tantos deseos que nunca se cumplieron…

Mi madre se acercaba por el pasillo, seguida de John. Lo traía de la mano con las mejillas sonrosadas, feliz como hacía tiempo que no la veía.

—Esta es Louna —me presentó y posó una mano en mi brazo—. Louna, este es John Sheldon.

—Es un placer conocerte —dije. En ese momento, el timbre volvió a sonar.

—Feliz cumpleaños. —De cerca, advertí que lo que había tomado por un gran ramo eran en realidad dos más pequeños. Me tendió un ramillete de margaritas y le entregó el otro a mi madre, unas peonías rizadas y preciosas. Sus favoritas. Qué detalle—. Gracias por invitarme.

—Encantada —respondí. El timbre sonó de nuevo—. Un momento, voy a abrir. Debe de ser mi novio.

Cuando me alejé, caí en la cuenta de que por primera vez lo había llamado así en voz alta. La palabra se me antojó extraña en los labios de un modo inesperado e intenté tragarme la sensación mientras recorría el pasillo hacia la puerta. Al otro lado estaba Ben con un montón de globos, más flores y lo que obviamente era una raqueta de tenis, envuelta en papel rosa decorado con corazones. Tenía el móvil preparado y sacó una foto de mi expresión antes de darme tiempo a sonreír siquiera.

—Hola —dije entre parpadeos—. ¿Esta es la sorpresa?

—Una de tantas —respondió al tiempo que avanzaba para plantarme un beso en la mejilla. No fue a traición: lo vi venir y no me sobresalté en absoluto—. Disculpa el retraso. Había

muchísimo tráfico. Un perro ha salido disparado hacia la carretera, un chico lo ha seguido y lo han atropellado cuando intentaba rescatarlo. El atasco ha sido de campeonato.

Me quedé helada.

—¿Un perro? ¿Estaban todos… bien?

—No lo sé —fue su respuesta. Me tendió las flores. Eran rosas, de color rojo oscuro—. Acababa de suceder cuando he llegado. Solo he visto una bandana en la carretera.

Pasando por mi lado se encaminó hacia el interior de la casa, pero yo me quedé delante de la puerta abierta, paralizada. Oía las charlas de mi madre, William y sus respectivas parejas allí detrás, la alegre banda sonora de una reunión de personas que tienen algo importante en común. El mundo siempre sigue girando, aunque para ti se haya detenido. Yo lo sabía mejor que nadie. E igualmente era consciente de la rapidez con la que puedes perder las cosas que deberían seguir ahí para siempre o, al menos, el tiempo suficiente para que cambies de idea.

—¿Louna? —preguntó Ben a mi espalda—. ¿Vienes?

«Pide un deseo», decía el pastel y enseguida supe cuál era el mío. «Por favor, Dios mío», pensé al mismo tiempo que cruzaba el umbral y echaba a correr por las escaleras del porche. Al llegar a la acera me agaché para desabrocharme las sandalias. Y entonces las dejé atrás para salir disparada, descalza, hacia las sirenas cada vez más altas de las ambulancias.

Al principio no pude ver nada más que destellos rojos y azules. El tráfico avanzaba a paso de tortuga en ambas direcciones mientras un único guardia desviaba a los coches hacia un solo carril. Se había reunido gente a los dos lados de la calle, a solas o en grupos, todos observando en horrible silencio los movimientos de los paramédicos en torno a un bulto en el bordillo.

Tenía el corazón a punto de estallar, el pulso me latía en los oídos mientras rodeaba la esquina esquivando a dos mujeres con carritos. Una se llevaba la mano a la boca, la otra tenía a su hijo en brazos con el carrillo regordete aplastado contra su mejilla.

—Cuidado —me gritó en tono agudo. En parte era una reprimenda y en parte una advertencia, pero hacía mucho

tiempo que yo tenía cuidado y eso no había cambiado nada. Tal vez fuera mejor pasar por la vida zumbando, sin preocuparte por romper algo frágil o engancharte en los bordes dentados. Cuidadosa o descuidada, siempre acabaría en el mismo sitio.

Llegué al cruce por fin y me detuve a trompicones. Percibía de manera vaga un dolor en los pies, la piel rasgada por algunas zonas mientras permanecía plantada en el bordillo y escudriñaba el tráfico que se había detenido alrededor. Las desgracias no deberían parecerse tanto, sus ruidos y colores, cuando cada una es tan única y peculiar. Me acordé de mí misma tantos meses atrás en el despoblado vestíbulo del instituto, cada vez más sola, plantada en la delgada línea entre el conocimiento y la ignorancia, un lugar al que más adelante habría regresado un millón de veces si hubiera podido. Pero entonces entendí que no prefería estar allí, en esa incertidumbre. Por más que aún quede esperanza, es difícil verla y más todavía con lágrimas en los ojos.

—¡Señorita! —La voz llegó a mis oídos cuando bajé del bordillo entre dos coches. Notaba el calor que irradiaba de los motores, el ardor del asfalto bajo mis pies, uno de los cuales había empezado a sangrar. Un policía asomó borroso a mi visión periférica sin dejar de gritarme—. No puede estar ahí. ¡Dé media vuelta!

No lo hice. En lugar de eso, me abrí paso entre motores al ralentí sin ser muy consciente del rumor de las radios, de los callados susurros de otro grupo de espectadores que estaban pendientes de mí.

—¡Señorita! —volvió a gritar el policía. Se estaba acercando. Notando el metal caliente en la pierna, pasé a duras penas junto al último parachoques y miré a mi derecha, donde los técnicos de emergencias se inclinaban sobre un bulto en la calzada cubierto con una manta.

De súbito el mundo se movía a cámara lenta: los pesados andares del policía, el lento rumor del coche que circulaba en las inmediaciones, mi propio aliento en los pulmones, audible y entrecortado. Uno de los paramédicos hablaba por radio, otro empujaba una camilla por la acera de enfrente entre el traqueteo de las ruedas. Cada sonido era tan nítido y peculiar que los recordaría más tarde y por siempre, estaba segura. Un

sollozo brotó de mis labios, primigenio y aterrador, mientras notaba la mano del agente en la parte superior de mi brazo.

—¡Señorita! —ladró al mismo tiempo que me arrastraba hacia atrás—. No puede estar aquí. Vuelva a la acera.

—No —repliqué. La espalda ancha y el uniforme oscuro me tapaban la escena; solamente me veía a mí misma en el espejo de sus gafas de sol, forcejeando. Otra vez la imagen vista desde fuera, aunque esta vez lo percibía todo por dentro también. ¿Por qué cuando la muerte nos roza de cerca nos sentimos más vivos que nunca?—. Usted no lo entiende.

Estaba fuera de mí, ya lo sabía. Tuvo que aferrarme el otro hombro mientras yo me debatía para pasar.

—¿Alguien me puede echar un cable por aquí? —gritó por encima de mi cabeza. Por fin alargué el cuello para mirar más allá. El paramédico devolvía la radio a su cinto al tiempo que intercambiaba una mirada con su compañero, que ya no se daba prisa.

«No», pensé. Un millón de recuerdos se desparramaron por mi cerebro al mismo tiempo. La arena mojada en la playa oscura, un chico con una camisa blanca que ondeaba al viento, las efervescentes notas de un tema pop en un teléfono. Todos eran tan conocidos, como un pase de diapositivas que has visto mil veces. Entonces, mientras el policía me sujetaba los brazos para empujarme, algo más: una sala llena de flores. Un perro desaliñado visto de refilón, con la cabeza asomada por la ventanilla. Velas que se encienden y se vuelven a encender. Un grupo de gente que baila en una pista improvisada. Todas esas bodas, besos y partidas, las caras de tantas novias y novios mezcladas en mi mente. «Todo gira en torno al amor», me había dicho William hacía meses, aunque entonces no eran más que palabras. Me pregunté si habría cambiado de opinión. Yo sí, lo sabía. Porque allí de pie, con el rostro empapado en lágrimas, habría dado cualquier cosa por revivir lo mismo que había desdeñado, por muy irregular e imperfecto que hubiera sido. El comienzo de la vida no es limpio y está claro que el final tampoco. Tenemos la suerte de disfrutar de lo que nos ofrece el intervalo. Es lógico que también sea caótico.

—Retroceda —gritó el policía, empujándome con las manos, y entonces perdí el equilibrio, trastabillé y choqué

contra el coche que había aparcado detrás. La gente me estaba mirando, lo notaba, un mar de miradas estaban pendientes de mí mientras yo regresaba a mi cuerpo y a mi conciencia, a aquel momento. Me llevé las manos a la cara y caí de rodillas en la zona ajardinada, con los doloridos pies debajo del cuerpo. Seguía allí, hecha un ovillo, cuando algo áspero y vivo me rozó la mejilla y luego la nariz. Abrí los ojos.

Ira.

—Eh —susurré, sin tener claro que fuera real, ni siquiera cuando alargué la mano para acariciar el pelaje crespo de su pescuezo. La cola, que movía como loco, golpeaba el coche que tenía detrás—. ¿Qué haces…?

Una sombra se proyectó sobre mí y levanté la vista por encima del tembloroso cuerpecillo para mirar a Ambrose, que estaba parado allí delante. Pensé que estaba soñando hasta que vi el refresco rosa en su mano, el lazo de la correa en su muñeca, la camisa arrugada, ese rizo rebelde sobre su frente acalorada. No eran los detalles idealizados de sueños o fantasías, sino los rasgos de la vida real, de este mundo. Se agachó con expresión preocupada para acercarse a mí, estuvo a punto de decir algo, pero no tuvo ocasión. Le eché los brazos al cuello para atraerlo contra mi cuerpo y pegar mis labios a los suyos. Percibí su sorpresa al principio, pero al momento me correspondió, su mano en mi pelo, sus dedos contra mi cuello. Fue instintivo y épico, en absoluto tierno. Nos besamos durante lo que me pareció una eternidad mientras oía el tráfico que reanudaba su avance, a Ira ladrando a nuestro lado, el mundo girando de nuevo. En esta ocasión, en cambio, no me importó que me dejara atrás un rato, el tiempo suficiente para un beso, un principio, un paseo al atardecer, o no. Lo que me fuera concedido.

CAPÍTULO 27

—¿Bee? Soy Louna. ¿Puedo entrar?

No hubo respuesta. Miré el botellín de agua que llevaba en la mano y luego mi reloj. Teníamos diez minutos de margen hasta el teórico comienzo de la ceremonia. Empujé la manilla. Cuando cedió, abrí la puerta con delicadeza.

—Bee —repetí mientras escudriñaba el interior. La habitación destinada a los preparativos de la novia estaba justo encima de la piscina infinita del hotel; a través de la ventana veía las sillas que habíamos alineado un rato atrás y que los invitados ya habían ocupado—. ¿Estás ahí?

Aún nada.

Eché mano del teléfono, lista para enviar un mensaje de «Novia desaparecida» en caso de que fuera necesario según me internaba en la pequeña salita, en dirección a la ventana. Allí debajo estaba William, junto al arco forrado de flores, consultando su reloj. Echó un vistazo al pasillo. Pasado un segundo, mi teléfono emitió un aviso. Mi madre.

«¿Dónde está?»

Me acerqué a la puerta del baño, que estaba cerrada, y pegué el oído un momento. Nada. A continuación, un sollozo quedo. Mierda.

«En el baño», respondí. Llamé a la puerta.

—¿Bee?

Silencio.

—¿Sí?

—Soy Louna —dije—. Es que… hum, tenemos que bajar.

—Voy enseguida.

Adiviné por el ruido que se estaba sonando la nariz, lo que no auguraba nada bueno. Volví a mirar el reloj. Cuando abrió la puerta, sin embargo, me recibió con una sonrisa, aunque con un pañuelo de papel en la mano.

—Algo me ha dado alergia, ¿te lo puedes creer? —me preguntó al mismo tiempo que se volvía hacia la encimera del baño, donde atisbé un despliegue de medicamentos

antihistamínicos—. Ha llegado mi gran día y no puedo dejar de estornudar.

—Igualmente estás preciosa —le aseguré, y era verdad. Aun con la nariz enrojecida, su peinado continuaba perfecto, el pintalabios rosa nacarado seguía en su lugar y ella estaba radiante de felicidad. Fiu.

Me sonrió. Al momento volvió a estornudar.

—Porras —gimió, y tomó dos pañuelos más del dispensador —. Esto no tenía que pasar.

—Todo irá bien —le aseguré, ofreciéndole el botellín de agua—. Me juego algo a que para en cuanto salgas.

—Pues normalmente sucede al revés. Casi todas las alergias empiezan en exteriores —me informó a la vez que se sonaba la nariz—. Olvidas que me caso con un estudiante de medicina. Que seguramente nunca se imaginó, después de tanto dinero y tanta planificación, que le daría el sí a una chica con la nariz más roja que un payaso.

—Ya verás como a Kevin le trae sin cuidado —dije. Me agaché para ahuecarle los bajos del vestido, entallado y cubierto de encaje, alrededor de los zapatos—. Las bodas giran en torno al amor y el amor lo supera todo. Incluso las narices rojas.

—Qué bien expresado. —Enarcó una ceja—. Se te da bien tu trabajo.

—Aprendí de la mejor —respondí—. Y llevo encima un paquete de pañuelos. Esconde uno en el ramo y en marcha. No querrás hacer esperar a los invitados.

Un estornudo más y salimos del baño y luego de la habitación. Le escribí a mi madre: «De camino». Mientras esperábamos el ascensor, Bee me preguntó:

—Seguro que tienes toda una colección de anécdotas parecidas, ¿no? Novias alérgicas. Novias que se echan atrás. Novios a la fuga.

—Hijos de novias desaparecidos —le recordé—. Fue a tu hermano al que tuve que llevar a rastras desde el aparcamiento, ¿te acuerdas?

Suspiró haciendo una mueca cuando se abrían las puertas del ascensor.

—Cómo voy a olvidarlo. Eres una santa por aguantarlo y no te digo ya por salir con él.

—No, aburrido no es —confesé.

—Pero ¿qué es lo que más recuerdas? —me preguntó al entrar—. Lo más curioso que te haya pasado en una boda. Venga, cuéntamelo.

Tuve que pensarlo. Aquella vez que el novio, muerto de nervios, trastabilló hacia atrás y se cayó en la piscina durante los votos. La suegra que se emborrachó en la cena de ensayo e hizo un brindis de una hora mientras se desplazaba por la habitación detallando su lista de agravios contra cada uno de los invitados. El paje desaparecido. El Desastre. A pesar de las diferencias, en ese momento todas me parecían una gran boda en proceso que hubiera desembocado en esta, la última a la que asistiría en un futuro cercano. Dentro de seis días me marchaba a la universidad.

—Me acuerdo de una chica —empecé cuando el ascensor entró en movimiento—. Fue en primavera. Estaba llorando, muerta de miedo. Me preguntó si creía que el amor verdadero dura para siempre. Me sentí como en un examen.

—¿Qué le dijiste?

Recordé la imagen de Deborah sentada en el suelo del despacho, el carísimo vestido amontonado a su alrededor.

—Nada —respondí—. No supe qué decirle.

Me miró a mí y luego, las flores que sostenía, rosas en tono magenta con lirios blancos, tan fragantes que no podía oler nada más.

—Qué situación tan tremenda. Y también parece una señal.

—Puede —reconocí—. Pero espero que la relación haya funcionado.

En ese momento se abrieron las puertas y allí estaba mi madre con las damas de honor y la niña de las flores, todas de espaldas a nosotras, listas para desfilar. Pero yo solo miraba a la persona que ocupaba el último puesto, el chico del esmoquin negro con un rizo rebelde en la frente que se volvía a mirarnos con una sonrisa. Al verlo, supe lo que respondería si en ese momento tuviera a Debbie delante y volviera a formularme esa misma pregunta. Ni siquiera titubearía.

Sí. Sin la menor duda.

Cuando pasé por su lado, Ambrose me rodeó la cintura con el brazo para atraerme hacia sí.

—Me estoy planteando si caer en la piscina de espaldas —

me dijo, y me dio un beso en la frente—. Por animar el cotarro.

—Hay animación de sobra. Mejor concéntrate en tu cometido —repliqué, aunque me entretuve un ratito en ese espacio, pegada a él, en el que me sentía cada día más cómoda.

—Dice la persona que en teoría está de vacaciones —se burló, aunque irguió la espalda a pesar de todo y ocupó su lugar—. No puedes evitarlo, ¿verdad?

—Puedo y lo estoy haciendo —le aseguré. O al menos lo estaba intentando.

—Vale, vamos allá —ordenó mi madre. Le pidió a Bee con gestos que se colocara junto a Ambrose, que le ofreció el brazo y me dedicó un guiño. Le sonreí cuando ella se aferró a su codo y los rodeé de camino a las puertas que daban a la terraza. En cuanto las abrí, William hizo una señal y el cuarteto de cuerda que aguardaba junto a la piscina empezó a tocar.

«Esta parte me encanta», pensé conforme recorría el pasillo lateral hasta mi asiento en tercera fila. En teoría estaba allí en calidad de invitada, aunque las antiguas costumbres se resisten a morir, está claro. Y me parecía bien, pensé, según me volvía con el resto de los invitados hacia el pasillo que la madre de la novia empezaba a recorrer. De todos modos, no es frecuente que todo vaya según lo previsto, por más que te esfuerces. Acepta el desbarajuste y, cuando las cosas vayan como la seda, te llevarás una grata sorpresa.

Era una lección que tenía muy presente desde hacía un par de semanas, pues se había plasmado ante mí una y otra vez. En primer lugar, a través de Ambrose. Llevábamos juntos desde la noche de mi fiesta, aunque llevarlo a casa y explicarle a Ben lo sucedido fue, bueno, violento, por decirlo con suavidad. Se enfadó, con toda la razón del mundo, y se marchó con sus rosas, su raqueta de tenis y unas cuantas palabras bien escogidas acerca de mi personalidad. Esa misma noche borró de su perfil todas nuestras fotos de pareja, como cabía esperar. Yo albergaba esperanzas de que me perdonase algún día y también de que encontrase una chica con la que construir su propia historia épica y real.

Mi madre y William estaban también felizmente

emparejados, con lo cual nuestra pandilla de escépticos quedó reducida a cero. Eso sí, seguíamos despachándonos a gusto con las novias, las bodas, los ND, las suegras autoritarias y los comensales que se abalanzaban sobre los pastelillos antes de que se sirviera la cena. En cuanto a Jilly, ya había empezado a llorar por tener que separarse de Michael Salem cuando empezara el curso, aunque le recordé que estaría a menos de una hora de distancia, teniendo en cuenta que él se había matriculado en la misma universidad. Y por más que estudiara en otra facultad, su novio conducía un camión de comida rápida, de modo que podía desplazarse con facilidad. En cuanto a los aspectos positivos, la señora Baker no estaba embarazada, a pesar de las siestas. Todavía no, al menos.

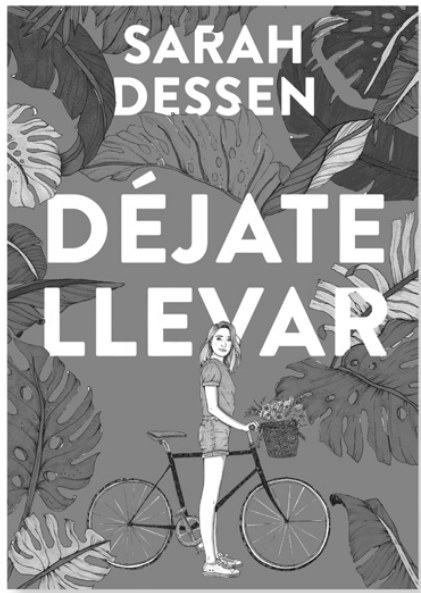
Por mi lado, pronto me marcharía, mientras que Ambrose se quedaría en Lakeview, donde asistiría a tiempo parcial a la universidad y, por sorprendente que parezca, seguiría trabajando en Bodas Natalie Barrett. Me prometió que recuperaría el permiso de conducir, en cuanto el Estado de California lo juzgase oportuno, para que Ira y él pudieran recorrer el breve trayecto a la facultad cuando yo no pudiera desplazarme a casa. Ya sabía que las relaciones a distancia rara vez funcionan, sobre todo cuando son recientes, pero en ese momento no quería pensar en finales. Ya estaba harta.

Y ahí estábamos por fin, en otra boda, con infinitas posibilidades por delante. Pronto llegaría la parte intermedia, con el baile y los brindis, dos manos aferrando una espada, tal vez alguien pidiendo un deseo. Y por fin el gran final. Bueno, eso sería espectacular: una cola de latas atada al reluciente parachoques, un ramo lanzado al aire, la última despedida ya con el coche en marcha. Cada cosa, en las bodas y en la vida, tiene sus fases; si eres lista, aprendes a valorarlas todas.

Lo que de verdad importa, en realidad, son las personas que comparten esos momentos contigo. Los recuerdos quedan para cada uno y yo atesoraba los míos. Los que me acompañaban a todas partes, como aquella noche en la playa con un chico que siempre llevaría en el corazón, y los que me deparaba el futuro, con otro. De momento prefería pensar que teníamos tiempo, a manos llenas. Pero en el fondo solo sabía con seguridad que muy pronto, en el nudo largo y confuso de la historia que se alargaba ante mí, Ambrose tendería la mano

para sacarme a bailar. Esta vez le respondería con un «sí».

Enamórate de otra
novela de Sarah Dessen



De la autora bestseller del *New York Times*, una preciosa novela sobre una que decide creer, pese a todo, en el amor.

Louna es hija de una reconocida organizadora de bodas, y ha visto celebraciones de todo tipo: en la playa, en mansiones, en hoteles, en clubs de campo... Pero ella ya no cree en los finales felices, quizá porque su primer amor terminó en tragedia.

Cuando conoce a un chico nuevo, acostumbrado a resultar irresistible a las chicas, no quiere saber nada de él. Él está dispuesto a darlo todo por una oportunidad, ahora que ha encontrado a alguien a quien quiere de verdad. ¿Estará Louna preparada para volver a creer en el amor?

Sarah Dessen nació en Illinois en 1970 y ha sido galardonada por el Margaret A. Edwards Award a toda su trayectoria. Sus novelas ocupan varios de los primeros puestos de las listas del New York Times y han sido publicadas en más de 30 países.

Siendo niña, se trasladó a Carolina del Norte y se graduó en la Universidad. Escribió su primera novela mientras encadenaba diversos trabajos y daba clases en su antigua universidad. Desde entonces, ha publicado una docena de libros y se ha consolidado como una de las mejores autoras del género.

Penguin Random House Grupo Editorial

Título original: *Once and for All*

Edición en formato digital: febrero de 2021

© 2017, Sarah Dessen
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2021, Victoria Simó Perales, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez
Ilustración de portada: © Ana Jarén

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-204-5375-0

Composición digital: Punktokomo S. L.

Facebook: @penguinlibros
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros

Índice

Contigo, siempre
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Sobre este libro
Sobre Sarah Dessen
Créditos